

¡Abramos la Biblia!

Mary Batchelor

Sociedades Bíblicas Unidas es una fraternidad mundial de Sociedades Bíblicas nacionales que sirven en más de 200 países. Su propósito es poner al alcance de cada persona la Biblia completa o parte de ella, en el idioma que pueda leer y entender, y a un precio que pueda pagar. Sociedades Bíblicas Unidas distribuye más de 500 millones de Escrituras cada año.

Le invitamos a participar en este ministerio con sus oraciones y ofrendas. La Sociedad Bíblica de su país, con mucho gusto, le proporcionará más información acerca de sus actividades.

Título original: *Opening Up the Bible*, publicado por Lion Publishing, Oxford, Inglaterra. Derechos del texto © Mary Batchelor, 1993. Derechos de la edición en tapa blanda © Lion Publishing, 1999.

Derechos de la versión en español © Sociedades Bíblicas Unidas, 1999, con el permiso de Lion Publishing.

Impreso en Malaysia.

ISBN 1-57697-692-5

Sociedades Bíblicas Unidas Box 521168 Miami, FL 33152 EE.UU.

RECONOCIMIENTOS

El texto bíblico está tomado de la versión Reina-Valera 1995, © 1995 Sociedades Bíblicas Unidas.

SUMARIO

INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA

LIBROS DE LA BIBLIA

1 Comienzos

Génesis

UR: LA CIUDAD DE ABRAHAM

2 Ley y libertad

Éxodo • Levítico • Números • Deuteronomio

VIDA EN EGIPTO

EL TABERNÁCULO

3 Historia con una diferencia

Josué • Jueces • Rut • Samuel • Reyes • Crónicas

LOS CANANEOS

LOS FILISTEOS

EL REINO DE DAVID

EL TEMPLO DE SALOMÓN

REYES Y PROFETAS

LOS ASIRIOS

4 Los primeros profetas

Elías • Eliseo • Micaías • Amós • Oseas • Isaías • Miqueas

5 Los profetas y las naciones

Jeremías • Nahúm • Sofonías • Habacuc • Joel • Abdías • Jonás

6 Cautiverio y retorno a la tierra propia

Ezequiel • Esdras • Nehemías • Hageo • Zacarías • Malaquías • Ester • Daniel

LOS BABILONIOS

CIRO Y EL IMPERIO PERSA

7 Poemas e himnos

Salmos • Cantares • Lamentaciones

MÚSICA

8 Historias y máximas sabias

Proverbios • Job • Eclesiastés

LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

LOS GRIEGOS

MUNDO DEL NUEVO TESTAMENTO

LOS ESENIOS Y LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO

9 Buenas noticias

Los cuatro Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan

LA VIDA DE JESÚS

PARÁBOLAS DE JESÚS

LOS MILAGROS DE JESÚS

TEMPLO DE HERODES

10 La Iglesia joven

Hechos de los Apóstoles

LOS ROMANOS

VIDA Y VIAJES DE PABLO

11 Cartas de Pablo

Romanos a Filemón

MATERIALES DE ESCRIBIR

12 Cartas Generales

Hebreos a Judas

13 Jesús reina

Apocalipsis

LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA

Un libro que llega a la lista de superventas suele contener suspenso, aventura, amor y una amplia gama de emociones humanas, toscas y sutiles. La Biblia —el *bestseller* mundial de todos los tiempos— contiene cada uno de esos ingredientes. En la Biblia leemos sobre hombres y mujeres que no son creaciones ficticias o idealizadas, sino gente de carne y hueso. Sus sentimientos, sus faltas, sus fracasos y triunfos suenan reales hoy. Sin embargo, la razón principal de la enorme popularidad de la Biblia no son sus historias. Fascina y atrae lectores porque trata de cuestiones profundas, sobre las cuales todos queremos respuestas: ¿Por qué estamos en esta tierra? ¿Cuál es el sentido de la vida y qué pasa cuando se acaba? ¿Cómo enfrentar el peso de la culpa y de la ansiedad? ¿Hay un Dios?

De hecho, la Biblia nunca discute en favor de la existencia de Dios. Comienza simplemente dando por sentado a Dios y nos cuenta cómo es él, cómo reacciona hacia hombres y mujeres y cuál es la respuesta que espera.

Aun una rápida mirada a las páginas de una Biblia pone en evidencia que nos sumergimos en un mundo en gran parte extraño a nosotros. La cultura pertenece al pasado y, para la mayoría de los lectores, se refiere a un pueblo muy remoto. Sin embargo, millones de personas encuentran hoy que la Biblia es altamente relevante. Los vestidos y las costumbres pueden variar, pero la gente, en lo más hondo, es igual. Siempre han experimentado los mismos sentimientos humanos de amor, odio, celos, compasión y codicia. Todos comparten el misterio de la vida: todos nacen y avanzan hacia una muerte segura. Lo confiesen o no, todos tienen hambre de algo más que comida, sexo y comodidades terrenales. Todos comparten la profunda urgencia humana de comprender el significado de la vida y de satisfacer sus necesidades más hondas.

Hay otra dificultad que hemos de vencer cuando leemos la Biblia. Se trata de un libro escrito en un lenguaje diferente al nuestro. El Antiguo Testamento fue escrito en hebreo y el Nuevo Testamento en griego. Por muy calificados que sean, para acceder al original estamos a merced de los talentos y conocimientos de traductores.

Si bien hablamos de la Biblia como *un* libro, está compuesta de 66 libros diferentes. Estos varían en extensión, en contenido y en la forma en que están escritos. Por ejemplo, algunos son poesía, algunos narrativa, otros máximas sabias, otros cartas. Entre sus autores hay reyes, cortesanos, sacerdotes, pastores y pescadores, así como muchos cuya identidad solo podemos adivinar.

El proceso de escribir estos libros independientes cubre un lapso de muchas centurias. Sin embargo, la Biblia es una unidad, no solo una colección de partes separadas. El conjunto de libros constituye un todo. Los muy diversos autores muestran, cada uno a su manera, lo que Dios tiene para decir sobre su mundo y sobre las personas que ha creado. Nos muestran cómo es Dios por el modo en que actúa hacia hombres y mujeres, y porque dejan en claro que él quiere establecer con todos la relación más íntima posible.

Los 66 libros de la Biblia están divididos en dos grupos principales: el Antiguo Testamento, compuesto de 39 libros, y el Nuevo Testamento, de 27. También hay varios libros conocidos como Deuterocanónicos, secundarios con respecto a los libros de las Escrituras, pero incluidos dentro de algunas Biblias. La palabra «Testamento» viene del latín y significa pacto o acuerdo. El tema predominante del Antiguo Testamento es la antigua alianza de Dios con el pueblo de Israel. El Nuevo Testamento se ocupa del acuerdo que Dios hizo más tarde, por medio de Jesús, con personas de cualquier nacionalidad que ponen su confianza en Dios.

Pero el Dios al cual responden, o escarnecen, se ha propuesto deliberadamente encontrar por sí mismo a los hombres y mujeres que creó. Tal vez comienzas a leer la Biblia porque deseas encontrar a Dios. Pronto descubrirás en la Biblia que Dios estuvo buscándote y ha provisto un camino para llevarte a una relación más cercana consigo.

La Biblia tiene algo más que decir sobre sí misma. Ella misma declara que quienes la escribieron estaban inspirados —insuflados— por el Espíritu de Dios. De esta manera, sostienen sus autores, las palabras son más que pensamientos e invenciones de hombres y mujeres. La Biblia es la palabra del propio Dios a su mundo.

MARY BATCHELOR

LIBROS DE LA BIBLIA

El texto en nuestras Biblias se divide en capítulos y versículos. Esta división constituye una adición posterior, hecha a fin de facilitar la referencia a cualquier parte de un libro.

La lista abajo sigue el orden que está en la Biblia.

Junto a cada título está el capítulo donde ese libro se menciona.

LOS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Los libros de la ley, a veces conocidos como Pentateuco o «cinco libros»:

Génesis	<i>Capítulo 1</i>
Éxodo	<i>Capítulo 2</i>
Levítico	<i>Capítulo 2</i>
Números	<i>Capítulo 2</i>
Deuteronomio	<i>Capítulo 2</i>

Los libros de historia:

Josué	<i>Capítulo 3</i>
Jueces	<i>Capítulo 3</i>
Rut	<i>Capítulo 3</i>
1 y 2 Samuel	<i>Capítulo 3</i>
1 y 2 Reyes	<i>Capítulo 3</i>
1 y 2 Crónicas	<i>Capítulo 3</i>
Ester	<i>Capítulo 6</i>
Esdras	<i>Capítulo 6</i>
Nehemías	<i>Capítulo 6</i>

Los libros poéticos y sapienciales:

Job	<i>Capítulo 8</i>
Salmos	<i>Capítulo 7</i>
Proverbios	<i>Capítulo 8</i>
Eclesiastés	<i>Capítulo 8</i>
Cantares	<i>Capítulo 7</i>

Los libros de los profetas mayores:

Isaías	<i>Capítulo 4</i>
Jeremías	<i>Capítulo 5</i>
Lamentaciones	<i>Capítulo 7</i>
Ezequiel	<i>Capítulo 6</i>
Daniel	<i>Capítulo 6</i>

Los libros de profetas menores, o más breves:

Oseas	<i>Capítulo 4</i>
Joel	<i>Capítulo 5</i>
Amós	<i>Capítulo 4</i>
Abdías	<i>Capítulo 5</i>
Jonás	<i>Capítulo 5</i>

Miqueas	Capítulo 4
Nahúm	Capítulo 5
Habacuc	Capítulo 5
Sofonías	Capítulo 5
Hageo	Capítulo 6
Zacarías	Capítulo 6
Malaquías	Capítulo 6

LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

Los cuatro Evangelios: relatos de la vida de Jesús:

Mateo	Capítulo 9
Marcos	Capítulo 9
Lucas	Capítulo 9
Juan	Capítulo 9

Los primeros años de la iglesia cristiana:

Hechos de los Apóstoles	Capítulo 10
-------------------------	-------------

Cartas de Pablo:

Romanos	Capítulo 11
1 Corintios	Capítulo 11
2 Corintios	Capítulo 11
Gálatas	Capítulo 11
Efesios	Capítulo 11
Filipenses	Capítulo 11
Colosenses	Capítulo 11
1 Tesalonicenses	Capítulo 11
2 Tesalonicenses	Capítulo 11
1 Timoteo	Capítulo 11
2 Timoteo	Capítulo 11
Tito	Capítulo 11
Filemón	Capítulo 11

Cartas generales:

Hebreos	Capítulo 12
Santiago	Capítulo 12
1 Pedro	Capítulo 12
2 Pedro	Capítulo 12
1 Juan	Capítulo 12
2 Juan	Capítulo 12
3 Juan	Capítulo 12
Judas	Capítulo 12

Las visiones de Juan:

EL ANTIGUO TESTAMENTO

1

COMIENZOS

Génesis

GÉNESIS

PASAJES Y HECHOS CLAVE

La creación y la corrupción del mundo, capítulos [1-3](#)

Caín mata a su hermano Abel [4](#)

Noé y el diluvio [6-9](#)

La torre de Babel [11](#)

La historia de Abraham [12-25](#)

Destrucción de Sodoma y Gomorra [19](#)

Historia de Jacob [27-35](#)

Historia de José [37-50](#)

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. (Gn 1.1)

La Biblia comienza con esta magnífica y fascinante declaración, que nos retrotrae a los comienzos de nuestro mundo. En estas pocas palabras, el autor establece las grandes verdades fundacionales de que hay un solo Dios, quien existía en los comienzos, y que toda la creación es obra suya. Todo descansa en esto, y desde aquí discurre toda la narración bíblica.

La creación del mundo

A continuación tenemos una descripción de la creación, que comienza:

Dijo Dios: «Sea la luz». Y fue la luz. Vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. Llamó a la luz «Día», y a las tinieblas llamó «Noche». Y fue la tarde y la mañana del primer día. (Gn 1.3-5)

Cada uno de los dramáticos actos creadores comienza con las palabras: «Dijo Dios: “Sea...”» o «“Haya...”», y termina con las palabras: «Y fue la tarde y la mañana», y el número del día.

La creación del mundo se nos describe en el lenguaje de la poesía y los acontecimientos se ordenan dentro de un patrón perfecto. La poesía no solamente comunica belleza; es también un maravilloso vehículo para transmitir verdad. Las afirmaciones no son meras declaraciones de carácter científico sino que representan la verdad, con muchos estratos de significado. Pueden ser entendidas simplemente por lo que expresan en primera instancia, o se puede descubrir y apreciar también algo del significado subyacente. El relato de Génesis no pretende presentar un informe fáctico sobre cómo Dios creó el mundo —digamos, en siete días literales— sino que permite al lector absorber la verdad esencial sobre la creación: el sol, la luna, las plantas, los animales y los seres humanos entraron en existencia por el magnífico poder de Dios y en respuesta a su expreso deseo y mandato.

Hombre y mujer

A medida que se desarrolla el relato, los mares turbulentos son contenidos, el mundo es vestido de árboles y plantas, y la tierra, el mar y el aire se llenan de criaturas vivientes. Pero cuando hace a los seres humanos, el propósito creador de Dios se describe de una manera diferente.

Entonces dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra». (Gn 1.26)

Hombres y mujeres fueron hechos para parecerse a Dios de una manera imposible para la creación animal. Hombres y mujeres tendrían la capacidad de amar, de recordar, de elegir y de estar en relación con Dios mismo. También fueron creados para ser agentes de Dios, a cargo del resto de la creación, para administrarla bien. El autor no percibe a los seres humanos como resultado del azar ciego ni a merced de planetas y estrellas. Los describe como una obra artesanal de un Dios amante que los diseñó para gobernar su mundo y —algo aún más asombroso— para gozar de su amistad. Es una escena perfecta y el autor concluye el relato con las palabras:

Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera. (Gn 1.31)

Un segundo aspecto de la historia es la creación de la mujer como una pareja para el hombre, en igualdad con este. Dios los acerca y el autor resume allí el criterio de Dios acerca del matrimonio: *Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne. (Gn 2.24)*

En lenguaje poético, el autor ha descrito el vasto alcance de la buena creación de Dios. Ha dado respuesta a algunas de las preguntas más profundas sobre el origen y la finalidad de la vida. Nos ha presentado ante un mundo perfecto.

Pero todos sabemos que la vida no es perfecta. Incluso en el mundo natural hay perturbación y caos, y entre los seres humanos hay codicia, ira, explotación y crimen. De modo que el autor relata en seguida, siempre en el lenguaje de la poesía, cómo se introdujeron estos elementos extraños en ese mundo perfecto.

Tragedia

El primer hombre y la primera mujer, Adán y Eva, vivían en el hermoso Jardín del Edén, ocupándose de plantas y animales, en feliz compañía de Dios. Tenían completa libertad, excepto por una condición: *Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás». (Gn 2.17)*

Esas fueron las palabras de Dios. El nombre del árbol nos da una clave sobre su significación. Hombres y mujeres pretenderían saber por sí mismos lo que era bueno o malo para ellos. Eso destruiría la inocencia e introduciría un conocimiento peligroso. Comer de ese fruto traería como resultado la muerte.

La narración describe cómo la astuta serpiente tentó a Eva para comer el fruto prohibido. En otra parte de la Biblia se dice que la serpiente es el nombre dado a Satanás, el enemigo de Dios y de la humanidad. Eva tomó el fruto porque vio que era «agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría». Ella también le dio un poco a Adán y, cuando hubieron comido, sus ojos se abrieron. Habían perdido su inocencia. Tomaron conciencia de su desnudez delante de Dios y el uno frente al otro. Por primera vez sintieron vergüenza de encontrarse con Dios y se escondieron de él. Habían elegido la autonomía y la desobediencia en lugar de la dependencia amorosa de Dios, su Hacedor; y por este acto la creación entera se desquició. Este trágico acto desencadenó una multitud de amargas consecuencias.

Dios aparece hablando a la serpiente y a Adán y Eva, mostrándoles las consecuencias de sus actos. De ahora en adelante la tierra dará espinos y abrojos. La relación entre los sexos se echará a perder por la explotación. La muerte física los alcanzará, aunque no en forma inmediata. La muerte espiritual ya

había destruido su estrecha relación con Dios. En un acto profundamente significativo, Adán y Eva fueron expulsados de su jardín paradisíaco. Sangre, sudor, trabajo y lágrimas estaban esperándoles.

La poesía de estos primeros capítulos de Génesis es seguida por informes narrativos sobre los primeros descendientes de este primer hombre y de esta primera mujer. Su hijo Caín mató a su hermano Abel, por celos, y sus descendientes prosiguieron la espiral de creciente pecado y violencia. Finalmente:

Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra... y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra. (Gn 6.5-6)

Otras historias sobre la creación y el diluvio

Además de la narración bíblica, hay otras primitivas historias de la creación y de una gran inundación, que nos llegan de Babilonia. Algunas de las ideas se asemejan a los relatos bíblicos; pero las diferencias, especialmente en el concepto de Dios, son muy marcadas. El Dios de Génesis es un solo Dios, no varios dioses, y el hombre y la mujer son la obra culminante de su creación. En el relato babilónico, los seres humanos aparecen como una idea tardía, conveniente para los dioses, a quienes debían alimentar y servir. El Dios de Génesis actúa por amor y justicia, y no por capricho o egoísmo.

El diluvio

Dios determinó borrar su creación con una inundación, pero encontró un hombre bueno, Noé, quien confiaba en él y le obedecía, aun en esos días tenebrosos. A pedido de Dios, Noé construyó una enorme embarcación —el arca— para preservar a su familia y a miembros del reino animal. Noé también intentó persuadir a quienes lo rodeaban para que retornasen a Dios, pero sin éxito. Cuando vino el diluvio, Noé y su arca con su precioso cargamento sobrevivieron y, cuando finalmente emergieron, construyeron un altar y dieron gracias a Dios. Dios prometió que nunca más enviaría otro diluvio y entregó el arco iris como signo de su inquebrantable promesa.

La Torre de Babel

Después del diluvio los hombres y las mujeres continuaron viviendo a su propio arbitrio. No quisieron diseminarse y poblar la tierra como Dios instruyera a Adán y Eva y a sus descendientes. En lugar de eso se establecieron en un centro donde comenzaron a edificar un monumento que haría honor a su soberbia y a sus logros. Dios confundió sus planes, pero estaba claro que la mayoría no estaba preparada para tomar el camino de Dios.

Abraham

En la segunda parte del libro de Génesis la pintura cambia: de la escena amplia pasa a enfocar un hombre en particular, Abraham, su esposa y familia. Dios aún deseaba darse a conocer a hombres y a mujeres y quería apartarlos de su desobediencia para que tuvieran con él una feliz relación. La estrategia que planeó consistió en elegir a un hombre —una sola familia— y hacer de él y de sus descendientes una nación con una relación especial con Dios. Se daría a conocer a ellos, les entregaría sus promesas y sus leyes. Ellos, a su vez, darían a conocer a Dios a las demás naciones del mundo: este era el plan de Dios, su propósito al elegir a esta gente.

La promesa de Dios

Abraham y su mujer, Sara, vivían en la ciudad de Ur, al oriente de lo que se conoce como la Media Luna Fértil. Se trata de un semicírculo de tierra que va desde Egipto, pasando por Palestina y Siria, para bajar luego al Río Éufrates, hasta el Golfo Pérsico. En el medio del bienestar y de la cultura de Ur, Dios llamó a Abraham a abandonar su hogar sedentario y comenzar una vida nómada, viajando hacia la tierra de Palestina. Dios le prometió:

Haré de ti una nación grande, te bendeciré... y serán benditas en ti todas las familias de la tierra». (Gn 12.2-3)

UR: LA CIUDAD DE ABRAHAM

Abraham y su esposa Sara vivían en la ciudad de Ur, en el sur de Babilonia, cuando Dios les dio nuevas instrucciones. Debían abandonar la seguridad de la ciudad con su gran templo al dios-luna, y partir en un largo viaje a una nueva tierra que Dios prometía darles.

Excavaciones en el lugar del antiguo Ur han descubierto los restos de casas de ciudadanos acaudalados: dos pisos contruidos alrededor de un patio pavimentado. Grandes cantidades de tablillas de arcilla proporcionan registros del comercio —adquisición de tierras, herencias, matrimonios— y de asuntos diplomáticos. Por su parte, las ruinas de un gran templo piramidal escalonado dan testimonio de la importancia de la religión.

Abraham obedeció al llamado de Dios. Por el resto de su vida viviría como un nómada, trasladándose en función de las necesidades de agua de sus rebaños y familia, aunque siempre dentro de la tierra de Canaán que Dios había prometido a sus descendientes.

Dios hizo un pacto o alianza con Abraham. En una solemne ceremonia, prometió que los descendientes de Abraham serían tan numerosos como las arenas de la playa o las estrellas del cielo, y que heredarían la tierra de Canaán. Había un gran obstáculo en la forma en que Dios había dispuesto cumplir su promesa. Abraham y Sara no tenían hijos y ambos eran viejos. Sin embargo, la promesa involucraba a sus descendientes.

Después de muchos duros años de espera, cuando Sara había sobrepasado la edad de tener hijos, la promesa de Dios se cumplió y nació un hijo, Isaac. La Biblia alaba a Abraham por su fe, porque continuó confiando en Dios aun cuando parecía imposible que la promesa se cumpliera.

Una prueba aun mayor tuvo que afrontar la fe de Abraham. Cuando Isaac era ya un muchacho, Dios hizo lo impensable y le pidió a Abraham que ofreciera a su hijo en sacrificio. En aquel tiempo se practicaban sacrificios humanos entre los pueblos vecinos.

Con el corazón dolido, Abraham se puso en camino con su atesorado y muy amado hijo. Mientras iban hacia el lugar del sacrificio, Isaac advirtió que algo estaba mal, y dijo:

—Tenemos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?

Abraham respondió:

—Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío. (Gn 22.7-8)

Al levantar Abraham el cuchillo para matar a su hijo, el ángel de Dios lo detuvo:

—No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada, pues ya sé que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste a tu hijo, tu único hijo. (Gn 22.12)

Abraham encontró un carnero en los arbustos, enredado por sus cuernos. Lo ofreció en holocausto a Dios, en lugar de su hijo. Ahora Abraham sabía que su Dios no quería los sacrificios humanos que otros dioses exigían. También descubrió que estaba preparado para confiar absolutamente en Dios y darle el primer lugar, antes de cualquier otra cosa.

El pueblo judío considera a Abraham como el padre de su nación. No solo fue el antecesor físico de sus tribus, sino que la promesa divina de heredar una nación y una tierra le fue hecha a él. Abraham es también el principal ejemplo de alguien que confía en Dios y le obedece de todo corazón.

La época de los patriarcas

Abraham, Isaac y Jacob suelen llamarse «los patriarcas» porque fueron los padres fundadores de su nación. Si bien en el pasado algunos eruditos pusieron en duda su existencia, hay muchas buenas razones para creer que sí

vivieron. Probablemente vivieron en la Edad Media del Bronce, entre los años 2000 y 1500 a.C., aunque algunos los ubican entre 3000 y 1000 a.C.

En ese período muchas tribus migraban en la región. Los patriarcas iban de un lugar a otro en Palestina, donde entonces había un cierto número de ciudades-estados que tenían fuertes lazos con Egipto. Posiblemente los nómadas tenían autorización para apacentar sus rebaños en los campos, después de las cosechas. También podían dirigirse a un oasis —uno era Beerseba— en busca de pasto y agua.

Jacob

Con el tiempo, Isaac contrajo matrimonio y tuvo hijos mellizos. Solo uno de los dos continuaría la línea familiar y las promesas del pacto hecho por Dios con Abraham. Antes de que los niños nacieran, Dios dijo a la madre, Rebeca, que el hijo menor sería el elegido. Sin embargo Isaac favorecía a Esaú, el mayor, y Jacob trató de escamotear a su hermano mayor el derecho que tenía a la sucesión de las promesas y bendiciones de Dios.

Pese a sus intrigas y engaños, Jacob realmente daba valor a las promesas de Dios, mientras que su hermano Esaú, aunque atractivo y simpático, no las tenía en cuenta. Dios utilizó las muchas y severas experiencias de la vida de Jacob para acercarlo a él y transformarlo de un embaucador marrullero en una persona de firme confianza en Dios.

Camino a casa, después de muchos años de exilio, Jacob tuvo un extraño encuentro. Durante toda la noche luchó con un misterioso forastero. Al final del combate, Jacob exclamó: «Vi a Dios cara a cara».

Jacob el engañador pasó a ser «Israel», el que lucha, o el que persevera en Dios. Este nuevo nombre fue dado a sus descendientes.

Jacob tuvo seis hijos varones de su primera mujer, Lea, y una hija, Dina. Tuvo dos hijos con cada una de las esclavas de sus dos esposas y, más adelante, dos hijos de Raquel, su segunda esposa, a quien amaba entrañablemente. Fueron los once hijos de Jacob, y los dos hijos de su favorito José, quienes se convirtieron en los líderes tribales de la nación de Israel.

Los primeros cinco libros de la Biblia

Los primeros cinco libros de la Biblia suelen formar un grupo conocido como el Pentateuco o cinco libros. El nombre judío es Torá, que significa instrucción o enseñanza. Estos son los libros de la ley de Dios.

Eruditos del siglo XIX desarrollaron la teoría de que había cuatro estratos distintos en los textos del Pentateuco. Algunos de estos estratos se diferenciaban por la forma del nombre empleado para designar a Dios. El autor que usó el nombre Yahvé es conocido como J. El que usó Elohim, E. Un grupo sacerdotal de autores es llamado P, y se usa D para los autores deuteronomícos; se cree que estos reunieron y editaron el libro de Deuteronomio y otros libros con el mismo tipo de mensaje. La teoría se volvió más compleja en años recientes, al identificarse muchos otros estratos. Hoy se la pone en tela de juicio.

Algunas partes de los cinco libros son claramente muy antiguas y parecen remontarse a registros orales o escritos del propio Moisés. El hecho es que se incluyen muchas tradiciones diferentes, y los editores finales utilizaron su propio saber y entender en la compilación de los libros. También es incierta la fecha en que vivieron estos compiladores.

Los eruditos prosiguen el debate, olvidando a veces que esta forma de mirar el texto no debería impedirnos la contemplación de su significado primordial y su tema de conjunto. Lo esencial es leer y comprender el texto en su estado actual.

La historia de José

De todos sus hijos, Jacob amaba más a José. Era el primogénito de su muy amada esposa Raquel. Los otros hermanos, sin embargo, estaban celosos de José, especialmente cuando les contaba sus sueños: sueños en los que él se enseñoreaba sobre el resto de la familia. Un día en que fue enviado a ver a sus

hermanos que estaban lejos, apacentando el ganado, estos encontraron la manera de librarse de él. Lo arrojaron a un pozo vacío, y luego lo vendieron a unos mercaderes que viajaban rumbo a Egipto.

En Egipto, la suerte de José fluctuó violentamente. Comprado como esclavo por Potifar, importante funcionario del rey de Egipto, José se mostró capaz y digno de confianza. Muy pronto se convirtió en el mayordomo de la casa. Pero la mujer de Potifar puso en él sus ojos. Cuando José rechazó sus intentos de seducción, ella lo acusó a gritos de intentar violarla, y José fue arrojado a la cárcel. No importa cuán adversas fueran las circunstancias, el autor nos dice que «Jehová estaba con José».

En la prisión, José se ganó muy pronto la confianza del carcelero. Se hizo famoso por explicar sus sueños a dos funcionarios del faraón que también estaban presos junto con él. Los antiguos egipcios creían firmemente en los sueños como una clave para conocer el futuro. Había manuales para su interpretación. El jefe de los coperos, cuyo sueño había sido interpretado por José, fue liberado. Se acordó de José cuando el faraón tuvo un sueño que nadie entendía. José fue sacado rápidamente de la prisión y vestido para presentarse ante el rey. Interpretó los sueños del faraón, y reconoció prestamente a Dios como la fuente de su asombrosa capacidad de visión: primero vendrían siete años de abundancia, seguidos por siete años de una terrible hambruna. Impresionado, el faraón puso a José a cargo del almacenamiento y distribución de alimentos.

Así, por un golpe de suerte (o, como creía José, por designio de Dios), sus hermanos llegaron un día —sin sospechar nada— a mendigarle comida, ya que el hambre también había alcanzado a su tierra. Por un tiempo José mantuvo secreta su identidad, pero al fin perdió el control y les confesó quién era, perdonándolos y rogándoles que trajeran al anciano Jacob y a sus familias para establecerse en Egipto, donde había alimento para todos.

Allí, en el país de Egipto, termina el libro de Génesis. Pero la promesa de Dios no fue olvidada. Antes de morir, José impartió instrucciones para que llevaran sus huesos cuando la familia abandonara Egipto, pues estaba seguro de que eso ocurriría. Él quería descansar por fin en la tierra prometida por Dios.

1

2

LEY Y LIBERTAD

Éxodo • Levítico • Números • Deuteronomio

Tras la muerte de José (hecho con el que termina Génesis), el pueblo de Israel floreció y se multiplicó en Egipto. Sin embargo, los egipcios pronto olvidaron cómo José los había salvado de la hambruna. De parte de los gobernadores de Egipto, la gratitud se convirtió en recelo y odio.

Éxodo

ÉXODO

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Moisés entre los juncos [1-2](#)

Las diez plagas [7-12](#)

La Pascua [12-15](#)

El cruce del Mar Rojo [14](#)

¹Batchelor, M. (2000, c1993). *Abramos la Biblia* (electronic ed.). Miami: Sociedades Biblicas Unidas.

Los diez mandamientos y la Ley 20-24

El Tabernáculo 26

Al cabo de unos 300 a 400 años, la sola cantidad de israelitas planteaba una amenaza a los egipcios nativos. El faraón —rey de Egipto— trató de suprimirlos, usando a los israelitas como fuerza de trabajo forzado para sus ambiciosos proyectos arquitectónicos. Como aun así siguieron creciendo en número, el monarca promulgó un edicto en virtud del cual todos los bebés israelitas varones serían asesinados al nacer.

Un hombre y una mujer desacataron esta orden. Durante tres meses escondieron a su hijo recién nacido y, cuando ya no podían seguir haciéndolo, su madre lo puso en un canasto impermeable en el río, y dejó a María, la hermana, a cargo de su vigilancia. El bebé fue encontrado en su canasto por la hija del faraón, cuando bajaba a tomar su baño. María se acercó y ofreció a su madre como nodriza para el niño. La princesa llamó Moisés al bebé, y lo dejó a cargo de la mujer hasta el destete. Luego Moisés fue criado y educado en la corte egipcia como hijo adoptivo de la hija del rey.

Moisés

A pesar de haber sido criado en la corte real, el afecto de Moisés estaba con su propio pueblo sometido, los israelitas. Trató de protegerlos de sus mayores y de arreglar las disputas entre ellos, con la intención de defender su causa, pero ellos lo rechazaron. Finalmente, en su pasión por la justicia, mató a un capataz egipcio que golpeaba a un israelita, y tuvo que huir del país.

Durante los siguientes 40 años, Moisés vivió como pastor, y pasó largas horas solo en el desierto. Un día, cerca del Monte Sinaí, vio una zarza ardiendo. Lo que llamó su atención fue el hecho de que el arbusto no se consumiera. Al acercarse, una voz le habló desde la zarza ardiente.

Dios le dijo:

—No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es.

Y añadió:

—Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. (Éx 3.5-6)

Dios había escuchado los clamores de su pueblo. Llegaba la hora de liberarlos de la esclavitud y había elegido a Moisés para dirigirlos. Moisés se excusó una y otra vez. Era mayor y más sabio de lo que era en su impetuosa juventud y carecía de la ambición para emprender la tarea.

Dijo Moisés a Dios:

—Si voy a los hijos de Israel y les digo: “Jehová, el Dios de vuestros padres, me ha enviado a vosotros”, me preguntarán: “¿Cuál es su nombre?”. Entonces ¿qué les responderé?

Respondió Dios a Moisés:

—“Yo soy el que soy”... ‘Yo soy’ me envió a vosotros”. (Éx 3.13-14)

En aquel tiempo se creía que el nombre de una persona indicaba su carácter. Este nombre misterioso era una manera de decir que Dios se da a conocer por sus actos. También, en las palabras de John Drane, ese nombre nos dice que «Dios es el Señor del tiempo y hará en el futuro lo que hizo en el pasado y está haciendo en el presente».

El nombre del Dios de la alianza fue revelado a Moisés de una manera nueva. Este nombre ha sido transcrito en las Biblias castellanas de diversas maneras, como Jehová, Yahvé o Señor.

Dios indicó a Moisés que dijera a la gente de Israel que su Dios los liberaría. Muchos habían olvidado cómo era Dios, pero pronto tendrían una demostración de su poder cuando Moisés desafiase al rey egipcio. Cuando Moisés puso como objeción no ser un buen orador, Dios le prometió que su hermano Aarón lo acompañaría y sería el vocero. Dios no aceptaba excusas.

VIDA EN EGIPTO

Desde los tiempos de José hasta los de Moisés (cuatro siglos), los clanes de Israel vivieron en Egipto, un reino cuya historia incluso entonces se remontaba a bastante más de mil años. En los tiempos de Moisés, la mayoría de los habitantes de Egipto eran agricultores campesinos que cultivaban pequeñas parcelas de tierra. La inundación anual del Nilo regulaba su vida. El Nilo aportaba el agua para irrigar las siembras y producir el rico légamo o lodo, que hacía de Egipto una tierra tan fértil. Durante la inundación del Nilo, cuando nadie podía ocuparse de la tierra, muchas personas eran reclutadas para trabajar en proyectos estatales de construcción.

El faraón (rey de Egipto e intermediario entre los dioses y la humanidad) estaba en la cúspide del orden social; le seguían dos visires, que dirigían la vasta burocracia que controlaba y registraba cada área de la vida.

Obreros y campesinos vivían en casas hechas de ladrillos de barro, pero los nobles tenían casas y jardines más espléndidos. La abundante información que poseemos sobre la vida egipcia procede de pinturas e inscripciones funerarias, de escritos en muros de templos y monumentos, y de objetos encontrados en las tumbas.

Los egipcios adoraban muchos dioses, en santuarios locales y en grandes templos, por intermedio de sacerdotes. La magia era una parte activa de la religión. Creían en la vida después de la muerte y todo lo necesario para esta nueva vida se incluía en la tumba de la persona muerta, donde se depositaba el cuerpo cuidadosamente embalsamado.

«Deja ir a mi pueblo»

Moisés y Aarón se presentaron ante el faraón, el rey de Egipto, con la petición de que permitiera salir al pueblo de Israel, con el propósito de adorar a su Dios. El faraón rehusó de plano. Con el fin de demostrar que Dios era más fuerte que faraón y los dioses de Egipto, y para hacer cambiar la actitud del faraón, cayó sobre los egipcios una serie de desastres: las diez plagas. Primero las aguas del Nilo, dadoras de vida, se volvieron color sangre. Luego fueron las plagas de ranas, de moscas y de piojos. Pero el faraón endureció su corazón y se negó a permitir que el pueblo abandonara Egipto, como Dios había mandado... y su pueblo sufrió en consecuencia. Después de nueve plagas, Moisés previno al rey que vendría una décima y mucho más terrible tragedia: el primogénito de cada familia en Egipto — incluso la primera cría del ganado— moriría en una noche determinada.

La Pascua

A través de estas intervenciones, el pueblo de Israel también aprendía acerca del poder de Dios y de su misericordia hacia ellos. Por eso, antes de que cayera la última plaga, Moisés indicó ciertos preparativos especiales. Cada familia israelita debía matar un cordero y salpicar con su sangre los dinteles y postes de las puertas de su casa. Esto era un símbolo: la vida del cordero era entregada por ellos. Cada familia refugiada en una vivienda marcada por esa sangre estaba a salvo del poder destructor de la muerte.

La noche del juicio para los egipcios habría de ser la noche de salvación y liberación para los israelitas. En el interior de cada hogar debían preparar una comida especial de cordero asado y hierbas amargas, con pan sin levadura. Comerían ya vestidos para la travesía. Apenas amaneciera, los egipcios estarían ansiosos por acelerar la partida de los israelitas.

Llantos y lamentaciones llenaron la tierra a medida que la muerte llegaba a cada vivienda egipcia. El faraón le dijo a Moisés que se llevara lejos a su pueblo. Los israelitas estaban finalmente libres para abandonar la tierra de esclavitud y partir en busca de la tierra que Dios les había prometido desde el tiempo de Abraham.

El Mar Rojo

Tan pronto como la vasta procesión de israelitas con sus rebaños y ganados hubo abandonado Egipto, el faraón se arrepintió de haber dejado escapar a sus esclavos. Envío un ejército para recapturarlos. Los israelitas parecían estar atrapados. Tenían al ejército en sus talones, y el camino delante de ellos estaba bloqueado por el agua.

El Mar Rojo, tal como lo llama la Biblia, puede no ser el mar que hoy lleva ese nombre. Una mejor traducción es Mar de los Junquillos, una extensión de agua probablemente ubicada en la región que actualmente ocupa el canal de Suez.

Cuando vieron acercarse los caballos y carros egipcios, los israelitas se sobrecogieron de pánico. Pero Moisés les dijo:

—No temáis; estad firmes y ved la salvación que Jehová os dará hoy, porque los egipcios que hoy habéis visto, no los volveréis a ver nunca más. (Éx 14.13)

A la orden de Dios, Moisés alzó su cayado sobre el mar y un fortísimo viento del este separó las aguas para que la gente pudiera seguir por tierra firme. Solo cuando estuvieron a salvo del otro lado, las aguas volvieron a fluir, ahogando al ejército egipcio que los perseguía.

Moisés y su hermana María rompieron a cantar e iniciaron una danza de victoria a la que se sumó todo el pueblo:

*«Cantaré yo a Jehová,
porque se ha cubierto de gloria;
ha echado en el mar al caballo y al jinete.
Jehová es mi fortaleza y mi cántico.
Ha sido mi salvación. (Éx 15.1-2)*

A lo largo de la historia de Israel, esta poderosa liberación en el Mar Rojo se ha visto como el acto supremo de Dios para salvar a su pueblo, junto con la Pascua, su gran acto de redención de la esclavitud en Egipto.

En el desierto

Moisés alejó al pueblo del bien custodiado camino de la costa, y lo llevó hacia el sur, por el Desierto de Sinaí, hacia el Monte Sinaí. Dios había prometido a Moisés que regresarían al mismo lugar donde él había sido llamado. Durante toda la larga peregrinación en el desierto, se describe a Dios yendo al frente de su pueblo: una columna de nubes en el día y una columna de fuego en la noche eran los signos de que él estaba con ellos. El fuego y las nubes se emplean a menudo como símbolos de la presencia de Dios. Esta nube se describe como brillante y luminosa. Más tarde, la tienda o Tabernáculo de Dios sería otro símbolo visible de su presencia.

La alianza

La alianza o pacto entre Dios y su pueblo de Israel, en el Monte Sinaí, es el corazón de todo el Antiguo Testamento. El pacto está basado en el libre amor y bondad de Dios hacia su pueblo. Él los había elegido para que le pertenecieran de una manera especial. Él los protegería y los haría prosperar. La parte que le correspondía al pueblo en el pacto era obedecer a Dios y cumplir las leyes dadas por intermedio de Moisés.

Todos estaban entusiasmados con este acuerdo. No dudaban de que podían cumplir su parte en la alianza, aunque el resto del Antiguo Testamento muestra cuán lejos estuvieron de ser fieles y obedientes a Dios.

Moisés subió a la montaña a recibir las palabras de Dios y descendió para la ceremonia del pacto. Espantados por la nube, el sonido de una trompeta, los truenos y relámpagos en derredor, el pueblo

prestamente se declaró dispuesto a acatar el pacto. Moisés selló las promesas de la alianza con la sangre de animales.

El signo de la relación contractual entre Dios e Israel era la circuncisión de todos los varones, tal como primero se requirió a Abraham. La circuncisión era práctica común en esa parte del mundo, como rito de iniciación a la adultez, pero para los israelitas marcaría su relación especial con Dios; la operación se ejecutaría, de allí en adelante, en el octavo día después del nacimiento. Dios les reveló su nombre especial para el pacto —el nombre que había dado a conocer a Moisés— para que así lo nombrasen en adelante.

Los diez mandamientos

El núcleo central de las numerosas leyes contenidas en los libros Éxodo y Levítico es el Decálogo o los diez mandamientos. La primera mitad resume la relación de las personas con Dios y la segunda mitad, la relación entre personas. Estas leyes son mucho más que un conjunto pasajero de reglas para un determinado grupo de personas. Han sido ampliamente reconocidas como universales y permanentes; las leyes actuales de muchos países occidentales tienen base en estos mandamientos.

«Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.

»No tendrás dioses ajenos delante de mí.

»No te harás imagen ni ninguna semejanza... No te inclinarás a ellas ni las honrarás...

»No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano...

»Acuérdate del sábado para santificarlo...

»Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová, tu Dios, te da.

»No matarás.

»No cometerás adulterio.

»No hurtarás.

»No dirás contra tu prójimo falso testimonio.

»No codiciarás... ni cosa alguna de tu prójimo». (Éx 20.2-17)

Leyes civiles

Los libros de la ley en el Antiguo Testamento contienen muchas otras leyes, algunas claramente relacionadas con las formas de vida en ese tiempo.

Se dan instrucciones acerca de la conducta correcta en situaciones particulares. Por ejemplo, si un toro corneaba a una persona y esta moría, se daba muerte al toro. Si el toro era conocido por dar cornadas a la gente, el dueño pagaba la misma pena.

Otras leyes se refieren a la vida familiar y al trato de los esclavos. Un aspecto que tienen en común es la consideración por los débiles y desposeídos, a quienes Dios pone especial cuidado en proteger:

«Cuando siegues la mies de tu tierra, no segarás hasta el último rincón de ella ni espigarás tu tierra segada. No rebuscarás tu viña ni recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás. Yo, Jehová, vuestro Dios...

»No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana siguiente.

»No maldecirás al sordo, ni delante del ciego pondrás tropiezo, sino que tendrás temor de tu Dios. Yo, Jehová.

»No cometerás injusticia en los juicios, ni favoreciendo al pobre ni complaciendo al grande: con justicia juzgarás a tu prójimo.

»No andarás chismeando entre tu pueblo.

»No atentarás contra la vida de tu prójimo. Yo, Jehová...

»No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, Jehová. (Lv 19.9-18)

Alianzas o pactos en tiempos de Moisés

La alianza era un concepto familiar para los contemporáneos de Moisés. Los arqueólogos han descubierto registros de alianzas hititas que datan de 1400 a 1200 a.C. Los hititas eran otro pueblo que vivía en el Medio Oriente en los tiempos de Moisés. Una alianza solía pactarse entre un caudillo o rey y un grupo menos poderoso.

En el texto de la alianza, el que había tomado la iniciativa se presentaba y enumeraba lo que había hecho por la otra parte. Requería ciertas cosas a cambio. Por lo general seguía luego una enumeración de bendiciones o maldiciones, según que la otra parte respetara o rompiera los votos (el capítulo 28 de Deuteronomio enumera tales bendiciones y maldiciones en relación con la alianza divina).

La alianza de Dios opacó cualquier otro pacto celebrado por reyes o caudillos humanos. Como su iniciador, prometió bendiciones y beneficios inigualados a su pueblo.

Leyes ceremoniales

Otro grupo de leyes tiene que ver con la adoración y servicio a Dios. Algunas normas prescriben la manera de ofrecer el culto a Dios. Otras son leyes alimentarias, que estipulan los alimentos que no deben ser comidos. La carne de puerco y los mariscos, entre otros, estaban prohibidos. Es muy posible que estas leyes fueran dictadas para proteger la salud en un clima cálido. La separación entre animales limpios e inmundos también simboliza la separación de Israel de las naciones.

Había además muchas otras leyes que se referían a la limpieza ritual de la persona. Tenían su fundamento en la higiene, pero la razón predominante era que el Dios de Israel era un Dios santo. Era puro y no era tocado por el pecado. La suciedad física se consideraba símbolo de corrupción moral y espiritual. Si Dios iba a vivir en medio de su pueblo, este también debía mantenerse santo y puro en todo sentido.

El becerro de oro

Después de sellar la alianza, Moisés ascendió nuevamente la montaña y allí permaneció largo tiempo en comunión con Dios. El pueblo se cansó de esperar su regreso. Rompiendo las promesas que acababan de hacer, le rogaron a Aarón que les hiciera un dios que pudieran ver y tocar. Él pidió que le entregaran sus joyas de oro, las fundió e hizo un becerro. Siguió luego una ruidosa y concupiscente celebración, una orgía que pretendía ser un culto de adoración, con el becerro en el centro.

Finalmente Moisés y su ayudante Josué descendieron de la montaña. Moisés llevaba las tablillas de piedra grabadas por Dios con los diez mandamientos. Débilmente al comienzo, pero cada vez más fuerte, escucharon el griterío que venía del campamento. Moisés muy pronto se dio cuenta de lo que sucedía. Se puso furioso. Arrojó al suelo las tablillas de piedra, rompiéndolas en pedazos, e irrumpió en la escena de la francachela, restableciendo rápidamente el juicio en la gente. Moisés no podía creer que tan pronto después de jurar obediencia a los mandamientos de Dios pudieran romper el segundo mandamiento e inclinarse ante una imagen hecha por el hombre.

En su furia, Moisés molió el becerro hasta convertirlo en polvo, lo mezcló con agua e hizo que los israelitas lo bebieran. Sin embargo, poco después Moisés mismo emprendió de nuevo la caminata montaña arriba, e imploró el perdón de Dios y la rehabilitación para ese pueblo que había pecado tan gravemente. Dios se reveló así a Moisés:

¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado... (Éx 34.6-7)

Muchas veces Dios perdonó y redimió a su pueblo. Lamentablemente, la idolatría marcaría la conducta de Israel durante muchos siglos subsiguientes. Finalmente la infidelidad condujo a la quiebra de la nación.

El Tabernáculo

Dios prometió a Moisés que estaría con su pueblo; su presencia se reconocía en las columnas de nubes y fuego. Pero Dios también decidió que se erigiera un Tabernáculo: una carpa para sí mismo en medio del campamento israelita. Moisés transmitió las detalladas instrucciones de Dios a los artífices que habrían de construir este pabellón especial o Tabernáculo. En el centro de una serie de claustros, se encontraba «el Lugar santísimo». No había allí imagen alguna de Dios, como en otros santuarios similares de la época, pero sí una caja o arca cubierta de oro, en la que se colocaron las dos tablas de la Ley que Moisés había traído de lo alto de la montaña.

Una característica de este Tabernáculo era que cada una de las partes estaba provista de varas y anillos para transporte. Puesto que el pueblo estaba en marcha, el Tabernáculo también tenía que ser movable. El Dios de Israel no era como los dioses de los pueblos de los alrededores, cuyo poder estaba confinado al territorio en que vivía su tribu. Mientras el pueblo de Dios estuviera peregrinando, él prometía ir con ellos y vivir allí.

Se estipularon pautas muy estrictas, para evitar que la gente pensara que se podía tratar a Dios con liviandad. Solo los sacerdotes elegidos tenían permiso para servir en el Tabernáculo; y una vez instalado el campamento, las tiendas de los sacerdotes rodeaban a la tienda de Dios. A la vez que señalaba la presencia de Dios entre su pueblo, el Tabernáculo protegía a todos de un contacto demasiado próximo con la terrible majestad y santidad de la presencia de Dios.

El libro del Éxodo está lleno de la gloria y santidad de Dios, pero los escritores también ponen énfasis en el hecho de que Dios estaba dispuesto a vivir en medio de su pueblo, protegiéndolo y salvándolo. La gente tuvo que aprender muchas lecciones amargas durante su peregrinación por el desierto. Faltaba el agua, y a menudo protestaban y aturdían a Moisés con sus quejas. Pero Dios se revela como Aquel que constantemente proporciona lo que necesita su pueblo.

El libro de Éxodo termina cuando se completa la construcción del Tabernáculo, y lo envuelve la brillante nube de la presencia de Dios en toda su gloria. Dios está con su pueblo.

EL TABERNÁCULO

La tienda del culto de Israel

Las instrucciones para construir el Tabernáculo están estipuladas en detalle en el libro de Éxodo. Los israelitas debían hacer una tienda portátil para el Señor, que llevarían durante la travesía hasta la tierra prometida. Cuando instalaban el campamento, la tienda de Dios se erigía en el centro. Dios estaba en el medio de su pueblo: estaba siempre presente entre ellos.

La tienda tenía dos habitaciones: en el cuarto privado interior se depositaba el arca de la alianza y la copia de las leyes de Dios. En el atrio externo había un candelabro con siete lámparas, un altar para el incienso y una mesa con doce panes.

Un amplio atrio rodeaba a la tienda de Dios: aquí la gente se presentaba ante los sacerdotes. Había un altar para los sacrificios. Un gran recipiente de bronce contenía agua para que los sacerdotes se lavaran antes de entrar a la tienda de Dios.

Levítico

LEVÍTICO

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Leyes sobre ofrendas y sacrificios [1-7](#)

Aarón y sus hijos ordenados sacerdotes [8-9](#)

Leyes rituales sobre pureza e impureza [11-15](#)

El Día del perdón [16](#)

Los grandes festivales [23](#)

Leyes sobre santidad en la vida y en el culto [17-21](#)

A primera vista, Levítico es poco más que un informe sobre cómo ofrendar sacrificios y llevar a cabo disposiciones rituales. Eso se debe a que el libro se refiere a los deberes de los sacerdotes y levitas, como el título indica.

Los levitas eran miembros de la tribu de Leví. No eran sacerdotes, porque no descendían de Aarón, el primer sumo sacerdote. Sin embargo, ayudaban a los sacerdotes en sus deberes. Necesitaban instrucciones detalladas a fin de poder ejecutar sus servicios correctamente.

La palabra clave de Levítico es «santo». El estilo de vida de los sacerdotes, los levitas y el pueblo debe ser limpio, puro y consagrado a Dios. Debido a que están en una relación de alianza con un Dios santo, ellos también deben ser santos: libres de contaminación y completamente dedicados a Dios.

En el centro mismo del libro, leemos sobre las fiestas religiosas que marcan el paso del año para los israelitas. Los festivales celebraban los actos salvíficos de Dios en el pasado y su incesante protección.

El Día del perdón

Si había algo que comunicaba a la gente la santidad de Dios, era la observancia anual del Día del perdón. En ese día nadie trabajaba y todos ayunaban. Debían reconocer y confesar su fracaso en seguir y obedecer la ley de Dios. Procedía luego un rito solemne para quitar los pecados.

Nadie, excepto el sumo sacerdote, tenía derecho a entrar en el santuario interior del Tabernáculo, donde se guardaba la caja de oro: el arca de la alianza. Aun el sumo sacerdote solo podía entrar una vez al año, en el Día del perdón (o expiación). Salpicaba con sangre la tapa del arca, conocida como el propiciatorio, para expiar los pecados de la gente. La sangre representaba la ofrenda de vida.

«Perdón» conlleva la idea de la reconciliación de Dios con su pueblo, que se purifica con la eliminación del pecado. El sumo sacerdote también ofrecía sacrificios de animales para expiar los pecados de los sacerdotes y del pueblo. Luego seleccionaba dos machos cabríos. Mataba a uno como sacrificio, pero sobre el otro recitaba los pecados del pueblo. A continuación lo mandaba lejos, para que llevara consigo esos pecados, al desierto. Era el chivo emisario con los pecados de todos.

El día de reposo (sábado)

El día de reposo —es decir, el principio de separar un día de descanso cada seis días de trabajo— tiene sus raíces en la historia misma de la creación. El relato de Génesis dice que Dios descansó de su obra de creación en el séptimo día, y ese día fue santo para el Señor. Guardar ese día especial era uno de los diez mandamientos y distinguía a los israelitas como pueblo de la alianza, como pueblo de Dios. El día de reposo, al parecer, tenía como propósito ser una celebración gozosa. Era un día en el cual la gente podía recordar el pacto con Dios, y estar libre del trabajo de todos los días. Incluso los esclavos y los animales de labor debían disfrutar del feriado semanal.

La Pascua

La Pascua era una conmemoración clave en Israel. Era la primera de las fiestas anuales y, una vez que Israel llegó a la tierra de Canaán, todos los israelitas varones debían acercarse al Tabernáculo de Dios —más tarde el templo— para celebrar la Pascua.

En la noche de la primera Pascua, Dios había liberado a su pueblo de la esclavitud en Egipto; desde entonces, esos acontecimientos se conmemoraban durante la comida pascual. La redención de Dios se

recordaba al comer el cordero asado, junto con hierbas amargas, que eran remembranza de la amargura de la esclavitud en Egipto. También comían pan preparado sin levadura, pues la fiesta de los panes sin levadura («ázimos») se celebraba al mismo tiempo.

Algunos consideran la fiesta del pan sin levadura como una celebración agrícola, por estar relacionada con la cosecha de la cebada, ocasión en que la primera gavilla madura se ofrecía a Dios. La Biblia asocia el acto de comer el pan sin levadura con la primera Pascua, cuando la gente tenía tanta prisa por abandonar Egipto, que no podía esperar que leudara la masa que llevaría consigo.

El festival de las semanas (Pentecostés)

Esta fiesta tenía lugar siete semanas después de la Pascua y de ofrecer a Dios la gavilla de cebada. Su otro nombre era Pentecostés, pues ocurría 50 días después de la ofrenda de cebada. Era la fiesta de las primicias. Para entonces había terminado la recolección del grano y se hacía una ofrenda especial a Dios. En esta oportunidad también debían todos los hombres de Israel dirigirse al Tabernáculo de Dios.

Fiesta de los Tabernáculos

Esta era la tercera fiesta en que los israelitas se presentaban ante Dios en su Tabernáculo. Se trataba de una acción de gracias por la cosecha, a veces llamada la fiesta de la reunión. Era un festival especialmente alegre, que los niños disfrutaban, cuando el pueblo, una vez establecido en Palestina, acampaba en rústicas chozas hechas de ramas. Algunos consideran que esta costumbre proviene del hábito de los agricultores de vivir en los campos mientras se hace el trabajo de la cosecha. Levítico lo explica como un recordatorio del tiempo en que todos vivían en tiendas, durante su éxodo por el desierto.

Sacrificio

A mucha gente hoy el sacrificio le parece algo bárbaro, especialmente si involucra animales. Otrora el sacrificio se practicaba en todo el mundo como una forma de poner aquello que puede ser visto y conocido en este mundo en contacto con el mundo espiritual. En ciertas religiones, el sacrificio se considera una manera de alimentar y satisfacer a los dioses. La Biblia rechaza este punto de vista y pone énfasis en la santidad de Dios; su bondad absoluta lo sitúa lejos del error y del mal, y por esa razón se hace necesario un camino especial para que hombres y mujeres pecadores se acerquen a él. El sacrificio era ese camino.

Se prescribían ofrendas diferentes para distintas ocasiones y situaciones, pero en cada caso el sacrificio expresaba el reconocimiento de que el devoto no estaba en condiciones de aproximarse a Dios. Antes de hacerlo, los pecados deben ser cubiertos y expiados. Con el paso del tiempo, la necesidad del perdón de los pecados se convirtió en la principal razón para el sacrificio en Israel.

Se realizaba de la manera siguiente:

El ofrendante se aproximaba al altar, que estaba en el atrio externo del Tabernáculo, y traía el animal determinado. Tenía que ser perfecto, libre de defectos. La persona ponía su mano sobre la cabeza del animal, identificándose con este. Luego él mismo mataba al animal, y el sacerdote untaba la sangre en los cuernos y en la base del altar. El cuerpo del animal era quemado sobre el altar. A veces se guisaba parte del animal y se compartía una comida.

No existe una explicación clara de la relación entre el sacrificio y el pecado; con todo, al identificarse con el animal, el ofrendante claramente expresaba que, por haber quebrantado las leyes de Dios, merecía el destino que el animal iba a sufrir. El animal moría en lugar de él. Había varios tipos de sacrificio. En la ofrenda colectiva, la acción de compartir y comer la carne guisada significaba la renovada relación del pecador con Dios y con sus congéneres hombres y mujeres.

Todo el poderoso rito del sacrificio servía como fuerte ayuda visual, y ponía en claro la necesidad de cada persona de estar en buenos términos con un Dios santo.

Ceremonial

Buena parte de Levítico y otras partes del Pentateuco se ocupan del ritual. No hay explicación de las detalladísimas instrucciones que acompañan la construcción del Tabernáculo o el procedimiento para los sacrificios. Con todo, es importante atribuirles el peso que merecen. Algunos antropólogos sociales sostienen que la comprensión del ritual de un pueblo es la clave para conocer su identidad. Explica cuáles son sus valores y qué es lo que más los conmueve.

Cada grupo en la sociedad tiene sus propios ritos, aunque a veces, por la misma familiaridad, no nos percatemos de ellos. Todos los ritos de los israelitas pretendían enfatizar la santidad del Dios al cual servían, el hecho de su absoluta bondad y ausencia de pecado. Las ceremonias traían a la memoria la seriedad que reviste acercarse a Dios, la necesidad de obedecer sus leyes y de seguir los procedimientos adecuados para ser santos también.

El capítulo 19 del Levítico es un maravilloso ejemplo de cómo tenía que vivirse la santidad de Israel en la vida cotidiana. Las leyes abarcan muchos aspectos de la vida, desde la exactitud de las pesas y medidas hasta el cuidado de los desposeídos, así como mandatos sobre no robar, mentir o cometer fraude. En todas estas enseñanzas subyace el amor y la veneración hacia Dios y hacia los demás.

Levítico también establece las disposiciones de Dios para rehabilitar a su pueblo y restaurar su herencia, la tierra. Cada séptimo año habría de ser un año «sabático», durante el cual la tierra descansa y queda en barbecho. Cada 50 años se proclamaría un año de Jubileo. La tierra debía ser devuelta a su primitivo propietario y los esclavos puestos en libertad.

Números

NÚMEROS

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Vida en el desierto, en Sinaí y después [14](#)

Espionaje de la tierra [13](#)

Cuarenta años de peregrinaje [14](#)

La rebelión de Coré [16](#)

Agua de la roca [20](#)

La serpiente de bronce [21](#)

Balac y Balaam [22-24](#)

Fronteras de Canaán [34](#)

El libro de Números contiene la lista de los clanes del pueblo de Israel; el título del libro proviene del censo o empadronamiento con el cual comienza. Lo que hoy puede parecernos lectura árida y polvorienta era fascinante para la gente que leía acerca de sus propios antepasados. El libro de Números, sin embargo, contiene algo más que guarismos relativos al censo. Hay otras leyes, así como un relato de ciertas experiencias de Israel durante su peregrinación por el desierto.

Cades-Barnea

Una historia clave relata que Moisés, desde un lugar llamado Cades, envió a doce hombres —uno por cada tribu— a explorar la tierra de Canaán, antes de prepararse para entrar en ella. Los frutos que trajeron de vuelta eran exquisitos, pero solo dos de los doce espías creían que Dios les daría la tierra. Los demás vieron a sus habitantes como gigantes que podrían repelerlos fácilmente. La mayoría del pueblo se puso del lado de los diez, rehusando creer en Dios y en su promesa.

Entonces toda la congregación gritó y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. (Nm 14.1)

En vano Caleb y Josué, los dos que confiaban en Dios, suplicaban a la gente:

Si Jehová se agrada de nosotros, él nos llevará a esta tierra y nos la entregará; es una tierra que fluye leche y miel... Jehová está con nosotros: no los temáis. (Nm 14.8-9)

Pero el pueblo no quiso escucharlos y, por no haber confiado en Dios, los israelitas fueron condenados a vagar por el desierto durante 40 años: el tiempo necesario para que esa generación de incrédulos se extinguiera. Luego Josué y Caleb condujeron a una nueva generación hacia la tierra prometida.

Biografía de Moisés

Nacido en Egipto bajo amenaza de muerte del faraón; hijo de Amram, un levita, y de Jocabed (Éxodo 2, 6).

Escondido de los soldados egipcios y puesto en un canasto impermeable a orillas del Río Nilo, es encontrado por la hija del faraón y criado en la corte tras un cuidado inicial a cargo de su madre (Éxodo 2).

En defensa de sus hermanos israelitas, mata a un capataz egipcio y es obligado a huir del país (Éxodo 2).

Se casa en Madián, y trabaja como pastor para su suegro, Jetro, durante 40 años (Éxodo 2-3).

Atraído por la zarza ardiente en el desierto, es llamado por Dios para rescatar a su pueblo (Éxodo 3).

Regresa a Egipto; el faraón se niega a dejar ir al pueblo. Moisés y Aarón anuncian una serie de desastres: las diez plagas (Éxodo 7-12).

Muerte de los primogénitos; la Pascua; Moisés saca al pueblo de Egipto (Éxodo 12-13).

El cruce del Mar Rojo y una canción de triunfo (Éxodo 13-15).

Recibe la ley de Dios para su pueblo en Sinaí y sella la alianza (Éxodo 20-24).

El becerro de oro. Enojado, Moisés rompe las tablas de la ley; pero más tarde intercede ante Dios por su pueblo (Éxodo 32).

Exploradores son enviados a Canaán desde Cades; la rebelión tiene como resultado 40 años de peregrinaje en el desierto bajo el liderazgo de Moisés, que estaba siempre alentando a su pueblo (Números 13).

Agua brota de una roca; la ira de Moisés (Números 20).

El último gran discurso de Moisés al pueblo recordándoles la alianza; Moisés entrega el liderazgo a Josué y observa la Tierra prometida desde el monte Pisga (Deuteronomio 34).

Muerte de Moisés (Deuteronomio 34).

Números describe a Moisés como «un hombre muy humilde». Tal vez esta sea la cualidad que mejor lo describe. Se crió gozando de todas las ventajas de la educación ofrecida en un palacio. Fue escogido por Dios para ser líder de su pueblo, y además tuvo una relación íntima con Dios. Sin embargo, Moisés nunca se impuso a nadie ni luchó por sus propios derechos. La mayor parte del tiempo soportó las quejas y la desobediencia del pueblo con paciencia. Habló con dureza al pueblo solo cuando el honor de Dios estaba en juego.

No solo sacó al pueblo de la esclavitud y lo llevó a la frontera de la Tierra prometida, sino que también les entregó la Ley y confirmó la alianza entre ellos y Dios. Hizo de una muchedumbre indisciplinada un pueblo casi unido. Cuidó de sus necesidades diarias —alimento y agua— y administró justicia. También los guió en victorias militares.

Deuteronomio cataloga su grandeza con estas palabras:

Nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés, a quien Jehová conoció cara a cara; nadie como él por todas las señales y prodigios que Jehová le envió a hacer en tierra de Egipto, contra el faraón y todos sus siervos, y contra toda su tierra, y por el gran poder y los hechos grandiosos y terribles que Moisés hizo a la vista de todo Israel. (Dt 34.10-12)

Serpientes venenosas

Números habla bastante de las experiencias del pueblo en el desierto y de las lecciones que Dios trató de inculcarles bajo la guía de Moisés. En cierta ocasión, los israelitas habían vuelto a refunfuñar, como tantas veces, contra Moisés y contra el mismo Dios:

«¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto?» (Nm 21.5)

En respuesta, Dios permitió que una plaga de serpientes venenosas los asediaran. Lleno de remordimiento, el pueblo se acercó a Moisés y le pidió que intercediera ante Dios para que alejara las serpientes. Dios le dijo a Moisés que hiciera una serpiente de bronce o de cobre y la pusiera en lo alto de un asta. Cualquiera que hubiera sido mordido y mirara la serpiente de bronce, sanaría. Se trataba de otra simple ayuda visual para enseñar fidelidad y obediencia.

Alimento

Cuando se cansaban de la vida en el desierto, los israelitas a menudo hablaban con nostalgia de la comida que solían disfrutar en Egipto: pescado, pepinos, melones, puerros y ajo. No había ninguna posibilidad de encontrar estos productos en el desierto. En cambio, tenían que satisfacer su hambre con lo que llamaban «este pan tan liviano».

Se referían a la comida especial que Dios les proveyó durante todo su peregrinaje por el desierto. El autor de Éxodo lo describe como una sustancia blanca, escamosa y dulce. Se derretía al sol. La gente lo llamaba *maná*, vocablo que significa «¿qué es?», pues cuando lo vieron por primera vez nadie sabía lo que era. El maná cubría la tierra cada mañana. Puede haberse tratado del *man* arábigo, sustancia exudada por dos tipos de insecto que viven en el tamarisco.

Oraciones y bendiciones

Cada vez que la nube de la presencia de Dios y el arca de la alianza se detenían, los israelitas armaban sus tiendas. La oración que Moisés repetía era la siguiente:

«¡Descansa, Jehová,
entre los millares de millares de Israel!». (Nm 10.36)

Cuando la nube y el arca se ponían nuevamente en movimiento, oraba:

«¡Levántate, Jehová!
¡Que sean dispersados tus enemigos
y huyan de tu presencia los que te aborrecen!». (Nm 10.35)

Aarón y los sacerdotes impartían esta bendición especial sobre el pueblo:

“Jehová te bendiga y te guarde.
Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti
y tenga de ti misericordia;
Jehová alce sobre ti su rostro
y ponga en ti paz”. (Nm 6.24-26)

Deuteronomio

DEUTERONOMIO

PASAJES Y HECHOS CLAVE

«No se olviden»; a través de todo el libro, Moisés le recuerda al pueblo los mandamientos de Dios y todo lo que él había hecho por ellos.

Los diez mandamientos [5](#)

Obediencia y desobediencia: maldiciones y bendiciones [27-28](#)

La renovación de la alianza [29](#)

Josué, un nuevo líder [31](#)

Cántico y bendición de Moisés [32-33](#)

La muerte de Moisés [34](#)

Este libro ha sido llamado «el latido del corazón» del Antiguo Testamento. Su nombre significa «segunda ley», porque describe la renovación de la alianza entre Dios e Israel.

El libro toma la forma de un discurso de despedida de Moisés al pueblo de Israel, cuando después de tanto tiempo alcanzan la tierra prometida. A Moisés no le fue permitido entrar en esa tierra con ellos. En una ocasión había dejado que su ira hacia los israelitas brotara sin control; en consecuencia, dijo Dios, podría ver pero no entrar en Canaán.

Deuteronomio evoca el pasado, recordando al pueblo todo el amor y la fidelidad que Dios les ha mostrado durante los años en el desierto. Expone nuevamente ante los israelitas las promesas de la alianza, fielmente guardadas por el lado divino. Por su parte, ellos deberán obedecer a fin de experimentar la bendición de Dios en la nueva vida que tienen por delante.

El libro termina con la muerte de Moisés, y la figura de Josué, su nuevo líder, que surge para conducirlos hacia la tierra prometida.

Amor y obediencia

El tema de la fidelidad de Dios está presente en todo el libro de Deuteronomio. Moisés mueve a los israelitas a pensar sobre su historia de los últimos 40 años, recordándoles el constante cuidado de Dios. Hasta las pruebas padecidas han sido parte del plan amoroso de Dios:

Te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová, tu Dios, estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Te afligió, te hizo pasar hambre y te sustentó con maná, comida que ni tú ni tus padres habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre. (Dt 8.2-3)

Fecha y compilación de Deuteronomio

Hay muchas opiniones en cuanto a la fecha en que fue escrito el libro de Deuteronomio; oscilan desde los tiempos de Moisés hasta después del exilio, una diferencia de unos 600 años. Muchos están de acuerdo con que parte de su contenido se remonta hasta el mismo Moisés; pero la mayoría cree que el libro fue escrito o compilado (o sea, que su lenguaje fue actualizado) en el siglo VII a.C. Algunos piensan que fue compilado por levitas; otros, por escribas. Pero también puede ser obra de profetas del reino del norte de Israel, quienes habían huido hacia Judá, al sur, después de la caída de su capital, Samaria. Se cree que fue escrito por ellos durante los malos días del reinado de Manasés (ver [2 Reyes 21](#)).

Muchos eruditos creen que los que compilaron Deuteronomio también son responsables por los libros de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, y 1 y 2 de Reyes. Reconocen que todos estos libros ponen de relieve en la alianza con Dios y la importancia de obedecerla. Se les llama a estos escritores los «deuteronomistas».

Los autores asimismo hacen hincapié en la forma en que Israel debía corresponder al cuidado paternal de Dios. Debían responder en obediencia amorosa:

Mirad, pues, que hagáis como Jehová, vuestro Dios, os ha mandado. No os apartéis a la derecha ni a la izquierda. Andad en todo el camino que Jehová, vuestro Dios, os ha mandado, para que viváis, os vaya bien y prolonguéis vuestros días en la tierra que habéis de poseer. (Dt 5.32-33)

El libro de Deuteronomio reitera la Ley —el Decálogo y algunas de las leyes que de él derivan— y luego resume todo en una sola sentencia:

«Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es.

»Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas». (Dt 6.4-5)

La Ley se cumple en el amor.

3

HISTORIA CON UNA DIFERENCIA

Josué • Jueces • Rut • Samuel • Reyes • Crónicas

A primera vista, los libros de la Biblia desde Josué a 2 Reyes parecen más bien libros de historia para el pueblo de Israel. Relatan las experiencias de la nación desde el ingreso en la tierra prometida de Canaán hasta que fueron llevados al exilio en Babilonia, unos 600 años más tarde. Pero estos libros hacen algo más que relatar acontecimientos. De hecho, la presentación judía de las escrituras los considera libros de los primeros profetas, y no libros de historia.

Un profeta es una persona que proclama el mensaje de Dios, interpretando los hechos desde el punto de vista de Dios y pronunciando su veredicto. Los autores de estos libros hacen justamente eso. Se preocupan no solo por detallar sucesos de los años que reseñan sino también por explicar los hechos como Dios los ve. Proporcionan la perspectiva de Dios sobre los asuntos humanos. Estos libros registran la historia con una diferencia.

Se piensa que 1 y 2 Crónicas no fueron escritos en la misma época que los demás libros de esta sección; con todo, también utilizan sucesos del pasado para brindar lecciones a los lectores de su tiempo. Los dos libros de Crónicas, escritos después del exilio y del regreso a la patria, tenían por objeto estimular una renovada fidelidad.

Josué

JOSUÉ

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Josué designado jefe [1](#)

Rahab y los espías [2](#)

Cruce del Jordán [3](#)

La caída de Jericó [5-6](#)

El pecado de Acán; desastre en Hai [7-8](#)

La conquista de Canaán [9-12](#)

La tierra dividida entre las tribus [13-19](#)

Discurso de despedida y muerte de Josué [23-24](#)

Nunca habría otro líder como Moisés. Él había conducido al pueblo de Israel desde la esclavitud en Egipto hasta la frontera misma de la tierra prometida de Canaán. Ahora Moisés había muerto: Dios continuaría su obra de salvación por intermedio de un nuevo jefe. Josué, que había sido el brazo derecho de Moisés, fue elegido por Dios para llevar adelante la obra desde el punto en que la había dejado Moisés. Al iniciar la tarea, Dios le hizo una promesa especial:

«Como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente, porque tú repartirás a este pueblo como heredad la tierra que juré dar a sus padres. Solamente esfuérzate y sé muy valiente, cuidando de obrar conforme a toda la Ley que mi siervo Moisés te mandó...» (Jos 1.5-7)

Eran enérgicas palabras de estímulo, y Josué las necesitaba. Canaán, la tierra prometida por Dios a los descendientes de Abraham, no estaba vacía y esperando al pueblo de Israel. Estaba ocupada por un conjunto de diferentes tribus, establecidas como ciudades-estado, construidas una tras otra en las planicies y a lo largo del camino de Egipto a Siria y Mesopotamia (la tierra entre los ríos Hidequel y Éufrates). En otro tiempo estas ciudades habían estado bajo el dominio egipcio. Muchas de ellas estaban separadas por apenas cinco kilómetros, pero cada una tenía su fortaleza y su gobernante, para respaldar y proteger su población. Para habitar la tierra, los israelitas tendrían que luchar por el territorio y desalojar a la gente que ya estaba allí.

El primer obstáculo que enfrentó Josué fue la inmensamente fuerte ciudad fronteriza de Jericó, una de las ciudades más antiguas del mundo. Envío dos hombres a explorar, mientras los israelitas todavía estaban al otro lado del río Jordán, límite de Canaán.

Ambos espías deben haberse sentido reconfortados cuando Rahab, la prostituta que los hospedaba en Jericó, los ocultó de los soldados del rey, y les aseguró que había oído y creído las hazañas del Dios de Israel en favor de su pueblo. Las noticias sobre las triunfantes batallas de Israel habían llegado antes que ellos.

El cruce del Jordán

Durante tres días la gente acampó ante el aparentemente infranqueable río Jordán. Era la última barrera para la tierra prometida; el río se extendía amplio y profundo, en la crecida primaveral, separándolos de su meta. Entonces Josué envió un mensaje por el campamento, instando a todos a estar listos para ver actuar a Dios. Los sacerdotes iniciarían la marcha, transportando el arca de la alianza, y el pueblo los seguiría, a una respetuosa distancia.

Cuando los sacerdotes con su preciosa carga empezaron a entrar al agua, la corriente se detuvo y las aguas se amontonaron río arriba. El pueblo pasó el Jordán en terreno seco, así como sus padres habían atravesado el Mar Rojo al comienzo mismo de la peregrinación.

Josué hizo ver claramente a su pueblo la lección que entrañaba este milagro. El Dios que podía actuar con tal poder ciertamente los ayudaría a vencer a los habitantes de esa tierra. El milagro obrado al cruzar el Jordán sería una garantía de la ayuda venidera:

«En esto conoceréis que el Dios viviente está en medio de vosotros, y que él echará de delante de vosotros al cananeo...» (Jos 3.10)

Josué ordenó recoger doce piedras del río y hacer un montículo para recordar a las futuras generaciones el gran acto de Dios en su favor.

El comandante del ejército del Señor

Cerca de Jericó un hombre armado se acercó a Josué, quien le dio el alto: «¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?» El recién llegado replicó:

«He venido como Príncipe del ejército de Jehová». (Jos 5.14)

Josué se postró en tierra y lo adoró. Sin duda, Dios estaba al mando.

La caída de Jericó

Jericó no sería conquistada por asedio o ataque. En cambio, se llevaría a cabo una extraña ceremonia. Durante seis días sucesivos, le dijo Dios a Josué, los soldados marcharían alrededor de la ciudad fortificada. La guardia de avance iría primero, mientras siete sacerdotes hacían sonar sus trompetas. Luego vendría el arca de la alianza, portada por sacerdotes, y después la retaguardia. Los soldados no debían hablar ni gritar. En el séptimo día, la procesión marcharía siete veces alrededor de la ciudad. Cuando los sacerdotes hicieran resonar largamente una nota en sus trompetas de cuerno de carnero, los soldados lanzarían un grito de guerra con todas sus fuerzas.

Josué puso en ejecución esta extraordinaria orden. En el séptimo día, tras el séptimo circuito de la ciudad, los soldados gritaron con fuerza y las murallas de la ciudad se derrumbaron. Los soldados pudieron entrar directamente y capturar la ciudad y su gente. Josué y su pueblo comprendieron, como nunca antes, que sus victorias en Canaán eran cosa de Dios y no dependían solo de la fuerza o habilidad humanas.

El pueblo de Canaán

Naturalmente, nos estremecemos ante las sangrientas conquistas que se realizaron en nombre de Dios. Los autores del Antiguo Testamento vieron estas batallas como el juicio de Dios sobre la maldad de los

habitantes. Dios había dicho a Abraham que sus descendientes tendrían que esperar 400 años en Egipto antes de entrar en Canaán, hasta que los amonitas se volvieran tan malvados que debieran ser castigados. Las campañas de Josué se consideraron como actos de purificación y justicia, no como agresión y rapiña de tierras.

La religión del país era ciertamente decadente. Las tribus cananeas tenían diferentes dioses, cada uno de los cuales supuestamente controlaba su propio territorio. El nombre genérico de estos dioses era *baal*, que se traduce como señor, amo o marido. A veces el baal se representaba con una imagen de toro o de serpiente. La tierra era la esposa del baal; y la gente de la tierra, sus esclavos.

Cada aldea tenía su santuario, en la cima de un cerro o debajo de un gran árbol, marcado por una piedra vertical o poste de madera. Los festivales se vinculaban con la siembra y la cosecha, y la luna nueva. Se ofrecían frutos a los dioses y se sacrificaban animales. Los baales eran dioses de la fertilidad y en consecuencia el culto incluía ritos sexuales. La embriaguez era común, especialmente durante las fiestas de la cosecha. A veces se practicaban sacrificios de niños.

A medida que el pueblo de Israel se fue estableciendo en el país, comenzaron a sentir —consciente o inconscientemente— que sería más sabio y más seguro incorporar el culto a Baal en el ejercicio de su religión. Después de todo, estos dioses sabían todo respecto a hacer crecer las mieses, algo que Dios no había hecho durante su travesía por el desierto. Con el tiempo, aunque seguían adorando en el nombre de Dios, utilizaron los santuarios de Baal y adoptaron los ritos de su culto, y se entregaron a la misma clase de ceremonias inmorales y crueles que practicaban sus vecinos cananeos.

Distribución de la tierra

Josué se lanzó a una campaña de conquista y obtuvo la victoria sobre varias ciudades-estado. Una vez que el pueblo de Israel tomaba control de un área, le correspondía a Josué dividir el territorio entre las tribus. Luego se instaba a cada tribu a exterminar o desalojar a los habitantes de su sector, para establecerse allí.

Las opiniones difieren en cuanto a cómo se llevó esto a cabo, pero no hay duda de que los israelitas no aniquilaron a todos los cananeos de una vez. Pareciera que al principio se interesaron por las zonas centrales altas más que por las fértiles planicies. Pero la verdadera lucha vino después de los tiempos de Josué, cuando aparecieron otros contendientes a disputar la tierra: filisteos, amonitas y moabitas, así como los propios cananeos.

Josué asignó ciudades especiales a los levitas a través del país, pues ellos no recibían territorio propio. Su labor consistía en ayudar en el servicio a los sacerdotes, y se les pagaba con los diezmos que los israelitas comunes y corrientes tenían por ley que contribuir.

Josué, el jefe

Josué tuvo una vida larga y pródiga en acontecimientos. Había sido el brazo derecho de Moisés durante muchos años antes de asumir el liderazgo de Israel. Hacia el fin de su vida hizo una súplica apasionada para que el pueblo permaneciera fiel a Dios y observara sus leyes:

«Ahora, pues, temed a Jehová y servidlo con integridad y verdad... Si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis... yo y mi casa serviremos a Jehová». (Jos 24.14-15)

El pueblo sinceramente prometió servir a Dios y serle fiel, y Josué renovó las promesas de la alianza entre Israel y Dios.

LOS CANANEOS

El pueblo conocido como cananeo colonizaba la tierra en el extremo oriente del mar Mediterráneo hacia 2000 a.C. En tiempos de Josué (aprox. 1300 a.C.), el país estaba dividido en pequeñas ciudades-estado, cada una con su rey. Las ciudades eran minúsculas desde la perspectiva moderna, pero fuertemente amuralladas y fortificadas.

Los cananeos eran grandes comerciantes; recorrían sin cesar el mar Mediterráneo en sus barcos mercantes, desde Egipto hasta Creta y Grecia. Tiro, Sidón, Berito (Beirut) y Biblos eran sus puertos principales. Biblos —a causa del comercio en papiro (la versión antigua del papel)— dio su nombre al libro: *biblia* (de donde viene también la palabra Biblia). Los cananeos fueron también los primeros en desarrollar un alfabeto.

La fama de sus artesanos era ampliamente conocida. Mucho después que los israelitas conquistaron Canaán, cuando querían los más finos artesanos para trabajar en el templo, recurrieron a albañiles y carpinteros cananeos.

Jueces

JUECES

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Débora y Barac derrotan a los cananeos [4-5](#)

El vellón de Gedeón; derrota de los madianitas [6-7](#)

La hija de Jefté; batalla contra los amonitas [11-12](#)

Historia de Sansón: los filisteos [13-16](#)

El título del libro de Jueces evoca la ley y los tribunales de justicia, pero los jueces de los que ahora hablamos no eran jueces en sentido jurídico. Se trataba de personas intensas y carismáticas que aparecían en tiempos de crisis y liberaban al pueblo de sus enemigos. Algunos también administraban justicia según las leyes. Muchos de ellos emprendieron batallas a la vez que organizaron a las tribus para que se mantuvieran unidas y permanecieran leales a Dios. Se los llamaba jueces porque «hacían justicia»; esto es, enderezaban lo que estaba torcido, a veces por medio de las armas.

El libro de Jueces sigue un modelo reiterado. Los autores explican que Israel prosperaba cuando el pueblo era fiel a Dios; por el contrario, cuando lo abandonaban por otros dioses ya no podían resistir ante sus enemigos y caían bajo su dominación. Entonces, atribulados, solicitaban la ayuda de Dios y él suministraba un juez, o liberador, para enfrentar la situación:

Cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez, y los libraba de manos de los enemigos mientras vivía aquel juez... Pero acontecía que, al morir el juez, ellos volvían a corromperse, más aún que sus padres... (Jue 2.18-19)

Disputa por la tierra

Las constantes incursiones y batallas campales nos recuerdan que el tiempo de los jueces fue una época de lucha por la posesión de la tierra. También otros grupos querían extender su territorio. Diferentes jueces repelían a diferentes enemigos, y por lo común solo una o dos tribus —y no todo Israel— tomaban parte en la refriega.

Un jefe zurdo llamado Aod dirigió una batalla contra los moabitas.

Una jueza —Débora— y un soldado, Barac, lucharon contra los cananeos.

Gedeón atacó a los madianitas.

Jefté atacó a los amonitas.

En los tiempos del juez llamado Sansón, los filisteos eran el enemigo y siguieron siéndolo durante un largo tiempo.

Débora y Barac

Débora era una profetisa y jueza que administraba justicia y sabiduría desde su lugar habitual debajo de una palmera entre Ramá y Bet-el. A un hombre llamado Barac le entregó un mensaje de Dios con la orden de combatir contra Sísara, comandante del ejército cananeo, que tenía enorme poder y toda la ventaja militar de sus carros de hierro. Estos cananeos habían estado oprimiendo cruelmente a Israel

durante 20 años y el pueblo había clamado a Dios en busca de ayuda. Débora le prometió a Barac la victoria en nombre de Dios, pero Barac estaba demasiado atemorizado como para ir sin ella.

Llegó la orden de ataque, y los ejércitos de Sísara cayeron en confusión, aparentemente por la lluvia torrencial e inundaciones que atascaban los carros. Sísara escapó a pie y sufrió la ignominia de ser muerto por una mujer, mientras dormía en su tienda. Por esa razón, Barac no obtuvo crédito por la victoria.

Historia de Gedeón

Durante siete años, los madianitas, tribus beduinas del desierto de Arabia, hicieron la vida insoportable para Israel. Hordas a lomo de camello hacían incursiones en Israel, arrasaban sus cosechas y robaban bueyes, ovejas y asnos. Los israelitas quedaban sin nada para subsistir. En su tribulación clamaron a Dios.

El santuario de Dios

La época de los jueces fue de un período de transición. La tosca muchedumbre de israelitas que había viajado hacia la tierra prometida no se convirtió de inmediato en una nación unificada. A menudo actuaban como tribus separadas. Pero en los primeros 200 años había un santuario central al que las tribus se acercaban para adorar a Dios. Albergaba el arca de la alianza, que había sido la pieza esencial del Tabernáculo itinerante durante el peregrinaje por el desierto.

Siquem fue la primera sede del santuario. Más tarde fue trasladada a Silo, al sur de Bet-el, y luego regresó a Silo. Debido a que diferentes lugares se llaman santuarios, algunos piensan que pudo haber más de uno de estos centros al mismo tiempo.

En respuesta, Dios envió un ángel a un joven llamado Gedeón, quien estaba trillando el trigo oculto en un lagar, a escondidas de los merodeadores madianitas. El ángel le habló al tímido joven granjero: *«Jehová está contigo, hombre esforzado y valiente»*. (Jue 6.12)

Encargó a Gedeón el rescate de Israel de la opresión madianita, y le prometió: *«Ciertamente yo estaré contigo»*. (Jue 6.16)

Gedeón comenzó por destruir el altar a Baal que tenía su padre y erigió en cambio un altar a Dios. Luego reunió un ejército, pero todavía abrigaba temores. ¿Dios lo había llamado realmente, y le daría la victoria? Entonces oró:

«Si has de salvar a Israel por mi mano, como has dicho, he aquí que yo pondré un vellón de lana en la era; si el rocío está sobre el vellón solamente, y queda seca toda la otra tierra, entonces entenderé que salvarás a Israel por mi mano, como lo has dicho». (Jue 6.36-37)

Ocurrió como Gedeón quería, pero sus dudas persistían. Rogó a Dios que repitiera el milagro al revés: que el vellón estuviera seco y el suelo húmedo. Dios concedió la señal nuevamente.

Tranquilizado, Gedeón alistó un ejército para enfrentar a los madianitas en su campamento; Dios le dijo que tenía demasiados hombres. Indicó a todos los que tuvieran miedo que volvieran a sus casas, pero de todos modos Dios repitió que eran demasiados. Dijo a Gedeón que llevara a sus hombres al río a tomar agua. Algunos se arrodillaron para beber; otros sacaron el agua con las manos y la lamieron con la lengua. Aquellos que lamieron, dijo Dios, formarían el ejército de Gedeón: apenas 300 hombres.

Esa noche Gedeón llamó a su gente: «Levantaos, porque Jehová ha entregado el campamento de Madián en vuestras manos».

Cada soldado llevaba una trompeta y un cántaro vacío para esconder adentro una antorcha encendida. Luego siguieron las órdenes de Gedeón:

«Miradme a mí y haced como hago yo; cuando yo llegue al extremo del campamento, haréis vosotros como hago yo». (Jue 7.17)

Llegaron al campamento justamente para el cambio de guardia, que ocasionaba un desasosiego momentáneo. A la orden de Gedeón, sus 300 hombres tocaron las trompetas, y vociferaron:

«¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!» (Jue 7.20)

Entonces rompieron los cántaros. Llameó la luz de las antorchas, aterrorizando a los enemigos que acababan de despertar. El grito de batalla de las trompetas y el resplandor de las antorchas sembraron el pánico entre los madianitas. Blandieron las espadas unos contra otros, causando muertes entre sus propias filas, y huyeron fuera del campamento hacia la oscuridad.

Gedeón pidió refuerzos para cortar su retirada en los vados del río Jordán. La victoria fue completa.

Sansón

Sansón es probablemente el más famoso de los jueces. Antes de su nacimiento se le ordenó a su madre que no bebiera vino o cerveza ni comiera ningún alimento prohibido, porque el niño estaría consagrado a Dios como nazareo. Este voto nazareo, tomado habitualmente por un adulto (a veces solo por un breve período) implicaba abstenerse de alcohol y dejarse crecer el cabello. Significaba para todos que esta persona estaba apartada de una manera especial para el servicio de Dios. Sansón fue consagrado de esta forma desde su nacimiento.

LOS FILISTEOS

Los filisteos eran un pueblo marítimo que vino de Creta y se estableció en Canaán a lo largo de la costa en los siglos XIII y XII a.C. Fundaron cinco ciudades-estado cerca de la costa: Gaza, Ascalón, Asdod, Ecrón y Gat. Dieron su nombre —Palestina— a todo el país. No sabemos qué dioses adoraban al llegar a Canaán, pero más tarde adoptaron las deidades cananeas de Dagón, Astoret y Beelzebú. Introdujeron el hierro en la región y por algún tiempo tuvieron el monopolio de herramientas y armas de hierro. Esto les daba una gran ventaja en la guerra, porque el hierro es mucho más fuerte que el bronce o el cobre.

Los filisteos (véase texto aparte), otro pueblo inmigrante que vivía a lo largo del borde costero de Canaán, eran los enemigos que Sansón fue llamado a contrarrestar.

Sansón estaba dotado de una enorme fuerza física. Mató a un cachorro de león a mano limpia y en otra ocasión desquició las rejas de la ciudad, con puertas, postes, candados y todo. Sin embargo, su historia es una de vacilaciones y oportunidades perdidas. Se casó con una muchacha filisteá, apenando a sus padres, y se vengó del engaño que le hicieron los parientes de ella atando zorros —o chacales— por sus colas, prendiéndoles fuego y soltándolos en medio del trigo maduro y los olivares.

Las mujeres fueron la ruina de Sansón. Fue la hermosa Dalila, pagada por los espías filisteos, quien finalmente le arrancó el secreto de su gran fuerza:

«Nunca a mi cabeza llegó navaja, porque soy nazareo para Dios desde el vientre de mi madre. Si soy rapado, mi fuerza se apartará de mí, me debilitaré y seré como todos los hombres». (Jue 16.17)

Mientras Sansón dormía con su cabeza en el regazo de Dalila, esta llamó a un hombre para que le cortara el pelo. Luego despertó a Sansón a gritos:

«¡Sansón, los filisteos sobre ti!» (Jue 16.20)

Pero su fuerza había desaparecido con el quebrantamiento del voto y los filisteos lo tomaron prisionero. Le sacaron los ojos y lo pusieron a moler trigo en una cárcel filisteá.

En una fiesta a su dios Dagón, los gobernantes filisteos mandaron traer a Sansón para divertirse a costa suya. Se burlaban de su debilidad y de su ceguera; pero el pelo de Sansón había comenzado a crecer nuevamente y él volvió a sentir el aguijoneo de su antigua fuerza y su lealtad a Dios. Pidió al mozo que le hacía de lazarillo que lo condujera junto a las columnas principales del gran salón. Imploró

a Dios una vez más para que le diera fuerzas y empujó las columnas con todo su poder, derrumbándolas. El edificio se desplomó, matando a los que hacían fiesta y con ellos a Sansón. *Los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado durante su vida. (Jue 16.30)*

Rut

El libro de Rut cuenta la historia de una familia que vivía en tiempos de los jueces. Incluye muchas costumbres propias de ese período, aunque quizá se escribiera mucho más tarde. Es una historia de mucha belleza y sentimiento. Relata los avatares de una viuda y el amor y lealtad de su nuera —nacida como extranjera al Dios de Israel— y del amoroso cuidado de Dios hacia ambas.

La hambruna azotó el pueblo de Belén, y la familia de Elimelec abandonó la tierra de Israel y se fue a vivir a la vecina región de Moab. La tragedia siguió persiguiéndolos, pues no solo Elimelec murió, sino también sus dos hijos, unos diez años más tarde. Ambos jóvenes se habían casado con mujeres moabitas. Noemí —viuda y madre— añoraba su patria; cuando tuvo noticias de que otra vez había alimentos en Belén, se preparó para regresar. Ambas nueras se ofrecieron para acompañarla. Cuando trató de disuadirlas, una de ellas, Rut, imploró:

*«No me ruegues que te deje
y me aparte de ti,
porque a dondequiera que tú vayas, iré yo,
y dondequiera que vivas, viviré.
Tu pueblo será mi pueblo
y tu Dios, mi Dios.
Donde tú mueras, moriré yo
y allí seré sepultada.
Traiga Jehová sobre mí
el peor de los castigos,*

si no es solo la muerte lo que hará separación entre nosotras dos». (Rt 1.16-17)

Así que Noemí y Rut se establecieron en Belén. Rut proveía de alimento a ambas, espigando detrás de los segadores, como la ley permitía hacerlo a la gente pobre. Sin saberlo, eligió un campo perteneciente a Booz, pariente del marido de Noemí. Esta vio la mano de Dios en la aparente coincidencia y dio ciertas instrucciones a Rut.

Acabada la cosecha, Rut pidió a Booz que cumpliera su deber como pariente cercano, estipulado por ley, y adquiriese un campo que antes había pertenecido a Elimelec. Su deber como pariente también implicaba casarse con Rut, lo que hizo de buen grado. El hijo de ambos reconfortó a Noemí, que ya estaba envejeciendo.

El autor enumera osadamente los descendientes directos de Rut y Booz, mostrando que entre ellos se encuentra el propio gran rey David. Rut, que podría haber sido despreciada como extranjera, fue su antepasada.

Algunos piensan que la historia fue escrita para poner de relieve la preocupación de Dios por los no israelitas así como por su propio pueblo, tal vez para enderezar la balanza en un tiempo en que había un indebido énfasis en la pureza racial.

1 y 2 Samuel

1 y 2 SAMUEL

1 SAMUEL: PASAJES Y HECHOS CLAVE

El nacimiento de Samuel: la oración de Ana [1-2](#)

El niño Samuel. El llamado de Dios 3
Saúl llega a ser rey, y luego es rechazado 10-15
Samuel unge a David como futuro rey 16
David mata a Goliat 17
La amistad entre David y Jonatán 20
David es proscrito 21-30
Muerte de Saúl y Jonatán 31

2 SAMUEL: PASAJES Y HECHOS CLAVE

Elegía de David por Saúl y Jonatán 1
David es coronado rey 2
David conquista Jerusalén 5
David trae el arca de la alianza a Jerusalén 6
Promesa de Dios a David 7
Adulterio de David con Betsabé y muerte de Urías 11
Mensaje de Natán a David 12
Rebelión de Absalón contra su padre 15
David huye de Jerusalén 15
Victoria de David; muerte de Absalón 18
Cántico de alabanza y últimas palabras de David 22-23

Estos dos libros de Samuel eran originalmente uno. Se ocupan de otro período de transición en la historia de Israel, cuando la nación dejó de ser gobernada por un juez o líder carismático, y pasó a ser regida por un rey. Muestran diferentes tipos de liderazgo. Describen la época de los últimos dos jueces —Elí y Samuel— y de los primeros dos reyes —Saúl y David—, estableciendo así un vínculo entre Jueces y los libros 1 y 2 de Reyes, que siguen luego.

El primer libro de Samuel, como Rut, comienza con la historia de una familia. Elcana y sus dos esposas hacían su viaje anual al santuario de Silo para adorar a Dios. Una de las esposas, Penina, tenía hijos, pero la otra, Ana, era estéril. Ana se desesperaba por esta carencia, y en el santuario oró a Dios: *«¡Jehová de los ejércitos!, si te dignas mirar a la aflicción de tu sierva, te acuerdas de mí y no te olvidas de tu sierva, sino que das a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida...»* (1S 1.11)

Cuando su oración tuvo respuesta y Samuel nació, ella fue fiel a su palabra. Consagró su hijo a Dios; apenas destetado, lo puso al cuidado de Elí, sacerdote del santuario. Su cántico de agradecimiento a Dios fue ferviente y jubiloso:

*«No hay santo como Jehová;
porque no hay nadie fuera de ti
ni refugio como el Dios nuestro...
Jehová empobrece y enriquece,
abate y enaltece.*

*Él levanta del polvo al pobre;
alza del basurero al menesteroso,
para hacerlo sentar con príncipes...»* (1S 2.2,7-8)

El niño Samuel dormía en el santuario donde estaba el arca de la alianza. Una noche oyó su nombre: «¡Samuel!» Corrió donde dormía Elí, pero este no lo había llamado. Dos veces más la voz llamó a Samuel y dos veces más él corrió a presentarse ante Elí. El anciano sacerdote comprendió

entonces que era Dios quien llamaba al joven. Le dijo que volviera a su cama y que, al oír nuevamente el llamado, respondiese: «Habla, que tu siervo escucha.»

Samuel así lo hizo y Dios llamó otra vez. Entregó a Samuel un mensaje de condenación para los perversos hijos de Elí.

Después de 40 años de liderazgo de Elí, Samuel ocupó su lugar. Sirvió bien al pueblo como jefe sabio y probo, como sacerdote en el santuario y también como profeta y administrador de justicia.

La necesidad de un rey

Samuel envejeció. Sus hijos fueron nombrados jueces, pero no le trajeron honra. De ahí que el pueblo de Israel pidiera a Samuel que les diera un rey. Al hacerlo así no solo lo rechazaban a él; también rechazaban a Dios. Estaban desechando el gobierno de Dios, que había sido rey de su pueblo, por el de un gobernante terrenal.

Samuel les advirtió sobre el tipo de opresión que sufrirían bajo un poder centralizado. Sus reyes se convertirían en despreciables dictadores, exigiéndoles impuestos y bienes y haciéndoles la vida difícil. Pero la gente persistió en su solicitud y Dios dijo a Samuel que hiciera lo que le pedían. Samuel quería que el rey de Israel fuera regente de Dios: que no estuviese por encima de las leyes de Dios, sino que fuese él mismo súbdito de Dios. Además de gobernar bien y con justicia, debería animar al pueblo a mantener su pacto con Dios y adorarlo solo a él. El rey no debía ser un déspota autocrático, como los reyes de las naciones vecinas.

Samuel recibió orden de ungir a Saúl como primer rey: era más alto que todos los demás hombres y tenía todas las condiciones de un líder. Comenzó como un héroe militar local y luego fue proclamado rey de todo Israel. Sin embargo, después de un comienzo promisorio, Saúl decidió hacer las cosas por su cuenta y desobedeció a Dios. Al final, Samuel le dijo: «Rechazaste la palabra de Jehová y Jehová te ha rechazado para que no seas rey sobre Israel».

Con todo, Samuel seguía sintiendo afecto por Saúl y no se alegró mucho cuando Dios le dijo que nombrara al que posteriormente sucedería a Saúl.

Biografía de David

David, un niño pastor, es ungido rey de Israel por el profeta Samuel ([1 Samuel 16](#))

Tomado para el servicio del rey, toca el arpa para Saúl ([1 Samuel 16](#))

David mata al campeón filisteo, Goliat ([1 Samuel 17](#))

Una profunda amistad se desarrolla entre David y Jonatán, hijo del rey Saúl ([1 Samuel 18](#))

Saúl se pone celoso; David huye, su vida peligra ([1 Samuel 18-21](#))

David, proscrito y en fuga, elude al rey y dos veces perdona la vida de Saúl ([1 Samuel 22-24, 26](#))

David es coronado rey a la edad de 30 años ([2 Samuel 5](#))

El arca de la alianza es llevada a la nueva ciudad capital de Jerusalén ([2 Samuel 6](#))

David sueña con edificar un templo dedicado a Dios, quien se lo prohíbe, pero promete a David una sucesión «para siempre» ([2 Samuel 7](#))

Las victorias militares de David extienden las fronteras de su reino ([2 Samuel 5, 8, 10](#))

David comete adulterio con Betsabé y mata a su marido Urías; el profeta Natán, enviado por Dios a David, lo reprende severamente. El hijo de David y Betsabé muere, pero nace un segundo hijo, Salomón ([2 Samuel 11-12](#))

Problemas de familia. Absalón, hijo de David, dirige una rebelión y David huye de él ([2 Samuel 15-16](#))

Absalón muere; tristeza de David. El rey vuelve a Jerusalén ([2 Samuel 18-19](#))

David designa a Salomón como el nuevo rey y le da sus últimas instrucciones. Después de un gobierno de 40 años, muere, dejando un reino fuerte y estable ([1 Reyes 1-2](#))

David es ungido

David, el menor de ocho hijos, estaba cuidando ovejas cuando Samuel visitó a su familia para elegir a uno de ellos como futuro rey. David fue llamado a toda prisa cuando los otros siete hermanos fueron rechazados por Samuel. A instancias de Dios, Samuel ungió la cabeza de David con aceite, en señal de su nombramiento como próximo rey. Esta ceremonia discretamente se celebró en privado.

David y Goliat

Después de ser ungido como futuro rey de Israel, David continuó pastoreando las ovejas de su padre. Fue convocado a la corte para tocar el arpa con el fin de aliviar al rey Saúl de unos violentos ataques depresivos, descritos como «un espíritu malo de parte de Jehová». En una oportunidad se trasladó desde los campos de su padre hasta el frente de batalla, donde sus tres hermanos servían en el ejército del rey Saúl.

El enemigo filisteo acampaba en un cerro y los israelitas en otro, separados por un valle. Goliat era el campeón presentado por los filisteos para decidir la batalla contra Israel, en un combate individual. Salía cada día a lanzar su desafío, pero los hombres de Saúl se acobardaban a la vista del gigante.

Al llegar y oír el desafío, David se ofreció como voluntario para enfrentar a Goliat; rehusó la oferta de una armadura del rey y eligió su honda de pastor y cinco piedras lisas del torrente. Así armado salió a pelear, una figura esmirriada en contraste con la corpulencia del filisteo.

Goliat lo miró incrédulo:

«Ven hacia mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo». (1S 17.44)

En la respuesta de David estaba el secreto de su triunfo:

«Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina; pero yo voy contra ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado». (1S 17.45)

Puso una piedra en su honda y la arrojó a la frente de Goliat. El filisteo cayó a tierra, aturdido, y David le saltó encima, tomó la espada del hombretón y le cortó la cabeza. Aterrorizadas, las tropas filisteas huyeron en desorden, perseguidas por el ejército israelita.

David y Jonatán

Después de la muerte de Goliat, David se instaló en la corte de Saúl y llegó a ser un exitoso oficial de su ejército. Una profunda amistad creció entre David y Jonatán, hijo de Saúl. Confiaban plenamente el uno en el otro y eran profundamente leales entre sí.

Pronto Saúl se puso encarnizadamente celoso de David y de sus proezas militares. Jonatán trató de protegerlo de la ira de su padre y finalmente previno a David de que debía abandonar la corte y ocultarse, o Saúl lo asesinaría.

Desde entonces David vivió en constante fuga, a menudo escapando de Saúl solo en el último momento. Sin embargo, cuando en dos ocasiones lo tuvo en su poder, David se negó a matar a Saúl porque era el rey ungido por Dios.

Saúl y Jonatán murieron trágicamente en lucha contra los filisteos y David los lloró sinceramente. Escribió un lamento elegíaco:

*«Saúl y Jonatán, amados y queridos;
inseparables en la vida, tampoco en su
muerte fueron separados;
más ligeros eran que águilas,
más fuertes que leones...
»Angustia tengo por ti, Jonatán, hermano mío,
cuán dulce fuiste conmigo.
Más maravilloso me fue tu amor*

que el amor de las mujeres.

*»¡Cómo han caído los valientes,
cómo han perecido las armas de guerra!». (2S 1.23-27)*

David el rey

Tras una lucha por el poder con otro hijo de Saúl, David se convirtió en rey de todo el territorio de Israel.

Pese a sus fallas, David representaba el modelo de todo lo que debía ser un rey israelita. Se lo describe como un hombre conforme al corazón de Dios. Su reino fue considerado posteriormente como la edad de oro de Israel.

Defectos de David

Una tarde de primavera David contempló desde una ventana de su palacio a una mujer muy bella que estaba bañándose. Era Betsabé, esposa de uno de sus fieles oficiales de ejército, que en ese mismo momento estaba lejos, combatiendo por David. El rey dio órdenes para que le trajeran a Betsabé al palacio. Poco tiempo después, Betsabé le envió recado de que estaba encinta.

David hizo venir a su marido, habló con él de cuestiones militares y luego sugirió que volviera a casa donde su mujer. Urías no tragó el anzuelo. Firmemente rehusó disfrutar de los goces del hogar mientras sus compañeros de armas luchaban en el frente.

Desesperado, David urdió la muerte de Urías. Despachó una nota a su comandante, por mano del propio Urías, ordenándole poner a este en el punto donde más dura fuera la lucha. La orden fue obedecida y Urías murió en combate. Entonces David se casó con Betsabé.

Dios envió al profeta Natán a decirle a David que había violado las leyes de Dios. Natán expuso su punto de vista mediante una parábola.

Había dos hombres en una ciudad, uno rico y el otro pobre. El rico tenía numerosas ovejas y vacas, pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado, bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno igual que una hija. Un día llegó un viajero a visitar al hombre rico, y este no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas para dar de comer al caminante que había venido a visitarlo, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para quien había llegado de visita (2S 12.1-4).

Al oír la historia, David montó en cólera y declaró que el hombre rico merecía la muerte por su inhumanidad.

Natán dijo entonces a David: «Tú eres ese hombre».

David tuvo la humildad de aceptar la reprimenda, reconocer su culpa y confesar su pecado a Dios. Fue perdonado, pero el hijo de Betsabé murió. Les nació otro hijo, Salomón; cuando David estaba viejo y próximo a morir, eligió a este hijo para que reinara después de él.

Pacto de Dios con David

El gran sueño de David era construir un maravilloso templo dedicado a Dios y apropiado para contener el arca de la alianza. Al principio, el profeta Natán estuvo de acuerdo con sus planes. Pero después trajo el mensaje de Dios de que no sería David quien construyese una casa para Dios. En cambio, Dios construiría «la casa» de David: prometió afianzar su dinastía.

«Tu casa y tu reino permanecerán siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente».
(2 S 7.16)

Este es un capítulo importante como base para la secuencia de promesas mesiánicas. El rey venidero, cuyo reino no tendría fin, habría de ser un descendiente de David.

David estaba lleno de alabanza y gratitud a Dios por su promesa de alianza. Y se contentó con preparar materiales para el templo que, a su debido tiempo, construiría su propio hijo Salomón.

1 y 2 Reyes

1 y 2 REYES

1 REYES: PASAJES Y HECHOS CLAVE

Salomón pide sabiduría [3](#)

La construcción y la consagración del templo; la oración de Salomón [5-6](#), [8](#)

Visita de la reina de Sabá [10](#)

El reino se divide [12](#)

Elías y la vasija de aceite [17](#)

Elías y los profetas de Baal [18](#)

Una voz suave: Dios se aparece a Elías [19](#)

El rey Acab y la viña de Nabot [21](#)

2 REYES: PASAJES Y HECHOS CLAVE

Elías arrebatado al cielo; el carro de fuego [2](#)

Eliseo y sus milagros [2](#), [4](#), [6](#)

La curación de Naamán [5](#)

La reina Atalia y Joás, el niño rey [11](#)

Caída de Samaria; Israel capturado por Asiria [17](#)

El rey Ezequías y la amenaza asiria [18](#)

El rey Josías descubre el Libro de la Ley; reformas [22-23](#)

Jerusalén cae en manos de Babilonia [25](#)

Tal como lo indica el título, los dos libros de 1 y 2 Reyes, que eran originalmente uno, cuentan la historia de los reyes de Israel. Registran el apogeo, la decadencia y la caída de la monarquía hebrea. Estos acontecimientos no se presentan como hechos y números áridos sino en historias vívidas y reales de hombres y mujeres.

La voz del autor se manifiesta claramente, emitiendo el veredicto de Dios sobre cada sucesivo gobernante. El comentario reza: «hizo lo recto ante los ojos de Jehová» o lamentablemente y más a menudo: «hizo lo malo ante los ojos de Jehová». A continuación llegaba la prosperidad o la calamidad.

A veces aparecían profetas. Hablaban en nombre de Dios, diciéndole al rey y al pueblo cuál era el veredicto de Dios. Eran particularmente francos en su defensa de los desvalidos y hacían hincapié en la necesidad de justicia y rectitud. A fin de mantener su alianza con Dios, rey y pueblo debían obedecer a Dios y ser bondadosos y compasivos con los compañeros miembros de la alianza. Los profetas estaban preparados para enrostrar directamente al rey, si usurpaba la ley de Dios o corrompía la justicia.

Sabiduría de Salomón

Poco después de ser coronado rey en lugar de su padre David, Salomón se dirigió al santuario de Dios en Gabaón para ofrecer sacrificios. Mientras allí estaba, Dios se le apareció en un sueño y le dijo: «Pide lo que quieras que yo te dé.»

Salomón suplicó:

«Ahora pues, Jehová, Dios mío, tú me has hecho rey a mí, tu siervo, en lugar de David, mi padre. Yo soy joven y no sé cómo entrar ni salir... Concede, pues, a tu siervo un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo y discernir entre lo bueno y lo malo...». (1R 3.7-9)

A Dios le complació que Salomón solicitara sabiduría y se la prometió, añadiendo lo que Salomón no había pedido: riqueza y honores.

Salomón se hizo conocido en muchos países por su sabiduría. Se cuenta una historia de dos prostitutas que le pidieron justicia. Ambas habían dado a luz, pero uno de los bebés había muerto y ahora cada una reclamaba al niño vivo como propio. Salomón dio orden de cortar a la criatura en dos y dar una mitad a cada mujer. De inmediato la verdadera madre protestó. Dejaría al niño con la otra mujer, si así salvaba su vida. Salomón descubrió la verdad merced a su sabio dictamen.

2

EL TEMPLO DE SALOMÓN

El templo de Salomón fue construido según un diseño fenicio. Era notable no por su tamaño sino por su belleza. Los costosos paneles de cedro que guarnecían el edificio de piedra estaban cubiertos de oro. El interior del edificio tenía 27 metros de largo y 9 metros de ancho. Había dos habitaciones principales. La interior —el Lugar santísimo— era un cubo de nueve metros de largo, ancho y alto. Contenía el arca de la alianza, donde estaban las tablas de la ley de Moisés. Dos querubines extendían sus alas en la parte alta. Estas figuras labradas estaban hechas de madera de olivo cubierto con planchas de oro.

En la habitación exterior había un altar cubierto de oro, encima del cual los sacerdotes quemaban incienso. El altar para sacrificios animales estaba en el patio exterior.

Salomón construye el templo

Salomón comenzó a construir el templo a los cuatro años de su reinado. Reanudó la amistad que David había tenido con Hiram, rey de Tiro. Hiram podía proporcionarle artesanos calificados y madera de cedro de las montañas del Líbano. Los troncos de árboles eran enviados aguas abajo por la costa desde Tiro, y luego arrastrados por tierra hasta Jerusalén.

Es probable que el templo fuera edificado enteramente de piedra, recubierta de madera de cedro. En el lugar sagrado no se oyó golpe de martillo u otra herramienta. La piedra era traída ya labrada de la cantera que estaba debajo de la ciudad.

El templo completo no era grande. Seguía estrechamente el modelo del Tabernáculo, con dos cuartos interiores y amplios patios exteriores. Estaba soberbiamente decorado y tomó siete años de trabajo.

En la consagración del templo Salomón reconoció que ningún edificio, por espléndido que fuera, podría servir de morada a Dios todopoderoso:

«Pero ¿es verdad que Dios habitará sobre la tierra? Si los cielos, y los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta Casa que yo he edificado?». (1R 8.27)

Los autores nos dicen que al terminar Salomón su oración la gloria del Señor invadió el templo.

El reino de Salomón

El reino de Salomón ostentó enorme prosperidad. No luchó para extender sus fronteras, como David había hecho, pero salvaguardó su imperio mediante el comercio y matrimonios políticamente útiles. Construyó palacios espléndidos para sí y sus mujeres, coronando estas obras con el esplendor del templo. Construyó una flota de barcos mercantes en Ezión-geber en la costa del Mar Rojo en el extremo del golfo de Aqaba. Cerca de ahí estaban sus minas de cobre y las plantas de fundición. También crió y exportó caballos.

Con fines impositivos, Salomón dividió al país en distritos administrativos, cada uno con un gobernador. Usó asimismo trabajo forzado para sus vastos proyectos arquitectónicos.

²Batchelor, M. (2000, c1993). *Abramos la Biblia* (electronic ed.). Miami: Sociedades Biblicas Unidas.

En Reyes y en Crónicas hay brillantes y suntuosas descripciones de su fabulosa riqueza. La plata no valía nada en un reino donde el oro era tan abundante. Entre las importaciones exóticas de Salomón había pavos reales y monos, oro, plata y marfil.

Su fama cundió, y la reina de Sabá llegó de un largo viaje —quizás desde Yemen— a visitar a este rey cuya fama llegaba a remotas regiones. El autor nos cuenta que venía con intención de someterlo a prueba con preguntas difíciles, si bien su visita pudo también haber sido una misión comercial. Salomón respondió a todas sus preguntas; su riqueza y sabiduría excedieron aun las fantasías de la reina:

«¡Es verdad lo que oí en mi tierra de tus cosas y tu sabiduría! Yo no lo creía hasta que he venido y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad: tu sabiduría y tus bienes superan la fama que yo había oído... ¡Y bendito sea Jehová, tu Dios, que te vio con agrado y te ha colocado en el trono de Israel!». (1R 10.6-9)

La reina lo colmó de oro, piedras preciosas y especias; Salomón, a su vez, le hizo prodigios regalos.

Todo en Salomón era desmesurado; lamentablemente para el pueblo común, también lo era la carga de impuestos y la explotación de mano de obra. En consecuencia, al morir Salomón dejó a un pueblo resentido, en el que ardía la llama de la rebelión. Su sabiduría no lo había salvado de cometer algunos errores básicos, tanto en su relación con Dios como con su pueblo. Incluso había comenzado a adorar los dioses que sus esposas extranjeras traían consigo. Los autores comentan:

Y se enojó Jehová contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado de Jehová, Dios de Israel. (1R 11.9)

La división del reino

Tras la muerte de Salomón, una delegación se presentó para pedir a su hijo Roboam un alivio a las cargas del pueblo. Los asesores veteranos de la corte lo exhortaron a acceder a estas peticiones, pero Roboam siguió el consejo de sus cortesanos jóvenes y amenazó con medidas aún más severas:

«Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo lo haré más pesado aún; mi padre os castigó con azotes, pero yo os castigaré con escorpiones». (1R 12.14)

Las tribus del sur, que habían sido tratadas menos duramente por Salomón, permanecieron fieles a Roboam. Pero las amenazas del rey fueron demasiado para las tribus del norte, que se separaron y fundaron un reino independiente bajo la égida de Jeroboam, funcionario de la corte de Salomón. El reino del norte mantuvo el nombre Israel; el reino del sur se llamó Judá desde entonces.

A partir de este punto los autores siguen el curso tanto de Israel como de Judá, conservando los relatos en forma más o menos cronológicamente paralela. Israel tenía más territorio y riqueza que Judá, pero era políticamente menos seguro. Judá estaba alejado de las rutas comerciales importantes, y por lo tanto era estratégicamente menos importante para probables invasores, y estaba más a salvo de posibles ataques.

Jeroboam I de Israel

Jeroboam fue caracterizado por los autores como el rey que condujo a Israel al pecado. Lo hizo mediante la construcción de santuarios en dos sitios, Dan en el norte y Bet-el en el sur. Estos altares tenían significación religiosa tanto para Israel como para los cananeos. Jeroboam estaba decidido a impedir que su pueblo se marchara otra vez a Jerusalén, el antiguo centro de monarquía y de culto. Por eso instaló un becerro de oro en cada uno de estos santuarios. Puede ser que su sentido fuera representar a los portadores del trono de Dios, pero pronto se hicieron objetos de culto por sí mismos. Por largo tiempo el becerro había sido un símbolo de fertilidad en el culto cananeo. En opinión de los

autores bíblicos, esta profanación del verdadero culto a Dios sembró las semillas de la ruina final de Israel, 200 años más tarde.

Omri y Acab de Israel

Durante los reinados de Omri y de su hijo Acab, Israel se fortaleció. Omri construyó una nueva capital para Israel en Samaria. Acab se casó con la princesa Jezabel, de Sidón, cimentando una alianza con los fenicios. Ella trajo consigo el culto de su pueblo a los baales y trató de imponerlo subrepticamente en Israel. Los autores comentan sobre Acab:

También hizo Acab una imagen de Asera, para provocar así la ira de Jehová, Dios de Israel, más que todos los reyes de Israel que reinaron antes de él. (1R 16.33)

Un audaz profeta llamado Elías apareció repentinamente en escena. Con valentía intentó convocar otra vez a Israel a la fe de la alianza. (Véase el capítulo 4 para las historias de Elías y su sucesor, Eliseo.)

En reacción al culto de Baal y a las injusticias de los reinados de Omri y de Acab, Jehú, oficial del ejército, llevó a cabo un golpe de estado que resultó triunfante. No obstante, Jehú convirtió su campaña justiciera en un cruel baño de sangre, matando incluso a Ocozías, rey de Judá, que casualmente visitaba a su aliado israelita.

Judá

Judá fue bendecido con más reyes buenos que Israel. El rey Asa, nieto de Roboam, fue un rey bueno y piadoso durante la mayor parte de su vida y también lo fue su hijo Josafat. Pero su hijo Joram concertó un matrimonio con Atalía (hija de Acab y Jezabel), que era tan malvada como su madre.

Cuando su hijo Ocozías fue asesinado por Jehú, Atalía se convirtió en una poderosa reina madre en Judá. Eliminó a todos los herederos del trono apropiándose del poder e imponiendo el culto a Baal en el territorio durante seis años. Sin embargo, sin que Atalía lo supiese, uno de los hijos del rey fue rescatado y escondido por una tía y su marido, que era sacerdote en Jerusalén. Después de seis años de clandestinidad, este joven fue coronado públicamente. El grito de «¡Traición!» de Atalía solo sirvió para atraer a los guardias, quienes le dieron muerte de inmediato.

Israel y Judá

Jeroboam II en Israel coincidió con Azarías en Judá, y ambos disfrutaron de reinos prósperos por más de 40 años. Se aliaron para extender las fronteras de sus tierras hasta casi alcanzar las dimensiones del imperio de Salomón. Sin embargo, el comentario de los autores sobre Azarías es solo parcialmente favorable y de Jeroboam se dice que pecó contra el Señor. Los autores evaluaron a estos reyes menos por sus logros y su prosperidad que por su obediencia o desobediencia a las leyes de la alianza.

Israel

Aunque aparentemente próspera, Israel estaba moralmente empobrecida. Padecía un colapso político y social. El profeta Amós había denunciado los pecados de Israel durante el reinado de Jeroboam II. Acusó a los ricos de llevar una vida de relajación y diversión, explotando a los pobres y menospreciando sus derechos. No había justicia en los tribunales ni religión pura en los santuarios.

Al morir Jeroboam, lo sucedió su hijo Zacarías. Luego de seis meses este fue asesinado y Salum reinó durante un mes antes de ser también asesinado. Lo sucedió Manahem, pero sus diez años de reinado estuvieron marcados por su desobediencia a la ley de Dios. También hizo grandes concesiones a Asiria. Siguió otros golpes de estado, hasta que finalmente Asiria, fortalecida durante el reinado de Tiglat-pileser III, puso sitio a Samaria. Después de dos años terribles, el pueblo de Israel, desfalleciente de hambre, se rindió. En conformidad con la política Asiria, los israelitas fueron

deportados y otros pueblos conquistados fueron traídos para ocupar su tierra. La historia de las diez tribus llegaba a su fin.

LOS ASIRIOS

Durante la mayor parte del período del Antiguo Testamento, los asirios ocupaban la tierra entre los ríos Tigris y Éufrates, actualmente Irak. Asiria se había convertido en una gran potencia hacia 1100 a.C., pero el imperio asirio se estableció aproximadamente en el 900 a.C.

Tiglat-pileser III —conocido en la Biblia como Pul— expandió las fronteras de su imperio en todas direcciones.

Los asirios eran crueles y despiadados en la guerra. El rey se sentaba en su trono en la puerta de la ciudad mientras hacían desfilar ante él a los hombres principales del pueblo capturado, en jaulas o encadenados. Luego eran torturados, cegados y quemados hasta morir.

Un rey se vanagloriaba de haber erigido una torre humana retorcida de dolor. Entretanto, los escribas contaban las cabezas de los muertos comunes, antes de amontonarlas en una pirámide.

Asurbanipal (669-636) gobernó en Nínive, la capital asiria, e hizo de su palacio un centro de literatura y artes visuales. Tenía una biblioteca de 20.000 «libros» de arcilla. La historia y las tradiciones de Mesopotamia fueron escritas por orden suya.

Se escribía marcando bloques de barro húmedo con un palo en forma de cuña, en escritura cuneiforme (o de cuña; véase el artículo sobre la escritura). Los ladrillos de barro luego eran cocidos al sol hasta que endurecían. Buena parte de lo que sabemos sobre la antigua civilización mesopotámica proviene de esta colección de tablillas de arcilla.

Las tallas o grabados asirios muestran a Asurbanipal en su deporte favorito, la caza. Se lo representa viajando en un coche liviano de dos ruedas, armado con jabalina o arco y flecha. Se vanagloriaba de haber cazado en una expedición 30 elefantes, 360 leones y otras 250 bestias feroces.

Judá

Con la desaparición de Israel, Judá resultaba más vulnerable ante Asiria, imperio que ahora tenía sus fronteras a menos de 30 kilómetros. Acáz, rey de Judá, se había negado a escuchar el sabio consejo de Isaías, profeta de Dios y consejero del rey y de la corte. Acáz fue obligado a pagar un pesado tributo a Asiria, y para congraciarse animó el culto de los dioses asirios. Su hijo Ezequías, en cambio, estuvo dispuesto a escuchar a Isaías y se movió con astucia para obtener la independencia. Fortaleció las murallas de Jerusalén, reorganizó el ejército y construyó un túnel para asegurar el suministro de agua a la ciudad. Más tarde fue obligado a pagar tributo a Asiria, pero evitó un ataque. Así es como los autores describen la tragedia que sufrieron los asirios en su campamento, en las afueras de Jerusalén:

«Aconteció que aquella misma noche salió el ángel de Jehová y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil hombres. A la hora de levantarse por la mañana, todo era cuerpos de muertos. Entonces Senaquerib, rey de Asiria, partió y regresó a Nínive.» (2R 19.35-36)

Al parecer, una peste mortal asoló las filas asirias.

Manasés, hijo de Ezequías, reinó durante 55 años y su gobierno fue un desastre. Volvió a introducir el culto a Baal, hasta en el templo mismo. Fue tarea de su nieto Josías emprender la reforma y purificar el templo. Durante las tareas de reparación, fue descubierto el Libro de la Ley (muy probablemente Deuteronomio). Cuando el rey escuchó su mensaje, quedó consternado. Convocó a los líderes nacionales a renovar las promesas de la alianza en una reunión pública en el templo. Con todo, el mensaje de Dios a Judá era de juicio. A pesar de los intentos de Josías por enderezar las cosas, la desobediencia del pueblo era profunda y general.

Los reyes que siguieron a Josías fueron débiles y necios. Los babilonios, que ahora habían conquistado Asiria, asediaron Jerusalén, robaron sus tesoros y llevaron en cautiverio al rey Joaquín y a los ciudadanos nobles. Un rey títere, Sedequías, fue puesto en el trono en 597 a.C., pero intentó rebelarse. Después de otro sitio de ocho meses, Jerusalén cayó ante Nabucodonosor de Babilonia.

La ciudad fue saqueada, el templo sagrado fue destruido y la mayoría de la gente fue deportada a Babilonia. Solo los verdaderos profetas, que habían advertido del desastre inminente, veían algún atisbo de esperanza más allá de este exilio. (Véase en el capítulo 6 la historia de la nación durante y después del exilio.)

1 y 2 Crónicas

1 y 2 CRÓNICAS

1 CRÓNICAS: PASAJES Y HECHOS CLAVE

Arboles genealógicos: registro histórico desde Adán hasta los primeros reyes [1-9](#)

Muerte del rey Saúl [10](#)

Historia del rey David [11-21](#)

David hace preparativos para la construcción del templo y el culto [22-29](#)

2 CRÓNICAS: PASAJES Y HECHOS CLAVE

Historia del rey Salomón [1-9](#)

División del reino: la historia de Judá [10-21](#)

Atalía y Joás [22-24](#)

Historia del rey Ezequías: Asiria pone sitio a Jerusalén [29-32](#)

Reformas de Josías: hallazgo del Libro de la Ley [34-35](#)

Últimos días y caída de Jerusalén [36](#)

Sería fácil reaccionar al leer Crónicas y decir: «¡Ya lo hemos oído todo!», porque estos libros repiten muchas historias ya relatadas en Samuel y Reyes. 1 Crónicas comienza con listas tribales que establecen los antecedentes de la nación, y luego se concentran en la historia de Judá desde el tiempo de David hasta la caída de Jerusalén. Estos libros completan el material de Samuel y Reyes, y ponen énfasis particularmente en los preparativos para la construcción del templo, su realización y consagración. Se ocupan de los reyes de Judá: la genealogía de David.

Probablemente 1 y 2 Crónicas fueron escritas mucho después que la serie de libros desde Josué hasta Reyes, grupo que se supone fueron escritos o editados por las mismas personas que compilaron Deuteronomio. Como fuese, los libros de Crónicas, tal como aquellos, hacen historia con un propósito.

Muchos piensan que las Crónicas fueron escritas por los judíos del siglo IV, que vivían bajo el imperio persa (véase capítulo 6). Las historias de la nación antes del exilio eran tan remotas para ellos como lo son para nosotros. Los autores, sin embargo, utilizaron las historias de los reyes y sacerdotes de Judá para ilustrar sus temas: la gracia de Dios y su juicio.

Es importante tomar en cuenta lo que los cronistas dejaron fuera del relato, tanto como lo que incluyeron. Los reinados de David y Salomón son destacados como las edades de oro. No hay mención del adulterio de David con Betsabé ni de su participación en la muerte de Urías, como tampoco del culto de Salomón a dioses falsos. Desde el momento en que el reino se divide, hay escasa mención del reino septentrional de Israel. Puede ser que los cronistas lo consideraron demasiado corrupto desde un comienzo. Sin duda les interesaba más seguir la genealogía de David y rastrear la forma en que se llevaba a cabo la promesa divina de un reino sempiterno.

Los cronistas seleccionan y describen vívidamente acontecimientos del pasado, a fin de extraer las lecciones de la historia: cómo se comporta Dios con su pueblo. Cuando muestran desobediencia terca,

Dios debe juzgar y castigar; pero después restaura y vemos en acción su misericordiosa bondad. Tales son los principios por los cuales Dios actúa en cada época; su perdón y su bondad en la restauración y la bendición son mucho más grandes de los que su pueblo merece. La preocupación de Dios por los suyos está bien expresada en palabras del rey Asa, que salía a enfrentar al enemigo con esta declaración:

«¡Jehová, para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas! Ayúdanos, Jehová, Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos, y en tu nombre marchamos contra este ejército.» (2Cr 14.11)

Para los cronistas, el pueblo de Dios debiera seguir hoy la senda recorrida por este mismo pueblo de Dios en el pasado.

4

LOS PRIMEROS PROFETAS

Elías • Eliseo • Micaías • Amós • Oseas • Isaías • Miqueas

Hay que ser valiente para atreverse a enfrentar a una audiencia y decir: «Esto es lo que dice Dios.» Pero los profetas estaban dispuestos a hacerlo. Dios no permaneció en silencio durante la larga historia de Israel, y los profetas fueron sus portavoces.

En ocasiones, los profetas tenían un mensaje de advertencia para el rey o, lo que era más habitual, para toda la nación. Siempre se trataba de un aviso a Israel recordándole su pacto con Dios. Cuando la nación trataba de controlar sus propios asuntos mediante alianzas con poderes extranjeros, cuando sometían a malos tratos a los pobres y a los menesterosos, cuando mezclaban la adoración a Dios con las prácticas crueles y perversas del culto a Baal, los profetas les decían con precisión lo que Dios pensaba acerca de su comportamiento.

Con frecuencia advertían al pueblo sobre lo que Dios haría si no modificaban su conducta. Pero la amenaza de derrota o exilio fue siempre atemperada por la promesa de la bendición, a condición de que se arrepintiesen. La voz del profeta, al igual que la voz de la conciencia, los instaba a retornar al Dios justo, quien seguía amándolos y preocupándose de ellos.

Diferentes tipos de profetas

La fe judía no era la única que tenía sus profetas, aunque el papel del profeta en otras religiones era algo diferente. La labor de estos era predecir el futuro al rey o a aquellos que les pagaban sus servicios. Solían caer en trances o en algún tipo de éxtasis antes de emitir su oráculo.

Los profetas de Israel a veces predijeron el futuro, pero casi siempre este era condicional, y dependía de la manera en que el pueblo recibiera el mensaje de Dios. Si se arrepentían y retornaban a Dios serían rescatados, pero si continuaban olvidando a Dios y actuaban injustamente sufrirían a manos de sus enemigos.

Grupos o escuelas de profetas a veces vivían juntos en comunidades o en los santuarios. Otros prestaban sus servicios en la corte del rey. No todos eran verdaderos profetas. Algunos simplemente se limitaban a decirle al rey lo que este deseaba escuchar, prometiéndole victorias y éxitos. El profeta Jeremías emitió severos juicios sobre los falsos profetas de su tiempo, que pretendían que todo estaba bien y se rehusaban a mirar los hechos de frente:

*«No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan;
os alimentan con vanas esperanzas;*

*hablan visión de su propio corazón,
no de la boca de Jehová». (Jer 23.16)*

Los profetas de Israel que se distinguieron fueron figuras solitarias. Elías y Eliseo aparecen en 1 y 2 Reyes; los autores nos informan bastante acerca de sus acciones y milagros, así como del tipo de mensaje que predicaban. Pero los libros de la Biblia que llevan el nombre de un profeta —Isaías, Jeremías y otros— nos entregan ampliamente sus mensajes aunque nos cuentan poco sobre sus vidas. Son los «profetas escritores»: ellos (o un escriba o discípulo) ponían por escrito sus mensajes orales, cuando los pronunciaban o poco después de ello. Cronológicamente, el primero fue Amós, quien apareció 40 años después de la muerte de Eliseo, alrededor de 760 a 750 a.C.

En la Biblia, los libros de los profetas vienen después de los Salmos y los libros de sabiduría. Los profetas mayores —Isaías, Jeremías, Ezequiel— aparecen en primer lugar, seguidos por los profetas menores, o más breves, de tal forma que el orden no es estrictamente cronológico.

Milagros en el Antiguo Testamento

Muchos eruditos consideran los milagros descritos en el Antiguo Testamento —en las historias de Elías, Eliseo y otros— como folklore. Explican que esos hechos maravillosos fueron añadidos gradualmente, agrandándose a medida en que eran narrados y transmitidos oralmente. Es una manera de considerar lo que constituye un problema para la mayoría de los lectores modernos.

Otros señalan que los milagros no ocurren en todo el Antiguo Testamento sino en determinados períodos de la historia de Israel. Hubo milagros asociados con la liberación de los esclavos israelitas en Egipto (las diez plagas) y con la travesía errante por el desierto. Hubo también una proliferación de milagros en los tiempos de Elías y Eliseo.

Los egipcios, en la época de Moisés, tuvieron que reconocer las poderosas reivindicaciones del Dios de Israel. Era importante también que el pueblo de Israel aprendiera que debía regresar al Dios verdadero.

En el período de Elías, el culto a Baal había atacado las raíces de la fe israelita. El pueblo debía volver nuevamente a adorar a un Dios cuyo poder era más grande que el de cualquier ídolo.

En estos períodos los milagros fueron utilizados para que Israel retornara a la fe de la alianza con Dios.

La Biblia no distingue tan rigurosamente como lo hacemos nosotros entre sucesos naturales y sobrenaturales. Se piensa que Dios está presente en todos los hechos, tanto naturales como milagrosos. Es el Dios de todas las tormentas y de la cosecha anual, así como el Dios que envió el fuego en el monte Carmelo.

En ocasiones, se da como milagro una causa natural; por ejemplo, el viento que hizo retroceder las aguas del Mar Rojo. Dios actúa, ya sea por medios normales o extraordinarios, con el fin de lograr que sus propósitos se cumplan.

Oráculos y acciones

Los «profetas escritores» generalmente daban los mensajes de Dios en forma de oráculos: aserciones poéticas breves que solían empezar o terminar con las palabras: «Dice Jehová». Sus libros, a la vez que contienen estos oráculos, suelen narrar las circunstancias en las cuales el profeta habló y dan importante información sobre el propio profeta.

Con frecuencia, los profetas obtenían sus percepciones mediante visiones que revelaban los propósitos de Dios. En ocasiones, dramatizaban sus mensajes con acciones simbólicas. Jeremías, por ejemplo, arrojó una vasija de barro contra el suelo para simbolizar que Judá se rompería en pedazos como nación. Una acción dramática como esa tendría un efecto mucho mayor que las meras palabras.

El papel y el mensaje del profeta

El profeta tenía ciertas funciones importantes. En primer lugar, su labor consistía en disciplinar al rey. Israel era el pueblo de Dios —Dios era su rey— y los reyes terrenales de la nación servían solo como sus representantes. No estaban por encima de las leyes de Dios y no debían ser tiranos: Natán criticó

ásperamente al rey David a propósito del episodio de Betsabé y Urías; Elías reprendió al rey Acab por explotar a uno de sus súbditos (véase más adelante).

También formaba parte de la tarea del profeta defender la justicia, ya fuese en los tribunales o en el trato diario entre israelitas. A Dios le importaba que las balanzas fuesen precisas y que los salarios fuesen pagados a su debido tiempo. Él defendía, en especial, la causa de los pobres y de los menesterosos.

La labor primordial de los profetas era recordar a Israel su relación pactual con Dios y todo lo que ello involucraba. Israel debía obedecer las leyes de Dios y amar, en primer lugar, a Dios y luego a los compañeros de la alianza.

Los profetas tenían mucho que decir, también, sobre la adoración formal. El sacrificio y las ofrendas nada significaban para Dios a menos que el oferente obedeciera las leyes de Dios y fuese justo y bondadoso con los demás. Samuel le dijo a Saúl, primer rey de Israel:

Mejor es obedecer que sacrificar;

prestar atención mejor es que la grasa de los carneros. (1S 15.22)

Elías y Eliseo

El gran profeta Elías irrumpe en escena sin introducción previa, para enfrentar al rey Acab, moralmente débil, y a su esposa Jezabel, adoradora de Baal. Anunció una sequía:

«¡Vive Jehová, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, hasta que mi boca lo diga!» (1R 17.1).

Elías mismo no escapó a los efectos de la sequía. Además, tenía que mantenerse alejado de Acab y Jezabel. Dios lo guió al arroyo Querit, al este del Jordán. El arroyo le proporcionó agua; cada mañana y cada anochecer, los cuervos le llevaron pan y carne. Pero al cabo de cierto tiempo el arroyo se secó, y Dios le dijo a Elías que se dirigiese hacia el norte, fuera del territorio de Israel, y se adentrase en Sidón, donde una viuda lo alimentaría.

Cuando llegó a la ciudad de Sarepta, Elías vio a una mujer que recogía leña. Le pidió agua y algo de comer y ella le respondió que en ese momento se disponía a cocinar la última comida para ella y su hijo. La hambruna era severa allí también. Elías le pidió que primero hiciera una pequeña torta para él. Le prometió:

Porque Jehová, Dios de Israel, ha dicho así: “La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra”. (1R 17.14)

El enfrentamiento en el monte Carmelo

En el tercer año de la sequía, Elías recibió la orden de presentarse nuevamente ante el rey Acab. Le pidió al rey que reuniese al pueblo de Israel para presenciar la batalla decisiva en el monte Carmelo entre el Dios de Israel y los 450 profetas de Baal, mantenidos por Jezabel. Ambas partes prepararían un altar. El dios que pudiese traer fuego para consumir el sacrificio probaría que era el verdadero Dios.

Los profetas de Baal tuvieron la primera oportunidad. Imploraron a Baal que enviara el fuego y danzaron todo el día en torno al altar, infiriéndose heridas, frenéticos, mientras intentaban arrancar una respuesta de su dios. Sus esfuerzos resultaron vanos.

Luego le tocó a Elías. Repuso el altar de Dios que había sido destruido y lo empapó con agua para hacer más difícil el milagro. Luego rogó a Dios que efectivamente respondiera por medio del fuego, a fin de reivindicarse a sí mismo como el verdadero Dios y atraer nuevamente al pueblo a su lado.

En respuesta a su plegaria, descendió fuego y quemó la ofrenda. El pueblo, maravillado, reconoció al Dios de Israel como al Dios verdadero. Baal, dios del trueno y de la lluvia, había sido incapaz de acabar con la sequía o de enviar un rayo para consumir el sacrificio. En un momento en que el pueblo

estaba muy alejado de Dios, Elías había logrado, con gran poder, que el pueblo volviera a su relación pactual.

Elías escucha la voz de Dios

Después de su demostración de valor, Elías se sintió débil y deprimido a causa de las sanguinarias amenazas de Jezabel.

Desalentado, viajó hasta el monte Sinaí; allí Dios le habló:

En ese momento pasaba Jehová, y un viento grande y poderoso rompía los montes y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Tras el viento hubo un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Tras el terremoto hubo un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego se escuchó un silbo apacible y delicado. (1R 19.11-12)

Dios habló a Elías en un suave susurro o en «un silbo apacible y delicado». Confirmó a Elías que no estaba solo en su lealtad a Dios. Había 7.000 hombres en Israel que no habían adorado a Baal. Dios le encomendó a Elías nuevas tareas y le prometió la ayuda de Eliseo, un joven destinado a convertirse en su discípulo y a sucederlo como profeta en Israel.

El día del Señor

El día del Señor es un tema recurrente a lo largo de la Biblia. Describe un tiempo en que Dios interviene dramáticamente en los sucesos del mundo. El pueblo de la época de Amós esperaba con plena confianza que sería un tiempo de victorias y regocijo para ellos, como pueblo de Dios. Serían reivindicados y sus enemigos serían derrotados. Amós —y más tarde Isaías y muchos otros profetas— insistieron en que sería un día solemne de juicio, ante todo, para el pueblo de Dios.

¡Ay de los que desean el día de Jehová!

¿Para qué queréis este día de Jehová?

Será de tinieblas y no de luz.

Será como el que huye del león

y se encuentra con el oso;

o como el que, al entrar en casa,

apoya su mano en la pared

y lo muerde una culebra.

¿No será el día de Jehová tinieblas y no luz;

oscuridad, que no tiene resplandor. (Am 5.18-20)

La viña de Nabot

Eliseo tuvo el valor de defender las leyes de justicia de Dios, a pesar de la oposición de la reina Jezabel. El rey Acab codiciaba una viña contigua a su palacio pues quería convertirla en huerto para su cocina. El propietario, Nabot, rehusó vendérsela porque se trataba de una herencia familiar.

Jezabel creía que los deseos del rey estaban por encima de los derechos de los ciudadanos corrientes. Hizo que arrestaran a Nabot con falsas acusaciones y luego lo mataran a pedradas. Luego el rey podría apropiarse de la tierra.

Todo sucedió de acuerdo con lo planeado. Pero mientras Acab recorría con satisfacción su nuevo huerto, Elías lo enfrentó para advertirle que, debido a esta mala acción, su casa real terminaría en un desastre. Los hechos probaron que tenía razón.

La partida de Elías

A medida que la vida de Elías se aproximaba a su fin, el profeta intentó persuadir amablemente a su discípulo Eliseo de abandonarlo. Sin embargo, mientras iban de un lugar a otro, Eliseo se negó. Sin duda presintió que la hora de la separación estaba próxima.

Cuando llegaron al río Jordán, Elías golpeó el agua con su manto enrollado y las aguas se dividieron para permitirles cruzar sobre tierra seca. Elías instó a Eliseo:

—*Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea arrebatado de tu lado (2R 2.9).*

La petición de Eliseo fue recibir una «doble porción» del espíritu de Elías, es decir, heredar el poder y la autoridad espiritual de Elías. Su maestro prometió que si Eliseo lo veía partir, su deseo sería cumplido.

Aconteció que mientras ellos iban caminando y hablando, un carro de fuego, con caballos de fuego, los apartó a los dos, y Elías subió al cielo en un torbellino. (2R 2.11)

Cuando el afligido Eliseo inició su camino de regreso, recogió el manto de Elías que este había dejado caer y golpeó las aguas del Jordán, como antes había hecho su maestro, y preguntó:

«¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?». (2R 2.14)

Las aguas se dividieron para él al igual que lo habían hecho para Elías. Eliseo había heredado el poder otorgado por Dios al profeta.

Eliseo lo demostró a través de milagros. Se movía en los círculos altos, aconsejando al rey, y predijo el levantamiento del asedio sirio a la capital, Samaria. También realizó «pequeños» milagros de bondad y ayuda a los pobres. Fue él quien autorizó la unción de Jehú como rey, aunque un profeta posterior, Oseas, condenó las sangrientas acciones de Jehú.

Verdaderos y falsos profetas

La historia del profeta Micaías demuestra la diferencia entre un verdadero profeta de Dios y aquellos que profetizaban para buscar favores, mediante adulación.

El rey Acab le pidió al rey Josafat de Judá que uniesen sus fuerzas para atacar a Ramot de Galaad, una ciudad que entonces pertenecía a Siria. Decidieron, en primer lugar, pedir consejo a Dios por medio de los 400 profetas que vivían en la corte. De forma unánime los profetas aconsejaron al rey que atacara, asegurándole la victoria.

Josafat pensó que esta respuesta era demasiado buena para ser cierta y persuadió a Acab para que consultara a otro profeta, Micaías; este no era uno de los favoritos del rey porque invariablemente predecía desgracias. Efectivamente, Micaías previno al rey que todo Israel sería dispersado por las montañas, como ovejas sin pastor.

Acab, irritado, ordenó a sus hombres que metiesen a Micaías en la cárcel y lo mantuviesen allí a dieta de pan y agua hasta el regreso victorioso del rey. Micaías declaró:

—*Si logras volver en paz, Jehová no ha hablado por mi boca. (1R 22.28)*

En esta desastrosa batalla Acab perdió su vida. Había rehusado escuchar la verdadera voz de Dios.

Amós

El profeta Amós tuvo buen cuidado en señalar que él no era un profeta profesional: él no se ganaba la vida con las profecías sino cuidando ovejas en Judá. Es posible que su primera visita al reino septentrional de Israel fuese cuando iba a vender su lana, porque profetizó allí durante el próspero reinado del rey Jeroboam II.

Amós se escandalizó ante el total desprecio por la justicia en ciudades como Bet-el, que proclamaba su religiosidad. Se expresó con gran sentimiento y vehemencia. Insistía en que Israel era especialmente privilegiada como nación escogida por Dios. Por tanto, su pueblo era doblemente culpable por descuidar la justicia. La gente mantenía su rutina religiosa de sacrificios, pero era pura hipocresía, pues habían dejado totalmente de actuar con justicia en los tribunales y en su comportamiento cotidiano con

los desvalidos. Amós denunció a las mujeres amantes del lujo y a los ricos mercaderes que pisoteaban la dignidad de los pobres. Declaró lo que Dios pedía:

Pero corra el juicio como las aguas y la justicia como arroyo impetuoso. (Am 5.24)

Oseas

OSEAS

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Amor de Oseas por su esposa infiel [1-3](#)

Amor de Dios por la Israel pecadora [10-11](#)

Arrepentimiento y bendición [14](#)

Oseas profetizó para el reino de Israel, al cual pertenecía. Lo hizo después de Amós, cuando algunos de los desastres anunciados por este profeta empezaban a cumplirse. Los mensajes de Oseas no provenían de visiones sino de las experiencias de su propia vida.

Oseas padeció por estar casado con una mujer que le fue infiel. Siguiendo las instrucciones de Dios, no se divorció de ella, como muchos maridos hubiesen hecho en aquella época, sino que salió a buscarla y pagó su rescate para liberarla de la esclavitud en que había caído.

Dios mostró a Oseas que Israel se había comportado con Dios como la esposa de Oseas lo había hecho respecto al profeta. Así como el amor de Oseas por Gómer, su esposa, era más fuerte que su ira, el compromiso de amor de Dios por su pueblo nunca fallaría.

Oseas describió las formas en que Israel había roto su alianza con Dios. Habían sido desleales al buscar alianzas políticas con una nación tras otra. Habían cometido adulterio espiritual al renegar de la verdadera adoración de Dios y emplear prácticas asociadas con el culto a Baal. También habían transgredido las leyes de Dios en el diario vivir. Aquellos que pertenecían a Dios por la alianza debían tratarse los unos a los otros con amor y justicia, rasgos propios del pacto.

De todas estas maneras Israel había olvidado a Dios. Oseas los exhortaba a volver a Dios en actitud de genuino arrepentimiento, para que Dios restaurara la relación pactual con ellos.

No existe otro texto en el Antiguo Testamento donde la profundidad y fuerza del gran amor de Dios por su pueblo de Israel esté más claramente descrito que en este:

«¿Cómo podré abandonarte, Efraín?

¿Te entregaré yo, Israel?...

Mi corazón se conmueve dentro de mí,

se inflama toda mi compasión.

No ejecutaré el ardor de mi ira

ni volveré a destruir a Efraín,

porque Dios soy, no hombre;

soy el Santo en medio de ti,

y no entraré en la ciudad». (Os 11.8-9)

Isaías

ISAÍAS

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Visión y llamado de Isaías [6](#)

«Emanuel», Dios con nosotros [7](#)

El futuro rey [9](#)

El reino apacible [11](#)

El camino a la santidad [35](#)

Isaías y el asedio asirio [36-37](#)

«Consolad a mi pueblo» [40](#)

El Siervo de Jehová [42](#)

Una luz para las naciones [49](#)

El Siervo sufriente [52-53](#)

«Venid a las aguas»: invitación de Dios [55](#)

Gloria futura [60](#)

Liberación [61](#)

El libro de Isaías marca un punto culminante del Antiguo Testamento. El profeta posee una percepción espiritual profunda y sus oráculos tienen alta calidad poética.

Isaías fue un aristócrata, amigo de reyes, y un letrado estadista que vivió y profetizó en el reino meridional de Judá durante los reinados de Jotam, Acaz y Ezequías. Aconsejó a Acaz que no sintiera temor de los enemigos de Israel y apoyó a Ezequías cuando la amenaza de Asiria parecía prolongarse. Dio a conocer a los reyes los designios de Dios y a la vez llevó la palabra de Dios al pueblo.

El llamamiento a Isaías para que se convirtiera en profeta, descrito en Isaías 6, llegó a través de una visión, sorprendente y brillante, en el año de la muerte del rey Ozías. Isaías vio al Señor enaltecido, llenando el templo con su presencia y rodeado de criaturas aladas cuyo constante estribillo era: «¡Santo, Santo, Santo!»

La reacción de Isaías fue un profundo sentimiento de su propia iniquidad y la de su pueblo:

«¡Ay de mí que soy muerto!,

porque siendo hombre inmundo de labios

y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos,

han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos».

Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo:

—He aquí que esto tocó tus labios,

y es quitada tu culpa

y limpio tu pecado.

Después oí la voz del Señor, que decía:

—¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?

Entonces respondí yo:

—Heme aquí, envíame a mí.

Y dijo:

—Anda... (Is 6.5-9)

Isaías, al igual que los profetas que lo antecedieron, juzgó muy severamente la observancia externa del culto que no se enraizaba en absoluto en una forma de vida correcta. Describe a Dios irritado por las celebraciones religiosas que eran pretexto para «pisotear» el templo. En cambio, deseaba que el pueblo cesara de hacer el mal y aprendiera a hacer el bien.

Isaías se refiere reiteradamente a Dios como «el Santo». Su propia visión, estampada de forma indeleble en su mente, debe de haberle demostrado esta característica de Dios. Ser santo significa estar dedicado a una causa y permanecer apartado. En este sentido de la palabra, las deidades paganas eran también santas. Era necesario cumplir ciertos rituales para aproximarse a ellas. Pero el concepto de Isaías respecto a la santidad de Dios es mucho más profundo. Dios es diferente, destacado por su absoluta bondad y pureza. A su lado, aun el mejor de los seres humanos es pecaminoso e impuro. Así

como el mismo Isaías necesitó ser purificado mediante las brasas del altar del templo, así el pueblo debe arrepentirse y ser purificado y perdonado por Dios si pretende acercarse a él.

Junto con esta separación de Dios respecto a los hombres, se reafirma la presencia de Dios con su pueblo. Isaías habla de la llegada de uno llamado Emanuel, que significa «Dios con nosotros». Estos dos conceptos sorprendentes y aparentemente opuestos se resumen en las siguientes palabras:

Porque así dijo el Alto y Sublime,

el que habita la eternidad

y cuyo nombre es el Santo:

«Yo habito en la altura y la santidad,

pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu,

para reavivar el espíritu de los humildes

y para vivificar el corazón de los quebrantados». (Is 57.15)

En los primeros treinta y nueve capítulos, Isaías profetiza al pueblo de Judá durante los reinados de Acaz (736-716 a.C.) y de Ezequías. Apoyó a Ezequías durante el tenso período de la agresión asiria (Isaías 37). El profeta reconocía que no todos iban a arrepentirse ni ser rescatados de las aflicciones por venir. Habló acerca del «remanente» o los pocos fieles que volverían al Señor y sobrevivirían al juicio de Dios sobre el país.

Las últimas profecías de Isaías

Desde el capítulo 40 en adelante, las profecías de Isaías se proyectan mucho más allá del tiempo del rey Ezequías. Hablan del retorno de unos pocos desde la tierra de Babilonia tras años de cautiverio, y del rey Ciro, quien ordenaría el fin del exilio (538 a.C.).

No existe razón por la cual Isaías no pudiese haber vaticinado sucesos tan alejados en el tiempo, pero habrían tenido escasa importancia para los que vivían en su época. Muchos eruditos piensan, por lo tanto, que desde el capítulo 40 en adelante estamos leyendo el trabajo de otro profeta que vivió en Babilonia durante el tiempo del exilio. Se alude a este autor como el Segundo —o Deutero— Isaías. Se sugiere que estos escritos se añadieron a los del Primer Isaías con el fin de aprovechar el espacio disponible en el rollo de pergamino. (Los «libros» en tiempos de la Biblia eran largos rollos de papiro o pergamino, escritos por su cara interior —y en algunas ocasiones también en el envés— y enrollados desde cualquiera de los dos extremos. Naturalmente existía un límite a la extensión del rollo, pues debía ser manejable para el lector. Estas diferentes partes forman, de muchas maneras, una unidad.

La esperanza de un Mesías venidero

Dios había establecido un pacto con el rey David, al prometerle que siempre habría un rey en el trono que era descendiente suyo. Algunos de los profetas reconocieron en esta promesa la esperanza de un gran rey, como David, que heredaría el reino en una etapa venidera. La palabra «Mesías» se empleó para referirse a este futuro rey.

«Mesías» significa «el ungido». Todos los reyes eran ungidos con aceite como una señal de que eran designados por Dios para ocupar su alto cargo. Pero este rey venidero iba a ser el ungido de Dios en un sentido muy especial. Ciertos oráculos proféticos fueron interpretados por maestros judíos como referencias a la venida de un Mesías, aun cuando también tenían cumplimiento en el momento.

Isaías parece estar hablando específicamente de la venida del Mesías en algunos de sus oráculos:

Porque un niño nos ha nacido,

hijo nos ha sido dado,

y el principado sobre su hombro.

Se llamará su nombre “Admirable consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz”.

Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite

sobre el trono de David y sobre su reino,
disponiéndolo y confirmándolo
en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.
El celo de Jehová de los ejércitos hará esto. (Is 9.6-7)

Algunos de los más bellos oráculos de esta sección de Isaías son una serie de poemas conocidos como Cánticos del Siervo (42.1-4; 49.1-6; 50.4-9; 52.13-53.12). Describen al siervo perfecto de Dios —muy diferente de Israel, siervo desobediente—, quien es dócil y humilde y finalmente sufre en beneficio de su pueblo:

*Despreciado y desechado entre los hombres,
varón de dolores, experimentado en sufrimiento...
Ciertamente llevó él nuestras enfermedades
y sufrió nuestros dolores,
¡pero nosotros lo tuvimos por azotado,
como herido y afligido por Dios!
Mas él fue herido por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados.
Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo,
y por sus llagas fuimos nosotros curados.
Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
cada cual se apartó por su camino;
mas Jehová cargó en él
el pecado de todos nosotros. (Is 53.3-6)*

Miqueas

Miqueas, contemporáneo de Isaías, fue una persona de tipo muy diferente. Era un campesino rudo y franco, que proclamó sus oráculos a Israel, en el norte, y a Judá, en el sur. Habló con vehemencia del anhelo de Dios por la justicia y de la destrucción que vendría sobre Jerusalén si sus gobernantes, sacerdotes y falsos profetas no se arrepentían. En Jeremías leemos que las profecías de Miqueas fueron atendidas y que el rey y el pueblo se arrepintieron. Por eso se ha sugerido que Miqueas pudo haber sido responsable de las reformas llevadas a cabo por Ezequías.

Miqueas resumió los requerimientos de Dios en estas memorables palabras:

*Hombre, él te ha declarado lo que es bueno,
lo que pide Jehová de ti:
solamente hacer justicia,
amar misericordia
y humillarte ante tu Dios. (Miq 6.8)*

Isaías y Miqueas poseen un famoso oráculo en común. Algunos piensan que ambos citan a un autor anterior, desconocido. El oráculo describe a Jerusalén y a las naciones en un futuro ideal:

*Acontecerá que al final de los tiempos...
Vendrán muchos pueblos y dirán:
«Venid, subamos al monte de Jehová,
a la casa del Dios de Jacob.
Él nos enseñará sus caminos
y caminaremos por sus sendas»...
Ellos convertirán sus espadas en azadones*

y sus lanzas en hoces.
Ninguna nación alzará la espada contra otra nación
ni se preparará más para la guerra». (Is 2.2-4; Miq 4.1-3)

5

LOS PROFETAS Y LAS NACIONES

Jeremías • Nahúm • Sofonías • Habacuc • Joel • Abdías • Jonás

Dios había pactado una relación de alianza con Israel, su pueblo elegido. Podría parecer que las naciones vecinas no importasen o no fuesen incumbencia de Dios. Sin embargo, los profetas pensaban de forma muy diferente. Creían que su Dios era el Dios de todo el mundo; no era como las deidades locales, de las que se pensaba que ejercían poder solo en su propio y limitado territorio. El poder de Dios se extendía más allá de las fronteras de la pequeña Israel. Según lo expresó Isaías:

*Él convierte en nada a los poderosos,
y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana. (Is 40.23)*

En primer lugar, los profetas consideraron que las naciones circunvecinas eran responsables ante Dios por sus acciones. Amós denunció a los pueblos lindantes con Israel por su comportamiento inhumano. Tal vez no comprendían las leyes de Dios tan bien como Israel, pero aun así podría considerárselas culpables por actos tan perversos como abrir en canal a una mujer embarazada. Todas las naciones son responsables ante Dios.

En segundo lugar, las naciones circundantes, así como Israel misma, estaban sometidas al control de Dios. Aunque considerasen sus acciones como parte de su propia política, la voluntad soberana de Dios estaba detrás de todo lo que sucedía en la arena internacional. Isaías describe a Dios llamando perentoriamente a Asiria para que acuda y actúe como su agente, a fin de castigar a Israel. Isaías también se refiere a Ciro, el rey persa, como siervo de Dios. Cuando Ciro libera a los cautivos (véase capítulo 6) está cumpliendo la voluntad de Dios, ya sea que esté consciente de ello o no.

Isaías y otros hablan de un tiempo futuro en que todas las naciones serán reunidas como pueblo de Dios (Isaías 9, por ejemplo).

Jeremías

JEREMÍAS

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Dios llama a Jeremías para que sea su profeta [1](#)

Las palabras de Dios a su pueblo infiel [2-6](#)

Profecía de cautiverio y tragedia [13-17](#), [25](#)

En casa del alfarero [18-19](#)

La promesa de restauración [30-33](#)

Jeremías compra un campo [32](#)

El rey quema el rollo de Jeremías [36](#)

Jeremías en prisión [37-38](#)

Caída de Jerusalén [39](#), [52](#)

Mensaje a las naciones extranjeras [46-51](#)

Ciertos profetas mostraron especial interés en los asuntos de otras naciones. Cuando Dios llamó a Jeremías, le dijo: «Hoy te doy plena autoridad sobre reinos y naciones, para arrancar y derribar, para destruir y demoler, y también para construir y plantar.»

La autoridad que Dios otorgó a Jeremías sobrepasaba los límites de Israel. Una de sus primeras visiones fue la de una olla hirviendo, en el norte, pronta a rebosar y descargar su contenido abrasador sobre la tierra. El significado era que desde el norte se derramaría la calamidad sobre todos los habitantes del país.

El dilatado tiempo durante el cual Jeremías se desempeñó como profeta estuvo bajo la sombra de esta visión de problemas provenientes del norte. Ese mensaje no era popular. Los babilonios, a quienes él identificó como esos agresores del norte, invadirían la tierra y llevarían la gente al exilio. Durante años Jeremías proclamó su mensaje de ruina y destrucción, mientras por todas partes los demás profetas vaticinaban prosperidad. No existían nubes en el horizonte que presagiasen la inminencia de un conflicto; Jeremías fue mal comprendido y maltratado. Aún hoy su nombre es un mote para referirse a los pesimistas lastimeros.

En ocasiones, Jeremías sentía que no podría soportar la carga que le había sido asignada. Cuando los cielos se cernían grises, a veces pensaba que se había equivocado en su mensaje o que Dios mismo lo había confundido deliberadamente. «¡Me sedujiste, Jehová, y me dejé seducir!» le dice a Dios, amargamente, «¡Cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí!».

Pero Jeremías se daba cuenta de que, aunque en apariencia las cosas podían tener buen aspecto, en esencia la nación se había alejado de Dios. Las reformas del rey Josías habían sido solo superficiales. Había un estado de podredumbre en la nación que finalmente la conduciría a su caída.

Jeremías hizo muchos enemigos. Su actitud hacia el templo provocó resentimientos y odios profundos. La mayoría de la gente consideraba el templo con admiración y reverencia supersticiosa. Estaban seguros de que, como morada de Dios, estaba totalmente a salvo de ataques. Pero Jeremías ridiculizó esa confianza mal fundada.

De nada sirve repetir «templo de Jehová» en tonos piadosos, declaraba Jeremías. Meras palabras, repetidas por superstición, no los salvarían. Dios deseaba que ellos lo amaran y le obedecieran.

Jeremías tenía un escriba llamado Baruc, quien ponía por escrito sus oráculos. Cuando el rollo fue leído al rey Joaquín, este lo rasgó con su cuchillo, sección tras sección, y lo quemó. Por orden de Dios, Jeremías y Baruc empezaron de nuevo y trabajosamente escribieron los oráculos en un rollo nuevo. La palabra de Dios no podía ser destruida tan fácilmente.

Jeremías y el alfarero

Jeremías percibió imágenes de la obra de Dios tanto en el mundo cotidiano como en visiones. Cierta día observó a un artesano trabajando en su rueda. Cuando la vasija que estaba fabricando se estropeaba, el alfarero empezaba de nuevo y la rehacía o fabricaba algo diferente.

«Dios puede hacer lo mismo con ustedes; aun de lo que se ha estropeado, él es capaz de hacer algo nuevo si se arrepienten», decía Jeremías a la gente.

Jeremías y la nueva alianza

Al igual que cualquier otro profeta, Jeremías intentaba que Israel mantuviese su promesa de alianza con Dios. Pero fue aún más allá. Reconoció que hombres y mujeres eran incapaces de mantener esas leyes y promesas. Predijo el día en que Dios haría una nueva alianza que tendría una base diferente. Se afincaría en el perdón y en la ayuda de Dios.

Pero este es el pacto que haré... Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado. (Jer 31.33-34)

Nahúm

Nahúm vivió y profetizó a fines del siglo VII a.C., en tiempos de supremacía asiria. Su oráculo es un poema de regocijo ante la derrota de Nínive, la capital asiria. Puede parecernos malo que alguien se alegre ante la ruina ajena, pero los asirios se habían comportado tan cruelmente hacia los pueblos por ellos capturados que su destrucción fue considerada como un acto de justicia.

*Jehová es tardo para la ira y grande en poder,
y no tendrá por inocente al culpable. (Nah 1.3)*

Aun cuando Dios había utilizado a Asiria para castigar a Israel, los asirios también estaban sujetos al control de Dios, y debían rendirle cuentas.

Nahúm nos da una descripción sumamente dramática de la última batalla de Asiria. Algunos han sugerido que solo un testigo ocular podría haber captado la escena con tal exactitud. En días anteriores a la televisión o a las películas, las descripciones verbales representaban gráficamente sucesos fascinantes:

*Los carros se precipitan a las plazas,
con estruendo ruedan por las calles;
su aspecto es como de antorchas encendidas,
corren como relámpagos...*

*Las puertas de los ríos se abren
y el palacio es destruido.*

Llevan cautiva a la reina...

*Nínive es como un estanque
cuyas aguas se escapan.*

*Gritan: “¡Deteneos, deteneos!”,
pero ninguno mira. (Nah 2.4-8)*

Sofonías

Sofonías vivió y profetizó en tiempos del rey Josías (quien reinó desde 640 al 609 a.C.). Quizá predicó en la década anterior a las reformas de Josías (621 a.C.), porque el profeta hace una tenebrosa descripción del pecado de Judá y amenaza con un terrible juicio de Dios contra Jerusalén y la nación. La actitud general era que a Dios no le importaba.

Pero Dios sí actuará, declara el profeta. Sofonías hace un llamado para que Judá se arrepienta. Luego se vuelve hacia otras naciones sobre las cuales también caerá el juicio de Dios. Aun así, al igual que muchos de los profetas, ve más allá de la perdición y las tinieblas. Termina pintando un cuadro feliz de Israel en el futuro, restaurada y una vez más bendecida por Dios.

Sofonías y el día del Señor

Sofonías aborda un tema favorito de los profetas: el «día de Jehová». «El día de Jehová está cercano», advierte. Pero continúa:

*«Amargo será el clamor del día de Jehová;
hasta el valiente allí gritará.*

*Día de ira aquel día,
día de angustia y de aprieto,
día de alboroto y de asolamiento,
día de tiniebla y de oscuridad,
día de nublado y de entenebrecimiento...» (Sof 1.14-15).*

Suplica al pueblo que recapacite y se arrepienta. Si solo hicieran lo correcto, y se humillaran ante Dios, tal vez podrían escapar al castigo que sobrevendrá aquel día.

Habacuc

En la época de Habacuc (a fines del siglo VII) los babilonios habían conquistado el poder. Dios le reveló que utilizaría a Babilonia como un arma de juicio sobre las naciones. Habacuc se dio cuenta de que Judá también sería atacada, lo que le planteó una pregunta incontestable. ¿Cómo podría Dios, que es puro y justo, utilizar a una nación tan malvada como Babilonia para castigar a un pueblo más virtuoso y temeroso de Dios, como eran ellos? Habacuc se quejó amargamente a Dios sobre esta injusticia y esperó su respuesta.

La respuesta de Dios fue que todo mal recibirá finalmente su castigo. El justo, en cambio, «por su fe vivirá».

Dios actuará a su debido tiempo; mientras tanto, Habacuc deberá confiar plenamente en Dios y obedecer sus órdenes. La conclusión de su oración es un ejemplo clásico de la inmutable confianza de una persona en Dios:

*«Aunque la higuera no florezca
ni en las vides haya frutos,
aunque falte el producto del olivo
y los labrados no den mantenimiento,
aunque las ovejas sean quitadas de la majada
y no haya vacas en los corrales,
con todo, yo me alegraré en Jehová,
me gozaré en el Dios de mi salvación.
Jehová, el Señor, es mi fortaleza...». (Hab 3.17-19)*

Joel

Muy poco sabemos sobre Joel o de la fecha en que vivió. Algunos sitúan sus profecías a principios del reinado de Joás, alrededor del 835 a 825 a.C. Otros piensan que vivió durante la época del imperio persa, después del exilio. (El exilio empezó en el 586 a.C. y fue un período de aproximadamente 70 años en el cual Judá permaneció cautiva en Babilonia; véase capítulo 6.) Joel pudo haber vivido entre estos tiempos, durante el exilio. Habla de una terrible plaga de langostas, aunque no se la puede relacionar con ningún hecho conocido. Este ataque, que todo lo destruye, simboliza para él la proximidad del día del Señor: «día de tinieblas y de oscuridad».

Sin embargo, Joel trae un mensaje de esperanza. Si solamente Israel se arrepintiera y regresara a Dios, él podría restituir «los años que comió la oruga».

Joel pinta también un hermoso cuadro de un tiempo futuro bendecido por Dios, cuando su Espíritu se extienda en el mundo:

*«Después de esto derramaré
mi espíritu sobre todo ser humano,
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas;
vuestros ancianos soñarán sueños,
y vuestros jóvenes verán visiones.
Y todo aquel que invoque el nombre de Jehová, será salvo...». (Jl 2.28-32)*

Abdías

La profecía de Abdías es el libro más breve del Antiguo Testamento. El mensaje de Abdías está dirigido a Edom, vecino al sudeste de Israel, en los amargos días que siguieron a la caída de Jerusalén en el 586 a.C. El pueblo de Edom descende de Esaú, el hermano de Jacob.

Abdías, como descendiente de Jacob, considera a Edom como a un «hermano». Sin embargo, los idumeos han aprovechado la caída de Jerusalén, saqueando la ciudad capturada y ayudando a los invasores. Abdías condena esta actitud despiadada:

*«No debiste alegrarte del día de tu hermano,
del día de su desgracia.
No debiste alegrarte de los hijos de Judá
el día en que perecieron,
ni debiste burlarte
en el día de su angustia».* (Abd 12)

Profetiza un justo castigo para Edom en su árido territorio montano:

*«La soberbia de tu corazón te ha engañado,
a ti, que moras en las hendiduras de las peñas,
en tu altísima morada,
que dices en tu corazón:
“¿Quién me derribará a tierra?”.
Aunque te remontaras como águila
y entre las estrellas pusieras tu nido,
de ahí te derribaré, dice Jehová».* (Abd 3-4)

Abdías preve con esperanza el día en que Israel recuperará la tierra y «¡El reino será de Jehová!».

Jonás

El libro del profeta Jonás es diferente de los demás libros proféticos. Narra los hechos dramáticos de la vida del profeta pero no recoge sus mensajes. Es un libro espléndidamente escrito, con muchas vertientes de significado; es una de las más conocidas historias de la Biblia.

Nada sabemos, a partir de algún otro registro, sobre Jonás ni sobre los incidentes descritos. Existe una referencia a un profeta llamado Jonás en 2 Reyes. Se dice que vivió durante el reinado de Jeroboam II, en el siglo VIII a.C. Pero desconocemos si se trata del mismo Jonás. Muchos eruditos creen que el libro de Jonás fue escrito con posterioridad, durante el período que siguió al exilio.

La historia de Jonás

Dios llamó a Jonás para que se dirigiese a los odiados asirios y les advirtiera del juicio que se abatiría sobre la ciudad de Nínive a causa de su impiedad. Jonás quedó tan horrorizado con su misión que partió en la dirección opuesta, abordando un barco con destino a España.

Se encontraba durmiendo bajo cubierta cuando se levantó una violenta tormenta. Los marineros primero rogaron a sus dioses, luego echaron suertes para descubrir al perturbador que había atraído esta desgracia. La suerte cayó sobre Jonás, quien admitió que huía del «Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra».

Los marineros se atemorizaron sobremanera pero se resistían a arrojar por la borda a Jonás, tal como este les aconsejaba. Finalmente lo hicieron. En lugar de ahogarse, Jonás fue tragado por un enorme pez. En el vientre del pez, agradeció a Dios por su rescate. Al cabo de tres días, a la orden de Dios, el pez vomitó a Jonás sobre tierra firme.

Una vez más, el Señor le dijo a Jonás que se dirigiese a Nínive, y esta vez obedeció. Su advertencia fue tan exitosa que el rey y el pueblo se arrepintieron sinceramente, y Dios decidió actuar con misericordia. Jonás se sintió mortificado, aunque en realidad era justamente eso lo que había temido. Quedaba menoscabada su palabra como profeta y desbaratado su deseo de venganza hacia los asirios. Se sentó debajo del ardiente sol a contemplar la ciudad, quizá con la esperanza de que el demorado juicio la abatiera.

Dios hizo crecer un arbusto que le dio una grata sombra y alivio del calor. Pero, al día siguiente, mandó a un gusano que atacó la planta de tal forma que esta se marchitó y murió. Sopló un abrasador viento oriental y Jonás, expuesto al calor, se puso furioso. Dios le preguntó si tenía algún derecho a enojarse y este replicó: «¡Claro que lo tengo! ¡Estoy que me muero de rabia!»

Dios, suavemente, le hizo comprender su enseñanza. Si los sentimientos de Jonás respecto a una mera planta sobre cuyo crecimiento no tenía control alguno eran tan fuertes, con cuánta mayor razón Dios tenía derecho a sentir compasión por todos los hombres, mujeres y niños de Nínive «que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales».

El mensaje de Jonás

El libro de Jonás es una pequeña obra maestra. No solo está narrada con precisión, refinamiento e ingenio, sino que posee muchos estratos de significado.

Algunos piensan que fue escrito en una época —como la que siguió al exilio de los judíos en Babilonia— en que se hacía gran hincapié en la pureza racial y se despreciaba a los gentiles. La historia intenta neutralizar ese prejuicio, y lo hace con sutil ingenio. Prácticamente todos los grupos no judíos se muestran de forma positiva: los marineros son temerosos de Dios y compasivos; el pueblo de Nínive se arrepiente ante las prédicas de Jonás. Por su parte, Jonás es una imagen lamentable de rebelión y falta de caridad.

Algunos consideran que el libro es una ilustración del arrepentimiento. Jonás se arrepiente después de su primer acto de desobediencia y también así lo hace el pueblo de Nínive. Al final del libro nos quedamos sin saber si Jonás se arrepentirá nuevamente.

El libro ciertamente retrata la soberanía de Dios. Es él quien ejerce el control, tanto de la totalidad del pueblo asirio como de su desobediente siervo Jonás. Dios dispone una tormenta, un pez, una planta, un gusano y un viento para cumplir con sus propósitos y enseñar a Jonás la lección que necesita aprender.

La historia de Jonás ilustra también la misericordia de Dios; él no es legalista ni despótico. Muestra clemencia por los ninivitas. Le da a Jonás una segunda oportunidad. No solo muestra piedad hacia Jonás sino que intenta enseñarle a modificar su propia actitud hacia los demás. Dios es justo y debe castigar el mal y la desobediencia de su propio pueblo y la de otras naciones. Pero también es un Dios que tiene compasión de la debilidad e ignorancia de hombres, mujeres, y aun del ganado.

6

CAUTIVERIO Y RETORNO A LA TIERRA PROPIA

*Ezequiel • Esdras • Nehemías • Hageo • Zacarías Malaquías • Ester
• Daniel*

La muerte de Josías, el buen rey de Judá, en la batalla de Carquemis en el 605 a.C., marcó el fin de un gobierno establecido. Aun cuando en la batalla Babilonia derrotó al gran poder meridional, Egipto, este siguió controlando a Judá y a Siria durante un breve período. Necao de Egipto deportó al nuevo rey, Joacaz (o Salum), a Egipto, y puso en el trono a un rey títere, al que llamó Joaquim, y a quien exigió un fuerte tributo. Joaquim era una persona en extremo débil. Permitió todos los cultos paganos que Josías había prohibido.

Debido a que Babilonia había vencido a Egipto, Joaquim tuvo que apresurarse a transferir su alianza, y tributo, al rey de Babilonia, Nabucodonosor. Neciamente, Joaquim intentó rebelarse y, en el 598 a.C., Nabucodonosor entró por la fuerza en Jerusalén. Joaquín (o Jeconías), hijo de Joaquim que tenía dieciocho años de edad, era ahora rey; tras un asedio de tres meses, se rindió en el 597. Joaquín, junto a los ciudadanos más prominentes, fue llevado a Babilonia, donde, al parecer, terminó sus días en paz.

Babilonia impuso en el trono de Judá a un rey títere, Sedequías. Este solicitó el consejo de Jeremías pero luego rehusó seguir su recomendación de permanecer fiel a Babilonia. En lugar de ello, conspiró con Egipto y esto atrajo la ira de Nabucodonosor. Jerusalén fue nuevamente sitiada y en el 587 a.C. los enemigos abrieron una brecha en sus murallas.

Sedequías huyó del palacio, pero fue capturado cerca de Jericó. Fue forzado a presenciar la muerte de sus hijos antes que le arrancaran los ojos y lo llevaran encadenado a Babilonia. Un mes más tarde, Jerusalén fue incendiada hasta los cimientos, los ciudadanos fueron deportados y algunos de ellos fueron ejecutados.

Lo que quedó de Judá fue convertido en una provincia de Babilonia, bajo el gobierno de un buen hombre, Guedalías. Sin embargo, una banda encabezada por uno de los familiares del rey lo asesinó. Los que se salvaron huyeron a Egipto, llevándose con ellos a un renuente Jeremías. Las cosas no podían haber estado más desesperadas.

Israel en el exilio

*Junto a los ríos de Babilonia,
allí nos sentábamos y llorábamos
acordándonos de Sión. (Sal 137.1)*

El Salmo – describe la pena profunda de los cautivos judíos mientras lamentaban su terrible destino. La hermosa ciudad de Jerusalén había sido arrasada y el sagrado templo destruido. Tras haber vivido los horrores del asedio y la captura, se encontraban ahora a muchos cientos de kilómetros de sus hogares, en una tierra extraña. Parecía ser el fin de todas sus esperanzas. Sin embargo, cuando tocaron fondo, los mismos profetas que habían vaticinado su perdición les dieron un mensaje de esperanza.

Jeremías, el más pesimista de todos, compró un terreno que había pertenecido a su familia y lo hizo en el momento en que el enemigo estaba martillando a las puertas de la ciudad. Sin duda el profeta creía que había un futuro y una esperanza para el pueblo de Israel en su propia tierra.

Jeremías dejó muy claro, también, que la esperanza respecto al futuro yacía en la gente que había sido llevada cautiva. Los que habían quedado en Jerusalén pensaban que ellos seguramente eran los más aceptables a Dios. Pero Jeremías describió su visión de dos canastos de higos. Uno contenía fruta buena y sana y el otro estaba llena de higos podridos. Los higos buenos son los cautivos, explicó; los podridos son aquellos que quedaron en el país: aquellos con los que Jeremías mismo había escogido quedarse.

Ezequiel

EZEQUIEL

PASAJES Y HECHOS CLAVE

La visión de Ezequiel de la gloria de Dios [1](#)

Llamado para ser profeta de Dios [2-3](#)

Ezequiel dramatiza (o representa) el asedio de Jerusalén [4-5](#)

Otra visión: la gloria de Dios abandona el templo [8-10](#)

Ezequiel representa el papel de un refugiado: el exilio [12](#)

La muerte de la esposa de Ezequiel [24](#)

Parábola del valle de los huesos secos [37](#)

Visión de un nuevo templo [40-48](#)

Ezequiel era un joven sacerdote que fue a Babilonia con el primer grupo de cautivos en el 597 a.C. En circunstancias normales habría esperado cumplir deberes sacerdotales en el templo de Jerusalén. En cambio, Dios lo llamó para ejercer la labor de profeta en Babilonia. Al igual que Jeremías, vaticinó más problemas para Jerusalén y su pueblo, y su profecía se cumplió entre 587 y 586 a.C., cuando Jerusalén fue saqueada.

Ezequiel superó a la mayoría de los profetas en el hecho de ilustrar su mensaje con sorprendentes acciones. Debe de haber atraído a públicos fascinados mientras pesaba raciones para sus comidas cuando interpretaba, para los transeúntes, el inminente asedio a Jerusalén. Se afeitó el cabello y la barba y cavó una salida de emergencia de su rústica casa, hecha de ladrillos de barro, trabajando durante la noche para simular que escapaba del enemigo. Con estos actos extravagantes y espectaculares conseguía que la gente escuchase su mensaje.

Pero cuando Nabucodonosor atacó con éxito a Jerusalén por segunda vez en el 587 y las cosas llegaron a su peor momento, Ezequiel, al igual que Jeremías, empezó a entregar un mensaje de esperanza al pueblo. Dios los restauraría y reconstruiría, les aseguró.

Los cautivos en Babilonia

Ezequiel se describe a sí mismo viviendo entre los judíos exiliados cerca del río Québar. El Québar ha sido identificado como un largo canal de irrigación, que salía desde el río Éufrates, rodeaba Babilonia y regresaba al río principal. Posiblemente se permitió a los cautivos construir viviendas allí, en el solar de anteriores ciudades. La casa de Ezequiel probablemente era de adobes.

No se trataba de un campo de prisioneros, ya que los cautivos tenían libertad para entrar y salir. Gozaban de ciertas libertades civiles, podían comunicarse con Jerusalén y eran libres para ir y venir dentro de Babilonia y contemplar las maravillas de esa ciudad.

La visión de Dios de Ezequiel

Desde el momento de la primera visión que recibió como exiliado en Babilonia, Ezequiel sintió en lo más profundo de su ser la trascendencia de Dios. Sucedió, probablemente, cuando cumplía 30 años: la edad en que habría podido iniciar sus deberes como sacerdote en el templo. En el corazón de un remolino de viento en las planicies de Babilonia, vio surgir de una bola de fuego a una máquina viviente y en movimiento, un vehículo para sustentar el trono de Dios.

Estaba compuesta de cuatro criaturas, cada una con cuatro rostros, conectadas a ruedas entrecruzadas, como ruedecillas que podían moverse en cualquier dirección. Sobre sus alas había un espacio rutilante y, encima, un trono de zafiro sobre el cual se encontraba «la semejanza de la gloria de Jehová».

Como Isaías antes que él, Ezequiel nunca olvidó el temor reverente y la majestad que transmitía la visión de Dios que recibió en el momento de su llamado.

El valle de los huesos secos

La visión más notable que tuvo Ezequiel fue la de un valle cubierto de huesos humanos secos.

«¿Vivirán estos huesos?» le preguntó Dios. Luego, ante una orden de Dios, Ezequiel les habló a los huesos:

Y mientras yo profetizaba se oyó un estruendo, hubo un temblor ¡y los huesos se juntaron, cada hueso con su hueso! Yo miré, y los tendones sobre ellos, y subió la carne y quedaron cubiertos por la piel; pero no había en ellos espíritu. (Ez 37.7-8)

Dios ordenó a Ezequiel que hiciese una profecía al viento, palabra que también podía significar aliento o espíritu:

Profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron y se pusieron en pie. ¡Era un ejército grande en extremo! (Ez 37.10)

Dios le aseguró a Ezequiel que de la misma manera milagrosa él podía restaurar y renovar la vida de su pueblo, Israel... y lo haría.

Ezequiel describió, también, que Dios daría a los de su pueblo un corazón amante y obediente: «Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra». (Ez 36.26-27)

LOS BABILONIOS

Babilonia (en la parte meridional de Irak) fue uno de los primeros centros de civilización del Medio Oriente. Los babilonios tenían una larga historia. El texto escrito más antiguo que se conoce se encontró en Babilonia. Unos mil años antes de Abraham, ya Babilonia era un centro de civilización. Alrededor del 1850 a.C., el rey Hammurabi de Babilonia estaba decretando su famoso código de leyes.

En el siglo VIII a.C., sin embargo, dominaban los asirios. Luego cayó el imperio asirio, rápida y repentinamente. En el 612 a.C., Nínive sucumbió ante los medas y babilonios, y empezó el nuevo imperio babilónico.

El rey babilonio más conocido es Nabucodonosor II. Bajo su reinado se construyeron los famosos edificios de Babilonia y los «jardines colgantes» que fueron una de las maravillas del mundo antiguo.

En el 586 a.C. el ejército de Nabucodonosor destruyó Jerusalén y llevó a mucha de su gente cautiva a Babilonia. Ezequiel y Daniel fueron profetas en el exilio.

Los babilonios fueron hábiles matemáticos; confeccionaron tablas astronómicas y catalogaron y clasificaron plantas, animales, pájaros, peces y piedras. Su religión se basaba en la magia y en la astrología. Si bien el surgimiento de Babilonia significó un cambio político, los cambios culturales y religiosos fueron pequeños porque Asiria y Babilonia tenían una cultura común.

El nuevo templo

Al final de su libro, Ezequiel describe su visión de un templo nuevo e ideal para el renovado culto a Dios. Describe, asimismo, una creación restaurada. Un río de aguas frescas y vivificantes fluye desde el umbral del templo. El guía de Ezequiel

...midió mil codos y me hizo pasar por las aguas, que me llegaban hasta los tobillos. Midió otros mil y me hizo pasar por las aguas, que me llegaban hasta las rodillas. Midió luego otros mil y me hizo pasar por las aguas, que me llegaban hasta la cintura. Midió otros mil, y era ya un río que yo no podía pasar, porque las aguas habían crecido de manera que el río no se podía pasar sino a nado. (Ez 47.3-5).

El río abundaba en peces. Corría hasta desembocar en el Mar Muerto, endulzando su salinidad. Los árboles crecían a lo largo de sus riberas; sus frutos proveían de alimento y sus hojas tenían poder

curativo. En la tierra que visualiza Ezequiel tanto los extranjeros como los insraelitas serían bienvenidos. El nombre de la ciudad será Jehová-sama («Jehová está aquí»).

Dios y el individuo

Tanto Jeremías como Ezequiel citaron un proverbio popular en aquellos días: «Los padres comieron las uvas agrias, y a los hijos les dio dentera.» Sin embargo, Ezequiel afirma claramente en el capítulo 18 que Dios no actúa de esta forma. La generación culpable fue la que sufrió el juicio.

Los profetas generalmente enfatizaban la responsabilidad colectiva del pueblo. Actualmente, en el Occidente se destaca al individuo más que a la comunidad. Pero Ezequiel también habló de la manera de tratar de Dios con el individuo: juzgaría a la gente como culpable o inocente de acuerdo con su propia respuesta personal a él.

El regreso a la tierra propia

Jeremías había dicho al pueblo que Dios prometía cuidar a los «higos buenos» —los cautivos llevados a Babilonia— y, a su debido tiempo, traerlos de regreso a su propia tierra. Después de alrededor de setenta años, esa promesa se hizo realidad. Los salmos describen un cuadro jubiloso de la gente que regresa del exilio:

*Cuando Jehová hizo volver de la cautividad a Sión,
fuimos como los que sueñan.*

*Entonces nuestra boca se llenó de risa
y nuestra lengua de alabanza. (Sal 126.1-2).*

Pero los pequeños grupos de exiliados que retornaron en sucesivas olas a su propia tierra lo hicieron de forma dispersa y en números reducidos. Solo un remanente —para emplear las palabras de Isaías— había regresado. Isaías había escrito sobre el emperador Ciro. Dios dijo:

*“Es mi pastor
y cumplirá todo lo que yo quiero,
al decir a Jerusalén: ‘Serás edificada’,
y al Templo: ‘Serán puestos tus cimientos’ ”. (Is 44.28).*

Ciro fue el rey persa que tomó control del imperio babilónico mediante las armas. Actuó exactamente como Isaías lo había vaticinado. Promulgó un edicto declarando que el Dios de los cielos lo había designado para construir un templo para él en Jerusalén. Dio a todo el pueblo de Judá la oportunidad de regresar a su tierra para este propósito. Pero muchos de los exiliados no estaban muy deseosos de retornar. Josefo, que escribió una historia de los judíos mucho más adelante, en los tiempos romanos, dice que estaban demasiado cómodos en el lugar donde se habían instalado, en Babilonia.

Pero a Ciro le convenía que los pueblos fuesen repatriados, de tal manera que nombró a Sesbasar gobernador de Judá y lo envió junto con el primer grupo de exiliados de regreso a Judá, con la orden de iniciar las obras de reconstrucción del templo. Llevaron con ellos los vasos de oro y plata pertenecientes al templo, que Nabucodonosor se había llevado antes y Ciro devolvió.

Poco tiempo después, Zorobabel, nieto del rey Joaquín, guió a otro grupo de regreso.

La siguiente ola importante retornó con Esdras, el sacerdote, en 458, y en 444 a.C. Nehemías, que llegó a ser gobernador, regresó con otros. En conjunto, todos estos sucesos, descritos en los libros de Esdras y Nehemías, abarcaron poco más de un siglo.

Cronología en Esdras y Nehemías

No es fácil obtener una apreciación clara de la secuencia de los hechos en Esdras y Nehemías. Como se describe en esos dos libros, hubo tres traslados importantes, bajo tres líderes.

Primero regresó Zorobabel, en 538 a 516 a.C., para reconstruir el templo. Josué era sumo sacerdote y Hageo y Zacarías profetizaron durante este período. Finalmente, el templo fue reconstruido.

Segundo, en el 458 a.C. Esdras, el sacerdote, regresó con el propósito de enseñar la ley de Moisés al pueblo.

Tercero, en el 444 a.C. llegó Nehemías como gobernador con el propósito de reconstruir la muralla de la ciudad, repoblar Jerusalén y derrotar a sus enemigos. Nehemías cuenta su propia historia en el libro que lleva su nombre.

Esdras y Nehemías

ESDRAS Y NEHEMÍAS

ESDRAS: PASAJES Y HECHOS CLAVE

Ciro ordena a los judíos que regresen [1](#)

Se ponen los cimientos del templo; empieza la reconstrucción [3](#)

Dedicación del templo; se celebra la Pascua de los hebreos [6](#)

Regreso de Esdras [7](#)

Matrimonio con mujeres extranjeras [9-10](#)

NEHEMÍAS: PASAJES Y HECHOS CLAVE

Tristes noticias desde Jerusalén: Nehemías ora [1](#)

Artajerjes consiente su regreso [2](#)

Reconstrucción de la muralla de Jerusalén [3-6](#)

Esdras lee la Ley; se renueva la alianza [8-10](#)

Celebran la terminación de la muralla [12](#)

Nehemías aborda el asunto de los matrimonios mixtos [13](#)

Los libros de Esdras y Nehemías son vívidos y emocionantes; muchos de sus pasajes se leen más como notas o apuntes para un futuro libro que como un texto acabado. Hay extractos de los registros del templo, del decreto de Cyrus y de diversos comunicados oficiales. Algunos de los escritos están en hebreo, otros en arameo. El arameo era el idioma comúnmente utilizado en el imperio persa; lo hablaban tanto los judíos que regresaron a Palestina como aquellos que continuaron en el exilio. Los libros también contienen extractos de los diarios de Esdras y Nehemías. El de Nehemías está escrito en primera persona y da la versión más completa de este período.

Nehemías fue un funcionario importante, copero del rey Artajerjes de Persia. Quedó muy disgustado cuando, transcurridos varios años desde el primer retorno de los exiliados, recibió la información de que la muralla de la ciudad de Jerusalén aún permanecía destruida y que, en general, las cosas habían mejorado muy poco. Después de orar y prepararse cuidadosamente, consiguió permiso del emperador para regresar.

Una vez allí, inspeccionó las ruinas y decidió un plan para reconstruir la muralla. Así la moral del pueblo mejoraría y se considerarían, nuevamente, como una nación. Con una habilidad organizativa excelente, Nehemías reunió una fuerza de trabajo y la muralla fue levantada en 52 días... pero no sin oposición. Estaban aquellos que ya se encontraban viviendo en la tierra y que deseaban fraternizar con los judíos que retornaban. Nehemías no estaba dispuesto a permitirlo, de tal manera que se suscitaron problemas y constantes hostigamientos. Aunque parece riguroso, lo que le interesaba a Nehemías era mantener la pureza de su pueblo y la de su fe. El capítulo 5 de su libro nos da un ejemplo de la justicia económica y práctica de Nehemías.

Después de doce años de gobierno, Nehemías partió para entregar su informe al emperador en Susa. Cuando retornó a Jerusalén se horrorizó al descubrir que su pueblo había vuelto a asimilar las formas de comportamiento de los pueblos que lo rodeaban. Ya no observaban el día de reposo (sábado), aun cuando el hecho de guardar este día sagrado había sido una señal de su alianza con Dios, desde el

tiempo en que había sido dada la Ley. Había extranjeros viviendo en Jerusalén, incluso en los edificios del templo. Con su acostumbrado celo, Nehemías se puso en acción para enderezar las cosas.

El papel de Esdras era el de instruir al pueblo en la Ley. La Ley estaba escrita en hebreo y el pueblo hablaba arameo, de tal forma que era necesario interpretar y explicar estos textos. Esdras se ubicó sobre un elevado estrado frente a una numerosa asamblea al aire libre, ayudado en su tarea por levitas. Durante días el pueblo celebró, una vez más, la fiesta de los Tabernáculos, mientras recibían constantes enseñanzas sobre la Ley.

Tanto Esdras como Nehemías se indignaron mucho cuando se enteraron de que hombres israelitas se habían casado con mujeres no judías. Esdras insistió en que se divorciaran de ellas. Ambos pensaban que era imprescindible mantener la pureza del pueblo de Dios, y a la raza judía separada y distinta de los demás. Enseñaron también la importancia de observar la Ley. Estos dos principios preservaban la identidad nacional y la fe de los judíos. Ambos profetas estimularon una visión nacionalista estrecha y un comportamiento legalista durante los siglos venideros.

Los primeros capítulos de Esdras describen cómo los retornados del exilio se dedicaron en primer término a reconstruir el templo. Esto sucedió poco tiempo antes que Nehemías organizara la reconstrucción de la muralla de la ciudad. Se hizo una gran celebración cuando se pusieron los cimientos del templo. Un poderoso grito de alabanza se elevó y el coro y la orquesta cantaron e interpretaron:

«Porque él [Jehová] es bueno, porque para siempre es su misericordia sobre Israel». (Esd 3.11)

Sin embargo, algunos de los ancianos presentes estaban apesadumbrados debido al enorme contraste entre el templo reconstruido y las glorias del gran templo de Salomón tal cual ellos lo recordaban. Lloraron ruidosamente mientras los más jóvenes gritaban de alegría.

Las emociones poderosas y el entusiasmo no duraron mucho. Pronto los vecinos, cuyas ofertas de ayuda habían sido rechazadas, empezaron a dificultar cuanto podían el proyecto de reconstrucción. El pueblo se descorazonó. Al mismo tiempo, Cambises, hijo de Ciro que había heredado su imperio, parece haber saqueado a Judá en busca de provisiones alimenticias. El pueblo se encontraba pobre y desalentado.

Los papiros de Elefantina

Muchos documentos en arameo se han descubierto en Elefantina, una isla cercana a Asuán, en el río Nilo. Datan aproximadamente del tiempo de Esdras y Nehemías y nos cuentan sobre la vida de un grupo de judíos que vivía allí. Parecen haber constituido una avanzada militar, enviada, quizá, por los persas, para guardar esta posición fronteriza.

Una carta denominada Papiro de Pascua data del 419 a.C.; se dice que proviene del emperador Darío. Allí se establece la práctica correcta para observar la Pascua de los hebreos. Los persas insistían en que los pueblos sometidos por ellos practicasen correctamente sus propios ritos religiosos.

Hageo y Zacarías

HAGEO Y ZACARÍAS

HAGEO: PASAJES Y HECHOS CLAVE

Dios ordena reconstruir el templo [1-2](#)

Promesas de bendición [2](#)

ZACARÍAS: PASAJES Y HECHOS CLAVE

«Volveos a mí» [1](#)

Justicia y misericordia [7](#)

Promesa de bendición para Jerusalén [8](#)

El día del Señor 14

Fueron dos profetas, Hageo y Zacarías, quienes pusieron al pueblo en acción nuevamente. Hageo les recordó que no eran tiempos para quedarse relajados en sus bien construidas casas en lugar de continuar con la construcción de la morada del Señor. Dios debía estar en primer término. Dio ánimos también al pueblo, recordándole que Dios estaba a su lado.

Zorobabel, el gobernador, y todo el pueblo, se entusiasmaron y empezaron a trabajar una vez más en el templo. Ambos profetas tuvieron especiales palabras de estímulo tanto para Zorobabel como para Josué, el sumo sacerdote, asegurándoles de que Dios los había escogido para cumplir sus propósitos. Zacarías empleó el título de «Renuevo» para referirse a Zorobabel y a Josué. Más tarde, los eruditos judíos consideraron que este título hacía referencia al Mesías, quien sería a la vez rey y sacerdote.

Los capítulos 9 a 14 de Zacarías son tan distintos de los primeros que algunos piensan que fueron escritos por otro autor. No se refieren al presente sino al fin de los tiempos. Una parte de esta sección es apocalíptica (véanse notas referentes a *Apócrifos* y a *Apocalipsis*).

Malaquías

MALAQÚÍAS

PASAJES Y HECHOS CLAVE

El amor infalible de Dios 1

El día del Señor y la promesa de misericordia de Dios 3-4

Malaquías, cuyo libro es el último del Antiguo Testamento, fue otro profeta de este período. Se horrorizó al comprobar la forma complaciente y descuidada en que la gente pensaba en Dios; reducían la adoración a una mera rutina obligatoria, y cualquier ofrenda barata y de segunda categoría servía como sacrificio. Pensaban que importaba poco el que sirvieran a Dios o le desobedecieran. Parecían no percatarse del poderoso amor de Dios ni de su paternal cuidado hacia ellos.

Malaquías decidió sacudirlos para que reconociesen la santidad de Dios a la vez que su amante justicia. El estilo del profeta es dramático y directo, dándonos la sensación de oírlos directamente de su boca. Hacía el tipo de preguntas que la gente habría hecho si pusiese palabras a sus sentimientos sobre Dios: «¿Cómo sabemos que nos amas?»

No pueden reconocer que no han respondido a la iniciativa de Dios, y preguntan: «¿En qué te hemos despreciado?»

Malaquías respondió a estas preguntas de una manera clara y tajante. También censuró a los hombres por divorciarse de las mujeres con las que se habían casado en su juventud, con la intención de encontrar otra pareja más atractiva. El ser desleal de esta manera se asemejaba mucho a ser desleal a la alianza de fe con Dios. En consecuencia, Malaquías advirtió que Dios vendría a juzgarlos, como un refinador que con el fuego separa la escoria del metal puro. ¿Quién podría resistirse a semejante prueba?

*«Ciertamente viene el día, ardiente como un horno,
y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa.
Aquel día que vendrá, los abrasará,
dice Jehová de los ejércitos,
y no les dejará ni raíz ni rama.
Mas para vosotros, los que teméis mi nombre,
nacerá el sol de justicia
y en sus alas traerá salvación».* (Mal 4.1-2)

Ester

ESTER

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Ester se convierte en reina [2](#)

Mardoqueo salva la vida del rey [2](#)

El plan de Amán para destruir a los judíos [3](#)

Ester salva a su pueblo [5-9](#)

La fiesta de Purim [9](#)

«La oportunidad nos llega de la mano de Dios» podría ser una de las maneras de resumir el mensaje del libro de Ester, aun cuando nunca menciona el nombre de Dios.

El libro de Ester es, sobre todo, una excelente historia, soberbiamente escrita. Ambientada en Persia durante el reinado de Asuero o Jerjes, se refiere a la comunidad judía que padecía bajo persecución. Mardoqueo, un judío que había llegado a ser funcionario de la corte, hace entrar a su prima y protegida, la bella y joven Ester, en el concurso de belleza que se organiza con el fin de que el rey seleccione a la próxima reina. Ester es la novia escogida y se convierte en reina, pero su nacionalidad no se divulga.

Mientras tanto, Mardoqueo cae en desgracia ante el favorito del rey, Amán, ante quien Mardoqueo, como buen judío, rehusa inclinarse. En venganza, Amán planea la masacre total de la comunidad judía, para lo cual obtiene el cándido consentimiento del rey. Mardoqueo advierte a Ester, diciéndole que esta es su oportunidad de salvar a su pueblo.

Después de ayunar, ella se aproxima valientemente al rey, aunque hace tiempo que no la llama ante su presencia, de manera que ella podría provocar su ira. Sin embargo, él acepta su invitación para acudir, acompañado de Amán, a un banquete ofrecido por ella. Durante el banquete la reina retuvo su verdadera petición, e invitó a ambos a una nueva fiesta en la cual prometía pedir directamente al rey lo que quería.

CIRO Y EL IMPERIO PERSA

El imperio persa fue fundado por Ciro el Grande en el 549 a.C. Con el tiempo conquistó también a Babilonia y empezó a repatriar los pueblos allí que habían sido deportados. Convenía a sus propios intereses tener súbditos leales diseminados a través de su imperio. Ciro adoptó, también, una actitud muy tolerante hacia las religiones de los pueblos que había conquistado. Estimuló sus creencias y aun él mismo abrazó algunas de ellas.

El imperio persa

En el 530 murió Ciro mientras luchaba en la región oriental. Lo sucedió su hijo, Cambises, que era un tipo de hombre muy distinto. Asesinó a su propio hermano para asegurarse el trono. En el 525, Cambises anexó Egipto a su imperio. En el 522, cuando Cambises se suicidó, hubo confusión en cuanto a su heredero, pues muchos pretendían ser el hermano asesinado.

Darío, un general del ejército, tomó control del ejército y asumió el trono. Reinó desde el 521 al 486 a.C. y fue uno de los más poderosos emperadores persas. Hacia el 520 a.C. Darío había restaurado el orden; en este año Hageo y Zacarías empezaron a profetizar y se reiniciaron los trabajos en el templo ([Esdras 5 y 6](#))

Jerjes I reinó del 486 al 465.

Jerjes es su nombre griego; en hebreo es Asuero, nombre por el que se le conoce en el libro de Ester.

Artajerjes I reinó del 464 al 423.

Los hechos de [Esdras 7](#) hasta el fin de Nehemías ocurrieron durante su reinado.

Darío II reinó del 423 al 404.

Las cartas conocidas como los Papiros de Elephantina pertenecen a este período.

Artajerjes II reinó del 404 al 359.

Artajerjes III reinó del 359 al 338.

Los dos siglos del imperio persa fueron muy importantes para el pueblo judío. Los persas estimularon y subsidiaron las expediciones de regreso a Judá. Su política religiosa otorgó libertad amplia en todos los pueblos, a pesar de estar integrados en una sola unidad administrativa.

Luego viene, en la parte central de la historia, la noche en que el rey no podía dormir. Para llenar las horas de vigilia solicita le sean llevadas las crónicas reales y allí lee sobre la exitosa maniobra de Mardoqueo, un tiempo atrás, para impedir el asesinato del rey. Descubre que Mardoqueo nunca fue recompensado, y entonces pide a Amán, que había llegado temprano a la corte a solicitar la ejecución de Mardoqueo, que le conceda a este los honores merecidos.

En el segundo banquete, Ester denuncia el malvado plan de Amán contra su pueblo. El rey, incapaz de anular el primer edicto, emite un segundo decreto que permitirá a los judíos defenderse cuando sean atacados; Amán es colgado en la horca que había preparado para Mardoqueo.

Aunque no menciona el nombre de Dios, el libro describe maravillosamente los dos estilos de vida contrastantes entre Amán, el hombre que confía en el azar y la suerte, y Mardoqueo, quien cree en el Dios que puede controlar la suerte a fin de cumplir sus designios para con su pueblo.

El libro de Ester se lee en el festival anual judío de Purim, que, de acuerdo con el libro de Ester, fue instituido por Mardoqueo para celebrar la liberación de los judíos. La palabra «Purim» está vinculada a la palabra suerte, con el propósito de recordar a los judíos que su enemigo Amán echó suertes para determinar la fecha de su esperada venganza. Por el contrario, ese día se convirtió en día de victoria para el pueblo judío.

Daniel

DANIEL

PASAJES Y HECHOS CLAVE

Daniel y sus amigos en la corte: el extraño sueño del rey [1-2](#)

La estatua de oro de Nabucodonosor y el horno encendido [3](#)

Un segundo sueño: la humillación del rey [4](#)

La escritura en la pared: el banquete de Belsasar [5](#)

Daniel en el foso de los leones [6](#)

Visiones del futuro [7-12](#)

Los primeros seis capítulos del libro de Daniel cuentan la historia fascinante y dramática de un pequeño grupo de jóvenes judíos. Fueron llevados a Babilonia con el primer contingente de cautivos. Después de un período de instrucción en la sabiduría de Babilonia, se convirtieron en líderes y consejeros de la corte imperial.

La figura principal es Daniel. Desde el comienzo defendió sus principios judíos, rehusando comer la comida preparada para los jóvenes estudiantes en la corte del rey. Para sorpresa del funcionario que estaba a cargo, a Daniel y a sus tres amigos pareció sentarles muy bien una dieta vegetariana.

Más adelante, Daniel, solo entre los sabios maestros y astrólogos de la corte, fue capaz, con la ayuda de Dios, de narrar e interpretar el sueño del rey. Daniel percibe, en esa visión de una estatua gigante, cuatro reinos y uno más, el reino de Dios, que, como la piedra en el sueño rompe la estatua, así destruirá totalmente los demás reinos. El rey confesó:

—Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, Señor de los reyes y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio. (Dn 2.47)

La aventura siguiente concierne a los tres amigos de Daniel. Nabucodonosor había construido una estatua de sí mismo y la puso en exhibición. Cuando la orquesta tocara, todos, bajo pena de muerte,

debían postrarse y adorarla. Sadrac, Mesac y Abed-nego se negaron categóricamente a adorar a ningún otro que no fuese Dios. Con valentía, le dijeron al rey:

—*No es necesario que te respondamos sobre este asunto. Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tus manos, rey, nos librará. Y si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado. (Dn 3.16-18)*

A una orden del rey fueron arrojados de cabeza en el enorme horno. Pero allí, en las llamas, el rey vio a los tres hombres caminando ilesos, junto a una cuarta figura, de aspecto divino, que estaba con ellos. Estremecido de temor ordenó sacarlos del fuego. Salieron sin haber sufrido daño alguno, y Nabucodonosor alabó al Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego.

En Daniel 4 leemos que Nabucodonosor tuvo un segundo sueño sobre un gran árbol que un ángel ordena derribar. Daniel, uno de los funcionarios civiles del rey, se atrevió a desafiarlo para que se arrepintiese e hiciese justicia. Nuevamente interpretó el sueño, advirtiéndole al rey que él era ese árbol, que habría de ser empequeñecido, durante un período, a causa de su enorme orgullo y ufanía. Efectivamente, durante un tiempo el rey cayó en cierto estado de locura y más tarde fue restaurado a su trono. Una vez recobrada la cordura, Nabucodonosor alabó a Dios exclamando:

«*Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia*». (Dn 4.37)

La historia que sigue tiene lugar al final del imperio babilónico, en la noche misma en que este cayó. El príncipe y su corte estaban entregados a una orgía de comida y bebida, usando los vasos sagrados tomados del templo de Jerusalén; en ese momento una mano empezó a escribir sobre la pared. El rey Belsasar, aterrorizado, llamó a Daniel; este interpretó los misteriosos símbolos y advirtió al rey que había sido juzgado y encontrado deficiente, y que se aproximaba el fin de su reinado. El colapso estaba realmente próximo, y Darío el meda tomó el poder.

En la última de las historias, Daniel, anciano ya, era un importante funcionario en el reino de Darío. Sus compañeros estaban celosos de él y se valieron de su constante hábito de orar como arma para derrocarlo. Persuadieron al rey a que arrojara a los leones reales a todos aquellos que hiciesen peticiones a dios u hombre alguno que no fuese el rey. Luego acusaron a Daniel por rezar ante su ventana. El renuente rey se vio forzado a cumplir su palabra y llevar a cabo el castigo. A la mañana siguiente acudió presuroso al foso de los leones y encontró a Daniel sano y salvo. Su Dios «cerró la boca de los leones».

¿Cuándo fue escrito el libro de Daniel?

Muchos eruditos piensan que el libro de Daniel fue escrito mucho después de los hechos que se propone describir, quizás en el siglo II a.C. Creen que las «historias no guardan relación alguna con los cautivos en Babilonia; su propósito era dar ánimo a los judíos que sufrían persecuciones a manos del rey griego Antíoco Epífanes. Muchos de los problemas que enfrentaron Daniel y sus amigos tenían una fuerte semejanza con los que acosaban a los judíos en esa época.

El resto del libro es apocalíptico, un tipo de literatura que pertenece, principalmente, a los dos siglos anteriores a Cristo (véanse las notas bajo *Apócrifos* y *Apocalipsis*). Toma la forma de misteriosas visiones en que entran extrañas bestias y poderes cósmicos. Este tipo de escrito era una especie de código, destinado a ser comprendido solo por los lectores, que sufrían persecución por parte de un peligroso enemigo.

³Batchelor, M. (2000, c1993). *Abramos la Biblia* (electronic ed.). Miami: Sociedades Biblicas Unidas.

7

POEMAS E HIMNOS

Salmos • Cantares • Lamentaciones

Quien está feliz quiere cantar; por su parte, una persona enamorada o una que tiene el ánimo por los suelos a menudo encuentra alivio en la poesía. El lenguaje de la poesía y de la canción encuentra eco en momentos de gran alegría o de gran congoja. Habla por todos nosotros en el nivel más profundo.

La Biblia está llena de poesía. Sus destellos aparecen por todas partes, pero también hay libros en particular escritos en forma poética, canciones y poemas del pueblo hebreo.

Poesía hebrea

Una característica de toda la poesía —al igual que la danza— es que sigue ciertas estructuras. Lo que varía de una lengua y una cultura a otra es la forma en que esos diseños se construyen. A menudo se forman con sonidos. Las palabras pueden rimar. O bien el patrón está dado por el ritmo, según el número de acentos en un verso o de los sonidos apareados en las palabras puestas una al lado de la otra. Por supuesto, la poesía no se agota con estas normas. Las palabras son elegidas con gran precisión y se usan imágenes para realzar el significado.

La pauta en la poesía hebrea no depende del ritmo, o del número de «pies» o acentuaciones en cada línea, sino de lo que se llama «rima del pensamiento». Esta forma de hacer poesía se llama «paralelismo». La conjunción de ideas es lo que forma el diseño. La afirmación del primer verso se repite con otras palabras en la línea siguiente. Un ejemplo:

Los cielos cuentan la gloria de Dios

y el firmamento anuncia la obra de sus manos. (Sal 19.1)

A veces una variante de la primera idea aparece en la segunda línea. El versículo siguiente del Salmo 19 dice:

Un día emite palabra a otro día

y una noche a otra noche declara sabiduría. (Sal 19.2)

La idea puede continuar en un tercer verso o aún más, como ocurre luego en este salmo.

Existe otra forma de paralelismo: el segundo verso contrasta con el primero. Por ejemplo:

Los benditos de él heredarán la tierra

y los malditos de él serán destruidos. (Sal 37.22)

En otras ocasiones la segunda línea avanza un paso más, dando culminación:

Ciertamente, el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida,

y en la casa de Jehová moraré por largos días. (Sal 23.6)

De hecho, el paralelismo puede formar estructuras de muchas maneras. La poesía hebrea no está amarrada a un número fijo de pies en un verso, aunque habitualmente el número de acentos tónicos en una línea será pareado por la misma cantidad en la línea siguiente.

Esta clase de poesía tiene dos grandes ventajas. Primero, al ser menos rígida que la rima o el metro, puede ser compuesta más espontáneamente. Tal vez esto explica la frecuencia de explosiones poéticas por toda la Biblia, en la forma de proverbios, impulsos de acción de gracias y súplicas.

La otra ventaja de la poesía hebrea es que cuando se traduce pierde menos que la poesía en otras lenguas. Cuando la poesía depende de la rima o del sonido de las palabras, puede perder mucho de su riqueza en otra lengua. Las «rimas de pensamiento», en cambio, se preservan.

MÚSICA

La Biblia a menudo menciona la música, los músicos y los instrumentos musicales. Contiene un libro entero de canciones religiosas: los Salmos.

La trompeta anunciaba las fiestas y reunía a la gente. El *sofar*, o cuerno de carnero, llamaba a la gente a la guerra. Las victorias se celebraban cantando y danzando.

El rey David era un músico hábil. Niño aún, encantó al rey Saúl con su destreza en el arpa (*kinnor*). Y como rey, organizó la música para el templo que construiría su hijo Salomón.

Monedas, lámparas, esculturas y mosaicos que muestran instrumentos musicales de épocas primitivas figuran entre los hallazgos de los arqueólogos.

El Libro de los Salmos

A lo largo del tiempo, hombres y mujeres han encontrado consuelo y regocijo en el libro de los Salmos, y lo mismo ocurre hoy. Cualquiera sea el ánimo —sea que el lector rebose alegría o esté completamente abatido y acongojado— habrá un salmo que viene a su encuentro y le sirve de expresión. Toda la gama de emociones humanas está presente en estos poemas nacidos en lo profundo de la experiencia. Los autores de los salmos, sin embargo, no estaban registrando sus alegrías y pesares para conocimiento de todos. Ellos volcaban su corazón delante de Dios. Por eso muchos de los salmos son asimismo oraciones.

Hay salmos que interpretan la emoción de la felicidad, expresada en la alabanza de Dios, como el Salmo 103:

*Bendice, alma mía, a Jehová,
y bendiga todo mi ser su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Jehová,
y no olvides ninguno de sus beneficios.
Él es quien perdona todas tus maldades,
el que sana todas tus dolencias. (Sal 103.1-3)*

Pero también pueden expresar honda desesperación, como las palabras del salmo anterior a este:

*Jehová, escucha mi oración
y llegue a ti mi clamor.
No escondas de mí tu rostro
en el día de mi angustia. (Sal 102.1-2)*

El autor prosigue describiendo su extrema angustia y sensación de abandono. Bastante a menudo, hacia el fin de un salmo de esta índole se asoma una nota de esperanza. Pero no hay fingimiento, porque los autores no tienen miedo de decirle a Dios exactamente lo que sienten.

En ciertos salmos el autor está muy consciente de su culpa ante Dios. El poema es una súplica de perdón. Así es el Salmo 51, con su ruego:

*Conforme a la multitud de tus piedades
borra mis rebeliones.
¡Lávame más y más de mi maldad
y límpiame de mi pecado! (Sal 51.1-2)*

A veces el ánimo es más tranquilo. El salmo más amado, Salmo 23, está henchido de tranquila confianza en el buen pastor: Dios provee para las necesidades de su rebaño y lo mantiene a salvo, a través de los terrores de la vida y la muerte.

Jehová es mi pastor, nada me faltará.

*En lugares de delicados pastos me hará descansar;
junto a aguas de reposo me pastoreará.
Confortará mi alma.
Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.
Aunque ande en valle de sombra de muerte,
no temeré mal alguno,
porque tú estarás conmigo;
tu vara y tu cayado me infundirán aliento.
Aderezas mesa delante de mí
en presencia de mis angustiadores;
unges mi cabeza con aceite;
mi copa está rebosando.
Ciertamente, el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida,
y en la casa de Jehová moraré por largos días. (Sal 23)*

El salmo más breve desborda gozo y alabanza:
*Alabad a Jehová, naciones todas;
pueblos todos, alabadlo,
porque ha engrandecido sobre nosotros su misericordia,
y la fidelidad de Jehová es para siempre.
¡Aleluya. (Sal 117)*

El más largo es el Salmo 119. Es también un acróstico, lo que quiere decir que cada estrofa comienza con una letra diferente del alfabeto hebreo, en orden correcto. Todo el salmo se refiere a la palabra y las leyes de Dios, que son la delicia del salmista:

*Lámpara es a mis pies tu palabra
y lumbrera a mi camino.
Juré y ratifiqué
que guardaré tus justos juicios...
Te ruego, Jehová, que te sean agradables los sacrificios voluntarios de mi boca
y que me enseñes tus juicios. (Sal 119.105-108)*

Algunos de los salmos fueron escritos claramente para el rey y para ocasiones cortesanas. El Salmo 45 es un brillante poema de bodas para un novio real. Otro poema real es el 72, con sus intercesiones por el rey en ejercicio:

*Dios, da tus juicios al rey
y tu justicia al hijo del rey.
Él juzgará a tu pueblo con justicia
y a tus afligidos con rectitud. (Sal 72.1-2)*

No todos los salmos son, de manera alguna, efusiones de emoción individual. A menudo, como en el Salmo 66, está claro que han sido escritos, o adaptados, para que la comunidad del pueblo de Dios los viva y los cante en común:

*¡Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,
y haced oír la voz de su alabanza!
Él es quien preservó la vida a nuestra alma
y no permitió que nuestros pies resbalaran. (Sal 66.8-9)*

Los Salmos como libro de himnos

Mucha gente cree que los salmos se reunieron en la forma que conocemos para servir como libro de himnos en el templo restaurado, tras el retorno del cautiverio en Babilonia en el año 520 a.C. Se piensa ahora que algunos profetas trabajaban junto a los sacerdotes en el culto del templo, y que algunos de los salmos fueron obra de ellos.

Pero muchos salmos probablemente fueron utilizados por Israel en el culto a Dios en fecha tan antigua como el año 1000 a.C. Algunos eruditos concluyen que la mayoría de los salmos proceden del culto en el templo de Salomón y tal vez también en otros santuarios locales. Tenemos una referencia a un salmo entonado cuando David llevó el arca de la alianza a Jerusalén (2 Samuel 6.5).

Muchos de los temas de los salmos tienen sus raíces en la adoración del templo. El Salmo 118, por ejemplo, describe la preparación de un sacrificio. Otros salmos tienen una pauta de preguntas y respuestas como si estuvieran diseñados para la liturgia, donde la gente canta las respuestas. El Salmo 24 es un buen ejemplo de este tipo de salmo, con sus preguntas:

¿Quién es este Rey de gloria?

y la respuesta:

¡Jehová el fuerte y valiente,

Jehová el poderoso en batalla!...

¡Él es el Rey de gloria! (Sal 24.8,10)

David y los salmos

Los títulos y notas que aparecen al comienzo de un salmo son adiciones posteriores, quizá insertadas cuando los salmos fueron recogidos en colecciones. Muchos de los salmos llevan el nombre de David. En la parte superior aparece la frase: «Salmo de David». Esto también puede traducirse como «Salmo para David», indicando que el poema fue escrito para el rey David o para uno de sus descendientes. El salmo, en ese caso, habría formado parte de una colección perteneciente a la casa real, escrita para el rey que gobernaba en ese momento. Si bien algunos eruditos ponen en tela de juicio la autoría de David, es posible que al menos algunos de los salmos que llevan su nombre fueran escritos por el propio David. Sabemos que era un músico consumado y que organizó la música y el canto para el futuro templo.

Varios salmos llevan encabezamientos que los vinculan con hechos específicos en la vida de David. Algunos estudiosos no ponen mucha fe en estas notas biográficas, pero otros creen que, aunque la referencia hubiera sido puesta por una mano posterior, la tradición es válida. La experiencia de vida de David fue rica y variada; recorrió toda la escala de las emociones humanas. No sería de extrañar que tales experiencias encontraran expresión en muchos salmos.

Los salmos que conocemos

El libro de los Salmos es la mayor colección de poemas en la Biblia. Si bien hablamos de él como *un* libro, en realidad incluye cinco libros independientes: las secciones comienzan en Salmos 1, 42, 73, 90 y 107, respectivamente. Cada libro termina con una doxología, o breve canción de gloria a Dios. Estas divisiones del libro se remontan por lo menos al siglo II o III a.C.

Probablemente estas cinco colecciones se emplearon separadamente alguna vez, aunque los grupos originales parecen haber sido ampliados luego. Por ejemplo, el Libro 2 termina con las palabras «Aquí terminan las oraciones de David, el hijo de Jesé»; sin embargo, otros salmos suyos aparecen en secciones posteriores.

Hay grupos de salmos con un mismo encabezamiento; por ejemplo, «Salmo de los hijos de Coré». Estos hombres pertenecían a una de las familias de los levitas, algunos de los cuales llegaron a ser cantantes y músicos en el coro del Templo fundado por David.

Otro grupo de salmos, 120 a 134, se titula «Cántico gradual» (de las subidas). La teoría más popular dice que estos salmos eran cantados por peregrinos al hacer el viaje al Templo en tiempos de fiestas.

Hay toda clase de indicaciones al comienzo de distintos salmos; parecen ser instrucciones para los maestros de coro, instrumentistas y cantantes. Algunas probablemente señalan la tonalidad en que debe cantarse el salmo; otros bien pueden contener instrucciones sobre los instrumentos musicales que deben usarse. La palabra más frecuente es *selah*. Ahora nadie sabe qué quiere decir. Quizás marcaba un cambio en el acompañamiento musical, una pausa en la música, o una indicación a los cantantes para elevar la voz.

Además de alegres cantos, danzas y obras corales, una variedad de instrumentos musicales acompañaban el culto. El Salmo 150 insta a los adoradores:

Alabadlo [a Dios] a son de bocina;

alabadlo con salterio y arpa.

Alabadlo con pandero y danza;

alabadlo con cuerdas y flautas.

Alabadlo con címbalos resonantes... (Sal 150.3-5)

Salmos imprecatorios

Estos salmos constituyen un problema para muchos, porque sin ambages claman venganza y maldiciones sobre los enemigos del salmista. Un ejemplo es el Salmo 137, que implora venganza sobre los países de Edom y Babilonia.

La enseñanza de Jesús, de perdonar a los enemigos, contradice frontalmente aquella actitud, y en consecuencia puede parecer inapropiado hacernos hoy eco de esas palabras. Antes de condenar a los autores, es importante reconocer en estas imprecaciones un grito de justicia. Es apropiado pedir la reivindicación del inocente y la aplicación de la justicia. La misma fuerza del lenguaje empleado sacude a los lectores de su complacencia y expone sin rodeos la realidad del mal. Sigue siendo justificado montar en cólera contra la crueldad y el mal, y estar dispuesto a clamar a gritos en nombre de los que han sido agraviados.

Temas mesiánicos

Intérpretes judíos reconocieron referencias al Mesías —el rey que habría de venir— en ciertos pasajes de los salmos. Un ejemplo puede ser el Salmo 110:

Jehová dijo a mi Señor:

«Siéntate a mi diestra,

hasta que ponga a tus enemigos

por estrado de tus pies». (Sal 110.1)

Algunos eruditos creen que el rey en Israel ocupaba un lugar muy especial como mediador entre Dios y su pueblo; piensan que estas excelsas cualidades se refieren al rey en ejercicio. Sin duda había en primer lugar alguna alusión al rey en ejercicio, pero es razonable pensar que también tenían una significación mesiánica, esperando al ungido de Dios.

Cantar de los Cantares

Cantar de los Cantares expresa el gozo del amor entre hombre y mujer. Los poemas son expresiones francas y apasionadas del amor sexual y su satisfacción.

Lectores judíos y cristianos por igual se han mostrado a veces renuentes a aceptar himnos tan libres al amor humano. En consecuencia, los poemas con frecuencia han sido interpretados como una celebración de la relación entre Dios e Israel o, en tiempos cristianos, entre Cristo y su esposa, la

iglesia. Pero no hay verdaderas razones para tratar el libro de tal manera. Tal vez sería mejor aceptarlo al pie de la letra, como un libro en la Biblia que reconoce la sexualidad humana y el amor fiel entre hombre y mujer como parte de la buena creación de Dios.

La iglesia es acusada a menudo por su actitud negativa en cuanto al sexo y sus reparos a la sexualidad humana. La Biblia no hace tal cosa. La relación entre hombre y mujer, incluyendo la unión física, vino antes de la caída (véase capítulo 1). La sexualidad es el buen regalo de Dios, y Cantares nos lo recuerda.

Los poemas mismos están llenos de rica imaginería oriental. Ambos amantes expresan libremente sus sentimientos el uno por el otro. Pese a la cultura de aquel tiempo, no hay indicación alguna de agresión masculina ni de la mujer como víctima. El amor es compartido con igualdad; el varón exclama:

*Como el lirio entre los espinos
es mi amada entre las jóvenes.*

y ella responde:

*Como un manzano entre árboles silvestres
es mi amado entre los jóvenes.*

*A su sombra deseada me senté
y su fruto fue dulce a mi paladar.*

*Me llevó a la sala de banquetes
y tendió sobre mí la bandera de su amor. (Cnt 2.2-4)*

Si bien el nombre de Salomón se menciona varias veces en los poemas, es probable que no sea el autor. Salomón tenía un enorme harén y una reputación como amante, por lo cual no es extraño encontrar su nombre en el contexto del amor. Es imposible saber con certeza cuándo fue escrito el libro. Quizás se incluyen poemas de diferentes períodos.

Muchos han tratado de descifrar un hilo narrativo en el libro, asignando los parlamentos a diferentes interlocutores. Una teoría sugiere que Salomón quería traer a una simple muchacha campesina a su harén, pero ella estaba enamorada de uno de su misma clase. Pero es casi imposible transformar el libro en un drama convincente o en una secuencia de acontecimientos. Es mucho más fácil aceptarlo como una antología de poemas de amor.

Lamentaciones

El título de este libro, que sigue al de Jeremías en nuestras Biblias, habla por sí mismo. Es un libro de lamentos. El autor derrama su corazón con gran angustia y pena a causa del terrible destino de Jerusalén en manos de sus captores babilónicos en el 587 a.C. Es una vivencia desgarradora leer los cinco poemas que forman este libro. Con todo, miles de refugiados han padecido en la actualidad algunos de los terribles ruidos y escenas de los que el autor fue testigo presencial. Los lactantes mueren de hambre en brazos de sus madres y los niños famélicos desfallecen de inanición en las calles donde jóvenes y viejos yacen muertos.

Es también un retrato aterrador de la crueldad sufrida en manos de un brutal enemigo. Las puertas de la ciudad están enterradas debajo de escombros, y el templo, orgullo y alegría de la nación, está destruido.

La congoja del escritor es más intensa porque comprende la causa de la tragedia. Reconoce que la culpabilidad de la nación acarreó su ruina. Falsos profetas los habían convencido de que todo estaba bien, y dejaron de confesar sus pecados y arrepentirse. No obstante, hasta en el medio de tanta aflicción

y desesperación el autor atisba un rayo de esperanza. Porque Dios es un Dios de la alianza, que siempre cumple sus promesas, cabe la esperanza para un Israel arrepentido. El autor afirma con increíble fe y valentía:

Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que lo busca.

Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová...

por si aún hay esperanza... (Lm 3.25-29)

Lamentaciones y los Escritos

El libro de Lamentaciones pertenece a la sección del Antiguo Testamento que los rabinos judíos llaman los Escritos. Era parte de los cinco rollos que fueron reunidos para ser leídos en una u otra de las fiestas judías. No es de extrañar que Lamentaciones se leyera cada vez que se conmemoraba la destrucción de Jerusalén.

El libro consta de cinco poemas (cinco capítulos en la Biblia). Los primeros cuatro están en forma acróstica. Es un modelo muy complicado, pero una honda emoción suele adaptarse mejor a una estricta disciplina de estilo. Los poemas están escritos en la forma de endechas o cantos fúnebres.

Nadie sabe quién es el autor, aunque la tradición señala a Jeremías. Pero Jeremías ciertamente no se dejó extraviar por los falsos profetas que habían vaticinado prosperidad. Era un auténtico profeta que predijo y previno a la gente sobre la inminente captura de Jerusalén por Babilonia. El autor, quienquiera que fuese, tiene que haber sido un testigo presencial.

8

HISTORIAS Y MÁXIMAS SABIAS

Proverbios • Job • Eclesiastés

La sabiduría en el sentido del Antiguo Testamento tiene relación con las habilidades del diario vivir, ya sea en la corte, en la plaza del mercado o en el hogar. Ser sabio era saber manejar las relaciones con la gente, llevar a cabo los negocios sagazmente, y desempeñar bien el trabajo de todos los días. Ser sabio significaba estar bien informado, poseer discernimiento y buen juicio.

Para resumir, la sabiduría implicaba saber cumplir con las propias obligaciones, ya sea como padre, niño, cortesano u obrero, y tener éxito en ello. La sabiduría podía incluir también logros intelectuales; 1 Reyes 4 dice que Salomón «habló acerca de los árboles y las plantas, desde el cedro del Líbano hasta la hierba que crece en las paredes; también habló sobre los animales, las aves, los reptiles y los peces.»

La sabiduría en la Biblia también se vincula con tomar decisiones morales correctas. Un pensamiento clave del libro de los Proverbios es que el temor de Dios es el primer paso hacia la sabiduría y que la verdadera sabiduría es un don de Dios. El necio, lo opuesto del prudente, no es el que tiene poco cerebro, sino el que hace elecciones morales equivocadas y carece de discernimiento y buen juicio.

Literatura sapiencial

El tema de la sabiduría recorre todo el Antiguo Testamento, pero algunos libros están especialmente clasificados como literatura sapiencial. Estos son Proverbios, Job y Eclesiastés, junto con Sabiduría de Salomón y Eclesiástico, entre los libros deuterocanónicos (véase *Apócrifos*, bajo el título «Libros del Antiguo Testamento»). La literatura sapiencial está escrita en forma de poemas y abunda en refranes expresivos y proverbios sabios. Los libros intentan proporcionar respuestas a las preguntas sobre la vida que hombres y mujeres siempre se hacen.

¿Dónde se aprendía la sabiduría?

Las personas que iban a servir en la corte necesitaban enseñanza superior en sabiduría, en comparación con los requisitos de una persona corriente. Necesitaban habilidades en diplomacia internacional así como en asuntos internos. Sin duda existieron maestros de sabiduría y escuelas ligadas a la corte real, donde se impartían tales conocimientos. Pero, en general, las instrucciones de sabiduría se daban y recibían en el seno de la familia. Los padres, abuelos y ancianos de las aldeas transmitían la sabiduría recibida y adquirida a la siguiente generación.

Así que el autor de Proverbios insta:

*«Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre
y no abandones la enseñanza de tu madre,
porque adorno de gracia serán en tu cabeza,
y collares en tu cuello. (Pr 1.8-9)*

El libro de Proverbios: sabiduría cotidiana

Se ha descrito el libro de los Proverbios como la santidad puesta en ropas de trabajo. Puede parecer, a primera vista, un libro más dedicado a dar consejos sagaces que a enseñar religión. Su material es tan variado como la vida misma. Indica al lector cómo responder a los consejos paternos, cómo comportarse en el banquete de un hombre rico, cómo valorar a la esposa y evitar involucrarse con mujeres disolutas, cómo ser un buen amigo y, también, cómo tratar a los enemigos.

Hay una abundancia de información sobre la vida en el hogar, la vida en la corte, en el mercado, entre amigos y vecinos; de hecho, abarca cada aspecto de la vida. En un primer nivel, trata de los buenos modales; pero también enseña tácticas de conducta y prácticas correctas. Sustentando a todos los buenos consejos hay una máxima a la cual todo queda supeditado:

*«Confía en Jehová con todo tu corazón
y no te apoyes en tu propia prudencia.*

Reconócelo en todos tus caminos

y él hará derechas tus veredas.

No seas sabio en tu propia opinión,

sino teme a Jehová y apártate del mal...». (Pr 3.5-7)

Es difícil dar un cuadro coherente de Proverbios, debido a que su mayor parte consiste en refranes breves y expresivos que cambian de un tema a otro con pasmosa velocidad. Sin embargo, es un libro pleno de vivo interés y descripciones pintorescas. Las miniaturas que pinta son de sumo valor.

Está la del hombre perezoso, que se vuelve en su cama como la puerta sobre sus quicios. «¡Un león está en las calles!» es su excusa para no levantarse.

Habla de la esposa pendenciera que es como «gotera continua».

Hay descripciones más largas, tales como la de la mujer disoluta, con su apariencia atrevida, sus sábanas perfumadas y su cuento sobre el marido que ha emprendido un largo viaje. Tienta al desprevenido viajero, que va con ella como un buey al matadero.

Está la descripción realista de alguien que ha bebido demasiado, y tiene los ojos inyectados de sangre y la sensación de estar «en medio del mar» o «en la punta de un mástil», y solo puede decir, jadeando: «Volveré en busca de más».

Los proverbios mucho tienen que decir sobre los vecinos y amigos, y reconocen el valor inapreciable de la amistad:

El hombre que tiene amigos debe ser amistoso,

y amigos hay más unidos que un hermano. (Pr 18.24)

Leales son las heridas que causa el que ama... (Pr 27.6)

*El hierro con hierro se afila,
y el hombre con el rostro de su amigo. (Pr 27.17)
A quien de madrugada bendice en alta voz a su amigo,
por maldición se le contará. (Pr 27.14)*

En Proverbios 31 hay un retrato escrito de la esposa perfecta; enumera sus habilidades, entre las que se incluyen abastecer a su hogar, comprar con prudencia y realizar buenos tratos comerciales:

*«Sus hijos se levantan y la llaman bienaventurada,
y su marido también la alaba:
“¡Muchas mujeres han hecho el bien,
pero tú las sobrepasas a todas!”.
Engañosa es la gracia y vana la hermosura,
pero la mujer que teme a Jehová, esa será alabada.
¡Ofrecedle del fruto de sus manos,
y que en las puertas de la ciudad la alaben sus hechos!».* (Pr 31.28-31)

Una importante sección central del libro de Proverbios personifica a la sabiduría como una mujer que invita a todos los que deseen a compartir su fiesta. En un pasaje de gran belleza lírica, en Proverbios 8, la sabiduría describe sus orígenes:

*Eternamente tuve la primacía, desde el principio,
antes de la tierra...
Yo era su delicia cada día
y me recreaba delante de él en todo tiempo.
Me regocijaba con la parte habitada de su tierra,
pues mis delicias están con los hijos de los hombres.* (Pr 8.23,30-31)

La sabiduría es la virtud que va bien con Dios y con los seres humanos, y que une a ambos.

Muchos de los consejos que se encuentran en Proverbios son expresión de sólido sentido común, la voz de la experiencia que alerta a los inexpertos. Los proverbios recomiendan qué decisiones traerán beneficios. Pero, como tema subyacente a todos ellos, se encuentra la estructura moral de confianza y obediencia al Dios de Israel. A pesar de que no se menciona ninguno de los grandes hechos de la historia de Israel, es significativo que, en el 88% de los casos, el nombre empleado para designar a Dios es el de la alianza: Jehová, Yahvé, el Señor, el «YO SOY» con el que Dios se reveló a Moisés y a su pueblo, Israel.

¿Quién escribió Proverbios?

Varios autores diferentes son nombrados en el texto; Salomón, Agur y Lemuel, así como otros a los que se hace referencia designándolos como «hombres sabios». El libro finaliza con el poema acróstico sobre la esposa ideal, que es anónimo. Nada se sabe de Agur o Lemuel, aunque parece que no eran judíos. El nombre de Salomón se usaba para hacer alusión a la sabiduría. El libro empieza con las palabras: «Los proverbios de Salomón», expresión que se repite en 10.1. Y nuevamente, en 25.1, se lee: «También estos son proverbios de Salomón.»

Sin duda hay muchas fuentes diferentes, incluyendo a las no israelitas, para los numerosos proverbios, muchos de ellos probablemente muy anteriores a Salomón. Con todo, parece reconocerse su toque personal en algunos de ellos. El libro de 1 Reyes afirma:

Era mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales y que toda la sabiduría de los egipcios. Compuso tres mil proverbios, y sus cantares fueron mil cinco. (1R 4.30,32)

¿Cuándo fueron escritos los Proverbios?

Hay una clave para fijar su fecha en el mismo libro Proverbios: En 25.1 se dice que estas nuevas máximas de Salomón las «copiaron los varones de Ezequías, rey de Judá». Así sabemos que el libro en su forma actual no podría ser anterior al siglo VI a.C. Solía pensarse que los hombres sagaces o sabios aparecieron más tarde y se sugirió una fecha entre los siglos V y III a.C.. Sin embargo, ahora se admite que la literatura sapiencial fue escrita tempranamente en otras culturas. Es posible que todo el material de Proverbios ya existiera en tiempos del mismo Salomón, aun cuando fuera revisado más tarde, agregándole entonces los primeros nueve capítulos y el último.

La literatura sapiencial y otras culturas

Literatura sapiencial, similar en forma a los libros de sabiduría de la Biblia, ha sobrevivido en otras culturas, en particular la egipcia y la asiria. Las máximas y los proverbios eran un buen material para los cuadernos de práctica; de ahí que muchas de las sentencias han sido preservadas de esta forma en los ejercicios de los aprendices de escriba. Parte de esta sabiduría se refiere a preguntas tan antiguas como el hombre, relativas al sufrimiento y al sentido de la vida. Data del período cuando David fue rey en Israel (1000 a.C.) y aun antes.

Hay buenas razones para pensar que Israel hizo suyos algunos de estos escritos previos. Un manual egipcio llamado *Las enseñanzas de Amenemope* tiene pasajes tan similares a algunos en Proverbios que debe de haber habido empréstito. Es probable que Proverbios sea el que se haya basado en el anterior, ya que el material egipcio se remonta a mucho tiempo antes de la época de Salomón, tal vez aun al siglo XII a.C.

1 Reyes nos dice que «Para oír la sabiduría de Salomón venían de todos los pueblos y de parte de todos los reyes de los países adonde había llegado la fama de su sabiduría». Esta información implica que había, en aquel tiempo, un fluido intercambio de reflexión entre cortes y escuelas de sabiduría de los diferentes países.

Job: el problema del sufrimiento

Los proverbios responden a preguntas sobre qué y cómo. Nos dicen cómo es una persona prudente y una necia, qué deberían hacer los esposos o padres y cuál es el comportamiento adecuado en diversas ocasiones. Incluso se parece en algo a un manual de «cómo tener éxito»: obedecer a Dios y hacer lo correcto traerá recompensas. Pero la sabiduría hebrea cala más hondo. A la vez que acepta que el comportamiento honesto y recto *suele* traer recompensas, no teme enfrentar abiertamente el problema de que hay víctimas inocentes. El bien no siempre es recompensado con salud y larga vida, y aquellos que menos lo merecen a veces parecen ser los que más sufren. El libro de Job trata de por qué sufre el inocente, si bien no da una respuesta a esta pregunta incontestable.

La historia de Job es, probablemente, muy antigua. Cuenta de un hombre rico y de buena reputación, con una próspera familia y una gran hacienda. En una serie de terribles accidentes pierde una tras otra sus posesiones y aun a sus hijos. Finalmente su propia salud se resiente y queda en un estado miserable y despojado de todo. En esta situación, todavía insiste en confiar en Dios. Sus amigos acuden a visitarlo, mientras Job permanece sentado sobre un montón de cenizas, cubierto de pústulas. Después de un tiempo junto a él en silencio, empiezan a dar razones para explicar sus sufrimientos. Están más que dispuestos a indicarle sus errores y las medidas que debería tomar si quiere recuperar su fortuna.

Sus ideas son expresadas en una serie de discursos poéticos, a cada uno de los cuales Job da su respuesta. Más que consolarlo, los razonamientos de sus amigos (a diferencia de su silencio) exacerbaban la aflicción de Job. Ellos insisten en que Job debió haber hecho algo malo para estar padeciendo tales infortunios. Lo mejor que podría hacer es reconocerlo y arrepentirse ante Dios; luego todo irá bien nuevamente. Los tres amigos, a los que más tarde se les une un cuarto, elaboran sus argumentos con refinada poesía y retórica.

El problema del sufrimiento

Aunque el problema del sufrimiento es el más difícil de enfrentar, es especialmente arduo para aquellos que creen en un Dios amante y todopoderoso, como era el caso con los hebreos. O bien Dios no ama, y por tanto no se preocupa lo suficiente como para intervenir, o es incapaz de ayudar, y por tanto su poder no es absoluto. Sin embargo, el prólogo del libro de Job da una pista, que en realidad nunca es revelada a Job.

Satanás, el adversario de Dios y de la humanidad, se mofa de Dios al sugerir que Job confía en Dios solo por lo que puede obtener de ello. Argumenta que Job sirve a Dios porque le conviene. Job no tardaría en variar de posición y maldecir a Dios si perdiese sus posesiones, su familia o su salud. Debido a que Dios posee una confianza implícita en la fe de Job, otorga a Satanás poderes limitados para causar problemas a Job.

A pesar de esta insinuación de que el sufrimiento proviene del adversario de Dios, y no es un resultado directo de la voluntad de Dios, el libro no da una verdadera respuesta al problema del sufrimiento. Lo que se aclara es que, si bien las bendiciones y la prosperidad pueden esperarse, normalmente como resultado de una vida recta, la vida es mucho más que un sistema de recompensas y castigos. Hay un misterio en el núcleo del sufrimiento que no puede ser comprendido. Pero el Dios que está detrás de todo ello es infinitamente merecedor de temor reverente, confianza y obediencia. Una dimensión completamente nueva sería añadida más tarde por el sufrimiento de Dios mismo, en la persona de Cristo.

Job está dispuesto a admitir que no es perfecto: «¿Cómo se justificará el hombre delante de Dios?»

No obstante, sabe que su vida ha sido buena y honesta, no ha hecho nada censurable ni es culpable de rebelión contra Dios. Está disgustado por las triviales respuestas de sus «amigos» a su trágica situación. «Ciertamente vosotros sois el pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría. Pero yo también tengo entendimiento, lo mismo que vosotros; ¡no soy menos que vosotros!»

Job entrevé pocas esperanzas si no se provoca un vuelco de su suerte mientras esté con vida. Con gran pesar, concluye:

*«El árbol, aunque lo corten,
aún tiene la esperanza de volver a retoñar,
de que no falten sus renuevos.
Aunque en la tierra envejezca su raíz
y muera su tronco en el polvo,
al percibir el agua reverdecerá
y hará copa como una planta nueva.
En cambio el hombre muere y desaparece.
Perece el hombre, ¿y dónde estará?». (Job 14.7-10)*

Sin embargo, al igual que otros en el Antiguo Testamento, Job vislumbra algún tipo de reivindicación más allá de la tumba. En un par de versículos crípticos en el capítulo 19, donde el texto original es poco claro, Job dice:

*Pero yo sé que mi Redentor vive,
y que al fin se levantará sobre el polvo,
y que después de deshecha esta mi piel,
en mi carne he de ver a Dios. (Job 19.25-26)*

Pero aun así, Job ansía tener la oportunidad de enfrentar a Dios en el presente:

*¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!
Yo iría hasta su morada,
expondría mi causa delante de él... (Job 23.3-4)*

Finalmente, cuando sus amigos han dicho lo suyo y Job ha vertido su amargura y autojustificación, tiene un encuentro con Dios. En lugar de responder a las preguntas de Job, en los capítulos 38 y 39 Dios enfrenta a Job con desafíos incontestables.

*«¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?...
¿Has dado órdenes a la mañana
alguna vez en tu vida?
¿Le has mostrado al alba su lugar?...
¿Has considerado tú la extensión de la tierra?...
¿Has penetrado tú hasta los depósitos de la nieve?...
¿Haces salir a su tiempo las constelaciones
de los cielos?...
¿Sabes tú el tiempo en que
paren las cabras monteses?...
¿Le das tú su fuerza al caballo? (Job 38.4,12, 18, 22, 32; 39.1,19)*

Pero no son preguntas intimidantes: Dios está haciendo que Job comprenda el inmenso poder del Creador. No hay comparación, no hay terreno para la discusión entre un ser tan grande y poderoso como Dios y uno tan limitado e insignificante como Job. Esta revelación de la grandeza y conocimiento de Dios sosiega y a la vez abruma a Job, quien responde:

*De oídas te conocía,
mas ahora mis ojos te ven.*

*Por eso me aborrezco
y me arrepiento en polvo y ceniza». (Job 42.5-6)*

En el epílogo, Dios no tacha a Job de arrogancia o falta de reverencia. Es a sus amigos, con sus presumidas e inadecuadas respuestas, a quienes Dios reprende. Pero las súplicas de Job por ellos serán escuchadas. Job, mientras tanto, es restituido a su anterior estado de salud y riqueza.

¿Cuándo fue escrito el libro de Job?

No es fácil determinar quién escribió el libro de Job o cuándo fue escrito. Está compuesto de forma sutil y está lleno de hermosos poemas. Pudo haber sido la obra de un maestro de sabiduría, ya sea en la corte o en alguno de los santuarios donde había libros y gente que sabía leer. Se ha sugerido un amplio espectro de fechas, desde los tiempos de Moisés hasta los de la supremacía griega, después del exilio. La época de Salomón es probablemente la fecha más temprana posible. Puede ser que la historia sea muy antigua y fuera escrita en esta forma en una fecha muy posterior.

Eclesiastés: la búsqueda del significado

Eclesiastés pertenece al mundo real donde la gente cuestiona el sentido de la vida.

¿Para qué existe todo?

¿A dónde conduce?

¿Qué sentido tiene?

Eclesiastés contiene muchas máximas similares a las de los Proverbios, pero la principal preocupación en el libro es la búsqueda de sentido por parte del autor. Este investiga cada forma de conocimiento y de experiencias en la vida con el fin de descubrir si existe algún propósito o diseño. Intenta el estudio, el placer, proyectos creativos, el trabajo duro y la riqueza. Se describe a sí mismo como Salomón: he ahí un hombre que poseyó abundancia de sabiduría, así como de todas las posesiones terrenales. Concluye, al final de su búsqueda, que todo es mera «vanidad» (un soplo de viento o un vaho de vapor, nada, futilidad total).

A los rabinos judíos no les simpatizaba mucho incluir Eclesiastés entre los libros oficialmente reconocidos de sus Escrituras (véase artículo «Libros del Antiguo Testamento») porque, desde la

perspectiva del autor, Dios parece estar ausente de su mundo. Pero el autor no es ateo. Reconoce la creación de Dios y su control en la ronda constante de estaciones y fenómenos cíclicos. Lo que no puede percibir es el significado de esto para hombres y mujeres, que están atrapados en la aparentemente fútil repetición de la vida. Observa, eso sí, una pauta o ritmo natural:

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora:

Tiempo de nacer y tiempo de morir,

tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado...

tiempo de llorar y tiempo de reír,

tiempo de hacer duelo y tiempo de bailar... (Ec 3.1-4)

Pero la inacabable repetición de la pauta no tiene sentido, porque un mismo destino —la muerte— aguarda a todos, ricos y pobres, buenos y malos por igual. Sin embargo, su consejo a los jóvenes es:

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud,

antes que vengan los días malos,

y lleguen los años de los cuales digas:

«No tengo en ellos contentamiento». (Ec 12.1)

Luego, en una hermosa y poética serie de imágenes, describe la llegada de la vejez:

Cuando tiemblen los guardias de la casa

y se encorven los hombres fuertes;

cuando cesen de trabajar las molineras,

porque habrán disminuido,

y se queden a oscuras las que

miran por las ventanas...

cuando se tema también a las alturas,

y se llene de peligros el camino,

y florezca el almendro,

y la langosta sea una carga,

y se pierda el apetito;

porque el hombre va a su morada eterna,

y rondarán por las calles quienes hacen duelo;

antes que la cadena de plata se quiebre,

se rompa el cuenco de oro,

el cántaro se quiebre junto a la fuente

y la polea se rompa sobre el pozo;

antes que el polvo vuelva a la tierra, como era,

y el espíritu vuelva a Dios que lo dio. (Ec 12.3-7)

Quizás hay un desenlace al final. El autor concluye que, aun cuando la vida parece carecer de significado, hay un Dios que nos hace responsables por la forma en que conducimos nuestra vida. Así:

Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre. Pues Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa oculta, sea buena o sea mala. (Ec 12.13-14)

En un tono más optimista dice, también:

He aquí, pues, el bien que he visto: que lo bueno es comer y beber, y gozar de los frutos de todo el trabajo con que uno se fatiga debajo del sol todos los días de la vida que Dios le ha dado... (Ec 5.18)

A pesar del clima de tragedia y melancolía, Eclesiastés tiene derecho a ocupar su lugar en la Biblia. Todos, en ocasiones, hemos experimentado los sentimientos del autor, y lo que él tiene para decir abre

espacio a la duda. Es reconfortante descubrir que es natural y normal cuestionar la vida. El autor empuja las fronteras de la fe hasta el límite y estimula al lector a ser franco al considerar sus recelos, en lugar de recitar creencias de segunda mano. Una vez que la duda ha alcanzado su límite, el terreno está despejado para empezar a construir una fe personal y más estable. Hay quienes han encontrado su punto de partida en Eclesiastés.

¿Quién es el autor de Eclesiastés?

En algunas versiones el libro empieza: «Razonamientos de Qohelet», una palabra que no es fácil traducir del hebreo. Puede significar filósofo, predicador, maestro, vocero o presidente. Puede ser un título académico o eclesiástico. El autor habla como si fuese Salomón, pero tal vez se está cubriendo con el manto del hombre más sabio y acaudalado que sus lectores conocen, con el fin de demostrar su argumento.

Algunos consideran que el libro es una crítica al secularismo. El autor muestra cómo es la vida sin fe en Dios. De acuerdo con esta sugerencia, repetidamente usa la expresión «debajo del sol» para definir la vida en un mundo sin Dios.

¿Cuándo fue escrito Eclesiastés?

La tradición hebrea sitúa el libro en tiempos del rey Ezequías (siglo VI a.C.), pero parece más adecuado fecharlo en el siglo III o II a.C.

LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Muchísimos libros relacionados con la fe judía fueron escritos en tiempos del Antiguo Testamento. Muchos se guardaban junto a las Escrituras, en cajas reservadas para los rollos escritos. Esto no quiere decir que todos eran considerados dignos de ser incluidos en el grupo de libros que formaban los escritos judíos sacros. El problema era determinar cuáles debían ser incluidos.

Los escritos sagrados eran considerados especiales en un sentido peculiar: se creía que eran las palabras de Dios a su pueblo. Esta autoridad se reconoció en los libros que formaron el Antiguo Testamento, y fueron separados de los demás como Escritura. Concilios especialmente convocados y entidades oficiales pusieron su sello de aprobación a lo que ya había sido aceptado.

La palabra empleada para describir estos libros determinados es «canon». El canon de las Escrituras es el conjunto de libros que forma la Biblia. El término proviene de un vocablo que significa caña o vara de medir. El canon contiene los libros con los cuales la gente mide o juzga su fe y su práctica. La palabra canon también significa una lista o índice, por las marcas que se hacen en una vara de medir. En consecuencia, canon también significa la lista de libros elegidos.

La Ley

Los cinco primeros libros de la Biblia, conocidos como la Ley o Torá, fueron reconocidos como escritos sagrados desde muy temprano. En la época de Esdras el escriba, hacia 400 a.C., tenían la forma presente y eran reconocidos como escritura sagrada.

Los Profetas

Los libros de los profetas, escritos en vida de los profetas o algo más tarde, todos habían sido aceptados como escritura sagrada poco después de 200 a.C.

Los Escritos

El tercer conjunto de las Escrituras judías, la mezcla de libros conocidos como los Escritos o Hagiográficos, presentaba más de un problema. Fueron los últimos en ser «canonizados». Algunos se aceptaron sin asomo de duda. Los Salmos ya habían ganado un lugar especial en los afectos de todos, por su uso en la liturgia y adoración en el templo; pero otros libros eran menos convincentes.

¿Qué decir de Ester y Eclesiastés, que no mencionan el nombre de Dios, y de Cantares, que es un franco poema de amor? La gente no estaba muy segura de si debían incluirse en el cuerpo de las Escrituras. Además

había muchos otros libros —relatos, historia, literatura sapiencial— provenientes de la misma tradición. ¿Habría que incluirlos o no en el canon?

Algunas fuentes piensan que los judíos helenizados que vivían en Alejandría, Egipto, en los últimos dos siglos antes de Cristo, estaban más dispuestos a aceptar estos libros suplementarios y los incluyeron, a diferencia de los judíos en Palestina.

El canon judío de Escritura

Hacia comienzos de la era cristiana seguían pendientes unas pocas dudas sobre algunos libros. En la época de la caída de Jerusalén en manos de Roma, en el 70 d.C., los estudiosos judíos sentían preocupación por resolver estas dudas y confirmar la lista. El templo había sido destruido. Había desaparecido el antiguo centro de la fe judía. En consecuencia, era más necesario que nunca que los judíos diseminados en todas partes poseyeran una lista de las Escrituras con la debida aprobación.

La escuela de Jamnia

En aquel tiempo había una academia en la costa de Palestina, en Yavne (Jamnia o Jabnia). Había sido fundada por un rabino que escapó del sitio de Jerusalén. Algunos de los mejores intelectuales judíos de la época se congregaron ahí, lo que hizo del lugar un gran centro de doctrina judía. Debates sobre el canon tuvieron lugar ahí en el año 90 d.C. y el fallo final data de ese tiempo. No se adoptó una decisión oficial u obligatoria; pero el fallo fue aceptado universalmente, en parte por la alta estima en que se tenía esa escuela de Jamnia y en parte porque la decisión concordaba con la opinión general.

Libros del Antiguo Testamento en orden bíblico judío:

LA LEY O TORÁ:

Génesis Éxodo Levítico Números Deuteronomio

LOS PRIMEROS PROFETAS

Josué Jueces 1 y 2 Samuel 1 y 2 Reyes

LOS PROFETAS POSTERIORES

Los profetas mayores:

Isaías Jeremías Ezequiel

Los profetas menores (Los Doce, contados como un libro):

Oseas Joel Amós Abdías Jonás Miqueas Nahúm Habacuc Sofonías Hageo Zacarías Malaquías

LOS ESCRITOS:

Salmos Proverbios Job Cantares Rut Lamentaciones Eclesiastés Ester Daniel Esdras - Nehemías 1 y 2 Crónicas

El Antiguo Testamento judío enumera 24 libros, no los 39 de las Biblias cristianas, debido a que hay libros combinados o numerados juntos. El orden también es diferente.

La Septuaginta

La palabra «septuaginta» viene de la palabra griega para decir «setenta». La Septuaginta es una traducción griega del Antiguo Testamento hebreo, hecha entre 284 y 247 a.C., para los judíos que vivían fuera de Palestina y cuya lengua cotidiana era el griego y no el hebreo.

Según una tradición, setenta hombres fueron encerrados en setenta celdas separadas, y se les dieron setenta días para traducir las Escrituras. Al final del período se descubrió que todos habían producido la misma traducción, palabra por palabra.

Así reza la leyenda. Más cercano a la verdad es que judíos que vivían en Alejandría fueron responsables de la traducción, o más bien de varias versiones en griego, que fueron evolucionando a lo largo de muchas generaciones. Cada libro estaba escrito en un rollo y los rollos almacenados en cajas diferentes, a menudo con otros libros relacionados con el mismo tema o período.

Los Apócrifos

La palabra «apócrifos» significa cosas ocultas, y se refiere a los libros que en algún momento fueron considerados para su inclusión en el canon del Antiguo Testamento. Si bien ninguno de ellos fue aceptado en Palestina como parte del canon hebreo de las Escrituras, sí fueron guardados junto a los rollos de la Septuaginta griega.

Cristianos primitivos encontraron estos libros cuando adoptaron la Septuaginta como su Biblia, y los incluyeron. La lista de los libros aceptados por cristianos católicos, llamados Deuterocanónicos, difiere ligeramente de los libros conocidos como Apócrifos en las iglesias protestantes. Otras ramas de la iglesia los consideran valiosos como lectura pero no los reconocen como fuente de autoridad de la fe. Muchos de estos libros difieren en calidad de los libros de la Biblia.

Libros de sabiduría

Los libros de los Apócrifos pertenecen a diferentes tipos de literatura, tal como el resto de los libros del Antiguo Testamento.

Hay literatura sapiencial —libros de poesía y de filosofía—, representada por Sabiduría de Salomón y Eclesiástico. **Sabiduría de Salomón** probablemente fue escrito por un judío alejandrino. Tiene ecos del pensamiento griego, que incluye la creencia en la vida después de la muerte.

Eclesiástico es el nombre griego dado a la Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac. Vivió en Jerusalén, probablemente alrededor de 180 a.C. La traducción griega de su obra fue hecha por su nieto, que se fue a Egipto.

Historias apócrifas

Algunos de los libros apócrifos son historias, en la vena de Ester, aunque a menudo con más ingredientes sobrenaturales. En **Tobit**, el hígado, el corazón y la hiel de un pez son capaces, bajo la guía de un ángel custodio, de alejar a los demonios y de curar la ceguera.

Judit cuenta la historia de una joven viuda que entra en la tienda de Holofernes, general de Nabucodonosor, supuestamente para confiarle secretos militares. Consigue cortarle la cabeza cuando está ebrio y así Judit rescata al pueblo judío, cuyo territorio Holofernes se disponía a atacar. Desafortunadamente, el autor se refiere constantemente a Nabucodonosor como rey de Asiria, no de Babilonia, lo que arroja dudas sobre la veracidad de toda la historia.

Libros de historia

Hay libros de historia, como 1 y 2 Macabeos. **1 Macabeos** relata la lucha de los judíos contra un rey sirio opresor, Antíoco Epífanes, la valentía de los campeones macabeos, y el gobierno del rey judío, Juan Hircano. Abarca los años 175 a 134 a.C. y probablemente fue escrito poco después de la muerte de Juan Hircano en 103 a.C.

Otras partes de los apócrifos se vinculan con libros existentes del Antiguo Testamento. Hay una carta supuestamente enviada por **Jeremías** a los exiliados en Babilonia, advirtiéndoles contra la idolatría. Se dice que el **Libro de Baruc** es obra del escriba del profeta Jeremías, mencionado en ese libro.

Hay varias historias adicionales de Daniel. En **Susana**, Daniel obtiene justicia en favor de una virtuosa esposa judía falsamente acusada de adulterio. En **Bel y la serpiente**, Daniel descubre el engaño de los adoradores de Bel. Insisten en que Bel come la comida puesta para él cada noche. Daniel expone el fraude y revela que los sacerdotes y sus familias son quienes se agasajan con las ofrendas. Daniel también mata un gran dragón adorado en Babilonia. Por esa acción es arrojado al pozo de los leones. Pero el profeta Habacuc lo alimenta, habiendo sido transportado ahí milagrosamente desde Judea. Los leones no matan a Daniel, y este es rescatado al día siguiente.

Literatura apocalíptica

Existe otro tipo de literatura que aparece en los apócrifos y también en la Biblia misma. Se conoce como apocalíptica. **Segundo de Esdras**, conocido asimismo como el **Apocalipsis de Esdras**, es un ejemplo de esta clase de escritura.

Los profetas hebreos no veían la vida en términos de un ciclo que se repite como el cambio de las estaciones. Tampoco creían que el mundo y sus habitantes estuvieran a merced del destino ciego. Creían firmemente que Dios controlaba todo y que la historia marchaba adelante bajo su dirección. Siempre tenían puesta la mira en la culminación de la historia, cuando los propósitos de Dios se cumplirían completamente.

Los primeros profetas, como Amós, esperaban con ansia la llegada del día de Jehová. Advertían a Israel y a Judá que no sería un grato tiempo de reivindicación y de recompensas para ellos, sino un día de justicia y probidad. En preparación para ese día, era necesario el arrepentimiento nacional.

En los dos últimos siglos antes de Cristo emergió un nuevo tipo de literatura sobre los últimos tiempos, mucho más vívido y pintoresco. Contenía visiones de monstruos simbólicos y sucesos sobrenaturales, perturbaciones en cielo y tierra. La imaginería era extraña y dramática. El principal ejemplo de este tipo de literatura en el Antiguo Testamento son los capítulos finales del libro de Daniel. Hay fragmentos del mismo tipo de literatura en Isaías, Ezequiel y Zacarías.

La palabra «apocalipsis» proviene del griego; significa descubrir o revelar. Pero la literatura apocalíptica oculta tanto como descubre. Fue usada a menudo en tiempos de persecución.

El gran combate representado en el choque entre dragones y monstruos, ángeles y estrellas en su curso, otorga a la escena una dimensión cósmica. Aquellos que sufrían persecución por su fe podían ver su lucha contra un más amplio telón de fondo. Las luchas del pueblo perseguido eran parte de la gran batalla entre Dios y las fuerzas del mal. Pero el fin era seguro: Dios saldría victorioso, las fuerzas del bien prevalecerían y el pueblo de Dios sería reivindicado.

Libros deuterocanónicos

3 Esdras*	=
4 Esdras*	=
Tobías	=
Judit	=
Adiciones a Ester**	=
Sabiduría de Salomón	=
Eclesiástico	=
Baruc	=
Adiciones a Daniel***	=
1 Macabeos	=
2 Macabeos	=

Libros apócrifos

1 Esdras
2 Esdras
Tobit
Judit
Adiciones a Ester
Sabiduría de Salomón
Eclesiástico
(Carta de Jeremías (Baruc
(Canto de los tres jóvenes (Susana (Bel y la
serpiente Oración de Manasés
1 Macabeos
2 Macabeos

Notas:

* Estos libros forman parte del canon del Nuevo Testamento en la Biblia Vulgata (latina)

** Incluidos como parte del libro de Ester

*** Incluidos como parte del libro de Daniel

ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

La última mirada al pueblo judío en el Antiguo Testamento la tenemos en los libros de Esdras, Nehemías y Ester, cuando el imperio persa dominaba el país. Durante 200 años los persas mantuvieron su imperio y ese tiempo parece haber sido bastante tranquilo para la nación judía, aunque sabemos poco de lo que sucedía, especialmente en el siglo IV.

El libro de Ester alude a momentos en que los enemigos amenazaban a los judíos que vivían en Persia. Por la mayor parte del tiempo, sin embargo, quienes permanecieron en exilio probablemente vivían en paz. En Palestina, como hemos visto, el pequeño remanente de la nación que regresó comenzó a restaurar el templo y a estudiar nuevamente la Ley.

Gobernantes de Palestina entre los Testamentos
SOBERANÍA GRIEGA / HELENÍSTICA 333-166

333-332 **Alejandro Magno** conquista Palestina

- 300 Reyes egipcios: los **tolomeos**
- 200 Reyes sirios: la dinastía **seléucida**
- 175-166 **Antíoco IV Epífanes**, profana el templo en 168
- INDEPENDENCIA JUDÍA 166-63
- 166 Matatías y sus hijos, los **macabeos**, se rebelan contra Antíoco
- 166-160 **Judas Macabeo**
- 165 Rededicación del templo por Judas
- 160-143 **Jonatán** (hermano de Judas)
- 142-134 **Simón** (hermano de Judas)
- 134-104 **Juan Hircano**
- 104-103 **Aristóbulo**
- 103-76 **Alejandro Janeo**
- 76-67 **Alejandra Salomé** (su viuda)
- 67-63 **Aristóbulo II**
- SOBERANÍA ROMANA 63-4
- 63 Toma de Jerusalén por **Pompeyo**; Judá se agrega a la provincia romana de Siria
- 63-40 **Hircano II**
- 48 Pompeyo destronado por **Julio César**
- 44 **Julio César** asesinado
- 40-37 **Antígono**, gobernante judío bajo Roma
- 37-4 **Herodes el Grande**
- 27 Octavio recibe el título de **César Augusto** y el control del imperio romano

Judíos y samaritanos

Cuando los exiliados que retornaron comenzaron la obra de reconstrucción del templo, dejaron muy en claro que no querían ayuda de la gente que ahora vivía en el territorio que antes perteneciera a las tribus del norte de Israel. Estos «samaritanos» (de Samaria, capital de Israel) eran despreciados por los judíos de sangre pura. Conformaban una casta mestiza —mezcla de israelitas y de naciones enviadas por los asirios para repoblar la tierra— que ni siquiera había mantenido la religión en toda su pureza.

Los samaritanos veían las cosas de manera diferente. Tenían la convicción de ser los verdaderos seguidores de Moisés y de la Ley y, cuando sus ofertas de ayuda fueron rechazadas, hicieron todo lo posible por impedir la tarea de la reconstrucción. La rivalidad y tensión entre ambos grupos crecieron rápidamente. Andando el tiempo, los samaritanos construyeron su propio templo en el Monte Gerizim, que había sido una montaña sagrada desde tiempos de Moisés. La enemistad entre judíos y samaritanos duró cientos de años. En la época del Nuevo Testamento, los judíos preferían hacer un largo rodeo antes que atravesar territorio samaritano. El sentimiento era extramadamente amargo.

El auge de Grecia

A medida que los persas y su imperio se extendían hacia el oeste, los griegos luchaban duro para alejarlos de su suelo. Las famosas batallas de Maratón, Termópilas y Salamina tuvieron lugar en este período, en el siglo IV a.C. Entonces apareció en escena una figura sobresaliente.

Alejandro Magno tenía solo 20 años de edad cuando su padre, Felipe de Macedonia, fue asesinado; pero ya a esa edad comenzó a acumular victorias. Sus ejércitos arrasaron hasta tan lejos como el actual Paquistán, y la leyenda dice que Alejandro se sentó en la ribera del río Indo y lloró porque ya no había más mundos que conquistar. Murió antes de cumplir los 33 años, y fue probablemente el más grande jefe militar de todos los tiempos.

Alejandro había estudiado con el famoso filósofo griego Aristóteles y su gran deseo era extender la cultura griega por todo el mundo conquistado. Al morir hubo disputas entre sus generales. En el este, Seleuco heredó

Mesopotamia y Siria. Tolomeo tenía Egipto. Palestina estuvo una vez más en el centro de la lucha por el poder, pues los dos generales eran fieros rivales. Ambos querían hacer que su ciudad capital fuera la más espléndida. Ambos, asimismo, compartían la visión de Alejandro en cuanto a difundir la cultura griega.

Helenismo

«Hélade» era el viejo nombre de Grecia, y helenismo es el nombre dado a la cultura griega desde tiempos de Alejandro. La helenización significaba la diseminación del pensamiento y la filosofía de Grecia, así como el uso de la lengua griega. El tipo de griego empleado, conocido como griego *koine*, era diferente del hablado en tiempos clásicos. Desplazó al arameo como la lengua de los asuntos internacionales. La arquitectura y los edificios griegos florecieron y muy pronto hubo gimnasios, teatros y estadios de estilo griego por doquiera. Los hombres y mujeres acaudalados usaban vestidos griegos.

Alejandría, la ciudad egipcia llamada así en memoria de Alejandro Magno, era un soberbio ejemplo de helenismo. Tenía un museo y una biblioteca enorme y justamente famosa. Tanto Euclides el matemático como el físico Arquímedes vivieron y estudiaron allí. Muchos judíos vivieron en Alejandría y probablemente fue bajo la dinastía tolemaica que las Escrituras judías fueron traducidas al griego (véase «Libros del Antiguo Testamento: la Septuaginta»). El pensamiento griego tuvo cierta influencia sobre la literatura judía, por ejemplo el libro apócrifo Sabiduría de Salomón.

Antíoco Epífanés: opresión

Palestina cayó bajo el poder de los Tolomeos durante el siglo III a.C., poco después de la división del imperio de Alejandro. Fueron gobernantes complacientes y no trataron de imponer sus ideas al pueblo judío. A pesar de eso, muchos judíos se sintieron atraídos por el helenismo. Al mismo tiempo revivió el sentimiento religioso y nacional, principalmente entre aquellos que vivían fuera de las ciudades. Este grupo de gente fervorosa se conoce como *hasídico*, que significa leales o píos. Eran devotos de la Torá y contrarios a la helenización.

Mientras la atmósfera fue tolerante, este grupo de judíos fieles permaneció en un discreto segundo plano, pero las cosas no seguirían inalteradas por mucho tiempo. En 223 a.C., Antíoco III subió al trono del Imperio Selúcida (Persa). Combatió y obtuvo una victoria contra Tolomeo V, ganando el derecho de gobernar Palestina. Su sucesor suele llamarse Antíoco Epífanés. Epífanés significa «iluminado» o «manifestado» y Antíoco creía ser Zeus encarnado, nada menos que la revelación del principal dios griego. No fue el primer soberano en considerarse divino, pero fue uno de los más crueles. Desarrolló una campaña de helenización con celo obsesivo.

Según Antíoco, el culto de Zeus era la prueba de lealtad de un ciudadano. Esto también entrañaba absoluta obediencia al rey, que representaba al dios. Empezó a entrometerse en los asuntos del pueblo judío. Quería más dinero, de modo que aumentó los impuestos y de hecho subastó el sacrosanto cargo de Sumo Sacerdote al mejor postor. No es de extrañar que hubiera bajo cuerda cierta manipulación en el arreglo. Al final, dos rivales se disputaron este importante puesto.

Como resultado de la rivalidad, Antíoco en persona vino con su ejército a reinstalar a su candidato favorito. Saqueó el templo y declaró ilegal la fe judía. Impuso la pena de muerte a toda madre que hiciera circuncidar — señal de la alianza — a su hijo y a todo aquel que poseyera una copia de la Torá o que observara el sábado.

En 168 a.C. entró con sus tropas en Jerusalén y puso un altar a Zeus encima del altar del sacrificio en el patio del templo. Como si esto no fuera suficiente blasfemia a los ojos judíos, sacrificó cerdos en ese altar. Para el judío, el cerdo es animal impuro y una abominación. El pueblo judío fue luego obligado a comer puerco y a ofrecer sacrificios a Zeus. Las tropas de Antíoco patrullaban el país vigilando la ejecución de estos edictos.

El sufrimiento fue muy grande. Algunos no tuvieron fuerzas para resistir y obedecieron las crueles órdenes del rey. Otros resistieron y murieron por su fe, o pasaron a la clandestinidad.

Resistencia judía: los macabeos

No pasó mucho tiempo antes que se cometiera un acto que convirtió la chispa de resistencia en una llama. A un sacerdote de aldea llamado Matatías le ordenaron ofrecer un sacrificio a Zeus; se negó resueltamente. Mató al oficial sirio que impartió la orden y a un compatriota judío que había obedecido dócilmente. Entonces él y sus

cinco hijos huyeron a los cerros y se escondieron. Se les unió un grupo de judíos leales, al grito de batalla: «¡Todo el que tenga celo por la Ley y quiera ser fiel a la alianza de Dios, que me siga!»

No eran soldados diestros, sino una banda de guerrilleros resueltos. Matatías, antes de morir en 166 a.C., pasó la jefatura a su hijo mayor, Judas. Tenía este el apodo de Macabeo, que probablemente significa «martillo», en reconocimiento a los pesados golpes que asestó al enemigo. Pese a su enorme desventaja, Judas y sus seguidores efectivamente vencieron a Antíoco y exigieron un tratado de paz.

En 165 a.C., Judas reconstruyó el altar del templo, lo volvió a consagrar y restauró el culto en el lugar. Los judíos todavía celebran este acontecimiento todos los meses de diciembre, en el Festival de las Luces o Hannuká.

Al caer muerto Judas, la guerra de resistencia continuó al mando de sus dos hermanos, Jonatán y Simón, uno tras otro. Los ayudó el hecho de que la atención siria estaban cada vez más enfocada en Roma.

El ascenso de Roma

En los primeros siglos de su historia, Roma solo tenía importancia local; pero hacia 338 a.C. los romanos controlaban casi la mitad de la parte occidental de la península italiana y prosiguieron hasta dominar la región entera. Después de derrotar a Cartago en el siglo II a.C., el poder de Roma se expandió rápidamente en todas direcciones.

En el 63 a.C. el general romano Pompeyo asumió control de las tierras del Mediterráneo oriental, incluyendo Palestina. El mar Mediterráneo estaba ahora anillado por provincias romanas y zonas bajo control romano.

Independencia judía

En Palestina, los macabeos, o asmoneos, habían obtenido un siglo de independencia para la nación judía (desde 166 a 63 a.C.). Gobernaban más o menos libres de interferencia extranjera. Asumían el título y el cargo de Sumo Sacerdote así como el de gobernante. Algunos también tomaron el título de rey.

Por desgracia, se perdieron los primitivos ideales, dando paso a un estilo menos noble de liderazgo. El gobernante judío Alejandro Janeo no trepidaba en usar mercenarios, y muchos judíos preferían apoyar a Siria antes que a él. Lo sucedió su viuda, Alejandra; cuando ella murió, sus dos hijos combatieron por el trono.

Llegaron problemas desde las tierras próximas de Idumea y Nabatea. Para resolver sus querellas, los hijos de Alejandra solicitaron la ayuda del general romano Pompeyo, quien estaba en Siria en ese tiempo. Llegado a Jerusalén, se apoderó de la ciudad en nombre de Roma, poniendo fin para siempre a la libertad de los judíos.

Soberanía romana

Pompeyo puso a toda la región bajo la supervisión del representante de Roma en Siria. Redujo el reino asmoneo a la región de Judea, Idumea, Perea y Galilea y convirtió a Hircano II en Sumo Sacerdote y etnarca —soberano de su pueblo— en lugar de su hermano. Los samaritanos tenían permiso para mantener una zona pequeña que incluía su templo en el Monte Gerizim.

Roma tenía ahora sus propios problemas. En el 48 a.C. Pompeyo fue derrotado por Julio César, quien fue asesinado en 44 a.C. Tras muchas crisis, Octavio, con el título de César Augusto, se convirtió en el primer emperador de Roma, en el 27 a.C.

Durante estos cambios en el poder central, los que eran designados por Roma para gobernar las provincias debían ser muy cuidadosos en mantener buena relación con las autoridades adecuadas. Hircano y su asesor, Antípater de Idumea, prestamente transfirieron su lealtad de Pompeyo a Julio César, y así sobrevivieron. Antípater fue asesinado y los dos hijos que ayudaban en el gobierno, Fasael y Herodes, asumieron el poder. No cesaron las intrigas y reyertas, de modo que Herodes solicitó ayuda de Roma. En el 47 a.C. fue nombrado gobernador y en el 40 a.C. Roma lo declaró rey de Judea. Le tomó tres años establecer su mando con la ayuda de Roma, pero desde entonces reinó, bajo el control general del imperio, hasta su muerte en el año 4 a.C.

Los Herodes

Herodes el Grande era idumeo (Idumea era el nombre usado por griegos y romanos para el país de Edom). Los edomitas y los israelitas habían sido enemigos desde hacía mucho tiempo. Tras la caída de Jerusalén en 586 a.C., los idumeos fueron extendiendo su reino gradualmente hacia el norte, pero los asmoneos (o reyes macabeos) conquistaron Idumea y obligaron a su pueblo a adoptar la fe judía.

Herodes, como idumeo, no era popular entre los judíos. Por lo menos hizo y mantuvo la paz; fue el único soberano que lo consiguió. También fue un magnífico constructor. Sus proyectos abarcaron desde poderosos palacios fortalezas hasta un hermoso palacio de invierno cerca de Jericó. El historiador (Flavio) Josefo nos cuenta:

«Construyó una fortaleza en los cerros frente a Arabia y la llamó Herodión en honor a sí mismo; a unos diez kilómetros de Jerusalén le dio el mismo nombre a un cerro artificial. Rodeó la cumbre con torres circulares, y llenó el espacio interior con un palacio tan magnífico que, además de la espléndida apariencia del interior del aposento, los muros exteriores, brocales y techos ostentaban lujos sin tasa. A un costo incalculable hizo traer desde lejos agua en cantidades ilimitadas.»

La gran empresa de Herodes fue la reconstrucción del templo, con enorme esplendor y magnificencia.

Herodes era loco de celos. Asesinó a su amada mujer, Mariamna, así como a la madre de esta, y también ordenó el asesinato de tres de sus hijos, cuya rivalidad temía. La historia de la matanza de niños en Belén, relatada en el Evangelio de Mateo (capítulo 2), ciertamente concuerda con su cruel naturaleza.

Al morir Herodes el Grande en el año 4 a.C., Roma permitió que su reinado se dividiera entre sus tres hijos restantes.

Judea, que incluía la ciudad capital Jerusalén, correspondió a Arquelao. No se le permitió el título de rey; fue llamado etnarca. Diez años más tarde, en 6 d.C., Roma lo destituyó y puso en su lugar a un procurador romano que regía bajo las órdenes del gobernador romano de Siria. El procurador más conocido del período, a juzgar por los relatos del Nuevo Testamento, es Poncio Pilato, que gobernó Judea de 26 a 36 d.C. (Desde entonces, los conflictos se encendieron constantemente en la región, culminando con una revuelta general, brutalmente castigada con la destrucción de Jerusalén en 70 d.C.)

La parte norteña de Palestina fue asignada a Antipas, que recibió el título de tetrarca de **Galilea y Perea**. (Tetrarca significaba originalmente gobernante de una cuarta parte, pero el título podía aplicarse a cualquier gobernante subordinado.)

Antipas era como su padre. Disfrutaba del lujo y también tenía sus propios proyectos de construcción de obras, entre otras Séforis, cerca de Nazaret, y el pueblo de Tiberias a orillas del lago de Galilea. Es mencionado en el Nuevo Testamento como la persona que encarceló y cortó la cabeza de Juan el Bautista y ante quien Jesús fue sometido a juicio (véase capítulo 9).

El tercer gobernante fue Filipo, que recibió el territorio del noreste. Fue un buen soberano y siguió como tetrarca de Iturea y **Traconite** hasta el año 34 d.C.

LOS GRIEGOS

La edad de oro de Grecia comenzó aproximadamente en el año 500 a.C. La ciudad de Atenas ofrecía un modelo de democracia. La verdadera época de poder e influencia griegos comenzó cuando Felipe de Macedonia unificó los estados de Grecia que antes combatían entre sí, en el 338 a.C. Su hijo Alejandro derrotó a los persas en 334 y condujo sus ejércitos victoriosos a través de Siria y Egipto (fundando Alejandría) y al este, pasando por Persia hasta el río Indo. Todo esto para la edad de 32 años, cuando murió y su imperio fue dividido entre sus generales, con Tolomeo a cargo de Egipto y Seleuco al mando de Palestina y el oriente de Siria.

Dondequiera que iban los ejércitos, diseminaban las ideas griegas («helenísticas») y la lengua griega. Los pueblos se construían según el modelo griego, con teatros y gimnasios.

La influencia de Grecia fue perdurable. Cuando Roma se convirtió en una gran potencia (a partir de 146 a.C.), el griego siguió siendo la lengua franca. Los romanos absorbieron ideas griegas e incluso adoptaron a los dioses griegos bajo nuevos nombres romanos. El Nuevo Testamento fue escrito en griego en el primer siglo de la era cristiana, cuando Roma era la autoridad suprema. Los judíos —no solo en Egipto, donde las escrituras hebreas se tradujeron al griego, sino también en Palestina— sintieron el impacto de ideas y costumbres griegas en su vida y cultura. Para Pablo, que buscaba centros estratégicos para predicar las buenas nuevas de Jesucristo, eran objetivos principales las ciudades de Grecia: Filipos, Tesalónica, Corinto, Atenas.

EL MUNDO DEL NUEVO TESTAMENTO

El mundo al que llegó Jesús estaba dominado por el imperio romano. En el 27 a.C., César Augusto se convirtió en el primer emperador de Roma. Viajó extensamente, identificando puntos de conflicto, organizando y solucionando problemas en el imperio.

La espina dorsal del imperio era su ejército. Donde hubiera problemas, Augusto estacionaba una legión, o dos, de su ejército permanente. Había unos diez mil hombres en una legión. Cada legión estaba formada por diez cohortes (480 hombres en cada una) de infantería, así como de caballería y artillería. Los hombres clave eran los centuriones, oficiales subalternos, cada uno a cargo de una partida de soldados que originalmente eran 100. El ejército mantenía la paz que hizo famosa a Roma («Pax romana»).

Los romanos tendían, especialmente al comienzo, a gobernar indirectamente: designaban o aprobaban jefes que tenían popularidad local, eran amistosos hacia Roma y dispuestos a gobernar bajo sus órdenes. Herodes el Grande recibió el apoyo de Roma y él a su vez reconoció la autoridad del imperio. Otras regiones, conocidas como provincias imperiales, estaban bajo el mando directo del emperador, quien designaba a un romano para regir en el lugar. Se le otorgaba a menudo el título de legado o procurador.

Algunas ciudades afortunadas se convertían en colonias de Roma. Eran avanzadas muy especiales del imperio, pedacitos de Roma establecidos en lugares remotos. Había demasiados ciudadanos romanos viviendo en Roma; el excedente se asentó en las colonias. Soldados veteranos, por ejemplo, eran ubicados en una colonia con un lote de tierra propio para cultivar. La gente de la localidad también podía recibir la ciudadanía romana. Las colonias eran fieramente leales a Roma y ayudaban a controlar el descontento o las revueltas.

A los romanos les gustaba llamar «nuestro mar» (*mare nostrum*) al Mediterráneo, y despachaban barcos para transportar granos y otros productos, así como para controlar el imperio. Las rutas de las naves tenían que programarse teniendo en cuenta los vientos y las corrientes. En invierno era demasiado arriesgado embarcarse. Los barcos se guardaban en puerto seguro.

Aún más importante que las rutas marítimas era la magnífica red de caminos romanos. Eran carreteras sólidas, bien construidas y bien mantenidas, marcadas por hitos. Gracias a esta red caminera, viajar por el imperio resultaba fácil y seguro.

Los romanos todavía estimulaban la manera griega de vivir; aunque la gente educada sabía latín, el idioma usado en el imperio era el griego.

Grupos judíos

Todos los buenos judíos estaban de acuerdo en la autoridad de la Torá, o ley de Moisés, y en la importancia de los sacrificios en el templo. Pero diferentes grupos dentro de la nación tenían ideas diferentes acerca de cómo aplicar estas creencias en la vida diaria.

Los saduceos

El grupo conocido como saduceos (posiblemente por el sacerdote Sadoc) provenía de familias sacerdotales de clase alta. Estaban instalados en la política. Creían en la tolerancia y en el compromiso con el poder reinante.

Su fidelidad principal era a la Torá, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, y solo reverenciaban esa parte de las Escrituras. Ni siquiera aceptaban las numerosas tradiciones que para entonces se habían desarrollado alrededor de la Torá. Rechazaban cualquier creencia que según ellos no estuviera explícitamente entre las enseñanzas de la Ley.

Por esta razón no creían en la resurrección, ni en ángeles ni demonios. Tampoco compartían las predicciones apocalípticas del fin de los tiempos. Ponían gran énfasis en los sacrificios en el templo y en la importancia de los sacerdotes.

Los fariseos

El partido de los fariseos creció de los hasidim de una época anterior. Eran un grupo mucho más grande que el de los saduceos, y más populares entre la gente común. Probablemente llegaban a 6.000 en el tiempo de Jesús. Algunos eran estudiantes a tiempo completo de las Escrituras judías, y otros tenían empleos comunes y

corrientes. Eran igualmente devotos de la Torá, pero también de los otros libros de las Escrituras que los saduceos rechazaban.

Al igual que los libros escritos de la Ley, aceptaban la ley oral que se había desarrollado a base de los libros: la «tradición de los mayores». Procuraban con mucho empeño vivir de acuerdo con todas estas explicaciones y reglas que acompañaban la Ley. Los fariseos creían en ángeles, en la resurrección y en las predicciones apocalípticas de un reino venidero.

La palabra fariseo significa «el que está separado». Los fariseos querían, sobre todo, guardar las reglas de Dios y separarse de cualquier «impureza» ocasionada por romper las leyes del rito y la moral. No apoyaban la oposición violenta contra el poder gobernante.

Los zelotes

Los zelotes concordaban en las creencias con los fariseos, pero se diferenciaban de ellos en su actitud hacia los poderes establecidos. Se parecían mucho más a los revolucionarios macabeos. Creían que solo Dios era el amo y planeaban la mejor manera de librarse de Roma mediante tácticas guerrilleras.

Los esenios y la comunidad de Qumrán

Cerca de un kilómetro del lugar donde se encontraron los primeros rollos del Mar Muerto (véase artículo especial), están las ruinas de un asentamiento judío en Qumrán. Sus habitantes pertenecían a la secta de los esenios, un grupo judío consagrado a guardar la Ley. La secta puede haberse originado en Babilonia, en reacción contra las actitudes laxas hacia la religión que había producido el exilio.

Hacia 150 a.C., un grupo se separó y se estableció en el desierto de Qumrán bajo el liderazgo de un alto sacerdote depuesto, conocido como el «Maestro de la probidad». Mientras esperaban la llegada del Mesías, estudiaban diligentemente la Ley. Subsistían paciendo ovejas, recogiendo frutos, y vivían en tiendas o en cuevas cercanas, usando las construcciones formales para fines religiosos y sociales.

Debido a que la Ley era tan importante para ellos, hicieron copias de la Ley y de otros libros sagrados, y las guardaron en su biblioteca. Los restos de esta aún pueden verse hoy.

En el 68 d.C. les llegaron noticias de que las legiones romanas habían iniciado su avance. A toda prisa envolvieron con lienzos sus preciosos manuscritos, los pusieron en jarros y los escondieron en las cuevas de los alrededores. Al excavar Qumrán, se encontraron jarros semejantes a los de las cuevas, y restos de tinta en los tinteros coincidían con la que se empleó en los manuscritos.

Los esenios eran una secta parecida a los hasidim. La comuna de Qumrán parece haber sido uno de sus grupos y a causa de los hallazgos sabemos mucho más de ellos que de otros esenios. Esperaban con ansias un día de justicia en el que Dios intervendría en la historia y solo ellos en Israel serían reconocidos como el pueblo de la alianza divina. Los judíos en su mayoría esperaban un Mesías, pero no estaban todos de acuerdo en cuanto al tipo de rey que este sería. Los esenios esperaban tres: el profeta vaticinado por Moisés; un mesías rey descendiente de David; y un mesías sacerdote, el más importante de todos.

Los escribas

Los escribas, a veces llamados abogados, fueron empleados originalmente para escribir las palabras de otros, como lo hizo Baruc para Jeremías. Más tarde, como Esdras, se hicieron copistas e intérpretes de la Ley. Ya en tiempos del Nuevo Testamento, los escribas eran intérpretes profesionales de la Ley. Estudiaban derecho civil y religioso y decidían su modo de aplicación. Estos fallos se convirtieron en la ley oral o «tradición de los mayores» que mencionan los Evangelios. Cada escriba tenía sus propios discípulos. Los escribas ejercían influencia y muchos pertenecían al Sanedrín.

El Sanedrín

Los persas otorgaron a los judíos el derecho a dirigir sus propios asuntos; el Sanedrín era el tribunal supremo judío, que se mantuvo hasta ser eliminado por las autoridades romanas en el 70 d.C. Estaba integrado por setenta miembros y el Sumo Sacerdote, que era director o presidente. Tenía su propia fuerza policial y facultades para arrestar, someter a juicio y ejecutar sentencias. Podía condenar a la pena de muerte, pero la sentencia no podía ejecutarse sin previa aprobación de Roma.

La sinagoga

El templo en Jerusalén había sido el centro del culto judío desde los tiempos del rey Salomón. ¿Qué podía hacer la gente obligada al exilio a cientos de kilómetros de distancia? Es muy probable que las sinagogas comenzaran como solución a ese problema, si bien no tenemos evidencia escrita de su existencia antes del siglo III a.C.

La sinagoga en sí misma era un edificio sencillo, que no intentaba parecerse de manera alguna al magnífico templo. Tampoco el culto practicado ahí imitaba la adoración del templo. No había sacrificios, sino simplemente lectura y explicación de la Torá, y oraciones. Los rollos de la Torá se guardaban en una caja especial y eran sacados para su lectura cada semana.

En ciudades fuera de Palestina, la sinagoga se convirtió para los judíos en un centro de encuentro y convivencia. Ahí sesionaban los tribunales; funcionaba la escuela; a veces se le anexaba un hostel para visitantes.

Después del exilio, se establecieron sinagogas por todas partes de Palestina así como en cada ciudad del imperio donde hubiera suficientes judíos. Solía haber varias sinagogas en una ciudad, para servir a grupos diferentes de judíos. Las sinagogas también variaban según su grado rigor. Unas estaban más dispuestas que otras a adoptar el helenismo o la cultura local.

La sinagoga nunca fue vista como sustituto del templo. Los judíos procuraban ir al templo para las fiestas anuales, y solo ahí se ofrecían sacrificios animales.

La dispersión o la diáspora

Como hemos visto, muchos judíos nunca volvieron a su propia patria después del exilio. Siguieron viviendo en diferentes partes del imperio persa. También muchos judíos siguieron viviendo en Egipto. En época del Nuevo Testamento vivían probablemente más judíos en Alejandría que en Jerusalén. Otros judíos viajaban y se radicaban en muchos otros países para vivir y comerciar.

Estos judíos dispersos de Palestina eran conocidos como los judíos de la dispersión o de la diáspora. Su fe se mantuvo viva gracias al culto de la sinagoga. Su idioma era el griego, la lengua del imperio, y usaban la Septuaginta o versión griega del Antiguo Testamento. Solían ser menos estrictos que los judíos de Palestina, pues absorbían algo de la cultura local.

Productos de Palestina

En los tiempos de Herodes se producían en Palestina aceitunas y aceite de oliva, vinos y cereales. La mayor parte de la gente comía frijoles, guisantes y legumbres antes que la costosa carne, pero también el pescado era parte de la dieta. El pescado de la costa y del lago de Galilea se salaba y exportaba.

Los alfareros tenían manufactura de cerámica en todo el país, se producía lino y los rebaños proveían de lana para vestir. El bálsamo era un árbol que producía una cosecha de goma aromática para la exportación. Se fabricaba queso de leche de oveja y de cabra.

La púrpura de Tiro, costosa tintura para telas caras, se producía a lo largo de la costa de Judea. El Mar Muerto proporcionaba sal y asfalto para la construcción de barcos. El arroz se cultivaba en Judea desde tiempos de Herodes. También se exportaban dátiles, y Judea era conocida por sus bebidas de fruta.

LOS ESENIOS Y LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO

Mohamed el Lobo era un niño beduino que cuidaba cabras en el valle del Mar Muerto. Un día de 1947 lanzó despreocupadamente una piedra en la boca de una de las numerosas cuevas de los acantilados en derredor y se sorprendió al oír ruido de cerámica rota. Tomó las de villadiego y huyó, atemorizado, pero más tarde volvió con un amigo a investigar.

Dentro de la cueva descubrieron varios jarros de arcilla y dentro de ellos unos bultos de género untado con brea. Los géneros de lienzo envolvían manuscritos. Los niños decidieron quedarse con sus hallazgos y tratar de venderlos más adelante.

Pasaron años antes que el mundo reconociera todo el valor y alcance de estos manuscritos. La primera cueva no fue la única que guardaba un tesoro literario. Una cuidadosa inspección de las cuevas arrojó como resultado nada menos que copias de todos los libros del Antiguo Testamento, excepto Ester. Un rollo de Isaías, fechado aproximadamente 100 a.C., era mil años más antiguo que cualquier manuscrito previamente conocido del Antiguo Testamento. La prueba del carbono ha confirmado la edad estimada de estos rollos. Todavía hoy continúa el trabajo de evaluación de los manuscritos.

Los rollos eran obra de una comunidad de judíos de reglas muy estrictas, llamados esenios (véase El mundo del Nuevo Testamento).

EL NUEVO TESTAMENTO

9

BUENAS NUEVAS

Los cuatro Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan

Al leer acerca de la vida y las enseñanzas de Jesús, no tenemos solamente un relato para seguir, sino cuatro. La historia de Jesús —que los autores describen como «evangelio» o «buenas nuevas»— se narra en cuatro libros distintos: los Evangelios según Mateo, según Marcos, según Lucas y según Juan.

En general se acepta que Marcos fue el primero de los Evangelios que se escribió, y que constituyó la fuente para Mateo y Lucas. Por consiguiente, usamos a Marcos como guía principal; sin embargo, puesto que cada evangelista tiene una intención y un público propios y no contienen exactamente el mismo material, haremos uso también de los otros Evangelios.

Por qué hay cuatro evangelios

Si bien los Evangelios tienen material en común, cada uno nos da una presentación peculiar de la persona de Jesús. Cada uno fue escrito para un público particular y presenta algún aspecto especial de Jesús y su obra.

MATEO

Mateo escribió para lectores judíos. Su Evangelio es una pieza literaria muy bien organizada, con pasajes de la vida de Jesús seguidos por secciones con enseñanzas. Es el más amplio de los Evangelios; el relato comienza antes del nacimiento de Jesús y termina con las palabras de Jesús a sus discípulos antes de retornar a su Padre Dios:

«Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado». (Mt 28.19-20)

Mateo cita el Antiguo Testamento cuando reconoce un hecho como «cumplimiento» de algún pasaje, se tratase o no de una predicción. Por ejemplo, cuando Gabriel anuncia que nacerá Jesús a la virgen María, Mateo cita de la Septuaginta (la versión griega de las Escrituras judías) el pasaje de Isaías 7: «La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel». (Is 7.14) Este enlace interesaría especialmente a lectores judíos. Mateo muestra de qué forma la nueva revelación de Dios en Jesús es completa y perfecta, comparada con su revelación en el Antiguo Testamento. Mateo también se interesa por lo que ocurrirá en el futuro e incluye varias parábolas relacionadas con el juicio final.

La tradición es la única prueba de que Mateo, uno de los doce apóstoles, sea el autor de este Evangelio. Los Evangelios nos dicen que Mateo era recaudador de impuestos, o «publicano», cuando Jesús lo llamó de su trabajo para que lo siguiera. Nadie sabe exactamente cuándo fue escrito el

Evangelio. Quizás a fines del primer siglo, alrededor de 84 a 100 d.C. Otros piensan, sin embargo, que fue apenas diez a treinta años después de la muerte de Jesús, entre los años 40 y 60 d.C.

MARCOS

Marcos, por otra parte, fue escrito para lectores gentiles, no judíos. Papías, escribiendo alrededor del año 130 d.C., se refiere a Marcos como el «intérprete de Pedro» que «escribió con fidelidad ... todo lo que recordaba que Cristo había dicho y hecho». Es una sugerencia fascinante, porque significa que Marcos obtuvo su información directamente de labios de uno de los discípulos más cercanos a Jesús.

Tal vez Pedro no dominaba el griego, y Marcos tradujo el arameo del apóstol al escribir su relato. A veces Marcos deja alguna palabra que Jesús dijo en arameo. En la historia de la hija de Jairo, Marcos conserva las propias palabras de Jesús: «¡Talita cumi! (que significa: “Niña, a ti te digo, levántate”)».

Marcos nos brinda un retrato muy humano de Jesús. Lo muestra extenuado, quedándose dormido en el bote, o indignado cuando los discípulos alejan a los niños de él. Tal vez Marcos quiso rectificar la herejía que sostenía que Jesús no era verdaderamente humano. Puede ser también que Marcos escribiera su Evangelio para preparar a los cristianos para la persecución que pronto los azotaría. Les muestra a un Jesús sufriente.

En el Evangelio de Marcos, la identidad de Jesús es un misterio: no hay registro de su nacimiento. Los discípulos descubren gradualmente quién es y, hacia la mitad del libro, Pedro declara que se trata del Mesías de Dios. Luego, en la segunda mitad del Evangelio, Jesús intenta preparar a los discípulos para la muerte brutal que él va a sufrir. No será un Mesías militar, sino uno que sufrirá y morirá y será levantado para vivir para siempre.

Juan Marcos, para darle su nombre completo —es decir, la persona que la tradición reconoce como autor— pudo haberse puesto a sí mismo en el relato del Evangelio. Describe a un joven que estaba presente cuando Jesús fue arrestado. Huyó velozmente, dejando su vestimenta en las manos de los soldados que trataron de apresarlos. Sabemos a ciencia cierta que el hogar de la madre de Marcos fue uno de los primeros sitios de encuentro de los seguidores de Jesús. Quizás la Última Cena se celebró allí (véase Hechos 12.12).

Los sinópticos y Q

Mateo, Marcos y Lucas a veces son llamados los Evangelios sinópticos. La palabra sinóptico quiere decir «que pueden ser vistos simultáneamente». Es posible colocar los contenidos de estos tres Evangelios uno al lado del otro y compararlos. Aunque los relatos varían, son lo suficientemente parecidos como para que los lectores concluyan que han de provenir de una fuente común. Los especialistas creen que Marcos fue el primer Evangelio y que Mateo y Lucas utilizaron a Marcos al preparar sus escritos. A menudo suavizan algo del fuerte lenguaje usado por Marcos para describir las emociones de Jesús; también mejoran el griego rudo y directo de Marcos.

Q es la primera letra de la palabra alemana para la palabra «fuente» (*Quelle*). Es el nombre dado a un documento desconocido, del cual muchos expertos piensan que Mateo y Lucas tomaron los dichos de Jesús que no aparecen en el Evangelio de Marcos. Q parece haber sido escrito en arameo hacia el año 50. Nunca se ha encontrado una copia.

LUCAS

Lucas es probablemente el único escritor no judío en el Nuevo Testamento. Su Evangelio es la primera parte de un relato en dos volúmenes de la fe cristiana; el libro de Hechos es la segunda parte. Lucas, como sabemos por Pablo, era médico, un hombre instruido que escribía en un griego mucho más pulido que Marcos. Dice en su prólogo que escribe para presentar todos los hechos acerca de Jesús a un alto funcionario llamado Teófilo. Tal vez su Evangelio es una defensa de la fe cristiana ante el mundo romano.

Aprendemos mucho sobre Lucas por lo que incluye en su Evangelio. Tiene un especial cuidado y preocupación por los pobres y por las mujeres (que también eran desvalorizadas). Pone énfasis en la oración, especialmente en la vida de Jesús. También incluye tres parábolas sobre la oración que los otros autores no tienen. Solo él nos entrega la canción de María como acción de gracias a Dios al quedar encinta, las historias del niño Jesús acunado en un pesebre y la visita de los pastores. Quizás Lucas las escuchó de María misma. Algunos fechan este Evangelio entre el 57 y el 60, pero otros lo sitúan después del año 70.

JUAN

El Evangelio de Juan, según la tradición, fue escrito por Juan el apóstol. En vez de mencionar a Juan por su nombre, el autor del Evangelio se refiere a sí mismo como «el discípulo a quien amaba Jesús». Algunos estudiosos opinan que no fue el propio Juan, sino uno de sus discípulos, probablemente también de nombre Juan, quien escribió el Evangelio. Por largo tiempo se pensó que Juan había sido el último Evangelio en escribirse —alrededor del 90 a 95 d.C.— pero actualmente hay quienes piensan que debe de ser muy anterior, entre los años 40 y 65.

El Evangelio de Juan es muy diferente de los otros tres, tanto por su material como por la forma en que es tratado. Jesús es reconocido desde un comienzo como el Mesías. No hay parábolas, sino ciertas declaraciones de Jesús sobre sí mismo: «Yo soy el buen pastor», «Yo soy el pan de vida» y otras, junto con las discusiones que seguían a estas proclamas.

Los «YO SOY» de Jesús en el Evangelio de Juan:

- Yo soy el pan de vida (6.35)
- Yo soy la luz del mundo (8.12)
- Yo soy el buen pastor (10.11)
- Yo soy la puerta de las ovejas (10.7)
- Yo soy la resurrección y la vida (11.25)
- Yo soy el camino, la verdad y la vida (14.6)
- Yo soy la vid verdadera (15.1)

Juan registra solo un número limitado de milagros, y estos siempre son mencionados como señales. A menudo son seguidas por la declaración de Jesús de ser capaz de satisfacer la necesidad espiritual de la cual el milagro físico ha sido signo. Por ejemplo, Jesús alimentó a 5000 personas con pan y pescado antes de declarar que era el pan de vida, aquel que puede satisfacer la necesidad más íntima de una persona. Levantó a Lázaro de la muerte, y declaró ser la resurrección y la vida, aquel que puede dar vida eterna, imperecedera, a quienes confían en él.

Milagros —o señales— de Jesús registrados por Juan:

- Agua transformada en vino (2.1-11)
- Curación del hijo de un oficial en Capernaúm (4.46-54)
- Curación de un enfermo en el estanque de Betesda (5.1-9)
- El ciego de nacimiento recibe la vista (9)
- Jesús camina sobre el agua (6.19-21)
- Alimentación de 5000 personas (6.5-13)
- Lázaro levantado de la muerte (11.1-44)
- La pesca milagrosa (21.1-11)

Juan es un Evangelio de marcados contrastes. El más sorprendente es el de la oscuridad y la luz. Jesús y su verdad son la luz que la oscuridad nunca puede apagar. Los admirables primeros catorce

versículos, conocidos como «el prólogo», contienen muchos de los temas recurrentes en este Evangelio:

En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre. (Jn 1.1,14)

Juan menciona varias ocasiones diferentes en que Jesús estuvo en Jerusalén. Si no fuera por él, no sabríamos de estos viajes a la capital. Juan parece escribir para judíos y gentiles. Su prólogo habla de Jesús como «el Verbo» que estaba con Dios y era Dios desde el principio, haciendo eco al lenguaje de Génesis 1. Este concepto puede comprenderse tanto en el pensamiento griego como en el judío.

Preparativos para la llegada de Jesús

El Antiguo Testamento termina, en el libro de Malaquías, con la esperanza de un día venidero en que el Señor Dios aparecerá repentinamente en su templo, un día de juicio:

«Vendrá [Jehová] súbitamente a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis... ¿Pero quién podrá soportar el tiempo de su venida?... «Yo [Jehová] os envío al profeta Elías antes que venga el día de Jehová, grande y terrible». (Mal 3.1-2; 4.5)

Pasaron alrededor de 400 años sin señales de esta venida; pero, cuando comienzan los registros del Evangelio, hay un murmullo de entusiasmo. Algo se agita en el aire: Las promesas de Dios hechas largo tiempo atrás están a punto de cumplirse.

Marcos comienza su Evangelio con la aparición de la llamativa y carismática figura de Juan el Bautista. Era el hijo de una pareja fiel y temerosa de Dios —el sacerdote Zacarías y su mujer Elisabet— que por largo tiempo no había podido tener hijos.

Juan el Bautista

Antes de su nacimiento, un ángel había declarado que Juan sería el mensajero que habría de preparar el camino para el Salvador y Rey que venía. Juan creció y llegó a ser profeta. Traía a sus oyentes el recuerdo del fogoso y franco profeta Elías, aquel que según Malaquías habría de regresar. Hasta las ropas toscas y tejidas en casa eran parecidas a las del profeta.

Las multitudes afluían al desierto de Judea a escuchar la prédica de Juan sobre la necesidad de arrepentirse y volver a Dios. A los hipócritas líderes religiosos les daba latigazos verbales, y a gentes de todas las condiciones sociales les decía cómo debían comportarse. Juan se describía a sí mismo simplemente como «la voz de uno que clama en el desierto» anunciando la venida de uno más grande; este los bautizaría con el Espíritu Santo en lugar del agua que él usaba. Atrajo a un fiel grupo de seguidores que escuchaban con fervor todo lo que tenía que decir sobre el inminente libertador.

Y un día, entusiasmadísimo, Juan señaló a un hombre que se les acercaba. «¡Este es el Cordero de Dios!», exclamó. Sus oyentes quedaron tan intrigados por estas misteriosas palabras, que siguieron a ese hombre y pasaron el día con él. De esta manera se dieron a conocer a Jesús.

Juan llamaba a todos a arrepentirse; ni siquiera hacía excepción con Herodes, el rey de Judea. Juan había reprochado a Herodes por casarse con la esposa de su hermano, y Herodes lo encarceló. Fue entonces que Jesús mismo comenzó a predicar:

«El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!». (Mc 1.15)

Bautismo

Los judíos usaban agua para muchas ceremonias religiosas; el bautismo era una de ellas: la limpieza exterior indicaba un «lavado» interior también. La palabra significa «sumergir». Los gentiles que deseaban adoptar la fe judía eran bautizados o sumergidos en agua como un rito de iniciación. Juan el Bautista usaba el bautismo como

signo externo de que aquellos que habían escuchado y aceptado sus enseñanzas estaban verdaderamente arrepentidos de su vida anterior. Jesús, a su vez, dijo a sus discípulos que bautizaran a todos aquellos que se hicieran cristianos a consecuencia de sus prédicas.

El bautismo, realizado de diversas maneras, ha sido por siempre una práctica de la iglesia cristiana.

El comienzo de la historia

Si queremos conocer el comienzo de la historia de Jesús, debemos ir a Mateo y Lucas, que nos hablan del nacimiento. Mateo comienza aun antes, con un árbol genealógico que conecta firmemente a Jesús con la historia del Antiguo Testamento. María, madre de Jesús, estaba comprometida con un hombre llamado José. Antes que se casaran, Dios envió a Gabriel, su ángel mensajero, a anunciar a María que iba a tener un hijo:

«Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo». (Lc 1.32)

María estaba perpleja. Ella aún era virgen. Pero Gabriel le dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra».

María salió rápidamente de Nazaret hacia el sur, a Jerusalén, para llevar la nueva a su pariente Elisabet, que esperaba un hijo: Juan el Bautista.

Un ángel tranquilizó al angustiado José sobre la razón del embarazo de María, y entonces él estuvo dispuesto a casarse con ella.

El nacimiento de Jesús

El emperador romano Augusto había ordenado un censo tributario por todo el imperio, inclusive Palestina. José y María viajaron a inscribirse a Belén, pues era la ciudad de David, antepasado de José. Estando allá, María dio a luz. La única posada —un lugar tosco pero adecuado— estaba llena; de modo que Jesús nació en una cueva o en la parte de una habitación familiar que albergaba animales, con un pesebre por cuna. No hubo bienvenida palaciega para el rey prometido por Dios.

La noche en que nació, pastores en las laderas en terrazas que rodeaban a Belén vieron un coro de ángeles y recibieron las buenas nuevas del nacimiento del Salvador. Se apresuraron a ir al encuentro del recién nacido, para adorarlo. Más tarde, unos sabios del Oriente viajaron en busca de él, portando espléndidos regalos. Así, el pobre y el rico, el israelita y el extranjero, dieron la bienvenida a Jesús cuando llegó al mundo.

Jesús niño

En los Evangelios se registra una sola historia de la niñez de Jesús. Lucas nos cuenta que cuando Jesús tenía doce años, a punto de convertirse en hombre según la ley judía, fue a Jerusalén con sus padres para celebrar la Pascua. En el viaje de regreso fue echado de menos. María y José volvieron a la ciudad a buscarlo, y lo encontraron en el templo. «¿Por qué me buscábais?», les contestó. «¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?». Ya reconocía a su verdadero Padre.

Jesús bautizado

Según el Evangelio de Lucas, Jesús tenía unos treinta años cuando se acercó a su pariente, Juan, en el desierto de Judea, y pidió ser bautizado. Juan sabía que Jesús era mejor que él, pero aún no reconocía en Jesús a aquel cuya venida había estado proclamando.

Sin embargo, Dios había dado a Juan un signo para observar. Aquel en quien el Espíritu Santo descansara, como una paloma, sería el Mesías prometido. Al bautizar a Jesús Juan vio que esto sucedía. También se oyó la voz de Dios que decía:

«Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia». (Mc 1.11)

Estas palabras combinan dos versículos del Antiguo Testamento. Uno de ellos (Salmo 2.7) describe al Mesías como descendiente de David. El otro (Isaías 42.1) lo muestra como el Siervo en el que Dios se deleita.

Las tentaciones

Mientras aún sonaban en sus oídos las palabras que su Padre había pronunciado en el bautismo, Jesús se sintió impulsado por el Espíritu Santo a internarse solo en el desierto de Judea. Durante cuarenta días ayunó. Cuando estaba débil por el hambre, Satanás —el viejo enemigo de la humanidad que causó su caída en un comienzo— lo sometió a tentación. Satanás trató de persuadir a Jesús a que probara su pretensión de ser el Mesías, mediante obras maravillosas y signos espectaculares.

Jesús se negó a ser apartado de la senda que él sabía que Dios quería que tomara. Sería un Mesías humilde y obediente a Dios, preocupado por satisfacer las necesidades de los demás y no por hacerse publicidad. Su camino sería el del Siervo sufriente de las profecías de Isaías, el que finalmente moría por su pueblo, tomando para sí el castigo que ese pueblo merecía.

Tras este tiempo de prueba, Jesús empezó su carrera de tres años como maestro itinerante.

Los discípulos de Jesús

Un rabino o maestro judío tenía su propio grupo de discípulos o pupilos. Jesús eligió a doce hombres como sus más cercanos discípulos y amigos, si bien muchos otros —tanto mujeres como hombres— también lo siguieron.

Estos doce formaban un grupo muy diverso. Algunos eran pescadores: Pedro y su hermano Andrés, y sus amigos, los hermanos Jacobo y Juan. Jesús los llamó cuando estaban junto a sus barcas, diciéndoles: «Venid en pos de mí». También Leví, llamado Mateo, que era uno de esos odiados publicanos o recaudadores de impuestos —judíos que cobraban impuestos en nombre de los romanos— fue uno de sus discípulos, lo mismo que Simón, miembro de un poderoso partido nacionalista que quería arrancar a Israel del control de Roma.

Los doce son: Simón, rebautizado Pedro, Jacobo hijo de Zebedeo y su hermano Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el Zelote y Judas Iscariote. Jesús los llamó apóstoles: los que serían enviados en su nombre.

Ordenando los hechos

Mateo y Lucas nos hablan del nacimiento de Jesús, y los cuatro Evangelios relatan su bautismo y el comienzo de su vida pública. Todos tienen mucho que decir sobre la trascendental última semana en la vida de Jesús y lo que siguió después. Entre ambos sucesos, sin embargo, la cronología es ambigua.

Los Evangelios no son biografías que tratan en forma completa la vida de Jesús, con detalle y en orden. Incluso cuando leemos los mismos incidentes en varios Evangelios, a menudo ocurren en momentos diferentes. Cada evangelista eligió una secuencia y una estructura apropiada al propósito con el que escribía.

De manera que, si bien podemos describir el comienzo y el fin de la vida de Jesús con una cronología precisa, no podemos describir el resto de su vida de la misma manera. Examinaremos diferentes aspectos de la vida pública de Jesús y luego retomaremos la narración cronológica de su vida, en el punto en que lo hacen los Evangelios.

Un día en la vida de Jesús

Marcos nos cuenta de un atareado día de sábado, muy a comienzos de la vida pública de Jesús. Estaba en Capernaúm, aldea de pescadores junto al lago Galilea, donde vivía Pedro y donde Jesús había establecido su centro. Como era habitual, Jesús fue a la sinagoga, donde predicó con tal autoridad que la congregación estaba maravillada. Su sermón fue rudamente interrumpido por la entrada de un

hombre poseído por un demonio, que gritaba y bramaba. Con la misma autoridad, Jesús ordenó al espíritu impuro que se callara y saliera del hombre, y fue obedecido.

Jesús regresó a casa de Pedro, junto con Pedro, Andrés, Jacobo y Juan. La suegra de Pedro estaba enferma con una elevada fiebre; se lo dijeron a Jesús y él fue a verla. Tomó su mano y la ayudó a levantarse. Ella sanó completamente y comenzó a ocuparse de todos ellos.

Al atardecer, una vez terminado el día de reposo, la gente de los alrededores trajo a sus amigos y parientes enfermos y Jesús sanó a todos.

Muy temprano en la mañana siguiente, antes del amanecer, Jesús salió y fue a un lugar sereno donde pudiese orar. Sus discípulos no tardaron en encontrarlo. Trataron de convencerlo de que se quedara más tiempo en la aldea, pues todos lo reclamaban. Pero Jesús sabía que muchos otros necesitaban oír las buenas nuevas de que las promesas de Dios al fin se cumplirían; el reino de Dios estaba próximo, anunciando libertad y liberación. Así es que siguió camino, predicando y sanando en toda Galilea.

Jesús el maestro

Jesús solía enseñar en breves y sustanciosos dichos que se parecen más a poesía que a prosa; a menudo usaba imágenes verbales. De esta manera, lo que decía era recordado fácilmente y meditado después. Su enseñanza habitualmente sorprendía, porque ponía patas arriba las ideas comúnmente aceptadas.

Mateo y Lucas nos proporcionan dos bloques paralelos de enseñanza (Mateo 5; Lucas 6). A veces se las llama «Bienaventuranzas» (cada declaración comienza con la expresión «Bienaventurados», que significa «benditos» o «verdaderamente felices»):

«Bienaventurados los pobres en espíritu,

porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran,

porque recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos,

porque recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,

porque serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos,

porque alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón,

porque verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores,

porque serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia,

porque de ellos es el reino de los cielos. (Mt 5.3-10)

Muchos piensan que la felicidad se encuentra en la salud, la riqueza, la popularidad y la realización personal. Sin embargo, Jesús dice que la verdadera felicidad se reserva para el humilde y misericordioso, para aquellos que saben que no poseen virtud alguna en sí mismos y que deploran sinceramente las malas cosas que han dicho y hecho. Jesús también ensalzó la felicidad de aquellos que serían perseguidos por su causa.

Jesús enseñó sobre la oración, las ofrendas y el ayuno, que eran los tres principales ejercicios religiosos de un buen judío. Jesús afirmó que debían ser encuentros íntimos con Dios, no formas públicas de hacer ostentación de piedad, como solía ser el caso (véase Mateo 6.)

LA VIDA DE JESÚS

Un orden posible de acontecimientos en los cuatro Evangelios

No es fácil lograr un encuadre cronológico de los relatos de los cuatro Evangelios. Los comienzos y la última semana de la vida de Jesús están claros, pero lo que sucede entre ambas etapas es menos fácil de colocar en una secuencia. Es especialmente difícil relacionar el relato de Juan, por su esquema tan diferente, con los otros tres. El orden que presentamos en el cuadro a la derecha se basa en el ministerio de tres años, sugerido por el hecho de que Juan registra tres ocasiones en que Jesús estuvo en Jerusalén para la Pascua (acontecimiento anual).

Acontecimientos	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
Anuncio del nacimiento de Juan el Bautista			1.5-23	
Anuncio del nacimiento de Jesús	1.18-24		1.26-38	
María, madre de Jesús, visita a Elisabet			1.39-56	
Nacimiento de Juan el Bautista			1.57-79	
Nacimiento de Jesús	1.25		2.1-39	
Visita de los sabios del Oriente	2.1-12			
Huida a Egipto y regreso a Jerusalén	2.13-23			
El niño Jesús visita el templo			2.41-50	
Predicación de Juan el Bautista	3.1-12	1.1-8	3.1-18	1.19-28
Año 1				
Bautismo de Jesús	3.13-17	1.9-11	3.21-22	1.29-34
La tentación de Jesús	4.1-11	1.12-13	4.1-13	
La primera Pascua				2.13-25
Encuentro con Nicodemo				3.1-21
Encuentro con la samaritana				4.1-42
Juan el Bautista encarcelado	14.3-5	6.17-20	3.19-20	
Jesús rechazado en Nazaret			4.16-30	
Llamado de los discípulos Andrés,	4.18-22	1.16-20	5.1-11	

Simón, Jacobo y Juan				
Llamamiento de Mateo (Leví)	9.9-13	2.13-17	5.27-32	
Año 2				
La segunda Pascua				5.1-47
Elección de los doce apóstoles	10.2-4	3.13-19	6.12-16	
Sermón del Monte	5.1-7.28		6.20-49	
Misión de los doce	10.1-11.1	6.6-13	9.1-6	
Muerte de Juan el Bautista	14.1-12	6.14-29	9.7-9	
Año 3				
La tercera Pascua				6.1-71
Pedro declara que Jesús es el Cristo	16.13-20	8.27-30	9.18-21	
Jesús predice su muerte y resurrección	16.21-28	8.31-9.1	9.22-27	
La transfiguración	17.1-13	9.2-13	9.28-36	
Misión de los 70 discípulos			10.1-20	
Jesús en la fiesta de los Tabernáculos				7.5-52
Jesús con Marta y María			10.38-42	
Jesús en la fiesta de la Dedicación del Templo				10.22-38
Última visita a Jerusalén	20.20-28	10.32-34		
En Jericó			19.1-10	
Bartimeo	20.29-34	10.46-52		
La última semana				
Entrada triunfal en Jerusalén (Domingo de Ramos)	21.1-11	11.1-11	19.28-44	12.12-16
Traición de Judas y conspiración de los dirigentes	26.1-5, 14-16	14.1-2, 10-11	20.19; 22.1-6	11.45-57
Pascua: Última Cena	26.17-29	14.12-25	22.7-20	13.1-30
Getsemaní	26.36-46	14.32-42	22.39-46	
Jesús arrestado	26.47-56	14.43-52	22.47-53	18.2-12
Juicio de Jesús ante	26.57-27.1	14.53-15.1	22.54-71	18.13-24

Anás y el Sanedrín				
Pedro niega a Jesús	26.69-75	14.66-72	22.54-62	18.15-18, 25-27
Jesús ante Pilato	27.2-30	15.1-19	23.1-25	18.28-19.15
Jesús crucificado y enterrado	27.31-66	15.20-47	23.26-56	19.16-42
Resurrección y apariciones (período de 40 días)	28.1-15	16.1-8, 9-14	24.1-49	20.1-21.23
La ascensión		16.19-20	24.50-53	

En respuesta a sus preguntas sobre la forma de orar, Jesús dio a sus discípulos una oración «modelo» para usarla literalmente o como base para sus propias oraciones.

*“Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.*

Venga tu Reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Perdónanos nuestras deudas,

como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

No nos metas en tentación,

sino líbranos del mal,

porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria,

por todos los siglos. Amén”. (Mt 6.9-13)

La oración de Jesús comienza recordando que Dios es un Padre amante, pero que está en los cielos; esto es, más grande y magnífico de lo que los seres humanos podemos imaginar. Su pueblo le debe honor y reverencia. Las plegarias deben ocuparse primeramente de la gloria de Dios y el establecimiento de su Ley en los corazones de hombres y mujeres. Está bien, asimismo, orar por las necesidades materiales de cada día. La oración también ha de contener la petición del perdón de Dios y la declaración de responder, a la vez, perdonando a otros. Finalmente, hay una súplica pidiendo ayuda de Dios contra la tentación de apartarnos de sus caminos.

La enseñanza de Jesús liberaba a la gente del legalismo estrecho. Ponía énfasis no en guardar las reglas ceremoniales sino en la necesidad de mostrar piedad y amor hacia los demás, a fin de ser como el Padre en el cielo.

PARÁBOLAS DE JESÚS

	Mateo	Marcos	Lucas
Lámpara debajo de una vasija (recipiente para granos)	5.14-15	4.21-22	8.16; 11.33
La casa bien o mal fundada	7.24-27		6.47-49
Paño nuevo en vestido viejo	9.16	2.21	5.36
Vino nuevo en odres	9.17	2.22	5.37-38

viejos

El sembrador y los suelos	13.3-8	4.3-8	8.5-8
La semilla de mostaza	13.31-32	4.30-32	13.18-19
La cizaña	13.24-30		
La levadura	13.3		13.20-21
El tesoro escondido	13.44		
La perla preciosa	13.45-46		
La red	13.47-48		
La oveja perdida	18.12-13		15.4-6
El siervo que no quiso perdonar	18.23-34		
Los obreros de la viña	20.1-16		
Los dos hijos	21.28-31		
Los labradores malvados	21.33-41	12.1-9	20.9-16
La fiesta de boda	22.2-14		
La higuera como heraldo del verano	24.32-33	13.28-29	21.29-30
Las diez vírgenes	25.1-13		
Los talentos	25.14-30		19.12-27
Ovejas y cabritos	25.31-46		
El crecimiento de la semilla		4.26-29	
Los dos deudores			7.41-43
El buen samaritano			10.30-37
Un amigo en apuros			11.5-8
El rico insensato			12.16-21
Siervos vigilantes			12.35-40
El mayordomo fiel			12.42-48
La higuera estéril			13.6-9
Los convidados a las bodas			14.7-14
La gran cena			14.16-24
Cálculo de gastos			14.28-33
La moneda perdida			15.8-10
El hijo pródigo			15.11-32
El mayordomo infiel			16.1-8
El rico y Lázaro			16.19-31

El deber del siervo	17.7-10
La viuda y el juez injusto	18.2-5
El fariseo y el publicano	18.10-14

La enseñanza por parábolas

Buena parte del magisterio de Jesús fue impartido bajo la forma de historias conocidas como parábolas. Todas tienen dos niveles de significado. Ciertas parábolas pueden tomarse como alegorías. Una alegoría es un relato en el que cada persona o incidente representa algo con una significación más profunda. Jesús interpretó la parábola del sembrador de esa manera. Pero la mayoría de las parábolas no conllevan esta significación detallada. Ponen de relieve una verdad principal de una manera dramática y vívida. Observar el contexto en que Jesús contó la parábola ayuda a entenderla.

Marcos da la impresión de que Jesús hablaba en parábolas a fin de esconder la verdad de sus oyentes. Jesús dice:

—A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; pero a los que están fuera, por parábolas todas las cosas, para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan y les sean perdonados los pecados. (Mc 4.11-12)

Mateo formula el pasaje de manera diferente: aquí el *resultado* de la parábola, no su intención, es que los oyentes no entienden. Es propio de la alocución judía expresar una consecuencia como si fuera intención deliberada.

Las parábolas guardan, por así decir, el núcleo de la verdad en una nuez que primero hay que cascar. Las parábolas no son para oyentes ociosos, sino para aquellos empeñados en descubrir el mensaje de Jesús. Una vez captada la parábola, el tema se ilumina y la comprensión se hace más honda y profunda.

El Reino de Dios

Jesús predicó que el reino de Dios había llegado, y lo explicó en parábolas. Alguien dijo que si comprendemos lo que Jesús quiso decir por «reino de Dios» (o «reino de los cielos», como dice Mateo), tenemos la clave de los Evangelios y de todo el Nuevo Testamento.

La palabra griega para reinado significa «mando» o «reino»; el reinado de Dios es «Dios actuando en su poder real, obrando en su soberanía».

Los judíos creían que Dios era supremo sobre el mundo entero. Muchos salmos expresan este pensamiento. Pero solo el pueblo judío, que aceptaba sus mandamientos, reconocía su soberanía. También creían que un día Dios intervendría en la historia, manifestando su poder supremo sobre todo el mundo, derribando el mal y mostrando misericordia hacia su pueblo. Ese era el día que los profetas del Antiguo Testamento habían esperado con ansias.

Tan pronto como Jesús comenzó a predicar, anunció que el reino de Dios había llegado. Con su venida, Dios mismo al fin había irrumpido en la historia. Por ahora, solo aquellos que aceptaban a Jesús y su enseñanza se convertían en súbditos del reino. Aún era preciso esperar otro día venidero. Jesús vencería al pecado y a la muerte, mediante su propia muerte y resurrección. En un tiempo futuro, retornaría para iniciar el reinado universal de Dios en todo su poder.

Historias sobre el Reino de Dios

«El reino de Dios es semejante a...». Así comenzaba Jesús a menudo su enseñanza. Luego, para describir el reino, narraba una parábola.

Un día contó a la muchedumbre que lo seguía la historia de un hombre que fue a sembrar grano. Al esparcir la semilla, un poco cayó en tierra dura, otro poco cayó en terreno pedregoso, otro entre abrojos y otro en buena tierra. La semilla en el camino duro fue prestamente arrebatada por los pájaros. La semilla en terreno pedregoso brotó con rapidez pero no tenía raíces hondas, así que se marchitó al calor del sol. La semilla entre los cardos fue sofocada por las espinas. Solo la semilla sembrada en buen terreno dio buen fruto y produjo una cosecha abundante.

Más adelante Jesús explicó el sentido de esta historia a sus perplejos discípulos. La semilla, dice, es la palabra de Dios. La semilla en el camino representa a los que oyen la palabra de Dios, pero su mensaje es arrebatado rápidamente por el enemigo, el diablo. La semilla en terreno pedregoso representa a los que oyen y reciben la palabra, pero no la incorporan profundamente en sus vidas. La semilla entre los cardos significa la palabra que es ahogada por las preocupaciones y la seducción de las riquezas. La semilla en buena tierra son los oyentes que escuchan, aceptan y obedecen la palabra de Dios, y persisten hasta que hay resultados.

Jesús contó muchas otras historias para ilustrar el reino. Describió a una mujer que ponía levadura en su harina: el reino de Dios, como la masa leudada, crece silenciosa pero rápidamente.

La historia del pequeño grano de mostaza que crece hasta convertirse en un enorme arbusto enseña que el reino crecerá y se extenderá a partir de un comienzo pequeño.

Una de las historias más amadas habla de la manera en que Dios ama y recibe a todo el que se vuelve a él. Había un hombre que tenía dos hijos. El más joven pidió su parte de la fortuna del padre y partió a gastarla y a pasarlo bien. El hijo mayor se quedó en casa trabajando la tierra para su padre. El hijo menor gastó todo su dinero y enfrentó tiempos duros. Se vio forzado a alimentar puercos. Al final recobró el juicio y decidió volver a casa y pedir perdón a su padre. Desde muy lejos, su padre lo vio, corrió hacia él y le dio la bienvenida.

El hijo mayor no estaba muy complacido. Rehusó tomar parte en la fiesta de celebración que estaba en pleno apogeo. Su padre vino a rogarle, asegurándole su cariño:

“Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado”. (Lc 15.32)

Jesús contó esta historia a jefes religiosos muy apegados a la Ley; como el hermano mayor de la historia, se indignaban y miraban con desprecio que Jesús enseñara y recibiera a los parias y pecadores que venían a él.

En otra historia conocida, Jesús contó acerca de un hombre que fue atacado por ladrones en el desolado camino rocoso de Jerusalén a Jericó. Allí lo dejaron, medio muerto. Dos religiosos vinieron por el mismo camino, y pasaron de largo. Pero un hombre de Samaria, uno de los pueblos más odiados por los judíos, se apiadó de la víctima. Lavó sus heridas; luego llevó al hombre a una posada y pagó al posadero para que lo cuidara. En el Evangelio de Mateo, Jesús resume la ley de Dios diciendo que consiste en amar a Dios de todo corazón y al «prójimo» como a uno mismo.

Narró esta historia en respuesta a la pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?».

Jesús, el que sana

Las multitudes seguían a Jesús. Les encantaba escuchar sus enseñanzas, pero aún más ver los hechos maravillosos que realizaba.

Un día, una persona importante en la localidad, presidente de la sinagoga, se abrió camino entre la multitud para implorar a Jesús ayuda para su hija enferma. Jesús fue con él, abriéndose paso con dificultad entre la muchedumbre arremolinada.

De alguna manera, una mujer pudo acercarse y silenciosamente tocó la túnica de Jesús. Tenía fe en que bastaría tocarlo para curarse de una hemorragia que había tenido por doce años. En efecto, sanó de inmediato. Ya se escabullía discretamente, pero Jesús se detuvo y quiso saber quién lo había tocado. Los discípulos pensaron que la pregunta era ridícula, pues la multitud lo apretaba tan estrechamente; pero Jesús sabía que había salido poder de él. La mujer se adelantó con timidez y reconoció lo que había hecho. Contó toda su historia. Jesús quería verla cara a cara: el encuentro personal era parte del proceso de sanidad.

Mientras esto ocurría, llegaron mensajeros para decirle a Jairo, el jefe de la sinagoga, que su hija había muerto. Jesús le dijo: «No temas, cree solamente», y siguieron camino hacia la casa de Jairo. Allí Jesús echó fuera a las lloronas profesionales y se acercó al cuarto de la niña, llevando consigo solo a los padres y a Pedro, Jacobo y Juan. Se aproximó al lecho y llamó a la criatura muerta: «¡Talita cumi! (que significa: “Niña, a ti te digo, levántate”)». Ella se levantó en seguida y se puso a caminar. Jesús recomendó a sus padres que nadie supiera aquello, y mandó que diesen de comer a la niña.

La alimentación de 5000 personas

Los cuatro evangelistas nos cuentan del día en que Jesús predicó a una multitud maravillada durante muchas horas. En lugar de despedir a los miles de oyentes con hambre para que marcharan a sus casas, Jesús dijo a sus perplejos discípulos que les dieran de comer. Todo lo que pudieron encontrar fueron cinco panes de cebada y dos peces, ofrecidos por un niño. Al tomar Jesús estos regalos y dar gracias a Dios, hubo suficiente comida para toda la muchedumbre, que sumaba más de cinco mil hombres, además de mujeres y niños.

Juan nos relata en su Evangelio que Jesús utilizó este milagro como un signo para señalarse a sí mismo. Dijo: «Yo soy el pan de vida». Así como el pan puede alimentar el cuerpo, Jesús declaró que él puede nutrir y dar vida a la persona entera.

LOS MILAGROS DE JESÚS

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
Curación de desórdenes físicos y mentales				
Un leproso	8.2-3	1.40-42	5.12-13	
El siervo de un centurión	8.5-13		7.1-10	
La suegra de Pedro	8.14-15	1.30-31	4.38-39	
Los endemoniados gadareños	8.28-34	5.1-15	8.26-35	
El paralítico	9.2-7	2.3-12	5.18-25	
La mujer con flujo de sangre	9.20-22	5.25-29	8.43-48	
Los dos ciegos	9.27-31			
El mudo endemoniado	9.32-33			
El hombre con la mano seca	12.10-13	3.1-5	6.6-10	

El mudo, ciego y endemoniado	12.22			
La hija de la mujer cananea	15.21-28	7.24-30		
El muchacho con un espíritu impuro	17.14-18	9.17-29	9.38-43	
Bartimeo y otro ciego	20.29-34	10.46-52	18.35-43	
El sordo y tartamudo		7.31-37		
El hombre con espíritu impuro		1.23-36	4.33-35	
El ciego en Betsaida		8.22-26		
La mujer encorvada			13.11-13	
El hombre hidrópico			14.1-4	
Los diez leprosos			17.11-19	
La oreja cortada			22.50-51	
El hijo del oficial de Capernaúm				4.46-54
El enfermo en el estanque de Betesda				5.1-9
El ciego de nacimiento				9
Control sobre las fuerzas de la naturaleza				
Calmar la tempestad	8.23-27	4.37-41	8.22-25	
Caminar sobre el agua	14.25	6.48-51		6.19-21
Alimentación de 5000 personas	14.15-21	6.35-44	9.12-17	6.5-13
Alimentación de 4000 personas	15.32-38	8.1-9		
La moneda en la boca de un pez	17.24-27			
La higuera estéril	21.18-22	11.12-14, 20-26		
La pesca milagrosa			5.1-11	
El agua transformada en vino				2.1-11
Otra pesca milagrosa				21.1-11
Dar vida a los				

muertos

La hija de Jairo	9.18-19, 23-25	5.22-24, 38-42	8.41-42, 49-56
El hijo de la viuda en Naín			7.1-15
Lázaro			11.1-44

Milagros de Jesús

Las obras extraordinarias de Jesús son considerados como «milagros» en los tres primeros Evangelios, y como «señales» en el Evangelio de Juan. No son adiciones posteriores, añadidas para hacer que la historia parezca más extraordinaria. Son una parte temprana y necesaria del relato evangélico. Las obras poderosas tienen como propósito demostrar que Dios realmente ha intervenido en la historia en la persona de Jesús. Son el signo de que ha comenzado una nueva era en la historia. Alguien observó que sería tan difícil quitar los milagros de los Evangelios como separar la filigrana de una hoja de papel. Jesús dijo: «Si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros». Los milagros de Jesús se presentan como prueba de que el reino ha llegado.

C.S. Lewis ha sugerido que los milagros de Jesús eran a menudo versiones aceleradas de algo que habitualmente ocurre, pero que damos por sentado. Por ejemplo, la multiplicación de los panes en la alimentación de los 5000 o la transformación del agua en vino, que Jesús realizó en una fiesta de bodas, son cosas que suceden cada año en la naturaleza, aunque a paso más lento, y no lo llamamos milagro.

Que la gente crea o no que los milagros son plausibles depende, en último término, de lo que creen acerca de Jesús. Si es Dios —el Hacedor del mundo— hecho carne, el milagro no solo es posible sino que es de esperar que ocurra.

Identidad de Jesús

Jesús no dijo a sus discípulos que era el Mesías, el elegido por Dios y el Rey cuyo reino había llegado. Dejó que lo descubrieran por sí mismos.

Cierta vez, cuando cruzaban el lago, estalló una tormenta. Había auténtico peligro de que el barco pesquero zozobrara. Los atemorizados discípulos pidieron ayuda a Jesús, y con una palabra él aquietó el viento y las olas. Murmuraron entre sí, preguntándose quién podía ser tal persona. Habían visto a Jesús controlar a la enfermedad y a los demonios. Pero ahora estaba controlando a los elementos de la naturaleza. Comenzaban a creer que era más que un hombre corriente.

Un día, cuando estaban solos, Jesús preguntó a quemarropa a sus discípulos quién creían que él era. Pedro contestó por todos con calma convicción: «Tú eres el Cristo». «Cristo» es la palabra griega que significa Mesías. Jesús dijo a Pedro que Dios mismo les había revelado esa verdad.

A partir de ese reconocimiento, Jesús comenzó la siguiente etapa de lo que tenía que enseñar a sus discípulos. Les dijo que tenía que sufrir y morir en manos de los líderes religiosos, pero que se levantaría de nuevo a los tres días. Pedro habló otra vez, diciendo a Jesús que no debía hablar acerca de esas cosas. Pero Jesús sabía que el camino elegido llevaba a la muerte. De vez en cuando explicaba a sus discípulos algo sobre su inminente y sufrimiento muerte, pero ellos no querían oír tales cosas y no las asimilaban.

La transfiguración

Una tarde Jesús llevó a sus discípulos más íntimos —Pedro, Jacobo y Juan— a una elevada montaña a orar. Los Evangelios registran que cuando estaban allí, lejos de las multitudes, Jesús se transfiguró. Todo su cuerpo, y también su ropa, brillaron con un esplendor no terrenal. Mientras los discípulos

observaban, aparecieron otros dos hombres y supieron que eran Moisés, el gran legislador, y Elías, el poderoso profeta. Lucas nos dice que la conversación versó sobre la próxima muerte de Jesús.

Pedro, sin saber bien lo que decía, sugirió que sería bueno hacer tres tiendas, una para cada uno, Jesús y sus visitantes especiales. La nube brillante de la presencia de Dios los cubrió a todos y Dios habló desde la nube:

«Este es mi Hijo amado; a él oíd». (Mc 9.7)

Los aterrados discípulos cayeron de bruces sobre la tierra. Jesús los tocó en el hombro: «Levantaos», dijo, «y no temáis».

Cuando miraron en derredor, no vieron a nadie con ellos sino a Jesús solo.

Jesús les prohibió contar a nadie esta experiencia hasta que él resucitase de entre los muertos.

Creciente oposición

Jesús pasó tres maravillosos años sanando y predicando. Ayudaba a las muchedumbres pero también trataba con la gente una a una. Un ciego venía a suplicar su vista, o un grupo de personas traía un amigo enfermo para que Jesús lo sanara. No solo satisfacía las necesidades físicas y mentales, sino también las necesidades espirituales de los hombres y mujeres con los que se encontraba. Perdonaba sus pecados y los iniciaba en un tipo de vida completamente nuevo.

¡Ciertamente una persona así tendría que ser amada y aceptada por todos! No obstante, desde el principio los autores nos dicen que Jesús hacía enemigos. Su presencia misma dividía a la gente en dos campos. Tenían que elegir entre creerle y ponerse de su parte o estar contra él. No había término medio. Su enseñanza también hacía enemigos. Era demasiado diferente de la de otros líderes religiosos.

No citaba las interpretaciones tradicionales de la Escritura, sino que hablaba por su propia autoridad. Esto disgustaba a la mayoría de los líderes judíos. Después de todo, a sus ojos él era un don nadie y un advenedizo que desafiaba al cuerpo de leyes cuidadosamente formulado. Jesús no moderaba su manera de tratar con ellos. Públicamente prevenía al pueblo contra la hipocresía y el legalismo insensible que practicaban esos maestros.

Varios otros incidentes provocaron los celos y el odio de los líderes religiosos hasta el punto de que decidieron planear su muerte.

La resurrección de Lázaro

Jesús tenía tres buenos amigos que vivían en la aldea de Betania, cerca de Jerusalén. Eran dos hermanas y un hermano, Marta, María y Lázaro. Un día las hermanas enviaron un mensaje urgente a Jesús, avisándole que Lázaro estaba enfermo. Jesús no se precipitó para estar a su cabecera; dejó pasar dos días antes de dirigirse con sus discípulos a Betania.

Al llegar, Lázaro llevaba cuatro días en la tumba. Marta y María no podían entender el atraso de Jesús, porque estaban seguras de que habría sanado a su hermano si hubiera llegado antes. Pero Jesús tenía un milagro aun mayor para realizar. Reanimó a Marta con sus palabras:

—Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. (Jn 11.25-26)

Jesús hablaba de algo mucho más real y duradero que un retorno de la muerte física. Estaba explicando con claridad que, así como podía levantar a los muertos, podía dar vida perdurable más allá del sepulcro.

Ante la tumba de Lázaro, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, ven fuera!», y el muerto se presentó, vivo nuevamente.

Las autoridades judías se inquietaron mucho porque este milagro recibió amplia publicidad e hizo a Jesús aún más popular y conocido. Entonces conspiraron para matarlo.

Jesús el Mesías

La palabra hebrea *mesías* significa «el ungido». Cristo viene de *jristos*, forma griega de la misma palabra. En tiempos del Antiguo Testamento eran ungidos los designados por Dios para una tarea especial, tales como la función de profeta, sacerdote o rey. Habitualmente era un profeta quien derramaba el óleo en la cabeza de la persona para marcarla como elegida por Dios.

En particular, el rey llegó a ser conocido como «el ungido de Dios»; con el tiempo se usó el título para el rey ideal que Dios enviaría un día. Existían muchas ideas diferentes acerca del tipo de rey que sería. Algunos imaginaban un guerrero y héroe nacional, como Judas Macabeo. Otros esperaban un segundo y más grande David, o buscaban un Salvador sobrenatural que pondría en práctica la ley de Dios a la cabeza de su pueblo.

Jesús no se llamó a sí mismo Mesías. Sabía que la idea popular de un mesías chocaba con lo que él había venido a hacer; pero aceptó la declaración de Pedro.

Hijo de Dios

Si bien Israel era conocido como hijo de Dios en el Antiguo Testamento (véase, por ejemplo, [Éxodo 4.22](#)), este título está vinculado a la idea de un mesías. Aparece en versículos del Antiguo Testamento en alusión a reyes de Israel, pero también era reconocido por maestros judíos como un anuncio del Mesías. En el [Salmo 2](#), por ejemplo, dice Dios del Mesías que viene: «Mi hijo eres tú». Jesús se reconocía como Hijo de Dios de una manera única. Se destacaba su obediencia a la voluntad y designio del Padre para él.

Hijo del hombre

Este título es el más usado por Jesús para sí, quizás porque no tenía relación con ideas de poder político o militar. A menudo en el Antiguo Testamento la frase «hijo de hombre» es simplemente otra manera de referirse a un ser humano. Sin embargo, [Daniel 7](#) describe una escena en que uno «como un hijo de hombre» viene entre nubes y es presentado ante Dios, quien tiene un esplendor terrible. Dios lo inviste con poder y autoridad ilimitados. Jesús cita este pasaje como referido a sí mismo, durante su juicio ante el Sanedrín. Al darse este título, Jesús pone de relieve su genuina humanidad, sin dejar de afirmar su lugar de poder y honor, procedente de Dios.

El Siervo

El siervo que sufre por su pueblo fue descrito por Isaías en cuatro poemas. En aquel tiempo no estaban vinculados con el Mesías, pero Jesús asumió el papel para sí. Dijo:

«...el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos». ([Mc 10.45](#))

En [Isaías 53](#), el último de los Cánticos del Siervo describe la muerte del este en aras de su pueblo. Su misión se extenderá a las ([Isaías 42, 49](#)).

Domingo de Ramos

Cuando Jesús estuvo listo para ir a Jerusalén, entró a la ciudad montando un asno entre las alegres ovaciones de los peregrinos que comenzaban a reunirse para celebrar la Pascua. La multitud agitaba ramas de palmera y tendía sus mantos sobre el camino.

Jesús era inmensamente popular y la multitud salía a su encuentro saludándolo con las palabras de un salmo mesiánico:

“¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosana en las alturas!”. ([Mc 11.10](#))

Más tarde los discípulos comprendieron el sentido de la acción de Jesús. El profeta Zacarías, vaticinando la llegada del rey, dijo que vendría cabalgando pacíficamente, sobre un asno y no sobre un caballo de guerra. La multitud parecía estar dando la bienvenida a su rey; los dirigentes judíos se pusieron furiosos.

Una vez en la ciudad, Jesús se dirigió al templo. Se indignó al ver que los mercaderes habían convertido el patio de los gentiles en un bazar. Allí se regateaba y se hacía fraude con los pájaros y animales que se vendían para los sacrificios y con el dinero que se cambiaba por la moneda de cuño

especial para el templo. Jesús sacó a los animales y derribó las mesas de los cambistas. Este acto pudo haber sido un signo profético, por el que Jesús marcaba el fin del viejo orden y la llegada de una nueva era mesiánica.

—*¿No está escrito: “Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones”? Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. (Mc 11.17)*

El templo, con su provisión para los gentiles, debía ser, según la intención de Dios, instrumento de su misión hacia el resto del mundo. En lugar de eso, Jesús vio que se había constituido como un centro de exclusivismo judío y fanatismo nacionalista.

Los labradores malvados

Jesús contó una parábola que despertó la hostilidad de los gobernantes. Una viña fue arrendada a unos labradores que pagarían un alquiler al dueño. Cuando los sirvientes de este vinieron a cobrarles, los inquilinos los atacaron y hasta mataron a algunos. Finalmente el dueño decidió enviar a su propio hijo, pensando que lo respetarían. Por el contrario, le dieron muerte.

Los dirigentes que escuchaban entendieron demasiado bien lo que quiso decir Jesús. Una viña era una imagen corriente de Israel. Ellos eran los inquilinos, el dueño era Dios y sus sirvientes eran los profetas de Dios. El hijo no era otro que Jesús mismo. En vez de recoger la advertencia de la historia, los líderes apresuraron sus planes para arrestar y dar muerte a Jesús.

Judas, el traidor

Los líderes religiosos tramaban la muerte de Jesús, pero fue uno de sus propios seguidores cercanos quien traicionó a Jesús. Quizás Judas Iscariote era un nacionalista, desilusionado porque Jesús no diera señal de establecer un reinado en Jerusalén, empuñando un poder en el que sus seguidores tuvieran una parte. Ciertamente tenía ambición de dinero. Decidió entregar a Jesús a sus enemigos y lo hizo por treinta monedas de plata. Les prometió avisarles cuándo y dónde podían encontrar y arrestar a Jesús discretamente, lejos de la multitud.

La Pascua y la Última Cena

Llegaba el tiempo de Pascua y Jesús pidió a dos de sus discípulos que prepararan la comida que compartirían en un aposento alto en Jerusalén. No había allí un esclavo para lavarles los pies; así es que Jesús tomó la toalla y la vasija con agua y lavó él mismo los pies de sus discípulos. Fue una lección para ellos de humildad y generosidad.

Durante la cena, sabiendo que pronto moriría, Jesús tomó el pan y lo pasó a sus discípulos, diciendo:

—*Tomad, comed; esto es mi cuerpo.*

Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo:

—*Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados. (Mt 26.26-28)*

Les pidió que hicieran estas cosas en memoria de él.

Getsemaní

Después de la cena, Jesús y los discípulos fueron a un olivar llamado Getsemaní, donde estarían tranquilos y en privado. Allí Jesús oró en gran angustia. Anticipó y sintió temor por la muerte próxima: «Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad». (Mt 26.42) Los troncos nudosos de los viejos olivos en el Huerto de Getsemaní expresan la angustia de la «noche oscura del alma» de Jesús antes de su crucifixión.

El arresto

Judas conocía los pasos de Jesús y después de la cena se escabulló para avisar a los sacerdotes dónde podían encontrarlo. Apenas Jesús terminaba de orar, se vio la luz de las antorchas que traspasaba la oscuridad entre los árboles. Una patrulla de soldados lo tomó prisionero.

El juicio de Jesús

Jesús fue conducido cautivo a casa del sumo sacerdote y todos los discípulos huyeron. Pese a las repetidas advertencias de Jesús de que sería arrestado y le darían muerte, ellos no lo habían creído.

Pedro y Juan más tarde lo siguieron y observaron a Jesús desde el patio, cuando lo interrogaban. Aquí preguntaron tres veces a Pedro si era uno de los partidarios de Jesús; sumido en pánico, negó siquiera conocerlo. Jesús le había prevenido que esto ocurriría, pero Pedro no había podido creerlo. Ahora lloró amargamente.

Jesús fue interrogado durante toda la noche. Los relatos dicen que ninguno de las declaraciones de los falsos testigos coincidía. Al fin le preguntaron a Jesús bajo juramento si era el Mesías; replicó que sí lo era y que, en palabras de Daniel 7, lo verían sentado a la diestra del Todopoderoso, viniendo en las nubes desde el cielo.

Esto fue declarado como blasfemia y Jesús fue condenado a muerte. Mientras tanto fue entregado al maltrato de los soldados.

En la mañana siguiente el gobernador romano Pilato fue consultado para confirmar la sentencia de muerte, que los judíos no podían llevar a cabo sin su autorización. Pilato hizo lo posible por liberar a Jesús, pero temía manifestaciones en Pascua, cuando Jerusalén estaba colmada de gente y las emociones se exacerbaban. Al fin cedió a los deseos de los dirigentes judíos y ordenó la crucifixión de Jesús.

La crucifixión

Los romanos no inventaron la crucifixión, pero la refinaron para convertirla en la forma más cruel de ejecución. En Palestina esta pena se reservaba para esclavos que habían escapado y a la peor clase de criminales rebeldes al Estado.

Antes de ser crucificado, el prisionero era flagelado con un látigo con puntas de metal, que producía horribles heridas y pérdida de sangre. Después tenía que acarrear por las calles el madero transversal de la cruz hasta la plaza de la ejecución. El poste vertical ya estaba instalado.

Los brazos del prisionero eran extendidos y clavados al madero antes de atar este al poste; se clavaban al poste los pies de la víctima. Se colocaba una inscripción con el nombre del prisionero y su crimen.

La muerte era sumamente lenta y dolorosa; a veces duraba días y al final la muerte llegaba por asfixia.

Por qué murió Jesús

Podría parecer que Jesús hubiera muerto como resultado de la malvada conspiración de hombres celosos. En la Biblia, sin embargo, la muerte de Jesús es vista como parte de un propósito deliberado de Dios. La propia decisión de Jesús de morir era el consentimiento del Hijo al plan de su Padre.

Los Evangelios dejan constancia de que Jesús previó su muerte desde el comienzo de su ministerio. Tan pronto como Pedro lo reconoció como Mesías, Jesús comenzó a enseñar a sus discípulos que debía sufrir y morir. Habló de su muerte como un «rescate por todos». En aquel tiempo se pagaba un rescate a fin de liberar a un esclavo, y Jesús entendió su muerte como el medio para liberar a hombres y mujeres y llevarlos de vuelta a Dios.

Muchas otras afirmaciones que hizo sobre su muerte próxima hacen eco a las palabras de Isaías 53: el siervo, que es inocente, muere para llevar a su pueblo paz y perdón por sus pecados.

En el Evangelio de Juan, Juan el Bautista dice de Jesús, en el comienzo de su ministerio, que es «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Juan tal vez pensara en el cordero pascual, que debía

ser sacrificado en esa primera ocasión mucho tiempo atrás, en Egipto, para salvar de la muerte al pueblo de Israel. La imagen también trae a la memoria el cordero sacrificado como expiación del pecado. En esa ceremonia, la culpa del que hace la ofrenda era transferida al animal inocente, y este era sacrificado en nombre del oferente.

La muerte de Jesús se explica en la Biblia como una muerte en beneficio de otros, una muerte para liberar a hombres y mujeres del pecado y de la muerte espiritual que es consecuencia inevitable de la maldad. Jesús vio su muerte como esencial a su condición de Mesías, no como un infortunado accidente o como el simple resultado final del odio y la oposición.

Muerte y entierro de Jesús

Jesús fue crucificado con un delincuente a cada lado. Al principio ambos lo maldijeron, pero uno puso su fe en él aun cuando agonizaba. Algunos de los enemigos de Jesús vinieron a vituperarlo, pero un pequeño grupo de fieles discípulos, mayormente mujeres (entre ellas su madre), se quedó junto a la cruz.

Pese al sumo dolor y a la dificultad para respirar, Jesús habló varias veces desde la cruz. Oró por sus verdugos:

—*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. (Lc 23.34)*

Dejó al apóstol Juan el cuidado de su madre, María.

Los evangelistas nos dicen que hubo oscuridad durante tres horas mientras Jesús padecía el agudo dolor de la cruz. Jesús usó las palabras de un salmo para expresar su sentimiento de desamparo:

«*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*». (Mt 27.46)

Justo antes de morir lanzó un grito triunfal: «¡Consumado es!» Sabía que había completado perfectamente la tarea que su Padre le encomendara. Y rezó la plegaria nocturna de todo niño judío:

—*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. (Lc 23.46)*

Al morir Jesús, la cortina que separaba la parte más sagrada del Templo se rasgó de arriba abajo. Los evangelistas entendieron por esto que Jesús, con su muerte, había abierto el camino hacia la presencia de Dios.

Dos judíos eminentes, que no habían dado su aprobación a la sentencia a muerte de Jesús, se encargaron de su entierro. Uno de ellos, llamado José, lo enterró en la sepultura preparada para su propio uso. Las mujeres que habían presenciado la muerte de Jesús observaron dónde fue depositado su cuerpo.

La resurrección

El día después de la muerte de Jesús era sábado, el día de reposo en que todos debían descansar. Pero muy temprano en la mañana del domingo, algunas de las mujeres que habían visto dónde estaba enterrado Jesús se apresuraron a volver al lugar, con la intención de embalsamar su cuerpo con especias. Para su asombro, la enorme piedra en la boca de la cueva había sido removida. Un ángel les dijo que Jesús ya no estaba ahí: había resucitado.

Si bien Jesús repetidas veces había dicho a sus discípulos que se levantaría al tercer día, ninguno le creyó. No es de extrañar que se manifestaran escépticos cuando las mujeres les relataron su experiencia.

Sin embargo, cuando esa noche los discípulos estaban reunidos, Jesús se les apareció. Al principio se aterraron, pensando que estaban ante un fantasma. Solo después que Jesús los calmara y tranquilizara pudieron al fin creer en la realidad maravillosa de que Jesús estaba vivo. Su alegría y entusiasmo no tenía límites.

Los cuarenta días de apariciones y la ascensión

Durante un lapso de unas seis semanas, Jesús se apareció de vez en cuando a sus discípulos y a quienes creían en él. En una ocasión, nos cuenta el apóstol Pablo, se apareció a más de 500 creyentes de una sola vez. Su cuerpo era real —podían tocarlo y comió alimento frente a ellos—pero era diferente. Podía pasar a través de puertas cerradas y aparecer y desaparecer a voluntad. Su cuerpo terrenal se había transformado.

Durante este período Jesús enseñó a sus discípulos muchas cosas que ellos seguían sin entender. Explicó que había sido necesario que él muriera antes de poder levantarse triunfante. Demostró con las Escrituras que era parte del plan de Dios que el Mesías tuviera que sufrir y morir, y luego resucitar, y al final ser reinvidicado por Dios.

Finalmente, un día Jesús se fue de sus discípulos por última vez. Los bendijo y fue llevado de ellos. Lucas relata que una nube —signo de la presencia de Dios— lo envolvió de manera que desapareció de la vista. Jesús volvía a la gloria de su Padre. Verlo partir convenció a los discípulos de que sus apariciones habían terminado. El ministerio terrenal de Jesús tocaba fin. El de ellos recién comenzaba.

10

LA IGLESIA JOVEN

Hechos de los Apóstoles

HECHOS DE LOS APÓSTOLES

PASAJES Y HECHOS CLAVE

La ascensión de Jesús [1](#)

La venida del Espíritu Santo [2](#)

La historia de Esteban, el primer mártir cristiano [6-7](#)

Conversión de Saulo (Pablo) en el camino a Damasco [9](#)

Pedro aprende que el evangelio es para los gentiles al igual que para los judíos [10](#)

Pablo y sus compañeros llevan las buenas nuevas a través de Asia Menor (Turquía) hasta Grecia [13-20](#)

Arresto de Pablo, juicios, naufragio y llegada a Roma [21-28](#)

El autor de Hechos de los Apóstoles es Lucas, quien también escribió uno de los cuatro Evangelios. Dedicó este libro a Teófilo, el mismo funcionario de alto rango a quien dedicó su Evangelio. Su primer volumen describió lo que Jesús dijo e hizo. Ahora continúa la historia de la obra o actos de Jesús a través de los restantes once apóstoles (Judas, el traidor, se había ahorcado), quienes fueron dotados e investidos de poder por el Espíritu Santo. El libro se conoce normalmente como «Hechos».

Lucas es meticuloso en su investigación y un hábil narrador. Fue compañero de viajes de Pablo (¿tal vez su médico?) y por lo tanto fue testigo directo de algunos de los sucesos del libro.

Hechos pudo haber sido escrito entre 70 y 80 d.C., aunque algunos sugieren una fecha anterior, en los años 60.

La ascensión

Durante los días siguientes a su resurrección, Jesús se apareció cada tanto a sus discípulos y les ayudó, a partir de las Escrituras judías, a entender más sobre el significado de su muerte y su resurrección. De pronto aparecía junto a ellos y, de la misma forma repentina, desaparecía. Pero esta situación de cosas no iba a continuar.

Lucas empieza su historia seis semanas después de la resurrección, con la que sería la última de estas apariciones de Jesús.

Cuando habló con sus discípulos en el aposento alto la noche anterior a su muerte, Jesús les había prometido enviarles a su Espíritu Santo, «otro Consolador», quien siempre estaría con ellos, en su lugar. Al ser también Dios, pero carecer de forma corporal, el Espíritu Santo podría estar incluso más cerca de ellos que Jesús.

“Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra”. (Hch 1.8)

Lucas toma estas palabras como tema para Hechos. Narra su historia de cómo las buenas nuevas sobre Jesús se extendieron desde Jerusalén, cruzando las tierras circundantes, hasta alcanzar la capital del imperio romano, principalmente a través de las experiencias de dos hombres: Pedro, el apóstol escogido por Jesús para guiar a los doce apóstoles, y un nuevo converso, quien llegó a ser el apóstol Pablo.

La venida del Espíritu Santo

En el Monte de los Olivos, ante la mirada atenta de los discípulos, Jesús fue «alzado» al cielo, regresando junto a su Padre. Los discípulos retornaron a Jerusalén a esperar la llegada del Espíritu. Allí se reunieron a orar, acompañados por las mujeres y la familia de Jesús.

Poco tiempo después Jerusalén se colmó de peregrinos visitantes. Habían acudido al festival de Pentecostés (cincuenta días después de Pascua). De pronto hubo un estremecimiento en la casa donde se reunían los discípulos. El sonido de una gran ráfaga de viento barrió el sitio y una lengua de fuego se encendió sobre la cabeza de cada discípulo. Estos fueron los signos externos de que el Espíritu Santo había llegado.

Una multitud de peregrinos, al escuchar los extraños sonidos, se precipitó a la casa. Cuando los entusiasmados discípulos salieron a hablarles sobre Jesús, todos comprendieron lo que decían, cualquiera fuese su idioma natal. Con todo, algunos acusaron a los discípulos de estar ebrios, cosa que Pedro rechazó con vehemencia. Se puso frente a todos los presentes y les predicó sobre Jesús.

Muchos seguramente habían presenciado la crucifixión de Jesús; oír que estaba vivo resultaba una noticia sorprendente. Pedro citó el Antiguo Testamento para convencerlos de que la resurrección de Jesús había sido vaticinada por sus propios profetas y que su muerte no era solo el resultado de la maldad humana sino parte de un gran plan de Dios para salvar a la humanidad. Declaró:

«Sepa... que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo». (Hch 2.36)

Muchos de sus oyentes se llenaron de remordimientos: «Hermanos, ¿qué haremos?», preguntaban a los apóstoles. Pedro tenía pronta la respuesta:

—Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. (Hch 2.38)

Cerca de tres mil fueron bautizados ese día. Constituyeron el núcleo de la nueva iglesia. La iglesia no era un edificio o una institución, sino una compañía estrechamente unida de aquellos que estaban comprometidos con Jesús.

Empieza la persecución

El nuevo grupo de cristianos prosperó; cada día más gente se les unía. Pronto también empezaron los problemas. Las autoridades que habían sido las causantes de la crucifixión de Jesús no estaban dispuestas a oír proclamar que estaba vivo y continuaba su obra a través de sus seguidores. Los saduceos, especialmente, estaban indignados porque no creían en la vida después de la muerte.

Cuando Pedro y Juan curaron a un mendigo cojo en nombre de Jesús, y atrevidamente anunciaron que fue a través del poder de Jesús que habían llevado a cabo este acto, los líderes religiosos no pudieron soportarlo más. Los arrestaron; pero no pudieron decidirse cómo castigarlos, ya que el

hombre que había sido sanado era una prueba viviente del milagro. En consecuencia, los soltaron, advirtiéndoles que dejaran de predicar sobre Jesús.

Pero los discípulos rehusaron ser silenciados. Ya no eran los atemorizados y acobardados seguidores de Jesús que habían huido cuando él fue arrestado, dejándolo en la estacada. La resurrección de Jesús y el fortificante poder del Espíritu Santo los habían transformado. Estaban llenos de entusiasmo y valor. Pronto se vieron envueltos en problemas nuevamente. Los dirigentes estaban dispuestos, incluso, a darles muerte, pero el consejo de Gamaliel, un sabio y buen rabino, prevaleció: —*Apartaos de estos hombres y dejadlos, porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; pero si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios.* (Hch 5.38-39)

Los apóstoles no estaban abatidos. Se regocijaban por «haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre».

La iglesia cristiana

Mientras tanto, los nuevos cristianos se dedicaban de todo corazón a reunirse, para aprender lo que los apóstoles tenían que enseñarles y para orar juntos. Sus comidas en común sin duda incluían el acto de la comunión que Jesús les había enseñado a practicar en la Última Cena.

Estos primeros cristianos compartían voluntariamente todas sus posesiones y tenían todo en común. Cuando uno de ellos estaba necesitado, otros vendían sus bienes o tierras para ayudarlo. Era una comunidad solícita y fraternal, factor importante en su crecimiento.

Ananías y Safira

Al parecer, este modo de vida ideal era demasiado bueno para durar. Dos discípulos, un hombre y su esposa, vendieron su tierra para dar el dinero a los apóstoles para el bien común. Pero retuvieron parte del precio obtenido, pretendiendo haberlo entregado todo. Deseaban velar por sus propios intereses, y a la vez, querían ser considerados más generosos y sinceros de lo que eran. Pedro dijo a Ananías que había mentado no solo a los otros cristianos sino al Espíritu Santo. Ananías cayó muerto a los pies de Pedro. Unas horas más tarde, su esposa, Safira, regresó sin saber lo que le había ocurrido a su marido. En respuesta a la pregunta de Pedro repitió la mentira y también murió.

Ha habido muchos intentos de suavizar la aparente dureza de este juicio. Sin embargo, Ananías y Safira fueron culpables de haber causado una seria fractura en el amor y la integridad de la comunidad ideal. La participación y confianza mutua nunca volverían a ser iguales.

Esteban

Crecía la iglesia y también la administración. Los apóstoles, por tanto, pidieron a la iglesia que escogiera a siete hombres buenos para hacerse cargo de tales asuntos, en particular la distribución de fondos para las viudas pobres.

Esteban, uno de los hombres escogidos, era además un sobresaliente predicador y obraba milagros. Poseía una amplia visión y comprendió que la época de la Ley y de los ritos del culto en el templo había pasado. Jesús había traído la salvación y una nueva moral trascendente que no dependía de los rituales.

Las autoridades reconocieron este desafío a su culto y a su forma de vida, y lo arrestaron. Esteban fue conducido ante el Sanedrín, donde su bien razonada defensa solo logró enardecerlos más. Lo sacaron afuera y lo apedrearon.

«Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios», gritó Esteban. Luego imploró: «Señor Jesús, recibe mi espíritu», y, al igual que su Maestro, agregó: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado». Cuando hubo dicho esto, escribe Lucas, «durmió».

El mensaje de los apóstoles

A lo largo de Hechos, Lucas hace breves resúmenes de varios de los sermones predicados por los apóstoles. Un erudito, C. H. Dodd, recopiló los principales temas de estos sermones. Denominó a esta colección de materiales el *kerygma*, que significa el mensaje del heraldo. Estos primeros predicadores fueron llamados heraldos porque proclamaban el mensaje de Dios para que todos lo escuchasen. Esto era lo que predicaban:

La era del Mesías, vaticinada por los profetas, había llegado con la venida de Jesús y su reino.

Jesús pasó su vida haciendo el bien. Había demostrado su poder. Había muerto no solo por las maquinaciones de sus enemigos, sino como parte del plan de salvación de Dios. Jesús había sido levantado nuevamente a la vida y ahora había sido exaltado por Dios a un puesto de autoridad y poder. Regresaría nuevamente como juez universal.

El Espíritu Santo había llegado y sería dado a todo aquel que se arrepintiera y pusiese su confianza en Jesús.

Todos los que se arrepintieran recibirían el perdón de los pecados. Serían bautizados como un signo exterior de su fe.

Samaria

Hasta ese momento, los seguidores de Jesús habían permanecido en Jerusalén, excepto aquellos convertidos en Pentecostés, que habían regresado a sus hogares llevando consigo las buenas nuevas. Después del asesinato de Esteban, la persecución obligó a la mayoría de los cristianos a abandonar la ciudad y solo los apóstoles se quedaron. Dondequiera que iban, los cristianos hablaban de Jesús. Uno de ellos, llamado Felipe, se atrevió a predicar en la ciudad de Samaria.

Judíos y samaritanos se odiaban desde hacía cientos de años. Pero Jesús había predicado en Samaria y había dicho a sus discípulos que también lo hicieran allí. La alegría desbordó la ciudad cuando oyó que el tan esperado Mesías había llegado y supo de los asombrosos milagros que realizaba Felipe.

Noticias de la misión llegaron a Jerusalén y los apóstoles enviaron a Pedro y Juan para ver lo que sucedía. Intercedieron para que estos nuevos creyentes recibieran el Espíritu Santo, seguros de que su misión era parte del programa que Jesús les diera para expandir el evangelio más allá de Jerusalén y el entorno inmediato de Judea. Y sus oraciones tuvieron respuesta.

El dignatario etíope

Tras predicar a grandes multitudes en Samaria, Felipe fue ordenado por Dios acudir en ayuda de una persona que cruzaba el camino del desierto hacia Egipto. Se trataba de un funcionario etíope de alto rango. Al aproximarse Felipe a su carruaje, descubrió que estaba leyendo de un rollo del Antiguo Testamento.

«—Pero ¿entiendes lo que lees?», le preguntó Felipe.

«—¿Y cómo podré, si alguien no me enseña?», replicó.

Felipe subió de buen grado junto a él y predicó las buenas nuevas sobre Jesús, empezando por el versículo que el funcionario estaba leyendo. Provenía del relato de Isaías sobre el Siervo sufriente que murió por los pecados de su pueblo. El etíope se convirtió y fue bautizado; luego continuó alegre su camino de regreso a África, portando con él las buenas nuevas de Jesús.

La conversión de Saulo

Uno de los principales enemigos de la nueva fe cristiana era un brillante y joven maestro llamado Saulo. Era, asimismo, un hombre de acción. Había observado cuando Esteban fue asesinado y había votado a favor de su muerte. La determinación de Saulo de suprimir esta nueva «secta» se hizo más fuerte. Organizó búsquedas y arrestos de casa en casa, y cuando algunos de los cristianos escaparon obtuvo una orden de extradición para que los trajesen de Damasco a Jerusalén a fin de someterlos a juicio.

Saulo partió para Damasco. Durante el ardiente calor del mediodía, mientras viajaban por el caluroso camino, una luz cegadora de pronto fulguró ante Saulo. Este cayó a tierra y escuchó una voz que decía:

—*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?... Yo soy Jesús, a quien tú persigues. (Hch 9.4-5)*

Saulo comprendió entonces que Jesús era real y estaba vivo, y que al perseguir a sus siervos había estado persiguiendo al propio Jesús. En ese momento la ira y enemistad de Saulo se desvanecieron. Se sometió, con todo su ser, a este nuevo Maestro, preguntándole humildemente: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?».

Había perdido la vista, de modo que fue conducido a la ciudad, donde permaneció ciego y sin probar bocado por tres días. No obstante, Dios llamó a Ananías, un cristiano que vivía en Damasco, para que fuese donde Saulo. Al principio Ananías sintió temor, habiendo escuchado todo el daño que este enemigo de los cristianos había hecho; pero obedeció las instrucciones y buscó a Saulo. Le habló así:

—*Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. (Hch 9.17)*

Puso sus manos sobre Saulo y este recobró la vista. Recibió al Espíritu Santo y fue bautizado.

De inmediato Saulo inició su nueva tarea de predicar sobre Jesús, argumentando con elocuencia en las sinagogas que Jesús era el Mesías. Sintiendo ultrajados, algunos de sus compañeros judíos intentaron matarlo. Finalmente, Pablo tuvo que ser deslizado dentro de una canasta, desde lo alto de la muralla de la ciudad, para escapar de allí.

Judíos y gentiles

Hasta ese momento, el evangelio había sido predicado a los judíos, los samaritanos y a los gentiles que habían adoptado la fe judía. Muchos no judíos admiraban las elevadas pautas de la religión judía y adoraban al Dios de Israel. Se los conocía como los «temerosos de Dios». Otros llegaban aún más lejos: recibían la señal de la alianza de la circuncisión y prometían obediencia a la totalidad de la ley judía.

Es difícil imaginar cuán grande era el abismo entre los judíos y los gentiles en ese tiempo. Los buenos judíos mantenían tan poco contacto con los gentiles como les fuera posible. Ciertamente, no comían con ellos ni visitaban sus casas. Todo utensilio empleado por un gentil debía ser especialmente purificado o destruido. Los gentiles eran «impuros», creían los judíos, y estaban fuera de la alianza que Dios había hecho solo con Israel.

No se les ocurrió a los primeros cristianos, todos ellos judíos, que los gentiles tuvieran participación en el plan de salvación de Dios. Las barreras parecían demasiado grandes. Pronto debieron aprender a derribar estos prejuicios.

Cornelio

Cornelio era un centurión romano, consignado en el cuartel general de Cesarea. Era un buen hombre, temeroso de Dios. Un día fue sorprendido por la visión de un ángel, quien le dijo que Dios había aceptado sus oraciones y actos piadosos, y que debía enviar a buscar a un hombre llamado Pedro, que estaba en Jope.

Mientras los mensajeros iban en camino, Pedro también tuvo una visión. Había subido a la terraza de la casa a orar, mientras esperaba que se cocinara la comida. Quizá miró hacia el mar y vio las blancas velas de un barco, o tal vez fue el toldo sobre su cabeza, porque tuvo una visión de una enorme sábana que descendía del cielo. Estaba llena de toda clase de animales que a los judíos les habían enseñado a no comer. Una voz ordenó:

—*Levántate, Pedro, mata y come.*

Entonces Pedro dijo:

—*Señor, no; porque ninguna cosa común o impura he comido jamás. Volvió la voz a él la segunda vez:*

—*Lo que Dios limpió, no lo llames tú común. (Hch 10.13-15)*

La visión se repitió tres veces. Luego Pedro escuchó fuertes golpes en la puerta. Los mensajeros de Cornelio aguardaban para hablarle. Cuando Pedro escuchó lo que tenían que decirle comprendió el significado de la visión. Dios le había mostrado que él no debía llamar impuros a aquellos a quienes Dios había aceptado.

Empezó por invitar a los soldados gentiles a hospedarse en la casa. Al día siguiente partió con ellos.

Al llegar, contó a Cornelio y a la multitud invitada las buenas nuevas sobre Jesús. Estaban pendientes de sus palabras y, para asombro de Pedro, el Espíritu Santo descendió sobre ellos. Empezaron a hablar en lenguas desconocidas y extáticas, y a alabar a Dios. Cuando Pedro vio que Dios había aceptado a estos gentiles tuvo la certeza de que debía bautizarlos. Así los creyentes gentiles se convirtieron en parte de la iglesia cristiana.

Cuando Pedro regresó a Jerusalén fue criticado, en un comienzo, por entrar al hogar de un gentil. Sin embargo, cuando escucharon la historia de Pedro, aceptaron el hecho de que Dios estaba ofreciendo la salvación también a los gentiles.

Este fue un acto crucial en Hechos y en la historia de la iglesia. Hay ecos de ella a través de todo el Nuevo Testamento (por ejemplo, en Efesios 2 y 3). Fue el punto de partida de la misión a los gentiles.

Antioquía

Algunos de los cristianos que se diseminaron después del martirio de Esteban se dirigieron a Antioquía. Allí contaron las buenas nuevas sobre Jesús a los judíos y, posiblemente, también a los gentiles. Es difícil deducir del texto quiénes eran estos conversos, pero con certeza hablaban griego, y eran quizás «temerosos de Dios», como Cornelio. Representaban medios culturales variados, demostrando así que el evangelio podía cubrir las necesidades de personas provenientes de culturas muy diferentes.

Un gran número de conversos empezaron a reunirse en Antioquía. Bernabé, un judío cristiano de Chipre, fue enviado desde Jerusalén para vigilar los asuntos. Quedó satisfecho al ver la obra de Dios, pero reconoció que la iglesia joven necesitaba que le enseñasen la nueva fe más cabalmente. Por esa razón trajo a Saulo, o Pablo, como llegó a ser conocido en el mundo de los gentiles.

Durante un año enseñaron en la iglesia, que se convirtió en un gran centro, contraparte de la iglesia original en Jerusalén. Desde el principio, Antioquía tuvo una actitud más abierta y fue para ellos más fácil aceptar la integración de creyentes judíos y gentiles.

La primera expedición misionera de Pablo

Cuando la iglesia en Antioquía se encontraba orando y ayunando, el Espíritu Santo dijo:

«*Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado*». (Hch 13.2)

La iglesia respondió con ayunos y oración, y luego impusieron sus manos a ambos como señal de su misión, y los enviaron a difundir el evangelio aún más lejos.

Bernabé y Pablo llevaron con ellos a Juan Marcos, un joven sobrino de Bernabé; partieron desde Seleucia, puerto de Antioquía, ubicado veinticuatro kilómetros tierra adentro, sobre el río Orontes.

Primero visitaron Chipre, la patria de Bernabé, donde el gobernador se sintió atraído por el mensaje, a pesar de la oposición de su brujo.

Abandonaron Pafos, en Chipre, y cruzaron el Mediterráneo hasta Perge, en la provincia de Panfilia. No se quedaron mucho tiempo en esta baja planicie costera, tal vez, como algunos han sugerido, porque Pablo enfermó de malaria y el área era muy insalubre para quedarse. Cualquiera que haya sido

la razón, avanzaron a las más saludables regiones montañosas del norte. La ruta de Perge a Antioquía de Pisidia, que era su próxima parada, era montañosa y asolada por bandidos.

Juan Marcos los había abandonado en Perge, regresando a su hogar en Jerusalén. Nadie sabe qué razón tuvo, pero Pablo sintió agudamente que Marcos había desertado.

En Antioquía de Pisidia, Pablo predicó inicialmente en la sinagoga. Esta llegó a ser su costumbre. Creía que los judíos tenían derecho prioritario a escuchar el evangelio. Además, podía interesarlos a partir de sus Escrituras hebreas (el Antiguo Testamento).

Cuando los judíos en Antioquía lo rechazaron, se volvió hacia los gentiles. Muchos se convirtieron y se formó una nueva y pequeña iglesia. El objetivo de Pablo fue siempre establecer y afianzar nuevas iglesias o grupos de cristianos.

Algunos de los judíos estaban celosos de su éxito y suscitaron la oposición. Lo mismo sucedió en Iconio, situada aproximadamente a 150 kilómetros al sudeste, y el siguiente punto en su ruta. Hubo allí amenazas de apedrearlos; huyeron a Listra y después a Derbe.

Mientras Pablo predicaba en Listra observó a un hombre, lisiado de nacimiento. Pablo se dio cuenta que este hombre tenía fe en lo que se estaba diciendo. Exclamó en voz alta: «¡Lévántate derecho sobre tus pies!» y el hombre sanó.

Pablo y Bernabé no estaban preparados para lo que ocurrió luego. Se hicieron acelerados preparativos para ofrecerles sacrificios, porque la gente decidió que debían de ser dioses que visitaban la tierra. Los dos hombres rasgaron sus ropas en señal de horror y gritaron: «¿Por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros».

Sin embargo, aprovecharon esta oportunidad para explicarles que eran portadores de las buenas noticias sobre el Dios verdadero, el que da las cosechas e hizo el cielo y la tierra. Pablo adaptó su mensaje de acuerdo con la experiencia y comprensión de sus oyentes. Esta explicación era muy diferente de los sermones basados en las Escrituras que predicaba en las sinagogas.

Los judíos antagonistas en Antioquía e Iconio los habían seguido hasta allí y alborotaron al gentío en su contra. Pablo fue apedreado y abandonado como muerto pero, sorprendentemente, se recuperó. Él y Bernabé con valentía regresaron por su ruta, dando ánimo a todos los conversos que habían hecho en el camino y escogiendo a líderes responsables para las nuevas iglesias.

En su camino de regreso se detuvieron a predicar en Perge, y luego embarcaron con destino a Antioquía de Siria para entregar su informe a la iglesia del lugar.

LOS ROMANOS

Tal vez hoy se recuerda a los romanos ante todo por sus caminos (al menos en Europa occidental). Los caminos romanos se construían para perdurar. Estas largas y rectas carreteras, sin embargo, no se hacían en primer término para el comercio: estaban al servicio de la conquista y el control. Eran las vías de los soldados en guerra y, en la paz que seguía, facilitaban los viajes de una manera hasta entonces desconocida.

Tras los griegos con su cultura, ideas e idioma, vinieron los pragmáticos romanos con sus carreteras y acueductos, plomería y calefacción, baños y deportes de espectáculo. A partir de 146 a.C., con la destrucción de Cartago, los romanos extendieron su dominio por toda la tierra alrededor del Mar Mediterráneo.

Palestina, en la época del Nuevo Testamento, estaba bajo ocupación romana. Militares y funcionarios romanos entran y salen por los Evangelios, Hechos y las epístolas. Pablo era ciudadano romano, pero judío de nacimiento. Toma imágenes de aurigas romanos y de los juegos olímpicos. Jesús pasó su vida en los confines de Palestina, donde los guerrilleros zelotes judíos hostigaban a las tropas romanas. Pablo recorrió el imperio y llegó hasta la misma Roma, donde ya se había establecido una iglesia cristiana.

Muchos dejaron de buen grado a los antiguos dioses por el nuevo evangelio de Jesús. Más adelante en el primer siglo, a medida que el culto del emperador crecía en fuerza, los cristianos pagaron caro por su fe. Fueron hechos espectáculo público en la arena de los gladiadores, forzados a enfrentar animales salvajes y convertidos en antorchas humanas por el emperador.

El concilio de Jerusalén

La iglesia en Jerusalén tenía un estilo muy diferente a la de Antioquía. En Jerusalén un gran número de sacerdotes se habían hecho cristianos, mientras que en Antioquía la iglesia estaba compuesta por judíos y gentiles de habla griega. Estos judíos helenistas, como se les llamaba, eran bastante menos prejuiciosos y legalistas que los judíos que vivían en Judá y Jerusalén. Muchos de los judíos más estrictos todavía creían que, aunque los gentiles podían convertirse a la fe, era necesario que además se hiciesen judíos. Después de todo, argumentaban, Dios hizo la alianza con los judíos, de tal manera que cualquiera que deseara estar en relación con él, debía recibir el signo de la alianza, la circuncisión, y convertirse en miembro de la nación judía.

Algunos de estos cristianos judaizantes llegaron a Antioquía y diseminaron allí sus enseñanzas. Pablo y Bernabé discutieron con vehemencia. Pablo creía, con fervor, que la salvación se lograba solo con la fe en Cristo y no dependía, de manera alguna, de ningún ritual exterior. Se expresó con firmeza, con el fin de corregir a aquellos que creían que la salvación se ganaba mediante buenas acciones además de la fe.

Se decidió que Pablo y Bernabé fuesen a Jerusalén y vieses allí a los apóstoles. Se celebró un concilio presidido por Santiago, hermano de Jesús. Después de una prolongada discusión, Pedro habló de su experiencia con Cornelio. Ni siquiera los judíos podían soportar la carga de la Ley, adujo. ¿Por qué esperar que lo hicieran los gentiles?

«Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos». (Hch 15.11)

Jacobo citó el Antiguo Testamento para apoyar su argumento y concluyó:

«Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios... (Hch 15.19)

Finalmente se acordó que a los gentiles cristianos no se les exigiría seguir las prácticas judías, aunque se les pidió que mantuviesen ciertas reglas, en especial las relativas a las leyes de la alimentación judía. De esta forma, los cristianos judíos, sensibles aún a su formación, no tendrían escrúpulos en compartir las comidas con sus hermanos en la fe de origen gentil.

La parte de Lucas en la historia de Hechos

A través de todo Hechos, hasta su llegada a Troas, el autor se ha referido a los misioneros como «ellos». En este punto el sujeto de la oración cambia repentinamente: «Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia». Sin mencionarse a sí mismo, el autor, Lucas, hace saber que se ha unido a la partida. Sabemos por Pablo que Lucas era médico. Algunos piensan que vino desde Filipos porque Pablo estaba enfermo. Se convirtió en miembro del grupo y, cuando de vez en cuando la narración cambia de «ellos» a «nosotros», sabemos que Lucas está nuevamente con el grupo.

Segundo viaje de Pablo

Pablo y Bernabé planificaron partir en una segunda expedición misionera; Bernabé estaba decidido a dar otra oportunidad a su sobrino, Juan Marcos, y llevarlo con ellos. Pablo no quería escuchar del tema, y el desacuerdo entre ambos fue tan intenso que finalmente se separaron.

Bernabé partió para Chipre nuevamente, con Juan Marcos, y Pablo se fue con Silas, un ciudadano romano como él. En Listra, Pablo y Silas escogieron a Timoteo para que se uniera al grupo. Primero habría de ser circuncidado. Parece sorprendente que Pablo accediera a que Timoteo fuese circuncidado,

considerando su fuerte oposición a que se impusieran los ritos judíos a los cristianos gentiles. Sin embargo, Timoteo era judío por parte de su madre, aunque su padre era griego. Quizá Pablo pensó que los judíos apreciarían las prédicas de Timoteo solo si, como judío, se había sometido al rito de la alianza.

En este viaje, el grupo fue impedido, de alguna manera, de predicar en Asia, razón por la cual continuaron a Troas, puerto egeo cerca del asentamiento de la antigua ciudad de Troya. Aquí Pablo tuvo una visión en la cual un varón macedonio rogaba: «Pasa a Macedonia y ayúdanos». Se tomó entonces una decisión trascendental. Por primera vez los misioneros cristianos pusieron pie en el continente europeo.

Filosofías de la época

En la época de Pablo, la creencia en los dioses griegos estaba en decadencia y habían surgido diversas filosofías. Pero aun estas habían perdido su original frescura y no llenaban el vacío espiritual.

La filosofía **estoica** fue fundada por Zenón de Chipre, quien se radicó en Atenas alrededor del 300 a.C. Enseñaba en un *stoa* o pórtico, de tal manera que sus seguidores fueron apodados estoicos, que significa «gente del pórtico». Zenón ponía énfasis en la importancia de la razón. La buena vida era la vida en armonía con la naturaleza, que también se fundaba en la razón. La meta era ser autosuficiente y soportar el dolor sin temor. Era más importante ser virtuoso que gozar el placer.

La filosofía **epicúrea** fue fundada por Epicuro más o menos en la misma fecha. El placer era el objetivo principal, pero el placer basado en la amistad, en las buenas costumbres o en cosas de la mente. No es de extrañar que algunos de los seguidores interpretaran el placer de una manera diferente y dedicaran toda su atención a gozar de los placeres de la carne.

John Scott resume sucintamente las diferencias entre las dos filosofías: «Era característico de los epicúreos poner énfasis en el azar, la evasión y el disfrute del placer, en tanto los estoicos subrayaban el fatalismo, la sumisión y la paciencia para sobrellevar el dolor.»

En Filipos

No había sinagogas en Filipos, ya sea porque había muy pocos hombres judíos o porque estos eran demasiado pobres para permitírsela. Pablo y su grupo encontraron un lugar junto al río donde se hacían oraciones, y allí se dirigieron a predicar en el día de reposo. Lidia, una acaudalada mujer de negocios, fue convertida y de inmediato invitó a los misioneros a hospedarse en su casa.

El siguiente converso sobre el que nos cuenta Lucas era una pobre esclava poseída por el demonio que daba ganancias a su amos adivinando la suerte. Cada vez que veía a Pablo y su comitiva, la joven gritaba a voz en cuello: «¡Estos hombres son siervos del Dios Altísimo! Ellos os anuncian el camino de salvación». Finalmente, Pablo ordenó al espíritu maligno, en el nombre de Jesús, que la abandonara. Desalentados por las pérdidas de sus ingresos, sus empleadores arrastraron a Pablo y Silas ante los magistrados y los hicieron arrojar en prisión. Ambos fueron azotados, a pesar de ser ciudadanos romanos, y confinados a las celdas más recónditas. En lugar de maldecir o deplorar su destino, Pablo y Silas entonaron alabanzas y oraron a Dios.

A medianoche un fuerte terremoto estremeció la prisión, soltando las cadenas y grillos con que se sujetaban los prisioneros a las paredes. El carcelero estaba aterrorizado. Si se escapaban los prisioneros, él sería condenado a muerte. Estaba a punto de suicidarse cuando Pablo le gritó que nadie faltaba. El carcelero pidió una luz y se precipitó a la celda, clamando a Pablo:

—Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?

Ellos dijeron:

—Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa. (Hch 16.30-31)

El carcelero y toda su familia creyeron y fueron bautizados, no sin antes lavar las espaldas heridas de los prisioneros.

A la mañana siguiente, las autoridades estaban ansiosas de deshacerse de Pablo y Silas; pero Pablo rehusó irse sin haber recibido antes una adecuada disculpa. Como ciudadanos romanos habían sido ilegalmente azotados. Probablemente fue en beneficio de la iglesia naciente que se puso firme.

Lucas hace 150 kilómetros del viaje en una sola frase, en que los misioneros recorrieron la gran carretera romana en dirección este-oeste, la llamada Vía Egnatia. Predicaron en Tesalónica, una gran ciudad aun en la actualidad, pero encontraron fuerte oposición de parte de indignados judíos que los siguieron a Berea. Finalmente Pablo tuvo que partir, escapando rumbo a Atenas, donde esperó solo a que llegase el resto del grupo.

En Atenas

En Atenas, centro intelectual del mundo, Pablo discutió con los filósofos estoicos y epicúreos en la plaza del mercado, donde tales debates estaban a la orden del día. Invitado por los residentes, Pablo habló de su fe, en la Colina de Marte. Extrajo citas de los poetas locales, predicando a los oyentes en términos que podían entender. Sin embargo, hizo poco progreso cuando les habló de la resurrección y el advenimiento del día del juicio.

En Corinto

Pablo se trasladó de Atenas a Corinto, donde se ganó la vida fabricando tiendas hasta que Silas y Timoteo llegaron con una ofrenda de dinero de las iglesias. Pudo, entonces, predicar a tiempo completo y permaneció allí dieciocho meses mientras establecía una iglesia y enseñaba a los conversos.

El tercer viaje de Pablo

Lucas hace una rápida síntesis del final del segundo viaje misionero y el comienzo del tercero, cuando Pablo volvió a visitar las iglesias que había fundado durante su primer viaje. Luego se dirigió a Éfeso.

En Éfeso

Pablo regresó a Éfeso, como había prometido cuando los visitara al concluir su segundo viaje misionero. Pasó allí dos años, más tiempo que en ningún otro lugar. Predicó en primer lugar a los judíos en la sinagoga. Cuando lo rechazaron, arrendó una sala de conferencias e instaló allí su cuartel general. Solamente podía utilizarlo cuando su dueño no lo necesitaba, en la hora más calurosa del día; aun así la gente acudía en gran número a escucharlo.

Al parecer, Pablo hizo muchas e inusuales curas milagrosas en la ciudad. Tal vez pensó que este era el «lenguaje» que mejor comprendían los efesios.

Éfeso bullía de turistas, muchos de los cuales iban a visitar el famoso templo de Diana. Los plateros locales se habían ganado muy bien la vida vendiendo objetos de plata, recuerdos de la diosa; pero las prédicas de Pablo tuvieron tal éxito que el comercio decayó. Uno de los artífices, Demetrio, convocó a reunión a los demás artesanos para hacer oír sus quejas. Enardeció tanto los ánimos que una turba se reunió y empezó a gritar el estribillo «¡Grande es Diana de los efesios!» una y otra vez.

La ciudad entera estaba conmocionada cuando se abrieron camino al teatro. Los cristianos retuvieron por la fuerza a Pablo, cuando este quiso salir y hablar a los alborotadores. Se produjo entonces un alboroto en masa, en que la mitad de la gente ni siquiera sabía por qué estaba allí. Pasó bastante tiempo antes que el escribano de la ciudad pudiese restaurar el orden.

La recaudación para los pobres

Pablo abandonó Éfeso y dedicó un tiempo a las iglesias en Macedonia y Acaya. Seguramente estaba recolectando la contribución de las iglesias para los cristianos judíos pobres de Jerusalén.

Pablo nunca olvidó que los gentiles debían mucho a los cristianos judíos. Esa era la razón por la que había organizado esta colecta. Demostraría, nuevamente, la realidad de que judíos y gentiles eran uno en Cristo. El apóstol llevó estos aportes cuando regresó a Jerusalén. También se hizo acompañar de representantes de las diferentes iglesias que habían contribuido, de tal manera que pudiesen presentar su ofrenda en persona.

Viaje a Jerusalén

Pablo no podía dedicar tiempo a una nueva visita a Éfeso en su camino a Jerusalén. No obstante, envió un mensaje a los líderes de la iglesia y ellos acudieron al encuentro del barco en Mileto. Los aconsejó y animó, citando algunas de las palabras del propio Jesús: «Más bienaventurado es dar que recibir». Se arrodillaron juntos sobre la playa y oraron.

«Entonces hubo gran llanto de todos, y echándose al cuello de Pablo, lo besaban», escribió Lucas, «y se dolían en gran manera por la palabra que dijo de que no verían más su rostro».

Pablo sabía que probablemente enfrentaría problemas en Jerusalén. Durante el viaje, un profeta llamado Agabo le advirtió para que no fuera a Jerusalén. Se ató sus propias manos y pies con el cinturón de Pablo, como una profecía actuada de lo que le sucedería a este. Sin embargo, Pablo estaba decidido:

—*¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón?, pues yo estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. (Hch 21.13)*

Jerusalén y lo que sucedió después

Pablo fue calurosamente recibido en Jerusalén, pero los líderes cristianos le advirtieron que era sospechoso ante los ojos de muchos judíos que se habían convertido allí. Algunos habían sido sacerdotes, con una educación muy estricta. Pablo, por su parte, tenía la reputación de desechar las costumbres judías. Le recomendaron apaciguar la suspicacia pagándole a cuatro judíos cristianos los gastos para que completasen sus votos.

Pablo accedió, pero cuando estaba atendiendo este asunto en el templo, fue apresado por observadores que erradamente pensaron que había introducido gentiles al atrio del templo reservado a los judíos. La pena que correspondía era la muerte. Los cabecillas instigaron a la turba hasta encender la furia en contra de Pablo. De nada le sirvió protestar su inocencia. Finalmente intervino el comandante romano y rescató a Pablo. Cuando descubrió que este hablaba griego, le permitió dirigirse a la multitud.

Al día siguiente Pablo fue llevado ante el Sanedrín, el concejo judío. Sabía lo que hacía cuando les dijo que había sido acusado en relación con la resurrección. El tema era un antiguo campo de batalla entre fariseos y saduceos, ambos presentes. El concilio pronto se convirtió en un alboroto.

Más adelante, el sobrino de Pablo descubrió que algunos judíos conspiraban para asesinar a Pablo. Informó de ello al comandante y Pablo fue enviado, de noche, al cuartel general militar en Cesarea, a la custodia de Félix, el gobernador. Pablo expuso su caso ante él, pero Félix permitió que se dilatará por dos años, hasta que Festo asumió como nuevo gobernador. Festo se abocó de inmediato a examinar el caso. Los acusadores judíos querían que Pablo fuese llevado de vuelta a Jerusalén para someterlo a juicio, pero Festo rehusó, sospechando, quizá, que Pablo podía ser objeto de una emboscada para asesinarlo.

Pablo finalmente hizo uso de su privilegio de ciudadano romano y apeló al César para que se escuchase su caso en Roma. Antes de ser enviado allí tuvo otra oportunidad de hablar de su fe ante el rey Agripa, nieto de Herodes el Grande, y su hermana Berenice, quienes se encontraban visitando a Festo.

Estuvieron de acuerdo en que Pablo era inocente y que, si no hubiese sido por su apelación al César, podría haber sido dejado en libertad. Pablo tal vez sabía que nunca se encontraría a salvo de las conspiraciones judías mientras permaneciese en Palestina. Además, su apelación significaba cumplir, al fin, su ambición de llegar a Roma. Sería un prisionero, pero podría tal vez encontrar la oportunidad de dar testimonio de su fe en la capital del Imperio.

Viaje a Roma

Lucas describe con gráficos detalles el viaje lleno de peripecias a Roma. Contra los consejos de Pablo, el capitán del barco decidió navegar, pese al riesgo que significaba lo avanzado de la estación. Hubo terribles tormentas, pero Pablo dio ánimos a todos los que se encontraban a bordo:

«Tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave... porque yo confío en Dios...» (Hch 27.22,25)

Después de una travesía agotadora, el navío finalmente naufragó cerca de la costa de Malta. Todos lograron alcanzar la playa sobre restos del naufragio o nadando. Pasaron allí el invierno y Pablo realizó sanidades y predicó a los isleños. Luego prosiguieron viaje hacia Roma.

Debe de haberle producido a Pablo una gran alegría que algunos cristianos de Roma caminasen 45 a 55 kilómetros para salir a su encuentro y acompañarlo a Roma. Allí Pablo fue sometido a arresto domiciliario, aunque se le permitió considerable libertad. Llamó a los líderes judíos para que lo visitaran a fin de contarles la verdad sobre sí mismo, así como para predicarles sobre Jesús el Mesías. Durante el resto de su permanencia pudo utilizar su casa como un lugar donde la gente podía reunirse a escuchar las buenas nuevas.

El relato de Lucas llega a un repentino final. Dejamos a Pablo en Roma, en su casa arrendada y bajo custodia romana. Lucas dice que permaneció allí durante dos años. Quizá sus acusadores judíos no se presentaron para llevar adelante la causa y, por tanto, fue sobreseído. Sabemos que Pablo quedó en libertad durante al menos dos años más para continuar sus viajes. Después fue arrestado nuevamente y finalmente se le dio muerte por su fe, en el 64 d.C.

4

5

VIDA Y VIAJES DE PABLO

La estrategia de Pablo consistía en predicar el Evangelio en lugares clave. A menudo eligió ciudades que estaban emplazadas en un cruce de caminos, donde hacían escala los viajeros que recorrían el imperio. Así el evangelio continuaba difundiéndose por medio de los conversos.

Biografía de Pablo

Saulo nació en Tarso, capital de la provincia romana de Cilicia (hoy el sur de Turquía). Recibió una educación judía estricta, pero tiene que haber aprendido mucho de los griegos y romanos con los que convivía ahí, y de la cultura de la ciudad, que rivalizaba en erudición con Atenas y Alejandría.

La carrera elegida por Saulo fue el estudio del derecho; como todos los estudiantes judíos, también aprendió un oficio. Tarso era famoso por sus trabajos en cuero y Saulo se convirtió en fabricante de tiendas o trabajador en productos de cuero.

⁴Batchelor, M. (2000, c1993). *Abramos la Biblia* (electronic ed.). Miami: Sociedades Biblicas Unidas.

⁵Batchelor, M. (2000, c1993). *Abramos la Biblia* (electronic ed.). Miami: Sociedades Biblicas Unidas.

Fue a Jerusalén a estudiar con Gamaliel, un gran rabino cuyo abuelo, Hillel, había sido un maestro extraordinario. Saulo era fariseo, extremadamente escrupuloso con respecto a la ley judía. También era ciudadano romano y se le conoce habitualmente por su nombre no judío de Pablo.

En alguna época después de su conversión, según cuenta él mismo, pasó un largo periodo en Arabia. Tal vez necesitaba la quietud y soledad del desierto a fin de meditar sobre las consecuencias de haber abrazado una nueva fe.

Es tremenda la contribución de Pablo a la iglesia cristiana. Fue el principal apóstol a los gentiles, o no judíos, y viajó muchos cientos de kilómetros, siempre llegando por primera vez con su prédica. A menudo fue encarcelado, golpeado y maltratado por su fe, además de las penurias habituales de los viajes en aquel tiempo.

Las cartas escritas por Pablo a las jóvenes iglesias ofrecían el marco teológico de la nueva fe.

11

CARTAS DE PABLO

Romanos a Filemón

Dondequiera que iba, Pablo predicaba el evangelio; como resultado, en muchas ciudades del imperio romano brotaban pequeños grupos de nuevos cristianos, formando iglesias locales. A veces Pablo designaba a sus autoridades.

Con frecuencia, Pablo tenía que seguir viaje dejando atrás a una iglesia joven con escasa experiencia o información sobre su fe recién descubierta. A veces, después del paso de Pablo, llegaban otros maestros y transmitían toda clase de ideas erróneas. Si le era imposible a Pablo hacer una visita personal y aclarar las cosas, escribía cartas a las iglesias, explicándoles la sana doctrina cuando estaban perplejos o confundidos y contestando las preguntas que se hacían.

Pablo era una persona muy ocupada y estaba constantemente en movimiento, pero cuando lo encarcelaban a causa de su prédica tenía mucho tiempo para escribir. Generalmente lo acompañaba un ayudante que hacía de escriba y escribía las cartas que Pablo dictaba.

Escritura de cartas al estilo griego

Las cartas de Pablo siguen el modelo habitual en su tiempo. John Drane lo describe de la manera siguiente:

1. La carta comienza con el nombre del remitente, seguido por el de la persona a la cual se escribe.
2. Luego viene un saludo, a veces en una sola palabra. Pablo suele combinar el hebreo *shalom* o «paz» con el saludo cristiano de «gracia».
3. En seguida se da gracias por la buena salud del destinatario. Pablo a menudo agradece a Dios que sus amigos estuvieran floreciendo en la vida cristiana.
4. Sigue el cuerpo principal de la carta. Pablo con frecuencia dedicaba la primera parte a la doctrina y la segunda parte a la consecuencia práctica de dicha enseñanza para la vida cristiana.
5. Se daban noticias y saludos personales. Pablo enviaba mensajes a personas individuales, hombres y mujeres de la iglesia.
6. En este punto, Pablo solía agregar una pequeña nota de su propio puño y letra, como prueba de autoría. El resto lo escribía un escriba o secretario.
7. La nota de despedida era habitualmente una sola palabra, que Pablo a menudo desarrollaba en una más completa bendición y en una oración para sus lectores.

Las cartas que escribió eran atesoradas por los cristianos que las recibían; probablemente circulaban también entre las iglesias vecinas. Andando el tiempo, algunas llegaron a ser reconocidas como escritos inspirados. Fueron aceptadas como la propia Palabras de Dios para los cristianos. Estas son las trece cartas que tenemos en el Nuevo Testamento.

Al leerlas tenemos que hacer cierto trabajo detectivesco. Es como oír una sola parte de la conversación. A veces parece que Pablo contestara preguntas de sus lectores. También da su opinión sobre situaciones que no están totalmente explicadas. Tenemos que recoger las pistas y armar el rompecabezas lo mejor que podamos. Pese a estos obstáculos, lo que Pablo tiene que decir sobre el evangelio y la vida cristiana es claro y rotundo.

El esquema usual consiste en comenzar su carta con una exposición teórica —enseñanzas sobre la fe cristiana— y continuar en la segunda parte de la carta con indicaciones prácticas acerca de la forma de aplicar este «conocimiento de la cabeza» en la vida cristiana cotidiana.

En algunas de estas cartas —a los colosenses, a Filemón, a los efesios, a los filipenses—, Pablo se refiere a sí mismo como prisionero. Se supone que Pablo escribió estas cartas desde Roma, donde estuvo en prisión de 60 a 62 d.C. Es posible que hubiera estado encarcelado antes en Éfeso; la tabla que presentamos supone que escribió a los filipenses en ese tiempo. Este capítulo sigue el orden cronológico de la tabla (el orden del Nuevo Testamento es diferente).

Probables fechas y lugares de las cartas de Pablo

Carta	Año	Desde
GRUPO 1		
Gálatas	48	Antioquía de Siria
1 Tesalonicenses	50	Corinto
2 Tesalonicenses	50	Corinto
GRUPO 2		
1 Corintios	54	Éfeso
Filipenses	54	¿Éfeso?
2 Corintios 10-13	55	Éfeso
2 Corintios 1-9	55-56	Macedonia
Romanos	57	Corinto
GRUPO 3		
Colosenses	60-61?	Roma
Filemón	60-61?	Roma
Efesios	60-61?	Roma
GRUPO 4		
Tito	Después de 62	Éfeso
1 Timoteo	Después de 62	Macedonia
2 Timoteo	64?	Roma

A los gálatas

GÁLATAS

PUNTOS PRINCIPALES

Autoridad de Pablo como apóstol [1-2](#)

La Ley condena; la fe salva [3-4](#)

Libertad y responsabilidad [5-6](#)

Los lectores. Galacia probablemente corresponde al norte de Turquía. En este caso Pablo escribe a las iglesias que fundó en Antioquía de Pisidia, Iconio y Derbe, durante su primer viaje misionero.

Objetivo de la carta. Pablo estaba muy preocupado porque unos visitantes le habían dicho a la iglesia gálata que él no era un verdadero apóstol y, peor todavía, habían dado una versión diferente del evangelio. Pablo escribe para aclarar el asunto.

Tenemos aquí una carta escrita a toda velocidad y con sumo acaloramiento. Pablo está desesperadamente inquieto respecto a los nuevos cristianos en Galacia. Teme que los hayan descarriado las ideas erróneas que les han puesto en la cabeza los predicadores visitantes. Les dice con franqueza: *¡Gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó...? (Gl 3.1)*

Pablo les había explicado con toda claridad el evangelio, y en la carta les repite lo medular: *El hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo. (Gl 2.16)*

Estos maestros obstinados en el error habían dicho a los gálatas que, además de depositar su confianza en Jesús, debían observar la Ley, como lo requería la alianza judía. Como signo de su sujeción, era preciso circuncidarse. Sin embargo, nadie excepto Jesús había pasado toda la vida sin infringir la ley mosaica. Pablo repite que Dios acepta a una persona que pone su fe —su confianza— en Jesús. Eso es lo único que necesita:

Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición... por la Ley nadie se justifica ante Dios... Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros. (Gl 3.10-13)

Pablo también les dice a estos cristianos gentiles que, mediante la fe, ellos son ahora tan hijos de Abraham como lo eran los judíos. En otras palabras, ahora son parte del pueblo de la alianza divina (Gálatas 3). La lucha incesante por observar la Ley no solo es innecesaria sino que sofoca la libertad de que debieran disfrutar los cristianos:

Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. (Gl 5.1)

Los cristianos han de llevar un nuevo tipo de vida que complazca a Dios, pero no por sus propios esfuerzos. Así como ahora recibían nueva vida en Jesús mediante el poder del Espíritu Santo, así el Espíritu les ayudaría a producir las cualidades de «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza».

1 y 2 Tesalonicenses

1 TESALONICENSES

PUNTOS PRINCIPALES

Ministerio de Pablo en Tesalónica; noticias de Timoteo [1-3](#)

Normas sexuales y amor [4](#)

Segunda venida de Jesús [4-5](#)

2 TESALONICENSES

PUNTOS PRINCIPALES

El juicio cuando regrese Jesús [1](#)

El maligno [2](#)

La necesidad de trabajar [3](#)

Lectores. Estas cartas fueron escritas para los cristianos de Tesalónica, ciudad capital de la provincia romana de Macedonia (norte de Grecia). Pablo predicó y fundó ahí una iglesia en su segunda expedición misionera (véase Hechos 17).

Objetivo de la carta. Los tesalonicenses estaban confundidos acerca de la segunda venida de Jesús. Pablo quería aclarar malos entendidos y enseñar un poco más sobre el tema.

Pablo a menudo tenía que recordar a los nuevos cristianos que, pese a la relajada actitud hacia el sexo que predominaba en el ambiente que los rodeaba, debían llevar una vida pura. El sexo promiscuo no es parte del plan de Dios:

La voluntad de Dios es vuestra santificación: que os apartéis de fornicación... Dios no nos ha llamado a inmundicia. (1Ts 4.3,7)

Pablo escribe sobre la especial preocupación que tenían los tesalonicenses en relación con el regreso de Jesús. Entendían que Jesús vendría para llevar a su pueblo con él, pero se inquietaban sobre la suerte de los cristianos que ya habían muerto. ¿Qué les ocurriría? Pablo les asegura que todos los cristianos se unirán a Cristo en ese día. De hecho, los que han muerto tendrán prioridad:

Los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. (1 Ts 4.16-18)

La forma de estar preparado para ese día es vivir obedeciendo los mandamientos de Dios, y tener gratitud.

Algunos arguyen que Pablo no escribió la segunda carta a los tesalonicenses, porque lo que dice sobre la segunda venida de Jesús no coincide con la primera carta. Allí había escrito que Jesús podía venir en cualquier momento; aquí explica que primero han de suceder otros acontecimientos.

Pablo da ánimo a los tesalonicenses por la manera como su fe ha crecido a pesar de la persecución que han padecido. Les dice que cuando Jesús venga de nuevo ellos serán reivindicados y se hará verdadera justicia.

Al parecer había llegado una carta falsa, supuestamente de Pablo y con información equivocada. De esta carta los tesalonicenses entendieron que Jesús ya había regresado. Pablo les previene que no deben dejarse engañar. Antes de la venida de Jesús habrá una irrupción final del mal, dirigida por alguien que Pablo llama «el maligno».

Algunos de los tesalonicenses habían optado por vivir en la ociosidad y sin trabajar para ganar su sustento. A estos Pablo les dice con toda claridad:

A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo que, trabajando sosegadamente, coman su propio pan. (2 Ts 3.12)

Pablo firma esta carta de su puño y letra, para que pudieran saber que es auténtica.

La segunda venida de Jesús

Pablo usa la palabra *parousia* para la segunda venida de Jesús. Este vocablo significa «presencia» y se empleaba para aludir a una visita real. Los primeros cristianos esperaban que la segunda venida de Jesús sucedería muy pronto. Sería la culminación del Día del Señor del que hablan los profetas, y que comenzara con la primera venida de Jesús.

1 y 2 Corintios

1 CORINTIOS

PUNTOS PRINCIPALES

Divisiones en la iglesia [1](#), [3](#)

Cristo crucificado, núcleo del mensaje cristiano [1-2](#)

Disciplina en la iglesia [5-6](#)

Preguntas acerca del matrimonio [7](#)

Sobre carne ofrecida a los ídolos [8](#)

La cena del Señor [11](#)

Dones del Espíritu Santo 12, 14

El camino del amor 13

La resurrección 15

2 CORINTIOS

PUNTOS PRINCIPALES

Dios consuela en la adversidad; experiencia personal de Pablo 1

La Ley y la nueva alianza 3

Nueva vida en Cristo, ahora y después de la muerte 5

Caridad cristiana 8-9

Pablo y los falsos apóstoles; la gracia de Dios en el sufrimiento 11-12

Se presentan problemas para comprender cómo ubicar, tal cual las tenemos en nuestro Nuevo Testamento, estas dos cartas de Pablo en un esquema coherente. Un orden posible es el siguiente:

Mientras estaba en Éfeso, Pablo recibió perturbadoras noticias de Corinto y escribió una carta, particularmente sobre la inmoralidad. Se refiere a esta carta en 1 Corintios 5.9.

Cuando miembros de la casa de Cloé le llevaron noticias de divisiones en la iglesia en Corinto (véase 1 Corintios 1.11), Pablo escribió nuevamente. Esta segunda carta es nuestra 1 Corintios, en la cual también da respuesta a preguntas que los corintios le plantearan (véase 1 Corintios 7.1).

Pablo entonces hizo una corta y penosa visita a Corinto (véase 2 Corintios 2.1; 12.14; 13.1). Luego de la visita escribió otra carta, que puede ser parte de 2 Corintios, capítulos 10 al 13.

Después de esto, Pablo escuchó con alivio y agrado, de boca de Tito, que los corintios se habían arrepentido (véase 2 Corintios 7.6-7). Fue entonces que escribió su cuarta carta, que tenemos en 2 Corintios 1-9.

Lectores. Estas cartas fueron escritas a los cristianos de Corinto —importante puerto marítimo en el sur de Grecia— donde Pablo fundó una iglesia en su segundo viaje misionero (véase Hechos 18).

Objetivos de la carta. Eran varias las razones que tenía Pablo para escribir a los corintios. Tenía que poner orden en la vida de la iglesia y también en las vidas privadas. Además deseaba contestar las preguntas que le habían disparado. Sobre todo, quería restaurar su relación personal con los corintios. Forasteros que pasaron de visita por Corinto habían hablado mal de él. Pablo estaba ansioso por dejar las cosas claras.

La iglesia de Corinto era muy activa, llena de dones y entusiasmo, pero también llena de problemas.

Pablo había oído que la iglesia estaba dividida en camarillas, cada una en pos de un líder. Les pone en claro la importancia de la unidad y les recuerda el hecho central de su fe: ¡Jesús fue crucificado por ellos! Esto pone fin a toda disputa ociosa y a todo engreimiento.

Pablo se escandaliza al oír que un miembro de la iglesia ha estado cometiendo adulterio con su madrastra. Les recuerda que todo mal comportamiento sexual es reprochable:

¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que no sois vuestros?, pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios. (1 Co 6.19-20)

Preguntas y respuestas

Pablo responde las preguntas que le hacen:

«¿Es bueno el celibato?» Pablo confirma que la relación sexual es buena y correcta entre marido y mujer. Señala que los que no están casados harían bien en permanecer célibes como él. Les recuerda

que «el tiempo es corto»: la venida de Jesús está próxima y en consecuencia los cristianos deben estar lo más libres posible para servir a Dios, sin otras distracciones.

«¿**Debiéramos o no comer carne sacrificada a los ídolos?**» Era costumbre que la carne sacrificada se ofreciera en un templo pagano antes de venderla en el mercado. ¿Era por eso inapropiado que los cristianos la comieran? Pablo dice que, puesto que los dioses representados por ídolos no existen, esas ceremonias no tienen significado alguno.

Pero él sabe que no todos son capaces de mantener una postura tan firme, y ruega a los corintios que tengan sensibilidad para no herir los sentimientos de los demás. Si tu comida escandaliza la conciencia de otro cristiano, no comas esa carne. El bien de los demás está antes que la preferencia personal.

El don del amor

Pablo tiene bastante que decir sobre ciertos dones cristianos más ostentosos de que tanto hacían gala los corintios. Al parecer, estaban tan impacientes por hacer uso de sus dones que las reuniones de iglesia terminaban en alboroto. El culto cristiano debía ser ordenado, les dice el apóstol. Recomienda el amor como el don que mejor expresa la fe cristiana en acción. Uno de los pasajes más famosos de la Biblia es el capítulo 13 de esta carta:

Si yo hablara lenguas humanas y angélicas,

y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe...

El amor es sufrido, es benigno;

el amor no tiene envidia;

el amor no es jactancioso, no se envanece...

El amor nunca deja de ser...

Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor,

estos tres; pero el mayor de ellos es el amor. (1 Co 13.1,4, 8, 13)

La espina en la carne de Pablo

En 2 Corintios, Pablo habla misteriosamente del «aguijón en mi carne». Se refiere claramente a un problema que lo afectó mucho. Hay diferentes opiniones sobre la causa del problema. Para algunos, se trata de una enfermedad de la vista, o de malaria recurrente. Cualquiera que sea la aflicción, deprimía a Pablo, y cuenta a los corintios que suplicó tres veces a Dios para que le quitara ese mal. Con todo, Dios le respondió:

«Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad. (2 Co 12.9)

Pablo aceptó de grado su debilidad, pues era una manera de demostrar el poder de Dios.

La resurrección

Finalmente Pablo se ocupa de la resurrección. Algunos corintios habían estado diciendo que no había resurrección alguna para los cristianos después de la muerte. Pablo argumentaba calurosamente que Jesús resucitó y que, por lo tanto, todos los que estaban unidos a él también resucitarían para una vida nueva. La resurrección de Jesús es el fundamento de toda la fe:

Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: aún estáis en vuestros pecados. (1 Co 15.17)

Explica que el cuerpo terrenal se transformará en un cuerpo espiritual, y anticipa la futura venida de Jesús, cuando todos los cristianos cambiarán «en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta». La muerte será entonces sorbida en victoria.

Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. (1 Co 15.57)

Pablo escribe su segunda carta a los corintios con gran sentimiento. En ella percibimos un fuerte sentido de las penas y dificultades que ha tenido que soportar en su misión apostólica:

Estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. (2 Co 4.8-9)

Nos aporta un fascinante atisbo de los aspectos ingratos de sus expediciones misioneras: *en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos. (2 Co 6.5)*

Y más aún:

Cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he sido náufrago en alta mar; en caminos, muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez. Y además de otras cosas, lo que sobre mí se añade cada día: la preocupación por todas las iglesias. (2 Co 11.24-28)

Pablo se preocupaba intensamente por las iglesias que había fundado. En Corinto, al igual que en otras partes, habían llegado falsos maestros que perturbaban el trabajo de Pablo y sembraban dudas acerca de su apostolado. Por mucho que le disgustara, Pablo tuvo que defenderse y reivindicar su afirmación de ser un verdadero apóstol enviado a ellos por Dios y comprometido en un ministerio de reconciliación.

Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas. (2 Co 5.17)

Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo. (2 Co B.XSU||)

Los Juegos

En sus cartas Pablo se refiere a menudo a los deportes nacionales, introducidos por los griegos, como un ejemplo para la vida cristiana. Se compara con un atleta que está compitiendo en la carrera de la vida cristiana; exhorta a los cristianos a entrenarse y a poner empeño por ganar.

Los juegos antiguos más conocidos eran las Olimpíadas, pero también había otros en el istmo de Corinto — los Juegos ístmicos—, Delfos y Argos. Los competidores tenían que seguir estrictamente las reglas y adiestrarse ardua y largamente para los torneos, que incluían carreras de pie y de carros, juegos de aros, boxeo, lucha libre y lanzamiento de jabalina. Grandes multitudes los presenciaban, y aunque el premio no era más que una corona de pino, laurel u olivo, el honor de ganar era tremendo.

Pablo también escribe acerca de las ofrendas de los corintios. Él había comenzado una colecta especial para los cristianos pobres de Jerusalén. Creía que los cristianos gentiles les debían mucho a sus hermanos y hermanas judíos y consideraba esta contribución como una forma de pagar la deuda. También era una prueba de la auténtica obediencia de los gentiles al evangelio y demostraba prácticamente en qué consistía la unidad de judíos y gentiles en Cristo. Pablo pasó algún tiempo organizando la colecta en las diferentes iglesias. Pareciera que los corintios habían comenzado bien, pero luego su generosidad había menguado. Pablo les escribe ardientemente acerca de la alegría y bendición que es el ofrendar a Dios con generosidad. Si necesitaban un incentivo para hacerlo, les recuerda que:

Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos. (2 Co 8.9)

Todo otro donativo palidece en comparación, lo que hace que Pablo exclame:

¡Gracias a Dios por su don inefable! (2 Co 9.15)

Filipenses

FILIPENSES

PUNTOS PRINCIPALES

El amor de Pablo por los filipenses 1

El ejemplo de humilde entrega de Jesús, actitud para imitar 2

Ganancias y pérdidas 3

Competir en la carrera cristiana 3

¡Alegraos! 4

Un agradecimiento personal 4

Lectores. Pablo escribe esta carta a los cristianos en Filipos —norte de Grecia—, lugar donde había predicado y fundado una iglesia durante su segundo viaje misionero (véase Hechos 16).

Objetivos de la carta. Pablo quería agradecerles a los filipenses su donativo en dinero y rogarles que pusieran fin a los conflictos en su iglesia.

Pareciera que los cristianos de Filipos ocuparan un lugar especial en el corazón de Pablo. Les escribe con mucho afecto: «Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros».

Les está especialmente agradecido por la forma en que lo han ayudado a mantenerse, enviándole ofrendas una y otra vez. Ahora les escribe para agradecerles otro obsequio que le ha traído Epafrodito. Este era un cristiano de Filipos que le había sido de gran ayuda a Pablo durante el tiempo en prisión. Epafrodito había estado gravemente enfermo y Pablo anhelaba tranquilizar a los filipenses, pues su coteráneo estaba mejor y se lo enviaba de vuelta —junto con la carta— sano y salvo.

Aunque Pablo está prisionero, esperando saber si será sentenciado a muerte o dejado en libertad, no se desvela por sus asuntos personales. Mucho más se preocupa por los filipenses y por la necesidad que tienen de estar en armonía. El tono de esta carta es de regocijo. Tiene palabras maravillosas para hablar del ejemplo que dejó Jesús, posiblemente tomadas de un antiguo himno:

*Él, siendo en forma de Dios,
no estimó el ser igual a Dios
como cosa a que aferrarse,
sino que se despojó a sí mismo,
tomó la forma de siervo
y se hizo semejante a los hombres.
Mas aún, hallándose en la condición de hombre,
se humilló a sí mismo,
haciéndose obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz. (Flp 2.6-8)*

Pablo deseaba que todos los filipenses fueran «unánimes, sintiendo una misma cosa». En un conmovedor llamado ruega a dos mujeres en la iglesia, que obviamente han estado discutiendo, que hagan las paces: «Ruego a Evodia y a Síntique que sean de un mismo sentir en el Señor.»

Pablo comparte su receta para una vida cristiana tranquila y saludable:

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros. (Flp 4.8-9)

Romanos

ROMANOS

PUNTOS PRINCIPALES

El mundo entero fracasa en alcanzar las pautas de Dios 1-3

Salvación por la fe 3-7

La ayuda del Espíritu de Dios: sufrimiento presente, gloria futura 8

El Dios soberano y la nación judía 9-11

Vidas transformadas: conducta cristiana 12-15

Lectores. Pablo le escribió a la iglesia de Roma, capital del imperio, a la cual aún no había visitado. Conocía a un buen número de cristianos que vivían allí, y esperaba encontrarse con ellos dentro de poco tiempo.

Objetivos. Pablo escribió en preparación para la visita que esperaba hacerles. En la epístola presenta de manera clara y lógica el mensaje evangélico que ha predicado. También da consejos prácticos sobre la vida cristiana.

Esta carta tiene mucho en común con la dirigida a los gálatas, aunque esta última fue escrita en un momento de exaltación mientras que Romanos fue compuesta con tranquilidad. Es el producto del razonamiento y meditación de Pablo acerca del mensaje evangélico que había predicado durante años.

Un problema desesperante, y la solución de Dios

Pablo comienza con el hecho de que nadie es digno de relacionarse con Dios. Muestra que personas de todo tipo —paganos, moralistas, judíos que tenían la Ley— no pudieron satisfacer las normas divinas: *No hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. (Ro 3.22-23)*

Habiendo pintado el cuadro más negro posible, Pablo esboza la asombrosa solución al problema.

Una vez más, personas de toda condición tienen la misma oportunidad:

Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado... la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. (Ro 3.21-22)

Pablo insiste en que no hay nada que puedan hacer los hombres y las mujeres por sí mismos para estar en paz con Dios. Dios ya lo ha hecho todo:

Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros... fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo. (Ro 5.8-10)

Pablo usa la palabra «gracia» para describir la manera en que Dios alcanza a hombres y mujeres. La gracia es el don del amor de Dios, que se da gratuitamente a quienes no lo merecen. Cuando alguien responde a la gracia de Dios con fe, tendrá paz y alegría:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. (Ro 5.1)

Apoyándose en estos conceptos algunos habían argumentado que no importa cómo se comporta un cristiano, ya que el pecado le da a Dios la oportunidad de otorgar más gracia. Pablo dice que nada podría estar más lejos de la verdad. Una vez que una persona ha sido justificada con Dios por la fe, muere su vieja naturaleza. Pablo usa el bautismo cristiano como figura del cambio de estilo de vida antes y después de convertirse en cristiano. Así como Jesús murió, el agua bautismal es el símbolo de la muerte del cristiano respecto de su antiguo modo de vivir. Jesús emergió de la muerte; igualmente el cristiano surge para vivir con un nuevo estilo de vida, que será agradable a Dios.

La nación judía

Los capítulos 9 a 11 tratan la situación del pueblo judío. Son capítulos importantes porque prueban que el Dios que promete la salvación para todos en los capítulos 1 a 8 es digno de credibilidad, ya que cumplió sus promesas a Israel. No los abandonó; Cristo y sus creyentes son el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento.

Pablo recuerda a sus lectores gentiles que no deben creerse superiores. Es verdad que han pasado a ser parte de la iglesia de Dios, como un olivo silvestre que ha sido injertado en el verdadero tronco de

la nación judía. Si bien pareciera que Dios ha rechazado su propio pueblo, los judíos, él aún tiene planes para su salvación. Pablo está asombrado ante la gran misericordia de Dios hacia todos:

*¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría
y del conocimiento de Dios!*

*¡Cuán insondables son sus juicios
e inescrutables sus caminos!...*

porque de él, por él y para él son todas las cosas.

A él sea la gloria por los siglos. Amén. (Ro 11.33,36)

Pablo ocupa el resto de la carta para hablar del nuevo estilo de vida que deben llevar los cristianos. La esencia radica en la entrega total de uno mismo a Dios:

Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. (Ro 12.1)

Los efectos de esta entrega se filtrarán a todos los aspectos de la vida. En la iglesia, cada cristiano deberá usar las habilidades que le ha dado Dios, para ayudar a los demás. Pablo describe a la iglesia como un cuerpo en que cada cual cumple una función vital para su buena marcha.

Los cristianos también deben ser buenos ciudadanos. «Sométase toda persona a las autoridades superiores» y pagar sus impuestos —y mostrar respeto— a los gobernantes.

Tanto en Roma como en Corinto se daba un conflicto de culturas en el seno de la comunidad cristiana. Los cristianos judíos no querían comprar carne de animales que habían sido ofrecidos en sacrificio en los templos paganos. Los cristianos gentiles no tenían los mismos escrúpulos. En esta carta Pablo señala la importancia de no juzgar a los demás solo porque sus conciencias reaccionan de manera diferente. Aquellos que se sienten fuertes y robustos deben tener una actitud de consideración hacia los que son escrupulosos, y evitar infligirles la menor ofensa. Pablo les ruega que sigan el ejemplo de Jesús, que no buscaba complacerse a sí mismo. Así habrá unidad:

Dios de la paciencia y de la consolación os dé ... un mismo sentir... para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. (Ro 15.5-6)

El último capítulo de Romanos está dedicado a los saludos que Pablo envía a todos sus amigos que viven en Roma, la capital del imperio. «Saludad a María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros... Saludad a Apeles, aprobado en Cristo». Se trata de una descripción fascinante que provoca curiosidad acerca de la iglesia en los tiempos de Pablo, notable por el número de mujeres que congregaba.

Y al que puede fortaleceros... al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre.

Amén. (Ro 16.25-27)

Colosenses

COLOSENSES

PUNTOS PRINCIPALES

La supremacía de Cristo [1](#)

Libertad en Cristo [2](#)

La vida vieja y la nueva [3](#)

Relaciones correctas [3-4](#)

Lectores. Colosas era un pueblo situado en el fértil valle del río Lico, cerca de Laodicea, en la parte occidental de la actual Turquía. Pablo no había visitado la iglesia allí, aunque no estaba lejos de Éfeso, donde había pasado tres años.

Objetivos. Pablo escribe para corregir algunas ideas muy extrañas que los colosenses habían adquirido acerca de Jesús. No creían que Jesús fuera único en su papel de Hijo de Dios. Pensaban que solo se

trataba de una entre varias manifestaciones de Dios. Para alcanzar la salvación total era necesario rendir culto a algún otro de esos seres poderosos.

Pablo también necesitaba corregirlos, pues decían que la salvación dependía de estar circuncidado y de observar reglas muy estrictas.

Jesús —que es Hijo de Dios— está en el corazón de esta carta. Pablo deja absolutamente en claro que Jesús es único. Él hizo los mundos y a través de su muerte puso al universo entero en paz con Dios, haciendo posible que hombres y mujeres tuvieran amistad con Dios:

*Cristo es la imagen del Dios invisible,
el primogénito de toda creación,
porque en él fueron creadas todas las cosas...
todo fue creado por medio de él y para él.
Y él es antes que todas las cosas,
y todas las cosas en él subsisten...
porque al Padre agradó que en él
habitara toda la plenitud,
y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas,
así las que están en la tierra
como las que están en los cielos...
haciendo la paz mediante la sangre de su cruz...
ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne,
por medio de la muerte, para presentaros santos y sin
mancha e irreprochables delante de él. (Col 1.15-22)*

Pablo advierte a los colosenses del peligro de convertirse en esclavos de mandamientos hechos por hombres. El único tipo de circuncisión que necesitan los cristianos es la que él llama la «circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa».

También han sido liberados por Cristo de esos paralizantes «haz esto y no hagas aquello» que hacen la vida insoportable. Han entrado a una nueva vida con Jesús. Ahora deben desprenderse, como si fueran ropas viejas, de los viejos hábitos: inmoralidad sexual, concupiscencia, avaricia, mentira. Entonces podrán vestirse con las vestimentas limpias de bondad, humildad, delicadeza, tolerancia y amor.

Pablo da pautas para las relaciones personales y el comportamiento que deben tener los esposos entre sí, los hijos con los padres, los amos con sus esclavos.

Uno de los mensajeros que llevó esta carta fue Onésimo, quien había sido un esclavo fugado y cuyo amo, Filemón, era probablemente un miembro de la iglesia de Colosas (ver más adelante).

Gnosticismo

Nadie sabe exactamente cuando apareció la filosofía gnóstica, pero sin duda estaba floreciente en los siglos II y III d.C. Era una mezcla de astrología, reencarnación y ciencia griega. El nombre proviene de la palabra griega *gnosis*, o conocimiento. Gnosis no era saber intelectual, sino un conocimiento místico o iluminación necesaria para alcanzar debidamente el otro mundo.

Los gnósticos creían en dos mundos; el espiritual, donde existía Dios, y el material, que era maligno. Dios no tenía relación alguna con el mundo material —nuestro mundo—, de manera que los seres humanos debían tratar de escapar hacia el mundo espiritual. Algunos recibían una chispa de divinidad, a la que debían añadir conocimientos secretos para poder reunirse con Dios al morir. Sin la chispa y la iluminación, volverían a reencarnarse.

El gnosticismo conducía a dos caminos de vida diferentes. Algunos gnósticos se convertían en ascetas rigurosos, y se apartaban de todo placer; creían que las cosas materiales eran negativas y había que evitarlas. Otros, en cambio, considerando que la salvación no depende en absoluto de la conducta, decidían tener derecho a hacer lo que les viniera en gana. Ambos puntos de vista contradicen las creencias y el comportamiento cristianos. El ascetismo contradice la aceptación cristiana de que todas las cosas son buenas y que hay que disfrutar de ellas, pues proceden de Dios. Por otro lado, vivir una vida de hedonismo y exceso niega el principio cristiano de que la vida ha de ser vivida para agradar a Dios y obedecer sus preceptos morales.

Las cartas a los corintios y a los colosenses, la primera carta de Juan y Apocalipsis parecen sugerir que las herejías de tipo gnóstico estaban afectando a estas iglesias.

Filemón

Esta carta fue escrita a un individuo cristiano —un amigo de Pablo llamado Filemón— acerca de un asunto muy personal. Filemón era un cristiano adinerado (la iglesia se reunía en su casa, por lo que debe de haber sido espaciosa) y poseía esclavos. Uno de estos, Onésimo, se había escapado y mientras estaba fugitivo de alguna manera tuvo contacto con Pablo, que estaba en la cárcel a causa de su predicación. Como resultado de ese encuentro, Onésimo se hizo cristiano.

Pablo sabía que su deber como ciudadano y como cristiano era enviar a Onésimo de vuelta a su amo. Albergar a un esclavo fugitivo era una falta grave; pero Pablo hace lo más que puede por Onésimo y le da esta carta para que se la lleve a su amo. En ella le dice a Filemón que considera a Onésimo como un hijo espiritual «a quien engendré en mis prisiones». El nombre de Onésimo significa «útil»; Pablo comenta lo útil que Onésimo le ha sido en la prisión y el pesar que le causa apartarse de él. «Te lo envío de nuevo», escribe. «Tú, pues, recíbelo como a mí mismo». Pablo le ruega a Filemón que reciba bien a Onésimo, no como a un esclavo en falta, sino como un hermano en Cristo. Pablo le promete devolverle el dinero que Onésimo pudiera haberle robado.

El Nuevo Testamento nunca habla en contra de la esclavitud, la estructura sobre la cual se sostenía entonces la civilización. En esta carta captamos un atisbo de la comprensión que más tarde guió a los reformadores cristianos a hacer campaña por la abolición de la esclavitud. No conocemos el final de la historia de Onésimo. Quizás Filemón lo perdonó y liberó y lo mandó de vuelta a Pablo. Por el hecho de haberse conservado la carta, podemos pensar que así fue. Ignacio, uno de los primeros padres de la iglesia, menciona a un hombre llamado Onésimo, que era una autoridad en la iglesia de Éfeso. ¿Se tratará de nuestro esclavo fugado?

Pablo finaliza su carta con una nota jovial. Le pide a Filemón que prepare su cuarto de huéspedes para él, ya que tiene grandes esperanzas de salir pronto de la prisión y visitar nuevamente a su viejo amigo.

Efesios

EFESIOS

PUNTOS PRINCIPALES

Los misterios de Dios; Pablo explica el plan de Dios [1-2](#)

Judíos y gentiles, unidos en Cristo [2-3](#)

La iglesia, un cuerpo con Cristo como cabeza [4](#)

Buenas relaciones en la familia y en el trabajo [5-6](#)

La armadura que proporciona Dios [6](#)

Lectores. Puede ser que la intención de esta carta fuera la de circular por varias iglesias. No hay en ella mensajes personales; además, no todos los antiguos manuscritos mencionan Éfeso como el lugar de destino.

Objetivos. Es una carta que comparte secretos: los grandes secretos que Dios ha planificado para Jesús, para su pueblo y para el universo entero. Los propósitos de Dios para quienes le pertenecen son tan maravillosos que las personas deben llevar una vida buena acorde.

Pablo muestra entusiasmo al compartir con los efesios algunos de los secretos planes divinos, escondidos durante siglos hasta la venida de Jesús y de su iglesia.

El centro del plan de Dios es Jesús. Todo lo demás, en el universo entero, tiene su centro en él. Dios va a «reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra».

Los lectores de Pablo deben de haberse estremecido de entusiasmo al leer que ellos también formaban parte de los designios cósmicos de Dios:

Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo...

nos escogió en él antes de la fundación del mundo,

para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. (Ef 1.3-4)

Pablo comparte además otro secreto. Dios ha escogido tanto a los gentiles como a los judíos para formar parte de su familia. La muerte de Jesús en la cruz no solo los reconcilia con Dios, sino que derriba la barrera que existía entre judíos y gentiles, «haciendo la paz».

Pablo desborda de alabanzas y alegría al pensar en las maravillas de la gracia y del amor de Dios. Sus loas y gratitud encuentran rumbo en la oración por los efesios: que ellos puedan llegar a conocer mejor a Dios y experimentar su amor en toda su amplitud, profundidad y altura.

Luego Pablo, tal como siempre lo hace en sus cartas, pasa de la enseñanza, o teoría cristiana, a la práctica de la vida cristiana cotidiana. Ha descrito la unidad que se ha obtenido por la muerte de Jesús; ahora quiere ver esa misma unidad en acción. Quiere que la iglesia, como un cuerpo con muchos miembros, con Jesús a la cabeza, crezca como un todo en el amor. Cada cual debe usar el don o carisma que ha recibido de Dios, para ayudar a construir la vida de la iglesia.

Esto es, Cristo... de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor. (Ef 4.15-16)

Pablo escribe sobre la manera correcta de relacionarse tanto en la familia como en la iglesia. También imparte instrucciones, como lo hizo con los colosenses, para los esposos y esposas, padres e hijos, amos y esclavos.

«Por lo demás», les implora, «fortaleceos en el Señor y en su fuerza poderosa».

Para hacer esto hay que estar adecuadamente armado. Pablo se refiere a las piezas de la armadura de un soldado para ilustrar así la forma en que un cristiano podía defenderse y atacar a su enemigo: no a los seres humanos, sino a «huestes espirituales de maldad en las regiones celestes».

La fe es el escudo, la salvación es el yelmo, la verdad es el cinto y la Palabra de Dios es la espada de todo cristiano.

Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes (Ef 6.13).

Las cartas pastorales: 1 y 2 Timoteo, Tito

1 TIMOTEO

PUNTOS PRINCIPALES

Advertencia contra falsas enseñanzas [1](#), [4](#)

La adoración en la iglesia [2](#)

Elección de líderes y ayudantes de la iglesia [3](#)

Responsabilidades en la iglesia, hacia viudas y líderes 5

Peligros del apego al dinero 6

2 TIMOTEO

PUNTOS PRINCIPALES

Retrato de Timoteo; estímulos y consejos 1-2

Impiedad en «los últimos días» 3

Encargo de Pablo a Timoteo, y la propia situación de Pablo 3-4

Lectores. 1 y 2 Timoteo fueron escritas al joven Timoteo, quien fue en un momento compañero de misiones de Pablo y que ahora tenía la función de líder (anciano) de la iglesia en Éfeso. Tito es otro miembro del equipo de Pablo, ahora a cargo de la iglesia en Creta.

Se ha puesto en duda la autoría de estas cartas. Se señala que son muy diferentes de sus primeras cartas en estilo y temas. Otros opinan que Pablo efectivamente las escribió. Si fuera así, ciertamente son sus últimas cartas.

Objetivos. 1 y 2 Timoteo y Tito se llaman epístolas «pastorales» porque tratan de las necesidades de la iglesia como «rebaño» de Dios. Pablo las escribe para darles directrices a estos dos jóvenes sobre el cuidado o «pastoreo» de las iglesias a su cargo.

Pablo tiene una relación muy cariñosa con Timoteo, como la de un padre con su hijo. Había demostrado la confianza que tenía dándole responsabilidades en Éfeso. Lo anima —ya que pareciera que Timoteo era tímido y tenía poca confianza en sí mismo— y le dice que no se deje mirar en menos por ser joven. Lo ayuda con los problemas que se presentaban en Éfeso.

Después de hablar sobre las falsas enseñanzas que se propagaban en Éfeso, Pablo aconseja a Timoteo acerca de la oración en la iglesia. Después le hace indicaciones para escoger a las autoridades en la iglesia; las exigencias son de alto nivel:

Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; que no sea dado al vino ni amigo de peleas; que no sea codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad... que no sea un neófito... También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera. (1 Ti 3.2-7)

Pablo describe las relaciones dentro de la iglesia como si fueran de familia:

No reprendas al anciano, sino exórtalo como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza. (1 Ti 5.1-2)

Pablo había depositado un gran caudal de afecto y confianza en Timoteo. Termina su carta con el siguiente ruego: «Guarda lo que se te ha encomendado».

La segunda carta a Timoteo es muy personal. Pablo tiene mucho que decir acerca de Timoteo así como de su propia situación.

En la cárcel, esperando una sentencia de muerte muy cercana, Pablo piensa en Timoteo con profunda emoción y desea volver a verlo. Mientras pueda, quiere infundirle fuerza y animarlo. Esboza tres imágenes de la vida cristiana: como soldado, como atleta y como agricultor.

Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. (2 Ti 2.3)

Como buen soldado, Timoteo debe tratar de complacer a su superior y no preocuparse de otras cosas. Como buen atleta, debe competir de acuerdo con el reglamento para la carrera. Como agricultor, Timoteo puede disfrutar de una buena cosecha después de un duro trabajo.

Pablo habla de modo conmovedor acerca del final de su vida que ya se acerca:

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida. (2 Ti 4.7-8)

El apóstol anhela una visita de Timoteo. Cuando venga, habrá de traerle un capote, así como sus pergaminos y libros. ¡En la prisión necesitaba algo cálido para vestir y algo bueno para leer!

TITO

PUNTOS PRINCIPALES

Nombramientos de autoridades en la iglesia **1**

Conducta mala y buena **1**

Vida cristiana **3**

Tito parece haber tenido un arduo trabajo dirigiendo la iglesia de Creta. Pablo menciona a un poeta cretense que se refiere a sus compatriotas como «mentirosos, malas bestias, glotones ociosos».

Pablo repite las mismas instrucciones que diera a Timoteo para el nombramiento de líderes (ancianos y obispos) en la iglesia y recomienda a Tito que se mantenga vigilante respecto de las falsas enseñanzas y necias habladurías. Le indica cómo debe ser el comportamiento en la iglesia y en la comunidad integrada por ancianos y jóvenes, hombres y mujeres. Pablo insiste en la importancia de llevar una vida recta:

La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad, y nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. (Tit 2.11-13)

MATERIALES PARA ESCRIBIR

En tiempos antiguos, aun antes de Abraham, la escritura se imprimía en suaves **tabletas de arcilla** que se endurecían al cocerlas. También podían usarse fragmentos de cerámica. Los egipcios fueron los primeros en usar la pulpa de la caña de **papiro** del río Nilo como material de escribir. La pulpa se prensaba hasta formar largas tiras, y luego se extendía otra capa por encima. Ambas capas se empapaban en cola y agua, y se batían hasta formar una sola hoja. Finalmente la superficie se alisaba con piedra pómez.

La palabra **Biblia** viene del pueblo de Biblos, en la costa mediterránea, que comerciaba en papiro. El nombre de la ciudad pasó a significar un rollo hecho de papiro; de ahí, un libro.

Pero el papiro era difícil de producir y poco duradero; además era difícil escribir en él. Por eso también empezaron a usarse pieles de animales, que eran más fuertes. Las pieles de ternero, antílope, oveja y cabra eran raspadas y estiradas para hacer **pergamino** o vitela. Los pliegos de material para escribir —papiro o pergamino— se unían formando un rollo. Un rollo normal tenía unos 6 metros de largo y 25 centímetros. Estaba enrollado desde cada extremo y se desenrollaba a medida que se usaba. A estos manuscritos los llamamos **rollos**.

Debido a que el pergamino era caro, el mismo rollo solía usarse dos veces. El escriba raspaba la primera capa de escritura antes de empezar una segunda. Los manuscritos con dos textos así dispuestos se llaman **palimpsestos**. La fotografía ultravioleta permite exponer la primera capa de escritura, a menudo de mayor interés.

En el siglo I de nuestra era se encontró una nueva manera para unir hojas en páginas, formando un libro. Se fabricó así el **códice**, que se escribía por ambos lados.

La **tinta** se usaba desde tiempos primitivos, hecha de hollín y goma, que se secaban formando una pastilla. Para su empleo, se humedecía con agua. Como pluma, los egipcios usaban un junco cortado al sesgo y deshilachado formando un pincel. Los primeros hebreos usaban el mismo tipo de pluma, pero los escribas posteriores se servían de una caña con la punta rajada para formar una pluma.

12

CARTAS GENERALES

Hebreos a Judas

Pablo no fue el único dirigente cristiano del primer siglo en escribir cartas a los cristianos. Hay otras ocho cartas en el Nuevo Testamento, algunas escritas por los apóstoles de Jesús.

Hebreos

HEBREOS

PUNTOS PRINCIPALES

La supremacía de Dios [1-4](#)

Jesús, el mejor pacto [8-9](#)

Jesús, el mejor sacrificio [10](#)

Hombres y mujeres de fe [11](#)

Disciplina; exhortación y aliento [12](#)

Vivir para agradar a Dios [13](#)

El autor. Nadie sabe quién escribió la carta, en griego pulido y excelente. Abundan las conjeturas, entre ellas Priscila o Aquila (fabricantes de tiendas y amigos de Pablo), Bernabé (primer compañero de Pablo en su expedición misionera) y Lucas, el autor de un Evangelio y de Hechos. En la versión (inglesa) del rey Jaime de la Biblia, el nombre de Pablo aparece como autor, pero es muy improbable que haya sido él.

Los lectores. La carta parece estar dirigida a un grupo de cristianos judíos —o hebreos— que estaban tentados a volver a su fe judía.

Objetivos de la carta. La carta se propone mostrar que Jesús y todo lo que hizo vale muchísimo más que lo que había antes. La fe del Antiguo Testamento tenía mucho ceremonial y atractivo, pero el camino que Jesús abre a Dios es muy superior. Jesús es un profeta mayor que todos los que lo antecedieron. Ofrece una mejor alianza o pacto con Dios que el de Moisés. Jesús es mejor sumo sacerdote que Aarón o los que le siguieron y ofreció un sacrificio mucho mayor que los sacrificios animales del Antiguo Testamento: el de su propia vida.

Volver al viejo pacto es aferrarse a sombras sin sustancia, en lugar de sujetarse a la firme realidad de Jesús y a todo lo bueno que trajo consigo. Tratar de mantener las prácticas del Antiguo Testamento como igualmente válidas, junto a la fe cristiana, es negar todo lo que Jesús ha hecho.

La grandeza de Cristo

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo. (Heb 1.1-2)

Esta afirmación inicial resume la carta entera. Jesús —más grande y mejor que cualquier otro, humano o celestial— ha venido, y nada será igual en adelante. Él dio a conocer a Dios y abrió un nuevo y libre camino hacia el Padre. El autor reitera una y otra vez que Jesús está en primer lugar. No solo es grande en sí mismo, sino que ha traído una salvación mayor que todo lo conocido hasta entonces. Los cristianos tienen las mejores razones para estar contentos y para aferrarse a su nueva relación con Dios, forjada por Jesús con su muerte.

Jesús es mejor que cualquier criatura angélica; no es uno de los siervos de Dios, como lo son los ángeles:

A quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo. Él, que es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. (Heb 1.2-3)

El autor incluye una pequeña advertencia en esta etapa inicial. Es asunto serio que sus lectores crean que pueden jugar frívolamente con la salvación ofrecida por Jesús. Les recuerda que quienes rechazaban el mensaje de Dios en tiempos del Antiguo Testamento sufrían una severa sanción. Por lo tanto:

¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? (Heb 2.3)

Moisés, el gran legislador y líder del pueblo de Israel, palidece en la insignificancia al lado de Jesús. El autor compara a Moisés, sirviente en la casa de Dios, con Jesús, el Hijo a quien pertenece la casa.

Luego el escenario pasa de Moisés, legislador y líder, a Aarón y los sumos sacerdotes que le siguieron. Los sumos sacerdotes humanos tenían dos desventajas: sus propias fallas y debilidades y el hecho de que morían y su obra acababa allí.

Por cuanto [Jesús] permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. (Heb 7.24-25)

Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. (Heb 7.26-27)

Si bien el sumo sacerdote entraba una vez al año al santuario más privado del templo tras la pesada cortina —el lugar santísimo—, no podía jamás abrir para todos el camino a la presencia de Dios. Pues: *Porque no entró Cristo en el santuario hecho por los hombres, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios. (Heb 9.24)*

Así, el escritor puede decir con confianza:

Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne. (Heb 10.19-20)

Jesús no es solo un mejor sumo sacerdote; también ofreció un sacrificio mejor. Él es a la vez sacerdote y sacrificio. El autor pone énfasis en que «la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados»; pero Jesús pudo ofrecerse a sí mismo como el sacrificio perfecto, porque estaba exento de pecado.

El autor luego compara el antiguo pacto —que Dios hizo con Israel por medio de Moisés en el Monte Sinaí— con la nueva alianza que trae Jesús. Cita las palabras de Jeremías, que esperaba con ansias el día en que Dios haría un pacto nuevo y mejor. Dios dice:

*«Pondré mis leyes en la mente de ellos,
y sobre su corazón las escribiré...*

seré propicio a sus injusticias,

y nunca más me acordaré de sus pecados ni de sus maldades». (Heb 8.10,12)

El nuevo pacto ofrece el perdón de los pecados sobre la base del sacrificio de sí mismo que hace Jesús; y ofrece la capacidad de observar las leyes de Dios con la ayuda del Espíritu Santo.

El autor argumenta que retroceder ahora a los viejos ritos y al antiguo pacto significa despreciar a Jesús y su sacrificio, un pecado gravísimo.

Melquisedec

Melquisedec es un personaje poco conocido del Antiguo Testamento que se menciona en esta carta. Cuando el autor quiere comparar a Jesús con un sacerdote del Antiguo Testamento, elige a Melquisedec como prototipo. Melquisedec aparece brevemente en Génesis como rey de Salem (Jerusalén) y sacerdote de Dios. Trajo pan y vino a Abraham después que este luchara con éxito para liberar a Lot de los reyes vecinos que lo habían apresado. Melquisedec bendijo a Abraham y Abraham le dio una décima parte de sus posesiones. Melquisedec también es mencionado en uno de los salmos ([Salmo 110](#)), donde Dios dice a su ungido: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.»

Los lectores judíos tendrían dificultad en imaginar a Jesús como sacerdote, porque no nació de la familia sacerdotal de Aarón, de la tribu de Leví. El autor de Hebreos, sin embargo, piensa que el sacerdocio de Melquisedec tiene más en común con el de Jesús que con el de Aarón. Encuentra un mensaje significativo en ambas referencias del Antiguo Testamento.

El parentesco, nacimiento y muerte de Melquisedec no se mencionan allí, por lo cual, concluye el autor, era: «Nada se sabe... del principio y fin de su vida». Esto lo hace semejante a Jesús, que «permanece sacerdote para siempre». Como Jesús, Melquisedec era rey y sacerdote. Algunas personas esperaban un Mesías que fuera a la vez rey y sacerdote; Jesús es tanto el rey como el más grandioso y eterno sumo sacerdote.

«Por la fe...»

Tal como los apóstoles y otros predicadores del Nuevo Testamento, el autor hace hincapié, a lo largo de la carta, en que la respuesta que él desea de los lectores es la fe en Dios y sus promesas. Lo único que hombres y mujeres tienen que hacer para alcanzar la salvación es aceptar confiados lo que Dios dispone por medio de Jesús. La carta enseña que la fe ha sido siempre la respuesta que Dios está buscando. Expone una magnífica galería de retratos bíblicos, hombres y mujeres cuya fe en Dios ha brillado a través de su vida cotidiana.

Comienza con el hijo de Adán, Abel, cuya fe hizo aceptable su sacrificio. Se demora en Abraham —el gran padre de su nación— quien, junto con su esposa Sara, confió en Dios tan completamente que, cuando Dios lo llamó, «salió sin saber a dónde iba».

Dedica buen espacio a Moisés:

Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija del faraón, prefiriendo ser maltratado con el pueblo de Dios, antes que gozar de los deleites temporales del pecado... (Heb 11.24-25)

Al acabársele el tiempo para tratar a cada uno en detalle, el autor describe las aventuras de toda una constelación de hombres y mujeres que:

... por fe, conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas... de los cuales el mundo no era digno... aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe. (Heb 11.33-39)

Estos hombres y mujeres constituyen una «nube de testigos» que aguijonea a sus lectores a una fe similar. El autor los exhorta a no flaquear en el camino ni disminuir sus esfuerzos de vida cristiana. Como corredores en una carrera, deben liberarse de todo estorbo y correr con determinación. Es en Jesús —centro de lo que el autor piensa y escribe— en quien han de fijar sus ojos. Jesús fue hasta la muerte en la cruz. Piensen en él —dice el autor— y no se den por vencidos.

Carta de Santiago

SANTIAGO

PUNTOS PRINCIPALES

Perseverancia en las pruebas [1](#)

Religión verdadera: escuchar y hacer lo que Dios dice 1

Una advertencia contra la discriminación 2

Fe y obras 2

Dominar la lengua 3

Amistad con el mundo 4

Admonición a los ricos 5

Paciencia y oración 5

Autor. El autor pudo haber sido Santiago, el hermano de Jesús, que dirigía la iglesia de Jerusalén. Fue escrita probablemente unos 10 a 20 años después de la muerte de Jesús, pues Santiago sufrió martirio en el año 60 d.C.

Lectores. Envía saludos a todo el pueblo de Dios disperso por el mundo entero.

Objetivos de la carta. De manera similar a la literatura sapiencial del Antiguo Testamento, esta carta da consejos para una vida sabia y buena. También reconforta a los cristianos sometidos a juicio, a los explotados y maltratados.

Esta carta es un poco como los Proverbios en el Antiguo Testamento: se ocupa de una amplia gama de asuntos, y frecuentemente vuelve sobre temas ya mencionados. Es difícil seguir una línea continua. También se hace eco de la doctrina de Jesús en el Sermón del Monte. Santiago posee el fuerte sentido de justicia social característico del profeta y hace severísimos comentarios sobre los ricos que oprimen a los pobres. Promete a los pobres y humillados que el día venidero del Señor corregirá esas injusticias.

Santiago posee un estilo pictórico. Presenta un boceto en miniatura de un hombre rico recibido en una sinagoga con grandes reverencias y conducido al mejor asiento; pero cuando entra un pobre, el ujier le ordena secamente que tome asiento a sus pies. Santiago reprocha enérgicamente ese esnobismo.

Compara a aquellos que bendicen a Dios y maldicen a los demás con una fuente que vierte a la vez agua dulce y amarga. ¡Es algo imposible! La lengua es como el timón de un barco o la brida de un caballo, pequeña pero muy poderosa. En otra imagen, asemeja la lengua a un incendio de bosque: una chispa puede causar un daño enorme.

Santiago recalca la importancia de una fe auténtica, una fe que obre. No hay lugar para el conocimiento meramente cerebral de Dios:

Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta. (Stg 2.17)

Abraham es un buen ejemplo: puso su fe en Dios en acción, al confiar tanto en él que estaba dispuesto a ofrecer a su hijo Isaac en sacrificio.

Santiago sabe que muchos de sus lectores pasan por momentos difíciles y los anima:

Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. Nosotros tenemos por bienaventurados a los que sufren: Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin que le dio el Señor, porque el Señor es muy misericordioso y compasivo. (Stg 5.10-11)

La paciencia debe estar unida a la oración. ¡Oren, pase lo que pase!, es su mensaje.

¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia para que oren por él. (Stg 5.13-14)

Cualesquiera que sean la situación o la necesidad, Santiago brinda un consuelo o advertencia a los lectores de su carta.

Fe y «obras» en las cartas de Pablo y Santiago

Algunas personas piensan que existe un choque de opiniones entre Pablo y Santiago. Pablo enseña, especialmente en Gálatas y Romanos, que la gente se salva solo por la fe y no por lo que hace. Santiago parece

decir que las buenas obras son necesarias. Escribe: «Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe».

Ambos citan el ejemplo de Abraham para demostrar su punto de vista. Pablo argumenta que Abraham se reconcilió con Dios porque creyó en la promesa de Dios. Fue a través de la fe que «le fue contada por justicia» ([Romanos 4.22](#)). Santiago, por otra parte, dice de Abraham: «¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?» ([Santiago 2.21](#)).

Pablo y Santiago en verdad no se contradicen. Usan las palabras «fe» y «obras» de manera diferente. Por fe Pablo entiende el compromiso total de la persona con Dios. Abraham fue salvado por su confianza y compromiso total con Dios y su promesa. Santiago toma la fe para significar la aceptación de un hecho como verdadero. Nadie se salva solo por creer en la existencia de Dios.

«Obras», o hechos, para Pablo quieren decir el imposible intento de observar la Ley. Esa pretensión está condenada al fracaso y nunca reconciliará a una persona con Dios. Pero Santiago dice «obras» para significar la fe en acción. Abraham demostró que su fe era auténtica al actuar sobre la base de esa fe y ofrecer a Isaac.

Pablo y Santiago concuerdan en que la clase de fe que Dios busca es una confianza manifestada en la entrega total de uno mismo y demostrada por una obediencia activa.

1 Pedro

1 PEDRO

PUNTOS PRINCIPALES

La esperanza «viva» de salvación [1](#)

El pueblo elegido de Dios [2](#)

Relaciones personales [2-3](#)

Cuando los buenos sufren [3-4](#)

Consejo a los líderes y miembros de la iglesia [5](#)

Autor. Pedro, el apóstol y discípulo íntimo de Jesús, bien puede haber sido el autor de esta carta.

Algunos dicen que el griego es demasiado bueno para ser de un pescador de Galilea, pero el estilo pulido podría ser obra de Silvano —o Silas— que era el escriba de Pedro. Hay pruebas de que la carta es una de las primeras; si Pedro es el autor, debió ser escrita antes de 64-68, fechas probables de la muerte de Pedro en el martirio.

Lectores. Pedro escribe al pueblo elegido de Dios diseminado por las provincias del imperio romano en Asia Menor (Turquía). Los judíos que vivían fuera de Palestina eran conocidos como la dispersión o la diáspora. Pedro ve a estos cristianos como la nueva dispersión.

Objetivos de la carta. Estos cristianos pronto enfrentarán la persecución y Pedro les transmite fuerza y ánimo.

«Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo», exclama Pedro. Escribe a cristianos que padecen persecución, pero se llena de alegría y entusiasmo al pensar en la maravillosa salvación que trajo Jesús.

Pedro les infunde valor, explicándoles que las penurias que están padeciendo tienen un sentido. Así como el oro se purifica por el fuego:

...para que, sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro (el cual, aunque perecedero, se prueba con fuego), sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo. (1 P 1.7)

Más adelante en la carta les dice que cuando soportan sufrimientos inmerecidos están siguiendo los pasos de Jesús.

Porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas. Él no cometió pecado ni se halló engaño en su boca. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente. (1 P 2.21-23)

Pedro asimismo da consejos prácticos en asuntos familiares y de iglesia. A las mujeres cristianas casadas con hombres paganos les aconseja portarse muy bien, a fin de que los maridos «sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, al considerar vuestra conducta casta y respetuosa» (3.1-2).

Hablando como líder él mismo en la iglesia, Pedro ruega a los líderes que sean amables y humildes siervos del pastor principal, Jesús. Cada uno en la iglesia debe atender a las necesidades de los demás.

Les asegura, al terminar la carta, que:

Pero el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén. (1 P 5.10-11)

2 Pedro

2 PEDRO

PUNTOS PRINCIPALES

Cómo crecer en la vida cristiana [1](#)

Advertencia contra los falsos maestros [2](#)

Promesa del regreso de Jesús [3](#)

Autor. Muchos piensan que el autor fue un seguidor de Pedro, escribiendo como este lo hacía, y no el mismo Pedro. Si el apóstol fue el autor, la carta fue escrita antes de mediados de los años sesenta, cuando encontró la muerte. Entre los que no creen que Pedro la escribiera hay quienes la datan más tardíamente, entre los años 120 y 175.

Lectores. La única pista está en 3.1, donde Pedro dice que es la segunda epístola que les escribe. Si 1 Pedro fue la primera carta, esta va destinada a los mismos lectores.

Objetivos de la carta. El objetivo es alertar a los creyentes contra maestros falsos e inmorales.

La iglesia no otorgó de inmediato a esta epístola la plena autoridad de la Escritura; solo más tarde la incluyó como parte de los escritos inspirados.

Pedro habla muy enérgicamente contra los falsos maestros que difunden sus creencias entre cristianos. No solo su doctrina es errónea; también lo es su conducta. Están en el negocio de la religión por el provecho que puedan obtener. Pedro emite severas advertencias contra ellos, pero está seguro de que:

El Señor sabe librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio. (2 P 2.9)

Pedro llama la atención de sus lectores sobre la gente que no cree en el regreso de Jesús. Se burlan y preguntan ¿dónde está?, y «¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque... todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación».

Así como el diluvio interrumpió la vida normal en tiempos de Noé, así el regreso de Jesús intervendrá en la historia, les asegura Pedro. Ofrece dos explicaciones para la demora. En primer lugar, Dios no experimenta el tiempo como nosotros.

Pero, amados, no ignoréis que, para el Señor, un día es como mil años y mil años como un día. (2 P 3.8)

En segundo lugar, Dios se demora por amor y misericordia. No quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento».

Pedro recoge una imagen que el mismo Jesús utilizó acerca de su retorno. El día del Señor vendrá como ladrón, cuando nadie lo espere. Brinda una vívida descripción del fin del mundo:

Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. (2 P 3.10)

Pero Pedro espera confiado «cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia». Más razón aún para que el cristiano lleve una vida recta, en paz con Dios, y continúe creciendo «en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad».

Las cartas de Juan

1 JUAN

PUNTOS PRINCIPALES

Dios es luz [1](#), [2](#)

Dios es amor: el amor de Dios y el nuestro [2-4](#)

Falsos maestros: la prueba [2](#), [4](#)

Vida eterna [5](#)

Autor. Se cree que la misma persona escribió las tres cartas y probablemente también el Evangelio según Juan. Algunos opinan que se trata de Juan el apóstol y muy amado discípulo de Jesús. Otros creen que hubo en la iglesia dos líderes de nombre Juan. Estas cartas tal vez las escribió un seguidor del apóstol, conocido como Juan el anciano (un anciano era una autoridad de la iglesia). Debe de haber sido bastante conocido de sus destinatarios, porque en su tercera carta simplemente se presenta como «el Anciano».

1 Juan

Lectores. «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna». La carta estaba dirigida a los cristianos, aquellos que habían puesto su confianza en Jesucristo como Hijo de Dios.

Objetivos de la carta. Juan quería tranquilizar a los cristianos cuya fe había sido perturbada por falsos maestros, posiblemente con ideas gnósticas (véanse las notas sobre *Gnosticismo*, p. 154). Estos maestros se creían en un plano espiritual superior, libres de pecado, y con libertad para hacer lo que les viniera en gana. Consideraban que este mundo era completamente malo, y por consiguiente no creían que Dios hubiese entrado en él en Jesús. Este no era realmente Hijo de Dios o Mesías, explicaban, y solo parecía ser humano.

Esta carta se asemeja más a una pieza de música que a un discurso razonado. Los tres temas de verdad, luz y amor repican como reiteración de una melodía. Dios es verdad, Dios es luz y Dios es amor. El cristiano que quiere seguir a Dios debe «andar» en verdad, luz y amor.

Juan no cree, como creían los falsos maestros, que nadie pueda estar libre de pecado en esta vida: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. (1 Jn 1.8)*

Pero la confesión plena da como resultado el perdón y la purificación por medio de la sangre (la muerte) de Jesús:

Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. (1 Jn 1.9)

Juan se siente colmado por la maravilla del amor de Dios:

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios. (1 Jn 3.1)

En consecuencia, «si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros». Y el amor debe ser efectivo:

Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (1 Jn 3.18)

Finalmente, Juan tranquiliza a sus lectores respecto a la vida eterna:

Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna. (1 Jn 5.20)

2 Juan

2 y 3 Juan son los documentos más breves del Nuevo Testamento. Cada uno ocupaba una sola hoja de papiro.

2 Juan es una breve carta dirigida «a la señora elegida y a sus hijos»; la mayoría cree que esta señora era una iglesia local. Quizás era un nombre en clave, usado por razones de seguridad.

Juan nuevamente recalca la verdad y el amor. Le deleita saber que estos cristianos no han sido atrapados por falsas creencias. Anhela que se amen unos a otros. Su argumentación es circular; comienza y termina con el amor:

Y este es el amor: que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio. (2 Jn 6)

Otro tema tratado en esta carta y también en la tercera es el de los misioneros itinerantes. Había paz por todo el imperio, debido a la dominación romana, y también había buenos caminos, por lo que mucha gente viajaba constantemente. Pero las posadas eran lugares detestables. Casi todas estaban sucias, llenas de pulgas, y muchas tenían mala reputación moral. De ahí que Juan recomendará encarecidamente a sus lectores que ofrecieran hospitalidad a los cristianos viajeros, especialmente si estaban trabajando para predicar el evangelio. Al mismo tiempo, no debían recibir o animar a los falsos maestros. Si lo hacían, estaba tomando partido por ellos. Y Juan concluye su carta repentinamente: *Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea completo. (2 Jn 12)*

3 Juan

Esta carta está dirigida a una persona: Gayo, un líder de la iglesia. Es una carta muy personal. Juan habla cálidamente a Gayo:

Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos. (3 Jn 5)

Juan estimula a Gayo a seguir ayudando a los viajeros que salen a predicar el evangelio, confiando en que Dios satisfecerá sus necesidades.

Juan previene a Gayo contra un maestro muy pagado de sí mismo que se llama Diótrefes; en cambio, tiene grandes elogios para Demetrio, otro cristiano.

Nuevamente escribe con brevedad, y lo explica:

Espero verte en breve y hablaremos cara a cara. (3 Jn 14)

Judas

Judas, autor de esta carta, se llama a sí mismo siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo, que era muy conocido. Todos en aquel tiempo conocían a Jacobo, líder de la iglesia en Jerusalén; tanto él como Judas eran hermanos de Jesús.

Esta carta está dirigida «a los llamados, santificados en Dios Padre y guardados en Jesucristo». No sabemos dónde vivían estos cristianos.

Judas y 2 Pedro tienen bastante material en común. Muchos creen que la carta de Judas vino primero y el autor de 2 Pedro la tomó prestada en varias partes.

Ambos autores se escandalizan «porque algunos hombres han entrado encubiertamente... que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan a Dios, el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo».

No es de extrañar que Judas —y Pedro— hablen muy severamente contra aquellos que contradicen de tal manera el evangelio y la vida cristiana.

Judas cita a personas de tiempos del Antiguo Testamento que llevaron vidas malas e inmorales, y muestra cómo terminaron. Un caso es el de las ciudades de Sodoma y Gomorra, donde cayó el juicio de Dios a causa de la maldad de sus habitantes.

Pese a tan franco y enérgico mensaje, Judas reconforta amablemente a sus lectores:
Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. (Jud 20-21)

Termina su carta con una de las más bellas oraciones de alabanza a Dios:
A aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén. (Jud 24-25)

13

JESÚS REINA

Apocalipsis

APOCALIPSIS **BREVE RESEÑA**

Visión de Juan: Jesús [1](#)

Cartas a las siete iglesias en Asia (oeste de Turquía) [2-3](#)

Un atisbo del cielo: Dios en el trono, el rollo y el Cordero [4-5](#)

Abriendo el rollo; siete sellos [6-8](#)

El toque de siete trompetas, y lo que vino luego [8-11](#)

La mujer y el dragón: las dos bestias [12-13](#)

El Cordero de Dios y su pueblo [14](#)

Las siete copas de la ira de Dios [15-16](#)

La mujer y la bestia; la caída de Babilonia [17-18](#)

El banquete de bodas del Cordero [19](#)

Los mil años; la derrota de Satanás; el juicio final [20](#)

El cielo nuevo y la tierra nueva [21-22](#)

Según la tradición, el autor de Apocalipsis es Juan el apóstol, quien también habría escrito el Evangelio que lleva su nombre y tres epístolas. Ya en el año 135 se cita a Juan como autor de Apocalipsis.

Algunos eruditos observan las grandes diferencias de estilo entre el Evangelio de Juan y Apocalipsis, pero también hay semejanzas de lenguaje. Ambos se refieren al *Logos* o Verbo, al Cordero de Dios y al agua de vida.

Ireneo (que vivió alrededor de 130-202) dice que Juan escribió su revelación «no mucho tiempo atrás sino casi en nuestra generación, hacia el fin del reinado de Domiciano». Esta fecha encaja con las

circunstancias del libro. El emperador romano Domiciano (81-96) exigía que todos los ciudadanos le rindieran culto a él y esto llevó a la persecución de los cristianos que se negaban a hacerlo.

Algunos estudiosos no están de acuerdo con esta fecha y sugieren algún momento durante el reinado de Nerón (entre los años 60 y 70).

Los lectores. Los primeros lectores eran miembros de las iglesias en la provincia romana de Asia, en lo que hoy es Turquía. Jesús entrega a Juan cartas para siete de estas iglesias, en las ciudades de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.

Objetivo. Los miembros de las iglesias en Asia eran una minúscula minoría de la población. ¿Qué podían esperar hacer contra el fuerte poder de Roma? Los cristianos aceptaban que Jesús había muerto y resucitado y que un día volvería a establecer su reinado, haciendo suyos los reinos del mundo. En ese día los poderes del mal serían destruidos, y se restablecerían la justicia y la paz.

Entretanto, Roma continuaba con su opresión y la idolatría florecía. Los cristianos que no reconocían divinidad al emperador sufrían prisión y a veces muerte. ¿Estaba actuando Dios? ¿O era Roma el único poder que contaba realmente?

Apocalipsis fue escrito en ese contexto, para satisfacer las necesidades de cristianos perplejos y sufrientes. Ciertamente no pretendía ser un rompecabezas intelectual para que la iglesia tomara asiento y se dedicara a descifrarlo, como algunos lo ven. El libro tenía el propósito de llevar fe, esperanza y certidumbre a una iglesia pequeña y atribulada, y estimular su confianza en el Dios vivo de la historia.

W. C. van Unnik escribió en su libro *The New Testament* [El Nuevo Testamento]: «No es [Apocalipsis] un libro escrito para estimular y gratificar la curiosidad de gente ansiosa de romper el velo del futuro. No es un libro de acertijos, aunque fue tratado así a menudo en el pasado. De hecho, sí descubre velos y descubre una vista a los actos y caminos de Dios; porque proclama el reino de Dios, que está aquí y ahora y no obstante aún tiene que venir en plenitud, y destruirá todo lo que está en contra de él».

¿Qué clase de literatura es Apocalipsis?

Literatura apocalíptica

Tal como ya hemos visto (al referir a *Los apócrifos*, p. 96), los escritos apocalípticos eran un tipo especial de literatura llena de extrañas imágenes y mensajes cifrados. Muchos de esos escritos se produjeron en los siglos I a.C. y I d.C. dentro de la tradición judía, en épocas en que el pueblo de Dios sufría por su fe y se preguntaba: ¿Por qué?

¿Por qué sufrían? ¿Por qué no era recompensada su fidelidad, como en parte la enseñanza del Antiguo Testamento inducía a esperar? ¿Por qué permitía Dios que prosperaran los poderes del mal?

La literatura apocalíptica seguía ciertas pautas reconocidas. Habitualmente decía ser una revelación hecha por medio de un ángel o ser celestial a algún gran personaje del pasado, tal como Enoc, Abraham, Moisés o Esdras, sea para conferir autoridad al mensaje o para mantener anónimo al autor, por su propia seguridad. Los apocalípticos no seguían la tradición del Antiguo Testamento, que reconoce que Dios actúa en este mundo. Creían que Dios había hecho dos mundos diferentes, este y el celestial. Ese mundo celestial era el que revelaba el autor mediante sus intérpretes angélicos. Los apocalípticos eran pesimistas sobre este mundo, que creían encaminado a la ruina. La enseñanza ética no venía al caso: lo que ellos querían era mostrar que Dios, a su tiempo, traería liberación a su pueblo. A veces esto se relacionaba con el Mesías divino que traería el reino de Dios.

Visiones, sueños y revelaciones, todos se ocupaban del mundo celestial. Estaban plagados de bestias extrañas y números simbólicos. Algunos de estos rasgos eran una especie de código para proteger autor y lector en tiempos peligrosos. Algunos escritos apocalípticos consisten en una nueva narración del pasado, puesta en

forma de profecías procedentes de los labios del «autor» histórico. Estas profecías tendían a ser maravillosamente precisas y exactas al referirse al pasado, pero curiosamente vagas al enfocar el futuro. Es fácil apreciar ciertas similitudes entre el Apocalipsis bíblico y la literatura apocalíptica. Hay extrañas bestias y números cabalísticos, mensajeros angélicos y mucho más acerca del mundo celestial. Pero también es un libro muy diferente. El autor usa su propio nombre, no el de una figura del pasado, y temerariamente nombra a sus destinatarios. No tiene el carácter lúgubre de los escritos apocalípticos, ni pone su esperanza solamente en el otro mundo. Cree que Dios obró en Cristo para traer salvación a este mundo.

Escribe sobre el Mesías y su reino; pero a diferencia de los apocalípticos, no ve esto solamente en términos del futuro. El reino de Dios vino con Jesús; su muerte y resurrección trajeron salvación. Su nueva venida traerá el reino en toda su plenitud. Así que Juan está firmemente enraizado en el presente al igual que en el futuro; en este mundo así como en el celestial. El actual sufrimiento del pueblo de Dios no está desprovisto de sentido o propósito.

Los apocalípticos no hallan lugar para enseñanzas éticas, en tanto que Juan —especialmente en las cartas a las iglesias en los capítulos 2 y 3— destaca la importancia de hacer lo correcto, así como de creer en la verdad.

Este libro bien puede estar escrito en el estilo apocalíptico, pero su mensaje va mucho más allá de este tipo de literatura.

Juan estaba en Patmos (una isla pequeña, en forma de medialuna, cerca de la costa de la actual Turquía), donde había sido deportado por su prédica cristiana. Es probable que lo obligaran a unirse a alguna de las cuadrillas formadas para trabajar en las canteras. Ampollas, huesos doloridos y agotamiento bastaban para llenar la mente y evaporar pensamientos de belleza, paz y gozo. Sin embargo, contra ese telón de fondo de penurias y dolor, sobre el rechinar de cadenas, palas y picos, Juan se sintió invadido por los deslumbrantes colores, visiones y sonidos de un mundo trascendente.

Al inicio de su visión Juan escuchó una voz, tan dominante como el toque de una trompeta o el estruendo de una catarata. Se volvió y encontró ante sí un ser majestuoso, claramente humano, pero subyugadoramente grande y terrible. En un tono tranquilizador y familiar, el ser poderoso dijo a Juan: *«No temas. Yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén»*. (Ap 1.17-18)

Juan se dio cuenta de que este ser era Jesús, ahora glorificado y majestuoso. Describe así al ser que vio: Su cabello era blanco como lana, sus ojos llameaban y sus pies resplandecían como el bronce. De su boca salía una espada de dos filos.

Esta descripción es importante, no porque presente un retrato literal de Jesús sino por lo que comunican las imágenes. Algunas son extraídas del Antiguo Testamento, donde tenemos indicios sobre su significado. Los cabellos de Jesús son blancos como la lana o la nieve: el lector familiarizado con el libro de Daniel recordará esa descripción aplicada a Dios mismo. Juan está diciendo que Jesús, si bien un hombre, también es Dios.

A un Juan atentísimo, Jesús dicta siete cartas para ser enviadas a siete de las iglesias en la provincia romana de Asia; a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Jesús, el Señor de las iglesias, les dirige palabras de ánimo y también de admonición acerca de la vida y comportamiento de esos cristianos.

Las cartas siguen una pauta. Cada una comienza presentando a Jesús con algunos de los rasgos que la visión describía. Por ejemplo: *«El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto»*. Cada carta trae un comentario de Jesús sobre el estado espiritual de esa iglesia. Hay dos que no merecen reproche, dos

que no merecen elogios y tres que son en parte buenas y en parte malas. Cada iglesia es alabada por lo que tiene de bueno, y exhortada a arrepentirse de lo malo. Luego se ofrece una asombrosa promesa de recompensa «al vencedor». Todas las cartas terminan con las palabras que Jesús dijo al enseñar en la tierra: «El que tiene oído, oiga».

Estas cartas contienen un conocimiento íntimo de los destinatarios y de su situación local. En muchos casos tenían que enmendarse las creencias falsas, conducentes a prácticas erróneas. Un compromiso total y amoroso con Jesús era de vital importancia para que las iglesias sobrevivieran la persecución que amenazaba venir o que ya había llegado.

Los falsos maestros reciben varios nombres: nicolaítas, adeptos de Jezabel, seguidores de Balaam. Su mala conducta entrañaba sacrificios a ídolos e inmoralidad sexual. No estamos seguros de quiénes eran, pero los estudiosos piensan que todos estos grupos estaban conectados. Acaso representen una temprana forma de doctrina gnóstica (véase la nota sobre *Gnosticismo*, p. 154).

El mensaje esencial de Apocalipsis

Pasados estos primeros capítulos, el libro parece desprenderse del mundo de la realidad cotidiana. Pero no nos sumergimos en un mundo sin sentido o en un cuento de hadas. J. B. Phillips, que tradujo el Nuevo Testamento al inglés moderno, escribió que es una experiencia emocionante trabajar con Apocalipsis porque «el traductor es transportado, no a un país de fantasía, sino al país sempiterno de los valores y juicios eternos de Dios».

Apocalipsis es difícil de entender en detalle, pero en líneas generales el autor, con toda la imaginación y lenguaje de que dispone, enuncia hechos sobre Dios y este mundo de los que está cien por ciento seguro. Las visiones confirman estas verdades:

Dios está a cargo. Jesús venció a la muerte y su reino, que ya ha comenzado, un día será universal.

El mal que en el mundo actual es tan apremiante y real no tendrá la última palabra. Dios es todopoderoso y lo dominará todo.

Todo lo que ocurre es parte del plan de Dios y conduce a un bien último.

Los cristianos pueden esperar una tierra nueva y un cielo nuevo donde solo existirá el bien y ya no habrá dolor ni tristeza.

El plan de Dios es la salvación del mundo, transformado en el reino de Cristo. Solo los que deliberadamente se opongan quedarán fuera de las bendiciones que Dios tiene reservadas.

Una mirada al cielo

Después de esto miré, y vi que había una puerta abierta en el cielo. La primera voz que oí era como de una trompeta que, hablando conmigo, dijo: «¡Sube acá...!». (Ap 4.1).

Con estas palabras, los lectores de Juan son transportados con él al cielo mismo.

El esplendor de las joyas y la gloria del arco iris transmiten lo maravilloso del trono de Dios y de Dios mismo. Alrededor del trono había veinticuatro ancianos, quizás representando a la iglesia. Del trono salían relámpagos y truenos y la luz del Espíritu lo iluminaba todo. Otras criaturas vivientes lo rodeaban, cantando constantemente un himno: «Santo, Santo, Santo». Los veinticuatro ancianos decían:

*«Señor, digno eres
de recibir la gloria, la honra y el poder,
porque tú creaste todas las cosas...». (Ap 4.11)*

En la mano de Dios se ve un rollo escrito, sellado con siete sellos. Se busca a alguien digno de romper los sellos y abrir el libro. Juan llora al darse cuenta de que no hay nadie digno de abrirlo. Entonces un ángel señala al León de la tribu de Judá. Al mirar hacia el trono, Juan no ve un León sino

un Cordero, que parecía inmolado pero ahora está vivo. El fuerte y regio León es también el Cordero doliente. Juan reconoce que Jesús, el Cordero inmolado, es el único digno de controlar el futuro, de abrir los sellos. La muerte y resurrección de Jesús son la clave de todo lo que sucede en el mundo; es el acontecimiento central de la historia. Este gran acto de salvación ha quebrado el poder del mal y de la muerte y ha hecho posible que se manifiesten los buenos propósitos de Dios.

La canción de alabanza por la creación se torna en un cántico de adoración al que murió:

*«El Cordero que fue inmolado
es digno de tomar el poder, las riquezas,
la sabiduría, la fortaleza,
la honra, la gloria y la alabanza».* (Ap 5.12)

Visiones de condenación y de gloria

La parte central de Apocalipsis está llena de extrañas visiones. Al principio se narran el juicio y el castigo que caen sobre los jefes malvados y sobre Babilonia, palabra en código que Juan usa para designar a Roma. Se rompen sellos, suenan trompetas, caen estrellas del cielo, las plagas hacen estragos por la tierra y los cuatro jinetes salen a recorrer la tierra.

Estas visiones han sido comparadas con un caleidoscopio. En una serie de prismas cambiantes y llenos de color muestran cómo Dios vencerá al fin a los poderes del mal. Los juicios de Dios son como las plagas del Antiguo Testamento que Moisés arrojó contra Egipto. Ahí, como en Apocalipsis, las expresiones de juicio no eran una desatinada descarga de la ira de Dios, sino un medio necesario para salvar a su pueblo, y a través del mismo a todo el mundo.

Satanás es definitivamente derrocado. El que había pretendido gloria para sí en el cielo «fue lanzado fuera»: «el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero». Desde ahí ha acosado a hombres y mujeres y en particular al pueblo de Dios, pero su derrota final está sellada. El efecto de su victoria sobre el primer hombre y la primera mujer en el huerto de Edén ha sido borrado por la victoria de la muerte y resurrección del Cordero. Pronto Satanás perderá su poder para siempre y será arrojado a un lago de fuego, reservado para el diablo y sus ángeles.

Modos de interpretar Apocalipsis

Apocalipsis es para los lectores modernos un libro difícil de leer, lleno de extrañas imágenes y de interpretaciones aún más extrañas. Pero tiene un mensaje para un mundo en que es habitual que el individuo se sienta desvalido ante enormes organizaciones y grandes potencias. Apocalipsis recuerda a los lectores que Dios mantiene el control, y que el futuro está a su cargo.

Ha habido muchas maneras diferentes de interpretar este libro. He aquí algunas:

El libro y sus acontecimientos tienen significación solo para quienes vivieron en el tiempo en que fue escrito. Esta visión, llamada **preterista**, es sostenida por la mayor parte de los eruditos. No concede al libro mucho valor para lectores posteriores.

Algunos ven en Apocalipsis un inspirado pronóstico de toda la historia humana, que expone —de manera simbólica— la historia completa de Europa occidental hasta la segunda venida de Cristo.

Desventaja de esta visión —**historicista**— es que el libro no habría ayudado a sus primeros lectores, ni incluiría a personas fuera de Europa occidental. Además, quienes sostienen este punto de vista ofrecen tantas interpretaciones diferentes que ninguna suena realmente plausible.

Otra interpretación contempla todo el libro —excepto los primeros capítulos— como referencia al fin de la era. Todas las visiones tienen relación con sucesos inmediatamente anteriores a la segunda venida. Esta perspectiva —**futurista**— hace que el libro sea valioso solo para las personas que viven en el período del cual se habla.

Algunos piensan que el libro no se refiere a hechos reales, sea del tiempo de su redacción o del porvenir. No se ocupa de la iglesia primitiva ni del fin de la historia. En lugar de eso expone, en términos poéticos, los principios según los cuales Dios actúa a través de toda la historia. Es el enfoque **idealista**.

Lo que importa es reconocer a la vez el significado de Apocalipsis para sus primeros lectores como su valor perdurable, al demostrar el control soberano de Dios sobre la historia.

Cielo nuevo y tierra nueva

La última parte del libro se inicia con una promesa:

«Yo hago nuevas todas las cosas». (Ap 21.5)

Una descripción de la nueva creación, representada en una ciudad llamada la nueva Jerusalén, donde Dios es luz y vida, llena las últimas páginas. Todo es perfecto donde Dios vive en intimidad con su pueblo:

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron». (Ap 21.4)

La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella y los reyes de la tierra traerán su gloria y su honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche... No entrará en ella ninguna cosa impura o que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero. (Ap 21.23-27)

Se hace justicia y se enderezan todos los entuertos. Aquellos que voluntariamente sirven al mal y hacen caso omiso de Dios quedarán fuera del lugar donde Dios y su Cristo son rey. Con todo, el deseo del Espíritu de Dios y del pueblo de Dios —descrito como la esposa de Cristo— es que otros vengan a compartir la perfecta alegría y gozo del reino de Dios. La invitación es abierta:

El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!». El que oye, diga: «¡Ven!». Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida. (Ap 22.17)

Al cerrarse, el libro confirma la promesa de Jesús de volver a la tierra e implantar su reinado universal. Jesús dice: «Ciertamente vengo en breve». Y el autor responde con profundo sentimiento: «¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!».

LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

Casi todos los veintisiete libros que forman el Nuevo Testamento habían sido escritos ya en el año 100 d.C. ¿De qué forma llegaron a ser reconocidos como una colección unificada, que llevaba un sello de autoridad divina? Los cristianos aceptaron el Antiguo Testamento porque el propio Jesús usó y citó estos libros. Pero, ¿quién podía conferir autoridad a sus propias «escrituras» o escritos sagrados?

Los primeros documentos del Nuevo Testamento que se escribieron fueron las epístolas de los apóstoles. El profesor F.F. Bruce escribe: «Mucho antes que las cartas apostólicas fueran reconocidas en una colección canónica, sus destinatarios reconocían en ellas la autoridad divina... la autoridad es el precedente necesario de la canonicidad».

En otras palabras, es cierto del Nuevo Testamento como lo fuera de los escritos del Antiguo Testamento, que tanto la gente corriente como los jefes religiosos reconocieron la autoridad de ciertos textos. Por esta razón fueron incluidos en el canon de la Escritura.

Hasta el año 60, aproximadamente, los testigos presenciales de los dichos y hechos de Jesús estaban vivos para dar testimonio de ellos. Al comenzar a morir esa generación, Marcos, en Roma, escribió el evangelio tal como lo había predicado Pedro. Pronto después aparecía el Evangelio de Mateo, en el Oriente, basado en los dichos de Jesús que Mateo mismo probablemente recogiera. Luego Lucas, el compañero de Pablo, escribió dos libros que cubrían los acontecimientos desde el nacimiento de Juan el Bautista hasta el tiempo que Pablo pasó en

Roma (61-62). El primero es su Evangelio y el segundo Hechos de los Apóstoles. Finalmente, hacia el fin del siglo I, Juan, amigo y discípulo de Jesús, escribió sus recuerdos de Jesús y sus meditaciones al respecto.

También hacia fines del siglo comenzó el primer intento por componer una lista reconocida. Los cuatro Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan se reunieron no mucho después que Juan escribiera su Evangelio. Antes de ser coleccionados, la iglesia en Roma tenía a Marcos, las iglesias del Oriente tenían a Mateo, los cristianos griegos a Lucas, y la iglesia de Éfeso, a Juan. Ahora todas las iglesias tenían los cuatro Evangelios, que se conocieron como **El Evangelio**.

Al mismo tiempo, o un poco antes, las epístolas de Pablo a varias iglesias fueron recogidas en un volumen conocido como **El Apóstol**. Hechos fue incluido porque era obviamente obra de Lucas. También daba prominencia a Pablo, autor de las epístolas. Cartas de otros apóstoles y hombres estrechamente asociados a ellos, así como Apocalipsis, también se reconocieron como libros con autoridad divina.

En el año 140, un tal Marción comenzó a difundir su doctrina y a organizar su propia lista de escrituras, para acomodar sus opiniones nada ortodoxas. Incluso corrigió algunos de los libros que incluyó, para hacerlos coincidir con sus puntos de vista. Tuvo muchos seguidores. A causa de su falsa enseñanza, los líderes de la iglesia se preocuparon aún más por confeccionar una lista oficial de libros. Estos serían los libros que podían utilizarse para enseñar la buena doctrina y corregir la herejía.

La iglesia primitiva tuvo sus dudas durante cierto tiempo acerca de unos pocos libros que ahora están en el Nuevo Testamento. A inicios del siglo IV Eusebio armó tres listas: una de libros reconocidos como parte del canon, una de libros definitivamente no reconocidos, y una tercera lista de libros que según él seguían siendo motivo de disputa. La lista de libros dudosos incluía a Santiago, Judas, 2 Pedro, 2 y 3 Juan. La primera lista conocida con los veintisiete libros del Nuevo Testamento como ahora lo tenemos data de 367 d.C. En el año 397, el Sínodo de Cartago declaró Escritura esta misma lista, aunque ya había sido reconocida como canon desde hacía tiempo por la iglesia.

6

7

⁶Batchelor, M. (2000, c1993). *Abramos la Biblia* (electronic ed.). Miami: Sociedades Biblicas Unidas.

⁷Batchelor, M. (2000, c1993). *Abramos la Biblia* (electronic ed.). Miami: Sociedades Biblicas Unidas.